

Literatura  Justicia

El Proceso

Franz Kafka

Prólogo de Néstor Arbito Chica



CONSEJO DE LA
JUDICATURA

COLECCIÓN

Literatura  Justicia



Los libros de la Colección Literatura y Justicia tendrán estas características:

- Libros con formato 12.5 x 16.5 cm., corresponde a edición de bolsillo constando únicamente el número del volumen.
- Libros con formato 14 x 21.5 cm., corresponde a edición mayor y llevarán el número del volumen acompañado por el símbolo >.

Franz Kafka

El Proceso

Prólogo de
Néstor Arbito Chica

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

Presidente del Consejo de la Judicatura
Gustavo Jalkh Röben

Vocales
Néstor Arbito Chica / Karina Peralta Velásquez
Alejandro Subía Sandoval / Tania Arias Manzano

Consejo Editorial
Juan Chávez Pareja / Néstor Arbito Chica
Efraín Villacís / Antonio Correa Losada

Director de la Colección
Efraín Villacís

Editor General
Antonio Correa Losada

Director de la Escuela de la Función Judicial
Tomás Alvear

© Libresa S.A. cede los derechos de traducción de la obra *El Proceso* de Franz Kafka, para que sea publicado por el proyecto editorial del Consejo de la Judicatura por esta única edición de distribución gratuita.

ISBN 978-9942-8513-4-5

- Fotografía de Portada (Excárcel N° 2 de Quito)
Andrés Laiquez
- Diseño y Diagramación
Alejandra Zárate / Soledad Jácome
- Revisión Bibliográfica
Gustavo Salazar
- Equipo Periodístico y Redacción
Juan Carlos Moya / Javier Lara Santos
- Revisión y Corrección de Textos
Susana Salvador / Estefanía Parra
- Apoyo Administrativo Editorial
Gabriela Mora / Johanna Zambrano

Apoyo Técnico Gaceta Judicial
Santiago Araúz

Editogran S.A.
Distribución Diario *El Telégrafo*

Proyecto Editorial Consejo de la Judicatura
Reina Victoria N23-101 y Wilson
www.funcionjudicial.gob.ec

Este libro es una publicación de distribución gratuita y sin fines de lucro
Quito, Ecuador 2014.

Contenido

<i>Prólogo</i> de Néstor Arbito Chica	9
El Proceso	
I	19
II	59
III	81
IV	113
V	123
VI	133
VII	161
VIII	229
IX	269
X	301

*De la incertidumbre
a la claridad de un «proceso»*

Tendría unos 15 años de edad cuando, en el programa de estudios de Literatura, nos pidieron leer la obra *El Proceso*, de Franz Kafka. Confieso que mi primera reacción ante la obra fue el desconcierto ante la ausencia de lógica: ¿cómo alguien sin el menor antecedente se encontraba de repente, y sin razón alguna, en medio de una acusación y, por lo tanto, en medio de un «proceso»?

De aquella primera lectura de la obra –no voy a mentirme llamó mucho la atención la posibilidad de que al final no haya sido escrita por su autor y, sobre todo, que fuera coherente dentro del sinsentido que le acontecía a Joseph K. No dejaba de ser curioso que en un acertijo del destino el lector encontrara la razón de su vida.

Pero ahora, muchos años después, desde mi visión de abogado y, más aún, inmerso en un gran proceso de reforma, advierto que no voy a referirme a la obra desde una visión literaria o perspectiva filosófica sino desde lo cotidiana que llega a ser una dimensión irracional. Valoraré, sobre todo, la importancia de contar con vías procesales ágiles y transparentes, como único mecanismo de realización de la justicia.

Es así que, partiendo del planteamiento inicial del narrador: «Posiblemente algún desconocido había calumniado a Joseph K. pues, sin que éste hubiese hecho nada punible, fue detenido una mañana», quiero enfocarme en el primer punto de análisis: el hecho de que nadie está ajeno a estar involucrado como víctima o imputado en un proceso penal. Alguno de

mis maestros en la carrera de Derecho acostumbraba decir: «Al Derecho Penal hay que leerlo en primera persona». Y tenía mucha razón. Efectivamente, una primera visión del área penal podría hacernos pensar, erróneamente, que se trata de un tema que concierne únicamente a los «delincuentes» y que, por lo tanto, debe ser inclemente porque quien está siendo procesado ha causado un daño terrible a la sociedad. Debo advertirles que no es así, necesariamente.

El Derecho Penal debe ser visto como un sistema integral que determina las conductas que la sociedad ha calificado como dañinas, asignándoles una sanción específica en relación al daño causado; que cuenta con un sistema de etapas de determinación de responsabilidad y existencia del hecho que llamamos *proceso*, que incluye la verificación del cumplimiento de la sanción, dispuesta en los términos que ha sido ordenada.

En el inicio de la obra, el autor expone una idea que debe ser analizada de manera particular: «Posiblemente algún desconocido había calumniado a Joseph K.»; es decir, no se trataba de un hecho o acción voluntaria del protagonista la idea de verse, de repente y sin razón aparente, envuelto en este proceso y, sobre todo, en calidad de «acusado», o sea de autor de la conducta dañina.

He dicho que cualquier persona, en cualquier momento, puede encontrarse envuelta en un proceso penal, ya sea como víctima o como inculpado, pero en nuestro caso el protagonista, por el juego propuesto en la estructura de la obra, se ve en medio de él como acusado.

Desde luego se trata de una historia ficticia, cuya realización de lo improbable nos deja una sensación de lo desconocido, junto al terror de no saber qué está pasando y qué hacer. ¿Se trata de un hecho que solamente puede darse en la ficción o en el accionar complejo de la mente del autor de la obra? De repente, lo que más temor nos da es la posibilidad de que esta historia sea real, es decir, que pueda suceder.

No se trata de un hecho ajeno que ocurre a ciertas personas por actuar fuera del amparo legal; debemos pasar por un segundo hito de sobresalto en la historia, algo que incluso supera la estupefacta sorpresa de verse envuelto en un «proce-

so» sin saber qué va a pasar o cómo podrá vislumbrar la luz al final del túnel; y esto tiene relación directa con lo que llamamos Derecho Procesal y, en esta materia, Derecho Procesal Penal.

Una vez superada la sorpresa amarga de verse envuelto, sin saber por qué en esta acusación, el protagonista además debe asumir un nuevo problema: ¿Qué debe hacer? ¿Cuáles son los pasos siguientes?. Imagino que pensaría: «Ya que me acusaron falsamente, agotemos este proceso injusto para que ratifiquen mi inocencia». Lo complejo es que la continuación del proceso se ve impedido por muchos factores.

Aquí me aparto de la historia con el afán de compartir con ustedes otro asunto, tal vez más cotidiano y, por lo tanto más familiar. ¿Por qué es importante que se cuente con procesos ágiles, transparentes, garantizadores, eficientes y eficaces? En la respuesta a esta interrogante nos encontramos inmersos todos.

Efectivamente, cuando se comete una infracción, es decir, se realiza una de las conductas dañinas estipuladas en el Derecho Penal Nacional, existe claramente una doble pretensión. Por una parte, la víctima quiere sancionar al responsable y, por otra, la persona a quien se imputa de haber cometido la infracción desea que se realice el procedimiento para determinar o no su responsabilidad en el acto que se le acusa. Debemos destacar que, para las dos partes, los principios señalados antes tienen igual vigencia.

La culminación de un proceso y, por lo tanto, la resolución del juzgador tendrán importancia para toda la sociedad bajo un principio de certeza jurídica; dicho de otra manera, todos tenemos derecho a saber si a quien se acusa de un acto es o no responsable de haberlo realizado. Es decir que el proceso penal, como todas las acciones del Sistema Legal y Judicial, no concierne exclusivamente a las partes intervinientes sino también a la sociedad, sobre todo porque es el acto de resolución del ente competente para administrar justicia, el único momento en que se rompe o se pierde la presunción legal de inocencia.

Podemos colegir entonces que los procesos engorrosos, lentos, torpes en su accionar y de poca o nula información, no

solo atentan contra las partes que protagonizan el juicio, sino que van contra el derecho de todos los elementos sociales.

Desde el punto de vista del Derecho Penal, encontramos una suerte de defecto de organización cuando analizamos que la mayor carga de tipos penales que se encuentran catalogados como delitos de acción pública, cuentan básicamente con una sola vía procesal que debe llegar a resolución de un tribunal, sin que se consideren variables como la alarma social. En este sentido es improcedente que se dé el mismo trato al robo de un celular que a un proceso de crimen organizado internacional, lo cual sería como aplicar el mismo medio a distintos fines.

Por estas situaciones se sobrecarga el sistema, entonces, el principal reto será realizar una ágil evacuación de causas. Ustedes se preguntarán: ¿qué tiene que ver esto con la obra analizada? La respuesta la encontrarán en la desesperación que siente tanto el personaje de la novela como cada una de las personas que tiene un proceso en trámite y que realiza un sinnúmero de acciones que no logran un proceso efectivo ni una resolución con declaratoria.

No dejo de analizar la obra desde la perspectiva de mi profesión, consciente de que muchos de los problemas descritos son compartidos por varios países desde la última década del siglo pasado y que se ha venido trabajando por modernizar o transformar el servicio de justicia. En uno de los pasajes de la obra se describe en detalle el ambiente físico y emotivo de la dependencia judicial pero, sobre todo, el trato por parte del funcionario hacia el usuario, el mismo que se resume en maltrato y antipatía y no en una acción de servicio, como si todos vivieran la condena de estar inmersos en el proceso.

Este cuadro desolador que se trasmite magistralmente en *El Proceso* no es ajeno a las realidades pasadas de muchas dependencias judiciales. Creo que actualmente, en el Ecuador se están sumando fuerzas para que los cambios en la prestación del servicio de justicia arrojen frutos en beneficio de la ciudadanía; pero debe quedar claro que no se solucionan los problemas con una sola acción, ni con la repetición de una actividad aislada –por venturosa que fuera–.

Para salir del cuadro dramático, debemos atender varias

aristas: buscar reformas legales que brinden procesos más ágiles; dotar de vías a la información judicial; mejorar la infraestructura de las oficinas judiciales; destacar la atención como factor importante de la reforma: el talento humano de los servidores públicos; e incluir a los abogados en el proceso de cambio. La suma de estas y otras tareas posiblemente marquen el hecho de que encontrarse sumergido en un proceso judicial no debe convertirse en un viaje a lo desconocido ni en un desgaste de los valores sociales.

Dicen que las casualidades no existen, y estoy de acuerdo. Acabo de darme cuenta de que, mientras trataba de analizar el libro, he caído, casi de manera involuntaria, en la exposición de todo un proceso de transformación judicial que actualmente estamos impulsando en el país y en el que estoy involucrado. Pero veamos si esto, más que un defecto, es una oportunidad no planeada, pero sí adecuada, para compartir la ruta por donde estamos encaminando esta reforma.

Separemos algunos elementos en los que se ha concentrado nuestro análisis de la obra y traduzcámoslos al plano de la reforma. Debo anticipar que, al igual que muchas personas, el personaje trasmite un sentimiento de pesar y confusión por el mero hecho de encontrarse envuelto en el proceso. No le quito razón, el cuadro descrito desde distintos ángulos es desolador. Y eso es lo que queremos cambiar.

En primer término, destacamos que el proceso de mejoramiento del Sistema de Justicia no es una empresa fácil y que debe emprenderse de manera integral, aplicando varias medidas cuya ejecución coordinada brinde resultados que vayan acoplándose con otras acciones. Es importante tener presente esto, aunque a continuación señalemos algunas de las actividades más relevantes del proceso de reforma. No se trata de hechos aislados o que, con su sola consecución, procuren resultados globales.

La última indicación será que tengamos siempre presente que, al igual que Joseph K., nadie está fuera de la posibilidad de estar envuelto en un proceso judicial. Somos seres sociales y el Derecho regula justamente las reglas de nuestra convivencia social. Asumida esta verdad, nadie puede ser indiferente a las reformas o mejoras de un sistema de justicia

pues, claramente, su éxito o fracaso tiene efectos decisivos en nuestra manera de desenvolvernos socialmente. Quisiera que quede claro que el Derecho y, más aún, el Sistema Judicial, no es un «tema» de abogados, es un tema de reglas de convivencia de personas, por lo tanto una línea transversal de nuestra forma de vida.

Partiendo de la horrible sensación de encontrarse, de repente y sin razón alguna, en medio de un proceso y de ser el centro de una acusación, podemos encontrar que la siguiente pesadilla de Joseph K. es el no saber qué va a pasar, cuál será el paso siguiente; busca apoyo en un abogado pero solo recibe respuestas esquivas. Efectivamente, hasta antes de la Constitución Política de la República de 1998, el sistema procesal en nuestro país se basaba en el proceso escrito, papeles de ida y vuelta, un proceso lleno de incidentes en el que se perpetuaban los procesos sin llegar a resolución, podríamos decir que este sistema se prestaba para que siempre se mantenga el litigio sin una decisión final.

La Constitución Política de la República de 1998 y la Constitución de la República de 2008 disponen de manera obligatoria que se adopte la oralidad como mecanismo de sustanciación de todos los procesos. Para entender en una sola idea la diferencia entre el proceso escrito y el proceso en oralidad, podríamos decir lo siguiente: en el proceso escrito el «expediente» es el centro de decisión y convicción del Juez, tanto es así que antes los tiempos procesales estaban relacionados directamente con el «tamaño» de los expedientes y toda la lógica giraba alrededor del número de hojas o documentos que el Juez debía analizar para emitir su fallo. En el proceso oral, en cambio, la decisión del Juez se fundamenta en lo «dicho» por las partes en las respectivas audiencias.

Por decirlo de otra manera, el juez ya no lee, sino que escucha. No podemos ser simplistas y pensar que se trata solo de tener audiencias, se trata de oír lo que como responsables de argumentar y hacer prevalecer su pretensión, dicen las partes y decidir en la misma audiencia, con base en lo expresado la resolución final.

¿Cómo se logrará la efectiva adopción de la oralidad en el Sistema Procesal? Para que esto ocurra era necesario elaborar

previamente los nuevos Códigos de Procedimiento. Nótese que estas reformas son cambios de fondo que no se realizan con pequeños ajustes en el antiguo sistema. No se trata de mejorar simplemente lo que se venía haciendo mal, sino de hacerlo de otra manera más eficiente. Es por esto que actualmente se cuenta con dos normas que son un hito en el intento de establecer procedimientos ágiles, oportunos y transparentes; por una parte, se cuenta ya con el Código Orgánico Integral Penal, promulgado por la Asamblea Nacional; y, por otra, con el proyecto de Código Orgánico General de Procesos, –digámoslo así– «no penales» en un solo marco general, ya sea de materia civil, laboral, administrativa o tributaria, entre otras. De esta manera, al contar con estas normas promulgadas, el cien por ciento de los procedimientos judiciales en el Ecuador se resolverán por el sistema oral.

Como habíamos señalado anteriormente, la situación de Joseph K. se volvía cada vez más preocupante por cuanto se ignoraba la situación del proceso. Durante mucho tiempo la única manera de tener información de un juicio, que por regla general es pública, era la de concurrir a las dependencias judiciales para pedir el famoso «expediente» y revisarlo.

Este ejercicio estaba reservado casi de manera exclusiva a los abogados, pese a que no existe norma que prohíba a cualquier persona acceder a esa información. Para cambiar esta realidad fue importante la incorporación y utilización de mecanismos o soluciones técnicas que faciliten la administración y difusión de la información procesal judicial. A pesar de que actualmente se puede acceder a las respectivas páginas web de la Función Judicial del Ecuador y recoger los datos que se requieran, se está trabajando en aumentar el uso de estas herramientas informáticas para realizar las notificaciones con efecto legal de todas las decisiones judiciales y la presentación de requerimientos y peticiones de manera virtual, para lo que se incorpora el uso de la firma electrónica tanto a los funcionarios judiciales como a los abogados litigantes. Asimismo se contará con un archivo o recopilación de cada proceso, pero en documentos computarizados, es decir, generando el expediente electrónico.

El autor de *El Proceso* no escatima elementos al describir todo el ambiente de las dependencias judiciales, muy acordes con la suerte de pesadilla que está pasando nuestro protagonista y no se trata de una exageración. Cuando hablamos del ambiente de trabajo nos referimos al diseño de gerencia procesal, es decir, al modelo de gestión que se refiere a un flujo de actividades jurisdiccionales y operativas que dan como resultado la obtención del servicio que, en este caso, se traduce en la resolución o contestación de cada una de las peticiones de las partes en el proceso. Si queremos ser gráficos, así como en una fábrica se diseñan las etapas para la obtención de cada producto, en las unidades de servicio se debe diseñar un modelo de trabajo por fases que, de manera eficaz y eficiente, ofrezca la prestación y obtención del servicio, lo que se conoce como *servucción*.

La nueva normativa procesal, la aplicación de herramientas informáticas y tecnológicas, así como la adopción de modelos de obtención de servicio deben estar acompañadas de nuevos diseños de infraestructura actualizados que adapten los criterios de atención al usuario en cada una de las intervenciones. Los edificios oscuros, en forma y fondo, que no brindan comodidades a los funcionarios ni a los usuarios deben desaparecer para dar paso a una visión nueva del servicio judicial, en la cual el ser humano es el centro de toda la gestión.

Como comentaba al inicio de este intento de prólogo, cuando leí por primera vez *El Proceso* quedé con una sensación de abandono, casi con una plegaria escondida de nunca tener que visitar una oficina judicial. No sé si esa lectura tuvo algún tipo de influencia oculta en las decisiones que he tomado desde aquella época, casi prehistórica de mis quince años, pues además de graduarme de abogado trabajo justamente en el proceso de reforma judicial y estoy convencido, por los pocos pero sinceros argumentos señalados anteriormente, que la intervención en este tipo de procesos debe ser de todos, ya sea porque se trata de un tema social o por aquella idea casi real de que todo lo posible puede ser realidad aunque parezca improbable.

Néstor Arbito Chica

El Proceso

I

Posiblemente algún desconocido había calumniado a Joseph K. pues, sin que éste hubiese hecho nada punible, fue detenido una mañana. La cocinera de su patrona, la señora Grubach, que diariamente le llevaba el desayuno a la cama, no apareció aquella mañana. Era la primera vez que ocurría esto. K. esperó aún un momento y miró apoyado sobre su almohada a la anciana que vivía frente a su casa, quien lo observaba con una curiosidad desusada; después, extrañado y hambriento al mismo tiempo, pulsó la campanilla. En ese mismo instante llamaron a la puerta, y entró en su dormitorio un hombre al que nunca había visto en la casa.

Era un personaje esbelto, de aspecto fuerte, enfundado en un traje negro y ceñido, parecido a una indumentaria de viaje, en el cual se advertían pliegues, hebillas, bolsillos, botones y un cinturón, que prestaba a esa vestidura una apariencia singularmente práctica, sin que se supiera claramente qué utilidad tenían todas esas cosas.

—¿Quién es usted? —inquirió K. incorporándose en su cama.

El hombre hizo caso omiso de la pregunta, como si su presencia fuese completamente normal en aquella casa, y se limitó a preguntar a su vez:

—¿Ha llamado usted?

—Anna debe traerme el desayuno —dijo K., procurando llegar a una conclusión sobre la personalidad de su visitante. Pero el otro no se entretuvo en dejarse examinar, sino que, dirigiéndose hacia la puerta, la abrió diciendo a alguien que debía encontrarse tras la misma:

—¡Desea que Anna le traiga el desayuno!

En la habitación vecina se oyó una risita que, a juzgar por el ruido, no era posible establecer si correspondía a una o más personas. Pese a que el extraño no hubiera podido averiguar por aquella risa lo que no sabía de antemano, dijo a K. en forma de advertencia.

—Es posible.

—¡Es lo que faltaba! —exclamó K. saltando de la cama para ponerse el pantalón—. Veré qué clase de personas están en la habitación y cómo me explica la señora Grubach esta intrusión.

Inmediatamente advirtió que no debía haber dicho eso en alta voz, porque al hacerlo así, parecía en cierto modo admitir el derecho que tenía aquel desconocido para vigilarle: sin embargo, el desconocido ya lo había comprendido, pues le dijo:

—¿No es mejor que se quede aquí?

—No quiero ni quedarme aquí ni que se dirija a mí mientras no sepa quién es usted.

—Se lo he preguntado sin mala intención —dijo el extraño, y abrió la puerta por propia iniciativa.

La habitación contigua, en la que K. entró más lentamente de lo que hubiera deseado, ofrecía casi exactamente el mismo aspecto de la noche anterior. Se trataba del salón de la señora Grubach, que parecía más amplio

que antes, con sus muebles, alfombras y porcelanas. Mas ello no se advertía inmediatamente, dado que el cambio más ostensible consistía en la presencia de un hombre sentado junto a la ventana y con un libro en las manos, del que separó la mirada al ver entrar a Joseph K.

—Debería usted haberse quedado en su habitación. ¿Es que no se lo advirtió Franz?

—Sí, pero, ¿qué quiere usted? —dijo K., separando los ojos del nuevo personaje para dirigirlos al que acababan de llamar Franz, el cual permanecía en el umbral de la puerta, y volviendo por último a fijar su mirada en el otro.

Por la ventana abierta volvió a ver a su anciana vecina, que seguía apoyada en la suya, mirando la escena con curiosidad verdaderamente senil y con el propósito de no perderse detalle de lo que iba a ocurrir.

—Debo hablar con la señora Grubach —exclamó K., y efectuó un movimiento como para zafarse de los dos hombres que, no obstante, se hallaban apartados de él, e intentó continuar su camino.

—No —dijo el que estaba junto a la ventana dejando su libro sobre una mesita e incorporándose—. No tiene derecho a salir. Se encuentra usted detenido.

—Así parece —dijo K., y agregó enseguida—: ¿Por qué?

—No hemos venido aquí para decírselo. Regrese a su cuarto y espere. El procedimiento ya está iniciado, de manera que se le informará de todo a su debido tiempo. Debe saber que me excedo en mis funciones al darle tantas explicaciones. Espero que me oiga sólo Franz, quien le trata también de la misma manera, infringiendo como yo todas las disposiciones. Si sigue usted con tanta suerte como ha tenido hasta ahora con nosotros puede tener esperanza.

K. pensó en sentarse, pero entonces advirtió que en toda la habitación no había otro asiento que el sillón que estaba colocado junto a la ventana.

—Ahora comprobará que es verdad todo lo que hemos dicho —dijo Franz, y se dirigió hacia él seguido del otro hombre. K. se sorprendió profundamente, sobre todo a causa de la actitud del último, que le palmoteó varias veces en la espalda.

Después examinaron en su camisa de dormir y le aconsejaron que se pusiera algo de inferior calidad, diciéndole que se quedarían con la que llevaba puesta, así como con toda su ropa blanca y que toda le sería devuelta en caso de que el asunto terminase bien.

—Es más conveniente —le dijeron— que nos entregue sus cosas para que las guardemos, ya que en el depósito son frecuentes las pérdidas y además es costumbre allí, pasado cierto tiempo, revender todo, sin que nadie se preocupe de averiguar si el proceso ha terminado o no. ¡Y ya se sabe qué largos son este tipo de procedimientos, sobre todo en los últimos tiempos! Pese a lo cual, el almacén le devolvería a usted el dinero que arrojase la venta, poca cosa en verdad, ya que en la operación el precio no lo determina la importancia de la oferta, y por otra parte la experiencia prueba que esas cantidades menguan al pasar de mano en mano.

K. le prestó escasa atención. No era importante para él el derecho que poseía sobre sus cosas.

Mucho más urgente era que se aclarase su situación; sólo que delante de aquella gente le era imposible reflexionar. El vientre del segundo agente —estaba claro que no podía tratarse sino de agentes— le rozaba cordialmente; pero cuando K. elevó la mirada hacia el

rostro de aquel hombre, vio que era enjuto, huesudo, con una nariz ancha y torcida, que no correspondía de ninguna manera con aquel corpachón, sino que parecía más bien adaptarse a la figura del otro agente. ¿Con qué clase de hombres estaba tratando? ¿De qué hablaban? ¿Perteneían a algún departamento oficial? K. era miembro de un Estado Constitucional en el cual reinaba la paz y el orden y las leyes eran cumplidas. ¿Quiénes eran aquellos sujetos que osaban echársele encima en su propia casa? Su tendencia había sido siempre considerar las cosas superficialmente, no creer en lo peor sino cuando era inevitable y no preocuparse excesivamente por el porvenir aun cuando éste se presente sombrío. Pero en la situación en que se encontraba no le pareció prudente tomar el asunto en broma. No dudaba que la situación en que estaba envuelto no era más que una broma pesada y que probablemente sus compañeros del banco la había organizado con motivo de que K. cumplía ese día treinta años. Por supuesto que podía tratarse de eso. Es probable que si se echase a reír, aquellos desconocidos hiciesen lo mismo; quizá aquellos guardias no fuesen más que dos mozos de cordel, ya que verdaderamente así lo parecían. Y pese a ello, desde el primer momento que vio a Franz había tomado la resolución de no ceder a esos sujetos la ventaja más pequeña que tuviese sobre ellos.

Aunque luego se dijese que no había interpretado la broma, no veía que ello significase un gran riesgo, pese a que recordaba otros casos en los cuales había procedido de una manera completamente imprudente, al contrario de lo que hacían sus amigos, y sin pensar en las consecuencias que ello podría acarrearle, se había visto per-

judicado por los acontecimientos. No quería que eso le volviera a suceder, y menos en esta ocasión. Si se estaba desarrollando una comedia, también él iba a participar.

Pero ahora todavía estaba libre.

—Permítanme que me retire —dijo deslizándose entre sus guardianes para marcharse a su cuarto.

—Está más razonable —oyó que murmuraban a su espalda.

Apenas estuvo en su habitación, se apresuró a abrir los cajones de su mesa, todo estaba en perfecto orden, pero su excitación le dificultó descubrir inmediatamente sus documentos de identidad.

Después de revolver los papeles para circular en bicicleta, ya se disponían a enseñárselos a aquella gente cuando, cambiando de parecer, lo consideró insuficiente, por lo que siguió buscando hasta que dio con su partida de nacimiento. Al entrar en la habitación contigua, precisamente en ese momento se abrió la puerta de enfrente, por la cual se disponía a entrar la señora Grubach. Ella sólo permaneció en el umbral un instante, pues apenas le reconoció se disculpó visiblemente confusa y se marchó cerrando la puerta con las mayores precauciones.

—¡Pase usted!

Eso fue todo lo que K. pudo decirle. Inmovilizado en medio de la habitación, con su documentación en la mano, sin separar la mirada de la puerta, que permaneció cerrada. Repentinamente, una llamada de los agentes le sobresaltó. Estaban sentados a una mesa junto a la ventana. Como K. pudo comprobar en ese momento, se preparaban a consumir su propio desayuno.

—¿A qué se debe que no haya entrado la señora Grubach? —preguntó K.

—No puede hacerlo —aseguró el mayor de los agentes.

—Pero, ¿puedo estar yo detenido, y para colmo de esa forma?

—Vuelve usted ya a empezar —dijo el agente mojando una tostada con mantequilla en el platillo de la miel—. No contestaremos a tales preguntas.

—Sin embargo debieran responder —replicó K.—. Aquí tengo mis documentos de identidad, enséñenme ustedes los suyos, sobre todo la orden de detención.

—¡Es posible! —exclamó el agente—. ¡Es usted difícil de hacer entrar en razón! Se diría que se empeña en irritarnos inútilmente a nosotros, que somos seguramente ahora las personas más adictas a usted.

—Así es, créalo —dijo Franz. Y en lugar de llevarse a la boca la taza de café que sostenía en la mano, dirigió sobre K. una larga mirada, sin duda muy significativa, pero que no fue del todo comprensible para éste, quien muy a pesar se vio envuelto en un prolongado diálogo de miradas, terminando finalmente por exclamar, esgrimiendo sus documentos:

—¡Aquí tengo mis documentos de identidad!

—¿Qué pretende usted que hagamos con ellos? —dijo entonces el mayor de los agentes—. Se porta usted peor que un niño. ¿Qué es lo que busca usted? ¿Se imagina que podrá apresurar el curso que debe seguir este proceso discutiendo con nosotros, que sólo somos unos simples agentes, sobre su orden de arresto y sus documentos de identidad? Nosotros somos nada más que unos funcionarios subalternos, y es muy poco lo que sabemos de documentos, nuestra tarea es vigilarle durante diez horas diarias y cobrar nuestro sueldo. Es eso todo.

No obstante, no ignoramos que las autoridades superiores, a cuyas órdenes estamos, estudian con toda minuciosidad las causas del arresto e indagan la conducta del detenido antes de dar la orden. Es imposible cometer algún error. Estas autoridades a cuyo servicio estamos, y de las cuales sólo conozco los grados inferiores, no son de las que investigan los delitos del pueblo, sino que son atraídas por los delincuentes, y cuando esto ocurre nos envían a nosotros, que somos los agentes de la ley, y por ello pensamos que no puede haber ningún error.

—Yo desconozco esa ley —dijo K.

—Mucho peor para usted —contestó el agente.

—Creo que esa ley no tiene existencia sino en la imaginación de ustedes —prosiguió diciendo K.

Deseaba encontrar un medio que le permitiese penetrar en el pensamiento de sus guardianes y de tornarlo propicio a él. Pero el guardia se limitó a decir:

—Ya experimentará usted los efectos de esa ley.

Intervino Franz.

—Tú puedes verlo, Willem. Admite su ignorancia de la ley, pero al mismo tiempo asegura que es inocente.

—Tienes razón. Nada podemos hacerle comprender —replicó el otro.

K. permaneció en silencio mientras pensaba:

«¿Perderé mi calma por la cháchara de estos subalternos, ya que ellos mismos admiten serlo? Puedo suponer que están hablando de cosas que desconocen por completo. La seguridad que aparentan es sólo producto de su ignorancia. Sólo bastaría cambiar algunas palabras con algún representante de la autoridad de mi misma condición, para que todo se torne mucho más claro que

si oigo los largos discursos de estos dos». Se desplazó varias veces de un extremo a otro de la habitación y pudo ver a la anciana de enfrente que había acercado hacia la ventana a otro anciano aún más viejo que ella, al que tenía sostenido rodeándolo con un brazo. K. experimentó la necesidad de poner punto final a tal comedia.

—Exijo ser llevado ante su superior jerárquico —dijo.

—Así lo haremos, pero cuando él lo pida. No antes —replicó el agente que había sido llamado Willem—. Por otra parte, mi consejo es que vuelva a su habitación y que espere allí sin perder la calma lo que se debe hacer respecto de usted. Procure no agotarse pensando inútilmente. Concentre más bien sus energías, ya que tendrá necesidad de ellas. No nos ha dado usted el trato de que somos merecedores. No ha tenido en cuenta que, quien quiera que seamos, somos representantes, por lo menos ante usted, de los hombres libres, y ello no es una ventaja desdeñable. Pese a lo cual, no tenemos ningún inconveniente, si es que usted tiene dinero, en traerle un desayuno del café de abajo.

K. no replicó a tal proposición. Siguió de pie un instante, en silencio. Si intentase quizá abrir la puerta del cuarto vecino o la del vestíbulo, los agentes no se lo impedirían. Era posible que la solución del asunto estribara en colocar las cosas en un punto extremo. Es probable que allí estuviese la solución. Pero también corría el riesgo de que los agentes se le echasen encima si intentaba hacerlo, y entonces se esfumaría toda la superioridad que aún podía mantener sobre ello. Así es que prefirió esperar una solución menos incierta que el orden natural de los acontecimientos traería por sí mismo.

Decidió regresar a su habitación sin agregar una palabra más. Se echó sobre la cama y cogió de su mesilla

de noche una manzana que el día anterior había guardado para desayunar. Era su único desayuno, pero no obstante, como se convenció al darle el primer mordisco, resultaba mucho mejor que el desayuno que le habían ofrecido sus dos guardianes. Se encontraba animoso y confiado. Esa mañana evidentemente no acudiría a su trabajo en el banco, pero ya que el puesto que ocupaba era relativamente elevado, esperaba que le excusarían con facilidad.

¿Era necesario alegar para excusarse la causa verdadera? Así lo haría. Si se negaban a creerlo, lo cual era muy probable en su caso, señalaría como testigo a la señora Grubach o a los dos ancianos que vivían en la casa de enfrente, los cuales se acababan de situar en la ventana que quedaba en frente de su habitación. Colocándose en el punto de vista de sus guardianes, K. se extrañaba de que éstos lo hubiesen alejado de la habitación en que se encontraba, dejándole solo en la suya, donde le era fácil poner fin a su vida. Al mismo tiempo se preguntaba, situándose en su propio punto de vista, qué causas podían determinar esa trágica resolución. ¿El hecho de que dos desconocidos estuvieran en la habitación de al lado tomándose su desayuno? Matarse por esta razón era un hecho tan insensato, que por más desesperado que estuviera, resultaba tan estúpido que nunca lo habría hecho. Además, si sus guardianes no fuesen tan obtusos, advertirían riesgos en dejarle solo. No obstante, estaban en condiciones de vigilarle, si ése era su propósito. Podrían verle buscar una botella de aguardiente, de marca excelente, que tenía guardada en su armario y beberse un vaso, para suplir el desayuno, u otro más para darse valor, en el supuesto caso de que le fuera necesario ese valor. Repentinamente se sobresaltó de tal

modo, al oír que le llamaban desde la habitación vecina, que el vaso chocó contra sus dientes.

—Le llama el inspector —oyó que le decían.

Lo que habría provocado su terror era solamente el grito corto, gutural, asemejándose a una orden militar, del que nunca hubiera supuesto capaz de emitirlo, el agente Franz. Por lo que respecta a la orden en sí, la acogió complacido.

—¡Al fin! —exclamó con la voz más tranquila.

Cerró el armario e irrumpió en la habitación vecina, donde se encontró con los dos agentes, que le ordenaron volver nuevamente a su habitación, como si eso fuese completamente normal.

—¡Cómo! —le dijeron— ¿Cree que es posible presentarse en mangas de camisa ante el inspector?

—¡Al demonio! ¡Déjenme tranquilo! —gritó K., situándose otra vez junto al armario—. ¿Cómo pueden pretender que esté vestido de etiqueta cuando se me viene a sorprender en mi cama?

—Nos es imposible ayudarle —dijeron los agentes, los cuales permanecían sosegados, mientras K. gritaba, con lo cual le confundían y en cierto modo le hacían tranquilizarse.

—¡Ridícula situación! —masculló entre dientes, pese a lo cual tomó una chaqueta colgada de su silla y la exhibió un momento, proponiéndola al juicio que podía merecer a sus guardianes, los cuales negaron sacudiendo la cabeza.

—Se hace necesario un traje negro —le dijeron.

—Si es útil para apresurar el caso, sea —dijo K., que abrió el armario y se puso a buscar durante largo tiempo

entre sus numerosos trajes. Escogió uno negro, el de mejor calidad, un chaqué de corte muy elegante, que había impresionado a sus amigos cuando lo estrenó. También sacó una camisa y empezó a vestirse con todo cuidado.

Pensaba, para su fuero interno, que de esta manera había dado más rapidez al procedimiento, al haberse olvidado los agentes de obligarle a bañarse. Lo estudió atentamente, tratando de adivinar si no iban a recordarle que debería hacerlo, pero éstos parecían haberlo olvidado. Willem envió a Franz a comunicarle al inspector que K. se estaba vistiendo.

Una vez que estuvo completamente vestido, se dirigió hacia la habitación vecina, seguido por Willem. La puerta de la misma se encontraba abierta de par en par. Esta habitación, como ya sabía K., se encontraba ocupada, hacía todavía no mucho tiempo, por la señorita Burstner, una mecanógrafa, que salía a hora muy temprana para su empleo, regresando más tarde del mismo. Hasta entonces K. no había cambiado con ella más que unas pocas palabras de saludo, cuando se cruzaban. La mesilla de noche que estaba colocada siempre junto a la cama ahora se hallaba en el centro de la habitación para que hiciera las veces de mesa de despacho. Detrás de la misma estaba sentado el inspector con las piernas cruzadas y con un brazo apoyado en el respaldo de la silla.

En un extremo de la habitación, tres hombres jóvenes, de pie, miraban las fotografías de la señorita Burstner, que estaban colgadas de la pared. Del pica-
porte de la ventana que estaba abierta colgaba una blusa de la señorita Burstner. En la ventana de enfrente estaban apoyados de nuevo los dos ancianos, aunque ahora había aumentado el número de mirones, pues tras ellos se divisaba un hombre que les aventajaba en estatura,

el cual tenía la camisa abierta sobre el pecho y retorció constantemente su barba rojiza entre los dedos.

—¿Es usted Joseph K.? —inquirió el oficial, probablemente sólo con el propósito de atraer sobre él la mirada distraída de K., quién afirmó con la cabeza: ¿Supongo que estará usted muy extrañado por los acontecimientos de esta mañana? —preguntó el inspector, apartando hacia un lado con las dos manos los objetos que estaban sobre la mesilla de noche: la lámpara, los fósforos, un libro y el costurero, como si se tratase de cosas que le fueren necesarias para el interrogatorio.

—Completamente —contestó K., satisfecho por que supuso que por fin se hallaba ante una persona razonable, de quien no dudaba que podría comprender su caso apenas se lo explicase—. Verdaderamente me encuentro sorprendido, aunque de ninguna manera muy sorprendido.

—¿No está usted muy sorprendido? —le preguntó el inspector, poniendo nuevamente la lámpara en el centro de la mesa y reuniendo los demás objetos a su alrededor.

—Quizá no me ha entendido usted bien lo que quiero decirle —se precipitó a explicarle K.—. Yo quería decir... —se detuvo mirando a su alrededor en busca de alguna silla—. ¿Me permitiría sentarme? —preguntó.

—No se acostumbra a hacerlo en casos como éste —replicó el inspector.

—Lo que quiero decir —prosiguió K. sin detenerse nuevamente— es que aunque estuviera en extremo sorprendido, hace ya treinta años que estoy en este mundo y he tenido que desenvolverme solo. Estoy bastante preparado contra los acontecimientos imprevistos, lo cual me ha enseñado a no preocuparme excesivamente en situaciones como la de hoy.

—¿Por qué lo está entonces por lo ocurrido esta mañana?

—Nunca he considerado sin importancia este asunto, ya que todos los medios que se han desplegado son demasiado importantes para que carezca de significado. Si sólo se tratase de una puesta en escena, sería necesario que todos los que habitan en esta casa tomaran parte en la comedia, inclusive usted, y ello excedería los límites habituales de una broma. Así que nunca he pensado que se tratase de eso.

—Por supuesto —contestó el inspector, que parecía contar los fósforos que contenía la cajita.

—Por lo demás —prosiguió K., como dirigiéndose a todos los que estaban presentes, y la verdad es que le hubiera complacido que los tres jóvenes que estaban mirando la fotografía se hubieran dado vuelta para escucharle— este caso no puede ser muy relevante, lo infiero del hecho de ser acusado sin que pueda determinar la falta que justifique tal acusación. Pero estimo que también esto es secundario. Lo esencial es saber concretamente de qué soy acusado y qué autoridad dirige el procedimiento pertinente. ¿Son ustedes funcionarios? Observo que ninguno de ustedes está uniformado, a menos que se considere como uniforme su traje —dijo indicando el de Franz, que por otra parte se asemejaba a un simple traje de viaje—. Estas son las preguntas que les agradeceré mucho que me aclaren, pues estoy persuadido de que una vez explicadas podremos despedirnos con la mayor cordialidad.

El inspector colocó la caja de fósforos sobre la mesa.

—Me temo que está usted equivocado. Las personas

aquí presentes, y yo mismo, sólo cumplimos un papel muy limitado en esta cuestión, pues ignoramos casi todo sobre la misma. Aunque estuviésemos debidamente uniformados, su situación sería idéntica. No mejoraría en absoluto. Me es imposible decir si pesa alguna acusación sobre usted, y para ser más claro, no sé si lo está. El hecho es que está detenido, y eso es sólo lo que sé. Si mis agentes le han insinuado otra cosa, le aseguro que no debe tomarlo en cuenta. Pero si no me es posible dar contestación a sus preguntas, puedo sugerirle que se preocupe menos de nosotros y de todo lo que ha ocurrido aquí esta mañana y que se observe más a sí mismo. Además, tampoco es conveniente que alardee tanto de su inocencia, ya que ello no impresiona favorablemente, pese a que en otros aspectos puede serle conveniente. También debe controlarse en sus manifestaciones verbales, pues la mayor parte de lo que ha expresado antes era posible haberlo dicho con menos palabras, y este hecho no es demasiado favorable para su causa.

K. miró atentamente al inspector. ¿Era posible que ese hombre, quizá más joven que él, se permitiese darle una lección como si fuese un niño? ¿Se le castigaba por su sinceridad con una reprimenda? ¿No se dignaría explicarle nada sobre la causa y la autoridad que habían decidido su detención? Y algo irritado, comenzó a pasear a lo largo de la habitación a lo cual no le pusieron ningún impedimento. Se estiró los puños de la camisa, se arregló la perchera, se alisó el pelo y añadió:

—Todo esto carece de sentido.

Los tres hombres le miraron con gravedad. K. se detuvo frente a la mesa que ocupaba el inspector.

—Hasterer, el fiscal, es mi amigo. ¿Es posible telefonarle?

—Por supuesto —replicó el inspector—, pero me es imposible comprender la razón de hacerlo, salvo que quiera llamarle para algún asunto privado.

—¿Es que no alcanza usted a comprenderlo? —exclamó K. más confuso que irritado—. Pero ¿qué clase de personas son ustedes? Pretenden que mi llamada telefónica nada tenga que ver con la situación que nos ocupa y actúan de un modo tal, que debo calificarlo de carente de sentido. ¿Puede alguien decirme si no es para quedarse atónito? Por lo pronto caen sobre mí, me aíslan y me someten a humillaciones. ¿Es que en semejante situación, carece de sentido llamar a un abogado, teniendo que considerarme detenido? Pero no lo haré. Renuncio a llamarle.

—Le suplico que haga la llamada —le dijo el inspector indicándole con un gesto de su mano la dirección del vestíbulo, donde estaba el teléfono.

—Ya no llamaré —replicó K. caminando hacia la ventana, donde se encontraba asomado el grupo que se había formado antes, que se mostraron confusos en su prolongada contemplación, cuando K. se aproximó para mirarles. La pareja de ancianos hicieron ademán de apartarse, pero el hombre que se encontraba tras ellos los calmó.

—¡Vaya, tenemos observadores! —exclamó K. en alta voz, dirigiéndose al inspector e indicando con su índice la ventana de enfrente— ¡Váyanse! —les increpó. Sorprendidos, retrocedieron los tres con rapidez dos pasos hacia atrás. Los dos ancianos se escondieron detrás del hombre, que los ocultó con su corpachón, y a juzgar por el movimiento de sus labios, les habló algo, que la distancia les impidió oír. No obstante, no se ocultaron del todo, como si aguardasen el momento en que K. no

pudiera verles, para volver a colocarse en la ventana.

—¡Son agentes carentes por completo de educación, sin ningún respeto por los demás! —dijo K. dando la espalda a la ventana. Al mirar al inspector, le pareció notar que aprobaba sus palabras, pero estaba también dentro de lo posible que éste no hubiera reparado en lo sucedido, pues tenía una mano sobre la mesa y parecía muy interesado comparando la longitud de sus dedos. Los dos agentes estaban sentados sobre un baúl cubierto con un tapiz, frotándose las rodillas. Por su parte, los tres jóvenes con las manos apoyadas en las caderas oteaban a su alrededor con aire distraído. Flotaba un gran silencio, como si se tratase de una oficina abandonada.

—Señores —dijo K., y por un instante tuvo la sensación de que caía sobre sus hombros el peso de toda aquella gente—, de acuerdo a la actitud que observan, mi caso está terminado. Según mi opinión es más adecuado no pensar ya más si su actuación es o no correcta y poner fin amigablemente a esta cuestión dándonos un apretón de manos. Si tienen la misma opinión, aquí está la mía.

K. se había acercado a la mesa del inspector con la mano extendida. Pero éste miró hacia el techo, mordió sus labios y miró vagamente la mano de K., que todavía pensaba que el otro se la estrecharía; pero éste se levantó, cogió un sombrero que estaba encima de la cama de la señorita Burstner y se lo colocó con las dos manos, con sumo cuidado, como si tratase de probarse un sombrero nuevo.

—Usted supone que todo esto es muy simple —le dijo a K.—. De acuerdo con su criterio deberíamos poner un punto final amigable a esta cuestión; pero en verdad no es posible, lo que significa, por otra parte, que debe usted perder la esperanza en un feliz desenlace. ¿Por qué

no habría de ser así? Solamente está detenido. No hay hasta ahora más que eso. La misión mía era hacérselo saber. Así lo he hecho y he visto cual ha sido su reacción. Ya es bastante por hoy, de manera que sería mejor despedirnos, por supuesto que transitoriamente. Presumo que deseará usted ir al banco.

—¿Al banco? —inquirió K.—. Pensé que estaba detenido.

K. hizo la pregunta con despecho y altanería, pues a pesar de que le habían rechazado el apretón de manos, se notaba cada vez menos supeditado a todo aquello, sobre todo a partir del momento en que el inspector se había levantado de la silla. Había decidido, si es que realmente se marchaban, ir con ellos hasta la puerta de la calle y pedirles que le detuvieran. Así es que repitió:

—¿Es que puedo ir al banco estando arrestado?

—¡Veo que no me ha entendido! Es verdad que se encuentra detenido, pero eso no implica que no pueda atender a sus obligaciones. No debe usted perturbar su vida normal.

—Pero si es así, mi detención nada tiene de trágica.

—Estoy de completo acuerdo —contestó éste.

—Entonces, y en tales condiciones, no parece obligado siquiera haberme comunicado un arresto semejante —contestó K. acercándose al inspector.

También los otros se habían aproximado. Estaban junto a la puerta formando un grupo apretado.

—Ese era mi deber —replicó el inspector.

—Estúpido deber —contestó K. con tono implacable.

—Es posible —fue la respuesta del inspector—, pero no podemos perder el tiempo en discusiones sin sentido.

Creía que su propósito era ir al banco. Ya que concede usted tanta importancia a las palabras, quiero establecer que no es mi propósito obligarle a ir al banco. Deduje nada más que era su deseo, y para hacer más cómoda su situación y que pasase todo de la manera más discreta, hice venir conmigo a estos tres caballeros, que son colegas, a los que he suplicado que se pongan a sus órdenes.

—¡Es posible! —dijo K. contemplando atónito a los tres jóvenes en cuestión, a los cuales, seres insignificantes y paliduchos, no podían imaginarlos nada más que alrededor de las fotografías de la señorita Burstner. Se trataba, en efecto, de empleados de su banco, sin categoría de colegas, lo que hubiese sido una afirmación exagerada. Evidentemente aquellos equivalían a un error, que disminuía la eficacia del inspector, ya que no eran más que empleados subalternos del banco. ¿Cómo es que no había reparado antes en ellos? Sólo se lo explicaba por haber estado totalmente pendiente del inspector y sus hombres, lo que le impidió reconocerles. Uno era el tonto Rabensteiner, moviendo siempre sus manos; otro Kullich, rubio, con órbitas profundas, y por último Kaminer, con una sonrisa permanente que resultaba insoportable, motivada por un tic nervioso.

—Buenos días, caballeros —exclamó K. pasado un momento, tendiendo su mano a los tres jóvenes, que le contestaron con una correcta inclinación—. Lamento no haberles reconocido. De manera que iremos todos juntos al trabajo, ¿no es así?

Los tres aprobaron con sonrisa solícita, dando la impresión que ésa había sido su única misión todo el tiempo que estuvieron allí; y cuando K. manifestó que había olvidado el sombrero en su habitación, se lanzaron uno tras otro en su búsqueda, prueba palpable de que esta-

ban confundidos. K. se quedó mirándoles a través de las dos puertas abiertas, y reparó que el más lerdo fue, como suponía, el apático Rabensteiner, que lo hizo a un trote lento y discreto. Kaminer, por fin, le entregó el sombrero y K. pensó que con toda seguridad su sonrisa no era deliberada. Además ya lo había advertido otras veces en el banco. Por lo demás, de ninguna manera podía Kaminer sonreír con intención. La señora Grubach, que estaba en el vestíbulo, abrió la puerta a todos, sin dar muestras aparentes de sentirse culpable. Como sucedía casi siempre, la mirada de K. se dirigió hacia la cinta del delantal de la mujer, que dividía su robusto cuerpo de forma verdaderamente innecesaria. Una vez en la calle, y mirando su reloj, determinó tomar un taxi para no hacer más largo el retraso existente. Kaminer galopó hasta la esquina buscando un coche. En cuanto a los otros dos, se preocupaban denodadamente por entretener a K.; repentinamente Kullich señaló hacia la puerta de la calle de la casa de enfrente donde acababa de aparecer el hombra-chón de la barba roja; aparentemente incómodo en ese momento, por exhibirse en toda su gordura, retrocedió rápidamente pegándose contra la pared. Probablemente los dos ancianos debían de estar todavía en la escalera. K. se notó molesto contra Kullich por concentrar su atención en aquel individuo en el que él había reparado, y al que incluso había pensado que vería entonces.

—¡Deje usted de mirar! —ordenó sin reparar que aquella manera de expresarse podía parecer improcedente a hombres que se consideraban libres. Pero no se vio obligado a dar ninguna explicación, pues en ese momento el coche llegó y cada uno ocupó su sitio, poniéndose en marcha. K. reflexionó que no se había dado cuenta de cuándo se habían ido el inspector y los agentes. Éste

había mantenido oculta la personalidad de los tres empleados, pero eran ahora ellos quienes habían disimulado su partida. Juzgó su distracción como una carencia de presencia de ánimo, haciéndose el firme propósito de vigilarse en el futuro. Pero le fue imposible evitar volverse otra vez para comprobar si era todavía posible ver por la ventanilla trasera del coche al inspector y sus hombres. Luego se decidió por arrinconarse en su asiento, renunciando a todo intento de localizarles.

Pese a que su aspecto irradiaba seguridad, sentía una profunda necesidad de alguien que le animase, pero sus acompañantes tenían aspecto de cansados; Rabensteiner miraba a la derecha y Kullich hacia la izquierda, de forma que el único que no estaba ausente era Kaminer, con su eterna sonrisa, de la cual un sentido de humanidad impedía cualquier intento de burla.

Al empezar ese año, K., cuya hora habitual de salir de su oficina era la noche, tenía la costumbre al marcharse de dar un paseo, solo a veces y otras en compañía de alguno de sus colegas.

Después solía concurrir a un café, donde se sentaba en una mesa reservada, en tertulia con señores en general de más edad que él, retirándose hacia las once. En ocasiones este programa se alteraba, pues a veces K. era invitado por el director del banco —que estimaba mucho su capacidad y la apreciaba— a comer en su casa o a pasear en su coche. Por otra parte, K. acostumbraba a visitar en su casa a una chica, Elsa, que trabajaba de noche como camarera en una taberna y que durante el día recibía en la cama a sus amigos.

Sin embargo aquella noche había pasado el tiempo con gran rapidez, por el intenso trabajo y la enorme cantidad de amables felicitaciones, pues era el día de su cumplea-

ños, y K. optó por marcharse a su casa directamente.

Durante el transcurso del día, en los pequeños intervalos de su trabajo, no dejó de considerar el caso, y suponía que los hechos ocurridos aquella mañana habrían ocasionado un desconcierto en la pensión de la señora Grubach, considerando imprescindible su presencia para que las cosas volviesen a su sitio. En cuanto el curso normal de los acontecimientos fuese establecido, se borraría todo rastro de hechos anómalos y la vida volvería a discurrir plácidamente. Por lo que respecta a los tres empleados, no serían motivo de inquietud. Habían vuelto a ser absorbidos entre la muchedumbre de empleados del banco y no era observable de ningún cambio de actitud. K. los había llamado en varias ocasiones a su oficina, solos o juntos, para estudiarles, y no notó el más leve cambio de su conducta, lo cual le tranquilizó.

Cerca de las diez de la noche volvió a su casa y encontró en el portal a un joven, que con las piernas separadas estaba fumando una pipa.

—¿Usted, quién es? —inquirió K. acercando su cara a la del muchacho, ya que se veía muy mal con la poca luz del portal.

—Yo soy el hijo del portero, señor —contestó el joven, quitándose la pipa de la boca y apartándose hacia un lado.

—¿El hijo del portero? —repitió K. haciendo sonar nerviosamente contra el piso la punta del bastón.

—¿Quiere usted alguna cosa? ¿Necesita que llame a mi padre?

—No, por supuesto que no —contestó K. con una inflexión amable en la voz, como si el muchacho hubiese cometido algo incorrecto, que él estaba dispuesto a per-

donar—. Todo está bien —agregó, siguiendo su camino.

No obstante, se dio vuelta otra vez, antes de subir la escalera.

Podía haberse ido directamente a su habitación, pero como deseaba hablar con la señora Grubach, optó por llamar antes a su puerta. La encontró sentada en una mesa, en la que había un montón de medias viejas que estaba zurciendo. K. le pidió disculpas con aire distraído por molestarla a esas horas, pero la señora Grubach estuvo muy amable y consideró innecesarias sus disculpas, diciéndole que, como de costumbre, estaba siempre a su disposición, ya que él era el preferido de sus huéspedes. K. paseó su mirada por la habitación, constatando que la misma había adquirido su aspecto anterior, las tazas del desayuno que por la mañana se hallaban encima de la mesa, al lado de la ventana, ya no estaban allí. «Las manos femeninas adelantan mucho calladamente», pensó. Quizá él hubiese roto aquella vajilla, pero dudaba mucho de que hubiese sido capaz de transportarla indemne. Miró entonces con agradecimiento a la señora Grubach.

—¿Es necesario que trabaje usted hasta estas horas?
—le preguntó K. Los dos estaban sentados junto a la mesa, y K. ponía de vez en cuando las manos en el montón de medias.

—Es que estoy llena de trabajo —contestó la señora Grubach—. Durante todo el día tengo que atender a mis pensionistas, de forma que no hay más remedio, para atender mis cosas, que trabajar de noche.

—Precisamente hoy, por mi culpa, debe haber tenido usted mucho trabajo. ¿No es así?

—¿A qué se refiere? —le preguntó ella, con expresión

animada, colocando en su falda la media que estaba cosiendo.

—Aludía a los hombres que estuvieron aquí por la mañana.

—¡Ah, claro! —exclamó, volviendo a su actitud tranquila—. De ninguna manera. No me ha ocasionado mayor trabajo del corriente.

K. la miró en silencio mientras ella volvía a coser la media que estaba sobre su falda. «Está sorprendida de que yo haya tocado el asunto; incluso supongo que lo reprueba. Ello torna más imprescindible tratar esas cosas. Lo deplorable es que sólo pueda tratarlo con esta anciana».

—Lo que ha pasado esta mañana le ha ocasionado algún trabajo, aunque espero que no vuelva a suceder.

—No, creo que no volverá a repetirse —manifestó ella mientras sonreía a K. de una manera melancólica.

—¿Así lo cree usted verdaderamente? —le preguntó K.

—Sí —dijo ella bajando el tono de voz—. Creo que no debe tomarlo como una cosa muy grave. Son cosas que a veces pasan. Ya que me habla usted con tanta franqueza, señor K., tengo que revelarle que cometí la indiscreción de oír algo detrás de la puerta y que también los agentes me hicieron algunos comentarios confidenciales. Está en juego su felicidad y se trata de un asunto que me afecta mucho, posiblemente más que lo que me corresponde ya que solamente soy su patrona. Debo decirle que algo he oído, pero nada que revista gravedad. Verdad es que está usted detenido, aunque no como si fuese un ladrón; si estuviese detenido así, eso sí sería grave; pero su arresto... tengo la idea de que es algo peculiar, un caso escogido, que por supuesto no acierto

a comprender, aunque por lo demás yo no tengo capacidad para comprenderlo.

—Es bastante exacto lo que usted acaba de decir, señora Grubach, y yo también participo en parte de su juicio; pero creo ver más allá que usted. No veo que solamente se trate de algo especial, sino de una tontería. Fui cogido por sorpresa. Si cuando me desperté me hubiese levantado sin desconcertarme por la ausencia de Anna y me hubiese encaminado directamente a usted, haciendo caso omiso de quienes pudiesen interceptar mis movimientos, desayunando —aunque no es lo habitual— en la cocina, adonde podía usted haberme traído mi ropa desde mi dormitorio, en fin, si hubiese actuado normalmente, pienso que nada hubiera ocurrido, pues se habría desvanecido sin llegar a suceder. ¡Estamos tan poco preparados! Si hubiese sido en el banco, por ejemplo, allí sí que estoy siempre preparado, por lo cual no hubiese pasado nada. Siempre hay un empleado que está a mis órdenes, el teléfono directo y el teléfono interno, constantemente llega gente, clientes y empleados, y además estoy siempre lleno de trabajo, y por ello estoy siempre sereno. Debo decirle que de haber ocurrido allí una situación tal, hasta me hubiese gustado afrontarla. Pero puesto que ya todo ha terminado, no deseo hablar más. Solamente me gustaría conocer la opinión que le merece este caso, ya que considero que es usted una mujer sensata y constituye un placer para mí saber que somos de la misma opinión. En este caso, deme su mano. Este apretón confirmará nuestra identidad de opinión.

«¿Me estrechará la mano? El inspector lo eludió», pensó K. mientras estudiaba atentamente a la mujer. Como él se había puesto de pie, también lo hizo ella,

con un aire ligeramente confuso, ya que no había podido entender todo lo que K. le explicó. Su turbación fue la causa de que dijese algo que de otra manera no hubiese dicho, y que no venía a cuento.

—No lo considere tan grave, señor K. —dijo la señora Grubach con voz temblorosa, olvidando la mano que le había tendido K.

—No lo considero grave, que yo sepa —replicó K., notando que le invadía un desánimo al percibir la inanidad de los estímulos de la señora Grubach.

Antes de dejar la habitación, preguntó:

—¿Está en casa la señorita Burstner?

—No —contestó ella con una sonrisa de simpatía, que acompañó a la explicación—. Está en el teatro. ¿Desea usted hablarle? ¿Prefiere dejarle algún mensaje?

—No, solamente quería disculparme ante ella por haber usado esta mañana su habitación.

—No hay necesidad de ello, señor K. Es usted muy amable. La señorita Burstner ignora lo que pasó, pues dejó la casa muy temprano y todavía no ha vuelto; por lo demás, he ordenado su cuarto. Puede usted verlo.

Y se dirigió hacia la puerta de la habitación de la señorita Burstner para abrirla.

—Gracias, no es necesario —dijo K., que no obstante se acercó para mirar.

La luna alumbraba suavemente la habitación oscura. No obstante podía verse que todo había recobrado su lugar. La blusa no estaba ya colgada de la ventana, las almohadas de la cama parecían muy altas y se hallaban en parte iluminadas por la luz de la luna.

—La señorita Burstner suele regresar muy tarde —dijo

K. mirando a la señora Grubach como si se tratase de la responsable de tal proceder.

—Es propio de su juventud —respondió la señora Grubach con una inflexión de disculpa en su voz.

—Por supuesto, por supuesto —dijo K.—, aunque no se deben extremar las cosas.

—Así lo creo —aprobó la señora Grubach—.

¡Tiene usted toda la razón! Ese creo que es el caso. No es mi propósito criticar a la señorita Burstner, a la que considero una buena chica, muy amable, ordenada, puntual en sus obligaciones. Estimo mucho todas esas condiciones, pero también opino que debería ser más prudente. Durante este mes, la he visto dos veces por calles alejadas, con un acompañante distinto en cada ocasión. No sabe usted cuánto lo siento, y le aseguro, por Dios, que sólo usted lo sabe. Pero también otras cosas que me hacen dudar de ella.

—Está usted muy equivocada —replicó K. con rabia que no pudo ocultar—. Y por otra parte, ha interpretado mal mis comentarios sobre ella. Nada más alejado de mi ánimo que insinuar lo que veo que usted ha pensado. Le recomiendo que evite hablar con ella de esta cuestión, ya que no hay nada que se parezca a lo que usted da a entender. Conozco perfectamente bien a la señorita Burstner y puedo afirmar rotundamente. Aunque se me ocurre que estoy yendo demasiado lejos. No tengo derecho a impedirle que haga usted lo que considere oportuno. Puede decirle lo que se le antoje. Buenas noches.

—Por favor, señor K... —exclamó la señora Grubach con voz plañidera, siguiéndole hasta la puerta de su habitación, que él ya había abierto—, de ninguna manera

hablaré con la señorita. Lo primero que haré, por supuesto, será observarla más. Ha sido usted únicamente a quien le he contado lo que sabía. Aunque, por otra parte, este asunto también es de interés para los demás pensionistas, ya que supongo que quieren vivir en una pensión decente. Eso es lo único que pretendo.

—¡Decente! —prorrumpió K. a través de la rendija de su puerta—. Si su propósito es que ésta sea una pensión decente, debe empezar por despedirme.

Entonces cerró la puerta de un portazo, sin hacer el menor caso a las discretas llamadas que todavía hizo la señora Grubach.

Como todavía no tenía sueño, determinó no acostarse y así poder saber la hora en que volvería la señorita Burstner. Quizá tuviese ocasión de poder hablar algo con ella. Se situó, cansado, al lado de la ventana y se le ocurrió que podía castigar a la señora Grubach, convenciendo a la señorita Burstner de que dejara junto con él la pensión; pero pensándolo mejor, desechó tan exagerado propósito que creyó un acto descabellado y, además, indignado y superfluo.

Luego, fatigado de atisbar la calle, desierta a aquella hora, se echó sobre el sofá, tras abrir un poco la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Así le sería posible localizar inmediatamente a quien entrase. Allí permaneció fumando hasta cerca de las once. A continuación le fue ya imposible permanecer así y se levantó para dar paseos a lo largo del vestíbulo, como si pudiera de esta manera adelantar el regreso de la señorita Burstner. Nunca había experimentado una atracción especial hacia ella, e inclusive no había reparado casi en su aspecto; pero como sentía la necesidad de hablarle, su excitación aumentaba al ver que su tardanza hacía

aún más penoso el desconcierto en que se hallaba sumido. También la hacía responsable de no haber cenado y de haber abandonado su propósito de visitar a Elsa.

Por otra parte, comprendía que todavía estaba a tiempo de hacer las cosas con sólo marcharse al café donde trabajaba Elsa. Tomó la determinación de hacerlo, en cuanto llegase la señorita Burstner y hablase con ella.

Eran más de las once y media cuando oyó pasos en la escalera. K. estaba ensimismado en sus pensamientos y daba grandes pasos por el vestíbulo. Al oírlos, se escondió tímidamente detrás de la puerta. La señorita Burstner entró, y al cerrar la puerta de entrada se echó, tiritando, un chal sobre sus esbeltos hombros. K. pensó que era el momento en que debería hablarle, pues era cerca de medianoche, y no sería correcto ir a su habitación. Desgraciadamente, se había olvidado de encender la luz de su dormitorio, y si aparecía así en la oscuridad, seguramente la asustaría. Se sentía desorientado, y como no podía perder tiempo, musitó a través de la abertura de su puerta:

—Señorita Burstner.

La voz tenía un tono de ruego, más que de llamada.

—¿Quién está ahí? —inquirió la señorita Burstner, mirando sorprendida en torno suyo.

—Soy yo —exclamó K. adelantándose un poco.

—¡Ah, es usted, señor K.! —dijo sonriendo la señorita Burstner—. ¡Buenas noches! —exclamó alargándole la mano.

—Me gustaría que hablásemos unas palabras. ¿No tiene inconveniente en que sea en este momento?

—¿En este momento? —preguntó la señorita Burstner—. ¿Tiene que ser ahora mismo?

—Estoy aguardándola desde las nueve.

—Sí, claro. Yo estaba en el teatro. Me era imposible saberlo.

—La verdad es que el motivo para hablar con usted sólo se suscitó esta mañana.

—¿Ah, sí? No tengo ningún inconveniente en que hablemos, sólo que me encuentro cansadísima. Entre un momento en mi habitación. En este sitio no podremos hacerlo sin despertar a toda la gente, y eso es más penoso para mí que para los demás. Quédese aquí y, cuando encienda la luz de mi habitación, apague usted aquí.

K. lo hizo así. Y después permaneció esperando hasta que la señorita Burstner le volvió a decir que entrase en su habitación.

—Tome asiento —le dijo indicándole un diván. Mientras, ella se quedó de pie al lado de la cama, pese a la fatiga que había dicho sentir. Tampoco se quitó su coquetón sombrerito adornado con muchas flores.

—¿Qué es lo que usted desea decirme? Tengo una gran curiosidad por saberlo —dijo cruzando con gracia sus piernas.

—Quizá opinará usted —empezó K.— que la cuestión no urgía tanto como para que sea preciso tratarla en este momento, pero...

—No suelo prestar gran atención a estos introitos —le cortó la señorita Burstner.

—Eso hace más fácil mi explicación —contestó K.—. El caso es que esta mañana su habitación ha sido un tanto desordenada, en parte por mi culpa. Lo hicieron unos extraños, y me fue imposible impedirlo, empero, como ya sabe usted, por mi culpa. Por esto quería pedirle que me dispense.

—¿En mi dormitorio? —observó la señorita Burstner mirando con atención a K., en vez de examinar su habitación.

—Así fue —replicó K., y por vez primera los dos se miraron a los ojos. La forma en que se produjo no merece mencionarse.

—No obstante, la situación es curiosa, ¿no le parece? —preguntó la señorita Burstner.

—No lo creo así —replicó K.

—No pretendo obligarle a hablar de ello. Si usted afirma que el asunto no tiene importancia, no tengo nada que agregar. Por lo que hace a las excusas que me pide, se las otorgo desde ahora, y además no observo en mi habitación el menor rastro de desorden.

Poniendo sus manos en las caderas recorrió la habitación, y se detuvo frente al lugar donde estaban clavadas las fotografías.

—Oh, mire. Mis fotografías están mal colocadas. Eso no me parece bien. Pero ¿entonces es verdad que han entrado sin permiso a mi habitación?

K. afirmó con la cabeza, maldiciendo en su fuero interno al empleado Kaminer, que nunca podía controlar su estúpida manía de revolverlo todo.

—Es raro —dijo la señorita Burstner— que me vea forzada a prohibirle algo que usted mismo debiera obligarse a no hacer, esto es, a que penetre en mi cuarto estando yo ausente.

—Creo ya habérselo explicado, señorita —replicó K. acercándose también a las fotografías—. No fui yo quien cambió de lugar las fotografías: pero ya que no cree en mis palabras, me veo en la obligación de manifestarle que los agentes investigadores se hicieron

acompañar por tres empleados del banco. Uno de ellos se tomó la libertad de cambiar la colocación de sus retratos. Tomaré medidas para que sea despedido del banco en la primera ocasión que se presente. Se trató, en efecto, de una comisión investigadora —agregó con una expresión de interrogación en la mirada de la señorita Burstner.

—¿Fue por usted? —preguntó la señorita Burstner.

—Así es —contestó K.

—¡No! —exclamó ella con una carcajada.

—Sí —afirmó K.—. ¿Me cree usted inocente?

—¿Inocente? No pretendo aventurar un juicio, que puede tener consecuencias imprevistas. Le conozco muy poco. Lo que no puedo ignorar es que sólo para localizar a un peligroso se toma la medida de enviar una comisión investigadora. Pero como observo que goza usted de la libertad..., no creo haber hecho un juicio prematuro. Dada la tranquilidad que aparenta, me hace suponer que no ha huido de la cárcel... colijo que su delito no puede ser tan grave.

—Quizá —dijo K.— puede la comisión investigadora haber admitido que no soy culpable, o al menos que mi culpabilidad es mucho menor de lo que se había supuesto.

—Es posible que sea así —contestó la señorita Burstner, mirando fijamente a K.

—Usted lo cree —dijo K.—. Me parece que no tiene mucha experiencia en los asuntos judiciales.

—No, en verdad no la tengo, lo cual he deplorado alguna vez, pues mi deseo es saber lo más posible, y además todo lo que se relaciona con la justicia me interesa apasionadamente. Es más, lo encuentro subyugante. El mes que viene entraré a trabajar en un bufete de abogados.

Espero que aprenderé muchas cosas sobre el particular.

—¡Magnífico! Es posible que pueda prestarme alguna ayuda en mi proceso.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —dijo la señorita Burstner—. Me apasionaría poder poner en práctica mis conocimientos.

—Le hablo seriamente. Mi causa es poco importante para utilizar los servicios de un abogado, aunque, por supuesto, un consejo siempre sería útil.

—Si desea que acepte el rol de consejera, tengo necesariamente que conocer la cuestión —observó la señorita Burstner.

—Ahí radica el problema —dijo K.—, ya que yo mismo la desconozco.

—¿Intenta burlarse de mí? —exclamó la señorita Burstner intensamente desencantada—. Para ello debería haber escogido otra ocasión.

Cuando terminó de hablar, se apartó de las fotografías frente a las que habían estado juntos todo ese tiempo.

—No, señorita, no —protestó K.—. De ninguna manera me estoy burlando. Me desespera que no me crea usted, de verdad... Le he hecho conocer todo lo que sé, y aún he ido más lejos de lo que sé, pues hasta es posible que no fuese una comisión investigadora. La he nombrado así, pues de alguna manera tenía que designarla. No se llevó a cabo ninguna investigación. Se limitaron a arrestarme, pero por toda una comisión.

Ella se sentó en el diván riéndose.

—Pero ¿qué ocurrió entonces?

—Algo horrible —exclamó K., pese a que su pensamiento estaba ahora alejado completamente del asunto,

ya que en ese momento se encontraba profundamente atraído por el aspecto que presentaba la señorita Burstner, quien, con el codo apoyado en un almohadón, sostenía su rostro con una mano, mientras que con la otra acariciaba morosamente su cadera.

–Encuentro muy inconcreto lo que me cuenta –dijo la señorita Burstner.

–¿Qué lo encuentra inconcreto? –preguntó K. Aunque comprendiendo a qué se refería ella, preguntó:

–¿Quiere que le cuente cómo sucedieron los hechos?

K. experimentaba el deseo de moverse algo, pero no irse aún.

–Me encuentro cansadísima –dijo la señorita Burstner.

–No me extraña, pues volvió usted muy tarde.

–Es lo único que me faltaba: tener que oír sus reproches. Aunque la culpa es mía por haberle permitido entrar en mi habitación, lo cual tampoco era necesario, como puedo ver ahora.

–Sí que lo era. Confío en que lo entenderá –dijo K.–. ¿Me permite que aparte un poco la luz que está al lado de su cama?

–De ninguna manera, ¡qué pretensión!

–Así las cosas, nada puedo explicarle –dijo K. alterado, como si le hubieran infligido un dolor irreparable.

–Conforme. Si es imprescindible para que me lo explique, hágalo, pero con el menor ruido posible –dijo la señorita Burstner, que pasado un momento añadió con un hilo de voz–: Me siento tan cansada, que le dejo hacer lo que no está bien visto.

K. colocó la mesa en el centro de la habitación y se sentó detrás.

—Es necesario que conozca usted exactamente la posición que ocupaba cada uno de los personajes. Es sumamente importante. Yo hago ahora las veces del inspector. Sentados en este baúl están los dos guardias, y de pie, contemplando sus fotografías, se encuentran los tres jóvenes. Colgada del picaporte de la ventana hay una blusa blanca, que traigo a colación solamente para completar el cuadro. Ahora empieza la acción. ¡Ah!, me olvidaba de mí mismo, que soy sin duda el personaje principal. Estoy aquí de pie, cara a la mesa. El inspector está sentado confortablemente, con las piernas cruzadas y el brazo colgado tras el respaldo de la silla. Sin duda como un maleducado. Ahora va a dar comienzo a la representación. El inspector me llama con un fuerte grito, como si su propósito fuera despertarme. Para que lo pueda usted comprender perfectamente, me veo obligado a gritar también yo. Y solamente es mi nombre lo que vocifera el inspector con semejantes alaridos.

La señorita Burstner, que estaba oyendo sonriente, se colocó el índice en la boca, en señal de silencio, para que K. no gritase; pero lo hizo ya tarde. K. se había identificado tanto con su papel, que gritó lentamente:

—¡Joseph K.!

Lo hizo con menos fuerza de lo que había amenazado, pero sí con una intensidad que el grito lanzado pareció expandirse espaciosamente por toda la habitación.

Inmediatamente se oyó golpear la puerta de la habitación contigua en tono fuerte y regular. La señorita Burstner palideció intensamente, y se llevó la mano al corazón. K. quedó profundamente impresionado, ya que hasta un instante antes no le era posible pensar en nada que no fuese los acontecimientos que estaba representando, y en la joven, que por su culpa se veía implicada

en los mismos. Mientras pugnaba por hacerse dueño de sí mismo, la señorita Burstner se precipitó hacia él tomándole de la mano.

—No tenga miedo —le musitó K. al oído—. Yo lo arreglaré todo; pero ¿quién será? Al otro lado está el salón, y ahí no duerme nadie.

—Ya no —dijo la señorita Burstner, acercándose al oído de K.—. Desde ayer duerme ahí un sobrino de la señora Grubach, que es capitán, al que colocó en el salón, por no tener ninguna habitación libre. A mí se me había olvidado. ¿Pero era necesario que gritase usted así? ¡Dios mío, qué desdichada me siento!

—No ha ocurrido nada importante en realidad —dijo K. dándole un ligero beso en la frente, cuando ella se deslizó suavemente sobre los almohadones del diván.

—¡Márchese, márchese! ¡Márchese enseguida! ¿Por qué sigue aquí? Es que no ve usted que el capitán lo estará oyendo todo. Que se enterará de todo. ¡Es horrible cómo me tortura usted!

—No podré irme hasta que no éste usted más serena —dijo K.—. Coloquémonos en el otro extremo del cuarto para que no pueda oírnos.

Ella se dejó llevar dócilmente.

—Debe pensar que es una situación molesta para usted, pero en ningún caso entraña ningún peligro. Además, ya sabe usted que la señora Grubach, que es la única persona a quien le afecta este asunto, puesto que el capitán es sobrino suyo, siente un gran cariño por mí y aceptará todo lo que le diga. Para mayor tranquilidad, le diré que le he prestado una cantidad elevada de dinero, y eso también lo tendrá en cuenta. Me haré yo cargo de ofrecerle la explica-

ción que usted considere para explicar mi presencia en su dormitorio. Tampoco será necesario torturarse mucho, pues estimo que la señora Grubach aceptará públicamente la explicación que le demos y también la creerá firmemente. Tampoco debe tener reparos en cargarme a mí la responsabilidad, diciendo que entré contra su voluntad aquí; sí, creo que es lo mejor que podemos decirle a la señora Grubach, ya que lo creará sin mengua de la confianza que me tiene. Hasta ahí puede llegar el cariño que siente por mí.

La señorita Burstner miraba al suelo, silenciosa y sumida en sus cavilaciones.

—¿Por qué no ha de creer la señora Grubach que me he sobrepasado con usted? —aludió K. Tenía delante de sus ojos el cabello rubio de la joven, partido en dos por una raya y recogido con gracia en dos rodetes. K. creyó que ella iba a mirarle, pero la muchacha habló sin modificar su posición:

—Tiene que perdonarme. Me asustó mucho la llamada tan insistente en la puerta, más que las consecuencias que pudiera ocasionar el que lo sepa el capitán que está en el salón. Hubo un silencio tan largo, después de que usted gritó, que los golpes en la puerta me horrorizaron, y sobre todo porque yo estaba muy cerca. Me pareció que estaban cayendo sobre mí. Le estoy muy agradecida por su generosidad, al querer cargar sobre sí toda la responsabilidad; pero no puedo aceptarlo. Debo yo aceptar toda la responsabilidad de lo que ocurre en mi habitación. Me asombra que no perciba usted cuán humillantes son para mí sus proposiciones, pese a lo generoso de su intención, que por otra parte reconozco. Ahora le ruego que se marche y me deje sola. Necesito impe-

riosamente estar sola. El breve tiempo para conversar que me pidió se ha prolongado con seguridad a más de media hora.

K. la cogió de la mano, y luego de la muñeca.

—Espero que no estará enfadada conmigo —preguntó. Ella soltó su mano y contestó:

—No, no; soy incapaz de resentimiento hacia nadie.

K. volvió a tomarla de la muñeca. Ahora ella lo aceptó y dejó que la llevase así hasta la puerta. K. tenía el firme propósito de irse, pero al llegar a la puerta se paró repentinamente, como si no hubiese contado con ese obstáculo. La señorita Burstner utilizó su distracción para separarse de K., y suavemente se desplazó hasta el vestíbulo. Desde allí le llamó bajando la voz.

—Venga usted, por favor. Mire —agregó indicando la puerta del salón donde dormía el capitán, bajo la cual se filtraba una línea luminosa—. Ha encendido la luz y seguramente está espíándonos.

—Enseguida voy —dijo K. abandonando rápidamente la habitación. Repentinamente la tomó en sus brazos y la besó en la boca, y luego ávidamente por toda la cara, como una bestia sedienta que bebe ansiosa en el manantial. Repentinamente un ruido proveniente de la habitación del capitán le hizo detenerse.

—Ya me voy —dijo lamentando no poder llamar a la señorita Burstner por su nombre, que ignoraba. Ella aceptó moviendo con fatiga la cabeza y le dio a besar su mano, como si no hubiese advertido lo sucedido. K. regresó a su habitación cansado y melancólico.

K. se acostó enseguida y no tardó en dormirse,

pero antes examinó rápidamente su conducta y la encontró satisfactoria, aunque se extrañó de no percibirlo más claramente. En cuanto a la señorita Burstner, estaba seriamente preocupado por ella, por las consecuencias que la presencia del capitán podía acarrear.

II

Telefónicamente habían advertido a K. que el domingo próximo se iniciaría un ligero procedimiento sobre su asunto. También se le había advertido que dichos procedimientos se llevaban a cabo periódicamente, si no semanalmente, sí con cierta frecuencia. También le habían hecho saber que para beneficio de todos se procuraría terminar lo antes posible el proceso, pero que no obstante los interrogatorios serían llevados con todo cuidado; empero, para impedir que fuesen agotadores, los harían cortos y frecuentes. Se había elegido el domingo para no obstaculizar las actividades profesionales de K. Se había supuesto que él estaría conforme con el día señalado; no obstante, si prefería otro día se haría todo lo posible por cambiarlo, siempre que se pudiese. También era posible que los interrogatorios fuesen nocturnos, aunque se estimaba que no era ése un buen método, pues K. se encontraría a esas horas probablemente cansado. Por todo ello, si no hacía ninguna objeción, se mantendría el domingo. Se entendía que tenía la obligación de acudir. También le dijeron el número de la casa donde debería presentarse: una finca alejada, ubicada en una calle de un lejano arrabal, el cual K. no había visitado nunca.

Cuando contemplaron la información, K. cortó la comunicación sin hacer ningún comentario a su interlocutor. Consideraba obligado presentarse. Indudablemente había comenzado el proceso y era preciso afrontar los hechos. Abrigaba la esperanza de que todo terminase en el primer interrogatorio. Mientras estaba pensativo junto al teléfono, repentinamente oyó a sus espaldas la voz del subdirector del banco, al cual K. impedía usar el aparato.

—¿No hay buenas noticias? —preguntó el subdirector distraídamente, sin interés de conocerlas, sino para que K. se apartase del teléfono.

—De ninguna manera —contestó K. separándose del aparato, pero sin acabar de marcharse.

El subdirector descolgó el tubo y le dijo mientras esperaba que le diesen la comunicación:

—Le haré una pregunta, señor K. ¿Sería usted tan amable de acompañarnos el domingo por la mañana a una excursión en mi yate? Estarán reunidas allí otras personas y no dudo que habrá amigos suyos. El abogado Hasterer y quizá otros. ¿Desea acompañarnos? Confío que lo acepte.

K. intentó considerar cuidadosamente lo que el subdirector le decía, ya que la amable invitación, por venir de un alto funcionario con el cual sus relaciones no habían sido demasiado cordiales, indicaba un propósito claro de acercamiento y revelaba la importancia del trabajo que K. desempeñaba en el banco; también daba la pauta del valor que el subdirector concedía a la amistad de K., o por lo menos esperaba contar con su neutralidad. Sin embargo, puesto que el subdirector había formulado la invitación mientras aguardaba la comunicación y

sin dejar siquiera el receptor, significaba en cierto modo una humillación para K., por lo cual procedió a la recíproca al contestarle:

—Se lo agradezco mucho, pero ya tengo un compromiso el domingo por la mañana.

—¡Cuánto lo siento! —dijo el subdirector volviéndose hacia el auricular y empezando la conversación, que se prolongó bastante; a pesar de lo cual K., con aire ausente, se quedó durante todo el tiempo próximo al teléfono. Sólo cuando el subdirector puso fin a la conversación se inquietó, y dijo procurando disculpar la presencia allí:

—Me han telefonado para que acuda a una cita, pero olvidamos convenir la hora.

—Vuelva usted a llamar y averígüelo —dijo el subdirector.

—No creo que tenga mucha importancia —agregó K. minimizando así la excusa, ya poco aceptable, que había dado antes.

El subdirector le habló todavía, antes de retirarse, de otros asuntos. K. se afanaba por responderle con coherencia, pero estaba considerando que lo más conveniente sería hacer acto de presencia el domingo a las nueve, ya que era la hora en que empezaban a funcionar los tribunales durante la semana.

El domingo se presentó nublado y gris, K. se encontraba muy cansado, pues la noche anterior había estado hasta muy tarde en el restaurante con unos amigos. Le faltó tiempo para reflexionar sobre los diversos proyectos que había formado en el transcurso de la semana. Se vistió con toda rapidez, y sin haber desayunado, se encaminó hacia el barrio que le habían indicado. Pese a que, por falta de tiempo, prestó poca atención a lo que

ocurría a su alrededor, pudo advertir en el camino –lo que le sorprendió– a los tres empleados: Rabensteiner, Kullich y Kaminer, los cuales, en alguna manera, estaban implicados en su caso.

Los dos primeros, que iban en un tranvía, se cruzaron con K. en su camino. Kaminer se encontraba sentado en la terraza de un café y se asomó lleno de curiosidad a mirar a K. cuando éste pasó delante de él. Todos ellos le habían mirado, quizá sorprendidos por la prisa que llevaba su superior. Algo semejante a un orgullo propio había inducido a K. a no usar ningún vehículo, ya que rehusaba contar con ninguna clase de apoyo en su asunto; además no quería acudir a nadie, ya que ello significaría hacer saber su caso a quien le ayudara, y su propósito era mantenerlo lo más secreto que fuera posible. Y por fin evitaría sobre todo el tener que humillarse ante la comisión investigadora, llegando demasiado puntual al sitio previsto. A pesar de todo esto, corría afanoso para no llegar más tarde de las nueve, pese a que no le habían citado a una hora establecida.

Pensaba que podría conocer desde lejos la casa, por algo que la identificara, aunque carecía de toda idea sobre lo que pudiese ser, o por algún movimiento peculiar que se produciría ante la misma, aunque la calle Julius, en la que debía estar situado el edificio, y frente a la entrada estuvo K. un cierto tiempo, ofrecía a ambos lados casas parecidas y grises, enormes edificios de construcción barata que eran alquilados a la gente de condición modesta.

Siendo una mañana de domingo, observó que la mayoría de las ventanas las ocupaban hombres en camisa, apoyados en los bordes de las ventanas, fumando o vigilando a los niños que jugaban en las aceras.

En otras colgaban hacia el exterior montones de sábanas, mantas y otras prendas de cama; por encima de las mismas sobresalía a veces la cabeza despeinada de alguna mujer. Se gritaban de una ventana a otra, por encima de la calle. Evidentemente uno de aquellos griteríos aludía a K., y motivó una risotada general. A trechos regulares de la calle, y a un nivel más bajo, estaban instalados pequeños puestos callejeros, en los que se vendía toda clase de alimentos.

Para acercarse a estos sitios de venta era preciso bajar algunos escalones. Había mujeres que charlaban en los escalones, en tanto que otras iban y venían.

Pasaba un frutero pregonando su mercancía a voces que dirigía hacia las ventanas, y era tal su distracción que estuvo a punto de arrollar a K. con su carro. Al mismo tiempo empezó a sonar un gramófono, que sin duda había conocido mejores tiempos en barrios más adinerados, con tal estrépito, que hería los tímpanos menos sensibles.

K. paseó sosegadamente por la calle, como para hacer tiempo, o como si el juez de instrucción le estuviera mirando desde cualquiera de aquellas ventanas y supiera que K. ya se había presentado. Eran algo más de las nueve. La casa estaba a cierta distancia. Ostentaba un portón muy espacioso y alto y era enorme en conjunto.

Se asemejaba a una nave apta para almacenar mercancías de las tiendas situadas alrededor del vasto patio, las cuales tenían carteles con los nombres de las firmas a que pertenecían. Algunas de ellas eran conocidas por K. por estar relacionadas con el banco. Aunque no era su costumbre, reparó cuidadosamente en todos aquellos pormenores y permaneció un momento a la entrada del patio. Al lado de K., sentado frente a una casilla, un hombre leía un periódico, con los pies descalzos.

Dos muchachos se columpiaban en los dos extremos de un carrito de mano. Ante un grifo abierto, una niña menudita, en ropa de dormir, aguardaba a que se llenase un recipiente y miraba atentamente a K. En un extremo del patio, entre dos ventanas, colgaban algunas prendas de ropa para secar. Desde abajo, un hombre dando voces dirigía la operación.

K. se encaminaba ya hacia la escalera para subir a la sala de audiencias, pero se detuvo al comprobar que había otras tres y también un pequeño pasillo, que parecía desembocar en otro patio. Al darse cuenta de que no se le había indicado la ubicación exacta de la sala en la que debía comparecer, se sintió molesto. Era una prueba palpable de la falta de atención e indiferencia que les merecía. Se hizo el firme propósito de manifestarlo.

Por fin, optó por subir por la primera escalera, recordando las palabras que sobre la justicia había expresado el agente Willem: «La justicia es atraída por el delito».

Por ello podía inferir que la sala de audiencias tenía que estar necesariamente al fin de la escalera que K. había elegido un tanto arbitrariamente.

Al subir interrumpió los juegos de unos niños que estaban en las escaleras y que le miraron con cara de pocos amigos.

«Si tengo que volver por aquí –pensó– tendré que traerles caramelos para que me miren con buenos ojos o un palo para castigarles». Cuando llegó al primer piso se detuvo un instante para aguardar que una bola llegase a su destino. Dos muchachitos, con expresión de pillastres en sus caras, le forzaron a hacerlo, sujetándole por los pantalones. Pensó en zafarse, pero temió causarles daño y que empezasen a gritar.

La verdadera búsqueda se inició en el primer piso.

Como no quería preguntar por la comisión investigadora a todo el mundo, se le ocurrió hacerlo por un nombre inventado: el carpintero Lanz. Le puso este nombre por corresponder al sobrino de la señora Grubach y como excusa para preguntar en todas las puertas si vivía allí el carpintero Lanz y poder ver así el interior de las viviendas. Pero advirtió inmediatamente que casi siempre el pretexto era innecesario, ya que la mayoría de las puertas estaban abiertas, con niños que entraban y salían. Por lo general se trataba de pequeñas habitaciones con una ventana solamente, que hacían las veces de cocina y dormitorio.

Pudo ver mujeres con niños lactantes en brazos, que trajinaban en los fogones, removiendo con una mano cacerolas donde se preparaban alimentos. También vio muchachas ataviadas con delantales trabajando en diversos trabajos domésticos. Se veían camas en todas las habitaciones, y algunas estaban ocupadas por enfermos o por personas que dormían aún completamente vestidas.

Siempre que la puerta estaba cerrada, K. optaba por llamar preguntando si vivía allí el carpintero Lanz. Solía abrir la puerta una mujer que, cuando K. hacía la pregunta, regresaba al interior para comunicarla a alguien que se incorporaba en la cama.

—Hay un señor que pregunta si vive aquí el carpintero Lanz.

—¿El carpintero Lanz? —contestaban desde la cama.

—Así es —decía K. convencido de que no se trataba de la sala de audiencias y que nada tenía que hacer en aquel lugar. Casi todos los preguntados pensaban que era de suma importancia para K. localizar al carpintero

Lanz, meditaban un buen rato y acababan refiriéndose a un carpintero cuyo nombre no era Lanz, o mencionaban algún nombre vagamente parecido. Otros recurrían a algún vecino y acompañaban a K. hasta otra puerta lejana, donde suponían que podía vivir alguien con ese nombre, o algún vecino que pudiese dar razón. Por último, K. no tuvo ni qué preguntar. Lo condujeron de un lado a otro de la casa, y aturdido por tanto ir y venir, deploraba haber adoptado aquel sistema, que al principio creyó tan útil. Cuando se encontró en el quinto piso, optó por renunciar a seguir buscando, agradeciendo su amabilidad a un joven trabajador que se había empeñado en acompañarle, y bajó por la escalera.

Se sentía disgustado por el fracaso de sus indagaciones. Decidió volver arriba y llamó en la primera puerta del piso quinto que encontró. Al abrirse la puerta, pudo ver en la pequeña habitación un enorme reloj de pared, que marcaba las diez.

—¿Vive aquí, por favor, el carpintero Lanz? —inquirió.

—Pase —le contestó una joven de brillantes ojos negros, que estaba lavando ropa interior de niño en una pila, indicándole con la mano húmeda la puerta de la habitación contigua, que estaba abierta.

K. pensó que estaban celebrando alguna asamblea. Una muchedumbre abigarrada se apretaba llenando la habitación, que era de mediana capacidad, con dos ventanas, y alrededor de la cual había una galería repleta de gente, encorvada, con la cabeza y espalda rozando el único techo, única manera en que podían estar allí. Nadie notó la entrada de K. Éste encontró la atmósfera casi irrespirable y decidió salir, diciéndole a la joven que probablemente le había entendido mal.

—Perdóneme, pero le he preguntado por el carpintero Lanz.

—Sí, sí —dijo la mujer—, entre usted.

K. quizá no la hubiese obedecido si ella no hubiera puesto la mano en el picaporte, diciéndole:

—Debo cerrar la puerta después que entre usted. No debe pasar ya nadie.

—Es lógico —dijo K.—, ya que la sala está totalmente llena.

Pese a lo cual, entró. Entre dos individuos apoyados contra la puerta —uno de los cuales hacía con sus manos ademanes de contar dinero, en tanto que el otro le miraba fijamente a los ojos— apareció una mano que tomó a K. por el brazo y que pertenecía a un joven de pequeña estatura y de cara sonrosada.

—Sígame, por favor —le dijo.

K. se dejó llevar por una especie de sendero que parecía dividir aquel grupo diverso de personas en dos bandos. Esta suposición era bastante aceptable, ya que a derecha e izquierda de las primeras filas todas aquellas personas le daban la espalda, mientras se dirigían con discursos y ademanes a los de su grupo. Casi todos estaban vestidos con levitas solemnes y negras, propias de ceremonias, que parecían estar hechas para personas más corpulentas.

Aquellas vestimentas desconcertaban a K., ya que de no haber estado vestidos así, hubiera creído que se hallaba en una reunión política.

En el extremo opuesto de la sala donde fue llevado había colocada una pequeña mesa, situada de través sobre una plataforma baja y llena de gente, como el resto de la sala. Tras la mesa, en el borde de la plataforma, estaba

sentado un hombre de poca estatura, bastante gordo, que hablaba con voz ahogada, entre risotadas del público, con otro individuo situado de pie a sus espaldas, con las piernas cruzadas y los codos encima del respaldo de la silla. En ocasiones levantaba los brazos como si estuviese remedando a alguien. El joven que acompañaba a K. trataba de presentarle. Lo intentó en dos ocasiones empinándose sobre la punta de sus pies, pero todo fue inútil, ya que el hombre que peroraba sobre el estrado no le hizo el menor caso. Por fin, uno de los personajes que estaba también en la plataforma reparó en la presencia del joven. Entonces el perorante se dio vuelta y se dignó escuchar lo que le susurró el otro al oído.

Después consultó su reloj, y echando un vistazo a K., le dijo:

—Debería usted haberse presentado aquí hace ya una hora y cinco minutos.

K. iba a replicarle, pero un rumor que se suscitó en la mitad derecha de la sala apenas terminó de hablar el hombrecillo, le impidió hacerlo.

—Debería usted haberse presentado hace una hora y cinco minutos —volvió a repetir aquel individuo con voz tonante y lanzando una mirada fugaz sobre el público. El rumor se elevó de tono, pero como el hombre permaneció en silencio, se fue apagando lentamente. El silencio que se apoderó de la sala era mayor que cuando entró K. Solamente los que se apretujaban en la galería no cesaban de hacerse notar.

Lo que podía verse de aquella gente, a la poca luz que había y a través del humo y las emanaciones, era que estaban bastante peor vestidos que los de abajo. Varios de ellos tenían almohadones, que estaban colocados entre

el techo y las cabezas para no rasparse con aquél.

K. estaba decidido a observar más que a hablar, y por lo tanto declinó justificar su presunto retraso, y se redujo a decir:

–Sí, he llegado muy tarde, pero el caso es que me encuentro aquí.

Sus palabras fueron seguidas de aplausos en la mitad derecha de la sala.

«Es gente fácil de persuadir», pensó K. preocupado por el silencio que observaba la otra mitad que se encontraba a sus espaldas y de la cual se habían elevado voces aisladas probando sus palabras. Reflexionó qué podría decir para ganarse la simpatía de todos, o si eso era demasiado, por lo menos obtener, aunque fuese momentáneamente, la de los que hasta ese momento habían permanecido silenciosos.

–De acuerdo –contestó el hombrecillo–, pero ahora ya no tengo la obligación de interrogarle.

Volvieron a oírse murmullos, aunque la causa de los mismos no tenía una interpretación clara, ya que aquel individuo siguió hablando, haciendo ademanes para que se callasen.

–Pese a ello, y como una excepción, lo haré ahora. Es necesario que no vuelva usted a presentarse aquí retrasado. Haga el favor de adelantarse.

Uno de los que estaban sobre la plataforma bajó dejando su sitio a K. Se colocó contra el borde de la mesa, apretado contra la misma por aquella muchedumbre de tal manera que debía soportar aquella presión para que no cayese bajo la mesa del juez, y posiblemente con ella el propio magistrado.

Pese a ello, el juez de instrucción permanecía tran-

quilo, sentado cómodamente en su silla. Se dio vuelta y cambió unas palabras con el hombre que se encontraba tras él; luego cogió un libro pequeño de registro, que era lo único que había encima de aquella mesa. Parecía un cuaderno viejo de ejercicios escolares, muy ajado de tanto ser usado.

—Así que su profesión es la de pintor de brocha gorda —dijo el juez de instrucción revisando el cuaderno y mirando a K. como el que está comprobando algo.

—No —replicó K.—. Soy apoderado de un importante banco.

Su contestación provocó en la mitad derecha de la sala estruendosas carcajadas, que se comunicaron también a K. Aquellas gentes se reían a mandíbula batiente, se agachaban sobre sus rodillas y se convulsionaban como en un fuerte ataque de tos.

Los otros que estaban en la galería se reían también. El juez de instrucción, terriblemente furioso e impotente para detenerlos, intentaba vengarse amenazando a los que ocupaban la galería. Repentinamente se puso de pie y frunció las cejas, que habitualmente no llamaban la atención, pero que ahora se le erizaron, negras, enmarcando los ojos. La mitad izquierda de la sala seguía silenciosa.

Los espectadores continuaban ordenados en filas, mirando hacia la tarima y oyendo con toda calma la tempestad de arriba y de abajo. Algunos de ellos se salieron de las filas y se mezclaron con sus adversarios. La gente colocada a la izquierda era aparentemente menos numerosa que la de la derecha y probablemente tan insignificante una como otra, aunque su actitud serena parecía dotarla de más autoridad. Cuando K. prosiguió

hablando, tenía la seguridad de que todos apoyarían sus palabras.

—Me ha preguntado usted, señor juez de instrucción —dijo—, si mi profesión es la de pintor de brocha gorda, aunque la verdad es que usted no me ha formulado ninguna pregunta, sino que se ha limitado a afirmarlo.

Esto define perfectamente este procedimiento incoado contra mí. Bien está que pueda usted replicarme que no se trata de un procedimiento, y en ese caso coincido con usted, ya que su proceder no configura un proceso, salvo que yo mismo lo reconozca. Por ahora lo aceptaré así, sobre todo por lástima, sólo por este sentimiento puedo otorgarle alguna atención. No afirmo que estamos ante un procedimiento realizado sin los requisitos necesarios, pero me agrada darle esta definición para que se ilustre.

K. hizo un alto para mirar a la sala. Sus palabras habían sido duras, más de lo que hubiese querido, aunque también estimaba que eran justas. Tendría que haber suscitado la aprobación de cualquiera de los partidos, pero toda la gente se mantuvo en silencio, esperando qué consecuencias tendría la actitud de K.; también era probable que estuvieran preparándose para un escándalo que pusiese punto final a la situación. Por ello se sintieron incómodos cuando se abrió la puerta de la sala para dar paso a la joven lavandera, que había concluido su tarea y quería participar también en el espectáculo.

Pese a que procuró no llamar la atención, fue imposible evitar que muchas miradas se dirigieran sobre ella. Solamente el juez de instrucción parecía satisfecho por la interrupción, pues estaba aún confuso por las observaciones de K. Confundido por los cargos que le había hecho éste, no había vuelto a sentarse desde que

se levantó para apostrofar a la galería. No dejó pasar la ocasión que se le presentaba, y se sentó muy despacio, intentando que su actitud pasara desapercibida. Una vez en su asiento, seguramente para serenarse, volvió a hojear el registro.

—Todo esto es completamente inútil —siguió diciendo K.—, y su registro lo confirmaría así.

Seguro de sí mismo, al no oír más que sus palabras resonando en medio de la asamblea, en un gesto de audacia arrebató de las manos del magistrado el cuaderno, que enseñó a la asamblea levantándolo sobre su cabeza, con sólo la punta de los dedos, como si le repugnase su contacto, de manera que se vieron las hojas colgar a ambos lados, descubriendo sus páginas manchadas y con señales amarillentas.

—He aquí los documentos del señor juez de instrucción —dijo K. dejando caer el cuaderno sobre la mesa—. Puede usted seguir trabajando con esto, señor juez. No siento el menor miedo ante estos documentos acusadores, pese a que se encuentran fuera de mi alcance, y sólo puedo llegar a ellos con la punta de los dedos.

El juez levantó el cuaderno que había caído en la mesa, intentando ponerlo en orden para que le fuera posible consultarlo. Todo aquello implicaba un evidente desdén hacia el juez, y era muy difícil interpretarlo de otra manera.

Las caras de los espectadores de la primera fila se volvían hacia K. con expresión tan asombrada, que no pudo evitar mirarles con curiosidad. Se trataba generalmente de hombres de edad avanzada, muchos de los cuales tenían barbas encanecidas.

Quizá dependían de estos ancianos las decisiones de aquella asamblea, la cual no había abandonado su ato-

nía ni siquiera ante la humillación que el discurso de K. infligió al juez de instrucción.

—Lo que me ha ocurrido —siguió K. en un tono más bajo que sus anteriores palabras y estudiando las caras de la primera fila para observar el efecto que ejercían sus palabras— es solamente un caso sin conexión y carente de significado. Incluso yo mismo lo tomo a la ligera, aunque eso sí, refleja claramente la manera como se llevan a cabo otros muchos. Me considero aquí en representación de todos ellos, y no solamente por el mío.

Sin darse cuenta había subido el tono de voz. Oyó que alguien aplaudía, al tiempo que gritó:

—¡Muy bien! ¿Por qué no se había hablado así hasta ahora? ¡Bravo!

De los ancianos colocados en primera fila, algunos se acariciaron cuidadosamente la barba, pero ninguno volvió la cabeza hacia el lugar de donde provenían las exclamaciones. K. no le dio tampoco mucha importancia, pero se notó animado. No consideró necesario un aplauso general. Le bastaba con que la mayoría de los asistentes pensaran sobre la cuestión y que consiguiese de cuando en cuando convencer a alguno.

—No persigo éxito como orador —dijo K. siguiendo el curso de su pensamiento—, que sería difícil obtener. No tengo la menor duda de que el señor juez de instrucción es mejor orador que yo, ya que esta condición forma parte de su profesión. Solamente pretendo ofrecer al juicio de esta asamblea una situación palmaria-mente anómala. Ruego me presten atención. Hará aproximadamente unos diez días fui arrestado. Para mí el hecho reviste caracteres cómicos, pero ésa no es la cuestión. Fui sorprendido una mañana, muy temprano,

mientras estaba aún en la cama. Probablemente tenían una orden de arresto, lo cual me parece muy probable, a tenor de lo que acaba de expresar el señor juez, expedida contra algún pintor de brocha gorda tan carente de culpa como yo, pero el hecho es que es a mí a quien eligieron. Los agentes, bastante groseros, se instalaron en la habitación de al lado. Las medidas de precaución que adoptaron fueron quizá más aparatosas que si se hubiese tratado de un peligroso delincuente. Eran individuos de tan escasa moralidad, que me insinuaron que podían ser sobornados y que intentaron apropiarse de mis trajes y mi ropa blanca. Todo esto, además de haberse comido, sin rastros de vergüenza, mi desayuno ante mis propios ojos, y tuvieron la osadía de pedirme algún dinero para ir a buscarme otro.

Aquí no termina todo. Después me condujeron ante el inspector que estaba en otra habitación. Era la habitación de una dama a quien tengo en gran estima, y que por mi causa, pese a que no por mi culpa, su habitación fue mancillada por la presencia de los agentes y del inspector. En situaciones semejantes no es fácil mantener la calma. No obstante, lo logré y pregunté al inspector con toda corrección, si se encontrase en esta sala debería reconocerlo, cuál era la razón de mi detención. ¿Qué pueden suponer que me contestó ese inspector al que me parece estar viendo todavía sentado en el diván de esa dama como un símbolo de necia altanería? Debo informarles, señores, que concretamente no me respondió nada. Es posible que nada supiese él con certeza. Habían ordenado mi arresto y eso le bastaba. Todavía hizo algo más. Condujo a la habitación de esa dama a tres empleados subalternos del banco, los cuales se dedicaron a revolverlo todo y a

cambiar de sitio las fotografías de su ocupante. Por supuesto que la presencia de esos jóvenes obedecía a un móvil. Ellos, al igual que mi patrona y la criada, serían los que propagasen la noticia de mi arresto, dañando mi reputación, y lo que es más importante, haciendo peligrar mi posición en el banco. No se ha conseguido nada de eso. Incluso mi patrona, que es una persona sencilla –su nombre es la señora Grubach. Quiero mencionarla aquí como homenaje–, fue lo bastante perspicaz como para entender que un arresto así era igual a un atraco en plena calle a una persona que no está debidamente protegida. Todo lo ocurrido no ha significado para mí más que molestias desagradables; pero me pregunto: ¿es que no hubiera podido tener también peores consecuencias?

Al terminar de decir esto, K. se detuvo para mirar rápidamente al juez de instrucción. Notó que éste hacía una señal con los ojos a alguien que se encontraba ante la muchedumbre. Entonces sonrió y prosiguió:

–Me parece que el señor juez ha hecho a alguno de ustedes una señal disimulada. Por ello presumo que hay entre ustedes personas que él dirige desde aquí. Lo que no sé es si esa señal implica que deben ustedes dar muestras de aprobación o desaprobación, aunque haciéndome cargo de ello, declino voluntariamente conocer su significación. Es para mí completamente indiferente, y preferiría que el señor juez de instrucción dé en alta voz sus instrucciones a sus asalariados, en lugar de utilizar misteriosas señales ocultas. Todo será muy sencillo. No tendrá más que decirles: silben ahora; ahora aplaudan.

Mientras tanto, el juez, molesto o irritado, se revolvía en su silla. El mismo hombre que estaba tras él, y con el que había hablado anteriormente, se acercó otra vez

a su oído, quizá para infundirle ánimos de una manera general o para darle un consejo privado. Mientras tanto en la sala la gente hablaba con tono bajo, pero vivo. Ambos bandos, que parecían tener al principio opiniones antagónicas, se habían reunido ahora. Unos señalaban a K. con el dedo y otros al juez de instrucción. Una extraña neblina muy espesa invadía la sala y dificultaba ver claramente a los que estaban colocados en la parte de atrás. Esta situación era sobretodo incómoda para aquellos que estaban sobre la galería quienes se veían obligados a efectuar preguntas en voz baja a los que estaban más cerca para poder enterarse de qué se trataba. Las contestaciones eran también dadas en voz baja y utilizando la mano a manera de pantalla que permitiese ver.

—He concluido —dijo K. golpeando con el puño sobre la mesa, ya que no había en ésta ninguna campanilla que marcase el final.

La cabeza del juez de instrucción y la de su supuesto consejero se separaron súbitamente alarmadas.

—La cuestión a la que me he referido me es completamente ajena; por ello puedo juzgarla con serenidad, y en el caso de que usted otorgue alguna autoridad a este supuesto tribunal, creo que le conviene oírme. Le agradeceré que postergue para más adelante las objeciones que deba hacerme, pues mi tiempo se ha agotado ya y me iré inmediatamente —prosiguió K.

Un prolongado silencio siguió a sus palabras, pues K. ya se había hecho con la asamblea. No gritaban ahora como cuando comenzó ni aplaudían como muestra de aprobación, aunque parecían bastante convencidos, o por lo menos, a punto de serlo.

—No cabe ya ninguna duda —continuó K. con voz bas-

tante baja, satisfecho al comprobar la atención que le concedían. En aquel silencio flotaba una especie de zumbido, más confortable que las exclamaciones de apoyo anteriores— qué se oculta tras el aparato de esta justicia, más concretamente, detrás de mi arresto, para referirme a mi caso. Detrás del interrogatorio que se ha llevado a cabo existe una organización que además de contar con agentes que practican el soborno; inspectores y pesantes jueces de instrucción, sostiene también un cuerpo de jueces de categoría elevada, con su imprescindible y numeroso acompañamiento de lacayos, funcionarios, policías y otras fuerzas auxiliares, quizá incluso verdugos. Sí, no vacilo en pronunciar tales palabras. ¿Qué sentido debemos otorgar a esta poderosa organización? Estriba en atender a inocentes e incoar procesos carentes de sentido, en la mayor parte de las ocasiones, como en la mía, sin ningún resultado. Así las cosas, considerando la falta de sentido de este sistema, ¿no iba a revelarse la venalidad de los funcionarios? Era casi imposible, señores, que no se manifestase en forma patente. Aun el juez supremo no lo hubiera podido disimular. Por todo ello, los agentes intentan lavar las ropas del arrestado; por eso los inspectores se introducen con órdenes confusas en las casas ajenas; por eso los inocentes son puestos en tela de juicio ante una asamblea, en lugar de ser interrogados con procedimientos más normales. Los agentes se refirieron a depósitos a los que se lleva lo que pertenece a los detenidos. Me gustaría ver tales depósitos donde va a pudrirse el producto de los esfuerzos de cada cual, eso suponiendo que no roben los funcionarios sin escrúpulos a cuyo cargo están.

De repente fue interrumpido el discurso de K. por un chillido que salió del fondo de la sala. K. colocó su

mano sobre los ojos, haciendo la pantalla, intentando ver qué sucedía, pues la pálida luz de la mañana teñía de un color blancuzco los vapores que flotaban sobre la sala y dificultaban la visión. El grito provenía del sitio que debía ocupar la joven lavandera, a la que K. había supuesto elemento perturbador desde que entrara en la sala. Pero ahora era imposible saber si era o no culpable de la perturbación.

K. sólo pudo ver a un hombre que la había conducido a un rincón cerca de la puerta y se apretaba fuertemente contra ella. Empero, no había sido ella la culpable del grito, sino aquel hombre, que con la boca totalmente abierta miraba hacia el techo. Se había formado un pequeño grupo que rodeaba a la pareja. También los ocupantes de la galería parecían divertidos con aquella situación que marcaba un fin brusco a la seriedad que K. había impuesto en la sala. Dejándose llevar por la impresión inmediata, K. decidió ir a restaurar enseguida el orden, suponiendo que todos estarían de acuerdo en expulsar a la pareja de la asamblea; pero se encontró ya en las primeras filas con personas que obstaculizaron su paso, permaneciendo sin moverse de sus asientos.

Unos ancianos le sujetaron de un brazo, y una mano —K. no tuvo tiempo de volverse— le cogió por el cuello. Abandonó todo propósito de intervenir ante la pareja y pensó que ahora su arresto sí era algo sumamente grave.

Entonces de un salto retornó al pie de la tarima. Ahora se encontraba frente a frente con la muchedumbre.

¿Se había equivocado al juzgar a aquella gente? ¿Había puesto excesiva confianza en sus dotes de persuasión? ¿O era que habían disimulado durante su discurso y al llegar el momento de los hechos cesaban de fingir? ¿Qué caras eran aquellas que veía a su alrededor? A tra-

vés de toda la sala brillaban duros, pequeños ojos oscuros; las mejillas parecían de borrachos, las barbas eran largas, feas y raleaban. Cuando se llevaban la mano a ellas, daba la impresión de que arañaban el aire con los dedos. Además, debajo de aquellas barbas, y éste fue el peor descubrimiento de K., refulgían insignias de diversos colores y tamaños bajo los cuellos de aquellos individuos. Todos, hasta donde K. alcanzaba a ver, ostentaban aquellas insignias.

Lo mismo los de la derecha que los situados a la izquierda, y al darse vuelta de pronto hacia el juez de instrucción, K. divisó en el cuello del personaje, que se encontraba plácidamente sentado con las manos apoyadas sobre su vientre, idéntico emblema.

—¡Oh! —exclamó K. elevando los brazos hacia arriba como si su repentino hallazgo requiriese un amplio espacio para manifestarse—. Veo que son todos funcionarios y todos ustedes son miembros de la corrompida banda a que me referí. Están aquí juntos para enterarse y espiarme. Han simulado pertenecer a diferentes partidos para ponerme a prueba. Cuando han aplaudido era para sondearme. Estaban practicando el arte de poner trampas a un inocente. Espero que haya valido la pena, o bien que haya resultado entretenido ver que alguien pretendía de ustedes que protegiesen la inocencia. (¡Déjeme tranquilo; si no tendré que darle un puñetazo! —gritó K. a un anciano vacilante que se le había acercado mucho—). Espero que efectivamente ustedes hayan aprendido algo. Debo felicitarles por su trabajo.

Cogió apresuradamente su sombrero, que estaba al borde de la mesa, y se encaminó con paso ligero a la salida en medio del silencio general, silencio que sólo podía ser atribuido a una completa sorpresa. No obstan-

te, el juez de instrucción resultó ser más rápido todavía que K., pues le estaba ya aguardando en la puerta.

—Espere un instante —dijo.

K. detuvo sus pasos sin mirar al juez de instrucción, pero sí hacia la puerta, donde su mano empuñaba ya el picaporte.

—Pretendo sólo —prosiguió el juez— que se percate de lo que usted mismo ha invalidado hoy, o sea, las ventajas que un interrogatorio implica siempre para el acusado.

K. rió mirando siempre a la puerta.

—¡Granujas! —gritó—. Nada me importan todos sus interrogatorios.

Enseguida abrió la puerta y descendió rápidamente por las escaleras.

Tras él percibió el rumor de aquella asamblea, que se recobraba para debatir lo sucedido, como si se tratase de una clase de colegio.

III

En el transcurso de la semana siguiente, K. estaba esperando una nueva citación. Le resultaba imposible creer que hubieran tomado en cuenta su manifestación de prescindir de los interrogatorios, y esperó inútilmente hasta el sábado por la tarde que se produjera la citación. Al no recibirla se le ocurrió que tácitamente estaba citado para el domingo a la misma hora y lugar, por lo que se presentó ese día. Ahora subió directamente la escalera adecuada y los corredores que llevaban derechamente. Había inquilinos que le recordaban, y le saludaron desde sus puertas al pasar. Ya no le fue necesario preguntar la dirección. Enseguida estuvo frente a la puerta que buscaba. A la primera llamada le abrieron la puerta, y sin pararse a mirar a la misma mujer de la vez anterior, se dirigió a la habitación que correspondía.

—No hay hoy sesión —explicó la mujer.

—¿Y por qué no ha de haberla hoy? —preguntó K. negándose a admitirlo. Aunque se convenció enseguida cuando la mujer entreabrió la puerta que comunicaba con la sala. Se encontraba efectivamente vacía y en su soledad aparecía mucho más deplorable que el domingo anterior. La mesa seguía colocada en el mismo lugar de la tarima y sobre ella había unos libros.

—¿Puedo ver esos libros? —preguntó K., no por la curiosidad que pudiera sentir, sino porque no le resultara inútil su ida hasta allí.

—No puede ser —contestó la mujer cerrando la puerta—. Está prohibido. Esos libros son del juez de instrucción.

—Ah, claro —recalcó K, asintiendo con la cabeza—. Estos libros son seguramente códigos, y la forma de aplicar la justicia que se practica aquí obliga a condenar al inocente, aunque éste no conozca la ley.

—Sí, será así —dijo la mujer, que evidentemente no entendía las palabras de K.

—Muy bien, me iré entonces —dijo K.

—¿Desea que le diga algo al juez de instrucción?

—¿Es que le conoce usted? —inquirió K.

—Sí, claro —contestó la mujer—. Mi marido es ujier de este tribunal.

Sólo entonces notó K. que aquella habitación, en la cual la vez anterior sólo había visto una pila enorme para lavar la ropa, aparecía ahora completamente amueblada. La mujer advirtió su expresión de asombro y le dijo:

—Esta casa nos la ceden sin pagar alquiler, y ello nos obliga a entregarla desocupada los días en que se celebran sesiones. Es uno de los inconvenientes del trabajo de mi marido.

—No me sorprende tanto el hecho de la habitación —contestó K. mirándola molesto—, sino saber que es casada.

—Creo que alude usted al incidente que ocurrió en la sesión anterior, en el que yo interrumpí su discurso.

—Así es —replicó K—; pero ya pertenece al pasado, y casi

lo he olvidado, aunque cuando se produjo reconozco que me enfureció. ¡Y me entero ahora que es usted casada!

—Es verdad que le impedí seguir hablando, aunque no le ha perjudicado. No fue usted muy bien juzgado después que se marchó.

—Es posible —dijo K. procurando eludir esto último—, aunque ello no le sirve de disculpa.

—Sin embargo, los que me conocen no han sido de esa opinión —contestó ella—. El individuo que aprovechó para abrazarme me persigue desde hace tiempo. Es posible que no sea demasiado atractiva, pero debo serlo para él. Es difícil protegerme de sus pretensiones, y mi marido ha tenido que resignarse a esta situación; para mantener su empleo no ha tenido más solución que soportarlo, puesto que ese joven es un estudiante de gran mérito y que seguramente en el futuro ocupará un cargo importante. Me persigue sin cesar. Precisamente se acababa de marchar cuando usted llegó.

—Eso coincide también con todo lo que ocurre aquí; por eso no me sorprende demasiado —agregó K.

—¿Es posible que tenga usted propósitos de cambiar ciertas cosas aquí? —preguntó la mujer hablando despacio y con tono cauteloso, como si lo que estaba diciendo pudiese ser peligroso para ambos—. Es al menos lo que pude deducir de su discurso, que me gustó mucho, pese a que sólo pude oír una parte, puesto que al empezar me encontraba ausente y al concluir me tenía en el suelo apretada contra él ese individuo... ¡Todo lo que pasa aquí es tan desagradable! —prosiguió después de un momento, y luego tomó a K. de la mano— ¿Usted cree que podría obtener alguna mejora?

K. sonrió acariciando suavemente las manos de la mujer.

—La verdad es —dijo— que no estoy interesado en conseguir alguna mejora; por otra parte, si se lo insinuara usted a ese juez de instrucción, es probable que se burlase de usted o también que la castigase. En realidad estoy implicado en esto pese a mis deseos, y aunque creo que necesitan mejoras sustanciales en esta justicia, no estoy dispuesto a esforzarme para lograrlas. Sólo, como digo, mi detención es la causa de que esté mezclado en todo esto. Aunque si pudiese serle útil a usted en algo, por supuesto que lo haría con agrado, no únicamente por amor al prójimo, como suele decirse, sino también porque creo que también usted podría ayudarme.

—¿En qué? —le dijo ella.

—Por lo pronto, dejándome examinar los libros que no quiso dejarme ver antes.

—Inmediatamente —respondió ella, llevándole rápidamente a la sala. Los libros eran viejos y estaban muy usados.

Uno sobre todo tenía la encuadernación completamente estropeada y las hojas se conservaban unidas por los hilos.

—¡Todo está muy sucio aquí! —dijo K. en tono de censura.

La mujer limpió afanosamente con la punta del delantal el polvo de los libros, antes que K. los cogiese. K. tomó uno de ellos, y cuando empezó a hojearlos encontró un grabado pornográfico. En el mismo un hombre y una mujer completamente desnudos aparecían sentados en un diván. La intención era completamente obscena; empero, la torpeza del ilustrador sólo permitía ver a dos seres de una fealdad extrema, que por la torpe perspec-

tiva de su ejecución sólo se distinguían forzando mucho la vista. K. dejó de examinar el libro y procedió a revisar otro tomo, cuyo título le sorprendió: *Los suplicios que tuvo que sufrir Grete de su marido Hans*.

—¡Parece mentira, pero éstos son los libros jurídicos que se estudian aquí! —dijo K.— ¡Y los hombres que los leen tendrán que juzgarme!

—Haré lo posible para ayudarle, si usted me lo permite.

—¿Podrá hacerlo usted sin arriesgarse? Me acaba de decir hace un momento que su marido depende completamente de sus superiores.

—Pese a ello, quiero ayudarle —dijo ella—. ¡Acompáñame! Debemos hablar. No me recuerde usted los peligros que puede correr. No me importa afrontarlos cuando me decido.

Le indicó la plataforma con un gesto y le pidió que se sentara a su lado, sobre los escalones.

—Me gustan sus ojos. Son negros y hermosos —dijo ella cuando se sentaron—. Me suelen decir que mis ojos son también bonitos, pero me gustan más los suyos. Me gustaron el primer día que le vi; por eso entré en la sala. Era la primera vez que lo hacía, ya que por otra parte me está casi prohibido asistir a las asambleas.

«Ahora me lo explico —se dijo K.—. Se me brinda así, porque está igualmente corrompida que los demás. Está hastiada de los funcionarios de este tribunal, lo que por otra parte es fácil de comprender, y acoge de buen grado a cualquiera elogiándole sus ojos».

K. se incorporó en silencio, como si pensase en voz alta y ella pudiese comprenderle sin más explicaciones.

—Dudo que pueda usted ayudarme —dijo K.—. Tendría usted que tener relaciones con altos funcionarios. Y es

probable que conozca solamente a subalternos que pululan por aquí. Es posible que conozca muy bien a esa clase de empleados y que consiga favores de ellos pero todo lo que obtuviera de gente así no cambiaría el resultado de mi proceso, y a cambio de ello habría usted comprometido sus relaciones con algunos de esos individuos; yo no pretendo eso. Siga usted cultivando sus relaciones como hasta ahora. Creo que le es muy importante. Siento mucho hablarle de esta manera, pues para retribuir su elogio, debo decirle que también me gusta usted, y más cuando me mira con expresión de tristeza, aunque supongo que no hay motivo para ello. Además forma usted parte de la organización contra la que debo luchar y en la cual presumo que se halla usted satisfecha. Quizá quiere usted a ese estudiante de que me habló, o al menos le gusta más que su marido. Eso me parece deducir de sus propias palabras.

—¡No! —exclamó ella continuando sentada y tomando otra vez la mano de K. con tal rapidez, que él quedó sorprendido—. No puede usted dejarme así ahora. No debe irse con un juicio tan erróneo sobre mí. ¿Es posible que pueda usted marcharse ahora? ¿Es que soy tan poco atractiva que no desea usted estar más tiempo conmigo?

—Siento que no me haya entendido —dijo K. sentándose nuevamente—. Si en verdad quiere usted que me quede, lo haré así. Tiempo tengo, ya que vine creyendo que me interrogarían. Lo que intenté antes era rogarle que no iniciara gestión alguna para influir sobre mi proceso. No tenía el menor propósito de ofenderla. Quiero que sepa que el resultado de mi proceso nada me importa, y menos me preocupa la pena que pudieran darme, suponiendo que el proceso concluya alguna vez, lo que me parece ya improbable. Pienso que el procedimiento,

bien por desidia o incapacidad, o también por temor de los encargados, se encuentra ya detenido o lo será en breve. También está dentro de lo posible que por afán de lucro continúen actuando, pero si es así errarían de medio a medio, pues no entra en mi ánimo el sobornar a nadie. No obstante le pido el favor de hacerle saber al juez de instrucción, o a alguno de sus sicarios propicios a difundir las noticias que se producen, que todos los intentos que hagan para doblegarme no me llevarán en ningún caso al soborno. Hágalos saber esto de una manera directa, ya que si lo intentasen sería un esfuerzo vano. Aunque es posible que ya ellos por sí mismos hayan llegado a esta conclusión, y si así no fuera, tampoco me importa que se enteren ahora. Únicamente serviría para que esos caballeros ahorren trabajo. Claro está que me evitarían molestias, que no obstante asumiría con tal que ellos sufran la contrapartida. Haré todo lo posible para que sea así. ¿Es verdad que conoce usted bien al juez de instrucción?

—Claro que le conozco —contestó ella—. En él pensaba cuando le brindé mi apoyo. No sabía que fuera más que un simple funcionario de grado inferior, pero ya que usted lo dice, debe ser así. A pesar de todo, se me ocurre que el informe que ha elevado a su superior influirá en alguna forma. Escribe constantemente informes. Pienso usted que los funcionarios eluden el trabajo. No todos son así; particularmente éste es activo. Siempre se le ve escribiendo. Concretamente, el pasado domingo la sesión se prolongó hasta la noche. Después que se marcharon todos, él se quedó en la sala. Como necesitaba luz, le llevé una lámpara. Era una lámpara de cocina, la única que tenía. Le pareció excelente, y acto seguido se puso a escribir. Ese día mi marido

estaba libre, y volvió más pronto que habitualmente. Buscamos algunos de nuestros muebles y los volvimos a colocar. Después nos visitaron unos vecinos con los que estuvimos charlando a la luz de una vela bastante tiempo. En resumidas cuentas, nos olvidamos de su presencia allí y nos retiramos a dormir. Repentinamente, en medio de la noche, creo que era muy tarde, me desperté y vi al juez al lado de mi cama, con la lámpara en la mano haciendo pantalla con la mano, para que su luz no diera en la cara de mi marido. Una delicadeza de su parte, pero no necesario, ya que tiene el sueño tan pesado que, aun dándole la luz, no se hubiese despertado. Me asustó su inesperada aparición y estuve a punto de gritar, pero el juez, muy afable, me rogó que fuese discreta, y en voz muy baja me dijo que había escrito hasta entonces, que venía a devolverme la lámpara y que para él sería imposible olvidar mi expresión mientras estaba dormida. Si le he contado todo esto, es para que sepa que el juez escribe muchos informes, sobre todo referentes a su caso, ya que su interrogatorio del domingo le ha suministrado la materia más importante de la última sesión de dos días. Debemos pensar que informes tan extensos deben tener necesariamente cierta importancia. También creo que no escapará a su buen juicio que el juez de instrucción me corteja y que por tanto me será fácil tener una gran influencia sobre él. Es ahora cuando acaba de despertarse su interés por mí, pues antes no había manifestado nada. Hay además otra prueba de que ahora le intereso verdaderamente. Ayer precisamente me hizo llegar por intermedio del estudiante, que es su secretario y confidente, unas medias de seda, como atención por limpiar la sala de sesiones, pero se ve claro que eso era un simple pretexto, pues

ese trabajo está entre las obligaciones de mi marido, le pagan por hacerlo. Son medias muy finas. Puede usted verlas –levantó sus faldas hasta la rodilla, extendiendo sus piernas para contemplarlas–. Son de primera calidad, incluso demasiado finas. Creo que no son apropiadas para mí.

De repente, se calló y tocó la mano de K. como para que no se alarmase, en tanto le susurraba al oído:

–Atención, Bertold nos está vigilando.

K. levantó los ojos con precaución. Cerca de la puerta de la sala de sesiones había un joven de pie, de corta estatura y piernas arqueadas, que intentaba aparentar dignidad, ostentando una barba corta, escasa y de color rojo, que en ese instante se atusaba con los dedos. K. le observó con curiosidad, ya que por primera vez se enfrentaba con un estudiante de ignotas disciplinas jurídicas, por medio de las cuales ocuparía en un futuro probablemente no muy lejano un caso importante. El estudiante, por su parte, aparentaba no afectarle en absoluto la presencia de K. Se redujo únicamente a hacer una seña disimulada a la mujer, elevando discretamente un dedo de la mano, con la que se atusaba la barba, y luego fue a situarse al lado de la ventana. La mujer se acercó a K. y le musitó al oído:

–No se moleste conmigo. Se lo ruego, no piense de mí que soy una cualquiera, ya que ahora debo ir con ese repugnante individuo. Mire sus piernas torcidas. Volveré rápidamente, y entonces, si usted lo desea, nos iremos juntos. Iremos adonde quiera usted y podrá hacer de mí lo que desee. Seré muy feliz de estar el mayor tiempo posible lejos de aquí, y mi felicidad será completa si fuera para siempre.

Apretó cálidamente la mano de K., se incorporó rápidamente y se dirigió a la ventana.

K. hizo un gesto vago, como para impedir que se fuera; pero ella ya no estaba ahí. Encontraba incitante a esa mujer, y pese a todas sus cavilaciones, no hallaba argumento que le disuadiesen de abandonarse al deseo.

No le costó mucho rechazar una ligera objeción que le asaltó en ese instante. ¿No estaría ella seduciéndole para ponerle en manos de la justicia?; pero, ¿por qué había de hacerlo? ¿Es que no continuaría en libertad para desmontar, llegado el caso, el aparato de esa justicia, en lo que a él se refería? ¿Es que no podía abrigar ese mínimo de confianza propia? Por otra parte, ella le había ofrecido su ayuda, que podía ser valiosa, y parecía sincera. Además, de ese modo se vengaría cumplidamente del juez de instrucción y de todos sus secuaces llevándose a esa mujer y haciéndola suya.

Quizá sucediese que algún día, después de un intenso trabajo, redactando falsos informes sobre su caso, el juez de instrucción comprobase que estaba vacío el lecho de aquella mujer. Y que lo encontraría así porque ella pertenecería ya a K. La mujer que estaba en ese momento junto a la ventana, con su hermoso cuerpo, esbelto y cálido, vestida con traje ceñido, de negro y grueso paño, únicamente sería suya.

Disipadas con aquellos pensamientos las dudas que habría tenido contra ella, pensó que el diálogo que mantenían junto a la ventana se prolongaba mucho, por lo que maquinalmente empezó a tamborilear primero con los dedos y luego con los puños sobre la tarima. El joven funcionario dirigió una rápida mirada a K, sin aparentar ningún fastidio, ya que se acercó más a ella y la abrazó.

La mujer inclinó la cabeza como si le escuchase atentamente. El estudiante aprovechó la postura para besarla fogosamente en la nuca, sin cesar de hablarle. Esto le pareció a K. como un símbolo de la opresión a que la sometía al estudiante y que justificaba las quejas de ésta. Se levantó y empezó a pasearse de un lado a otro de la sala. Maquinaba cómo sería posible conseguir que se fuese aquel individuo cuanto antes; y por ello no le molestó que el otro, incómodo por el ruido que producían sus zancadas, le dijese a K.:

—Si tiene usted que irse, nadie se lo va a impedir. Es más: creo que lo debía haber hecho antes para evitar escenas que no le corresponde ver y para lo cual se debería usted haber retirado después que yo entré en esta sala.

Aquellas palabras fueron testimonios de la cólera que dominaba al estudiante, y al mismo tiempo prueba de la altanería con que ese futuro encargado de la justicia le hablaba a un acusado. K. estaba de pie, muy próximo a él, y sonriendo le dijo:

—Ha adivinado usted mi impaciencia, pero el mejor modo de apaciguarla consistirá en que se marche. Si es que ha venido a estudiar aquí, ya que tengo entendido que es usted estudiante; sólo quiero abandonar este sitio y marcharme con ella. Estimo que tiene usted que estudiar mucho todavía para acceder a juez. No soy un experto en procedimientos judiciales, pero me parece que no se hacen sólo con diatribas, a las cuales parece usted muy inclinado.

—Fue un error dejarle en libertad —replicó el estudiante, como intentando justificarse ante ella por las hirientes palabras de K.—. Repito que fue un grave error, como ya se lo manifesté al señor juez de instrucción. Al me-

nos, entre cada interrogatorio se le debía haber obligado a permanecer detenido en su habitación. En algunas ocasiones no puedo comprender al juez de instrucción.

—Ya está bien de charla —dijo K. intentando llevarse a la mujer—. Vámonos juntos.

—Eso no —dijo el estudiante—. De ninguna manera. No conseguirá usted llevársela.

Y la levantó en vilo, con una fuerza que nunca se hubiese sospechado que podría tener, dirigiéndose con ella hacia la puerta, mirándola amorosamente. Aunque aquella retirada era un síntoma de miedo, tuvo sin embargo la osadía de provocarle aún más, acariciando ostensiblemente el brazo de la mujer con la otra mano. K. se dirigió hacia ellos con la firme intención de sujetarle, incluso estrangularle, si ofrecía resistencia; pero ella le dijo:

—Todo es imposible —y acarició la cara del estudiante—. Este pequeño monstruo no me dejará.

—¿Es que no desea usted zafarse de él? —le preguntó K. asiendo al estudiante por un hombro, lo que hizo a éste apretar los dientes volviéndose hacia ella.

—No —gritó la mujer empujando a K. con las manos—. No y no. ¿Qué pretende usted? Me hundiría. ¡Déjele! Él sólo se limita a seguir las instrucciones del juez de instrucción, y ahora me lleva ante él.

—Largo de aquí entonces. Y a usted no quiero volver a verla nunca —dijo K. lleno de furia y desilusionado, empujando al estudiante, que estuvo a punto de caerse y que, satisfecho de no haber caído, aceleró el paso llevándose a la mujer.

K. le siguió inseguro. Debía aceptar que era la primera derrota, sin atenuantes, que había experimentado frente a aquellos individuos. Pero debía alarmarse aún. Si le habían vencido era por haber buscado la lucha. Si no

hubiese acudido nunca allí haciendo su vida habitual, habría mantenido su superioridad absoluta sobre ellos y podría haberlos apartado de un empujón de su camino.

Se imaginaba la grandeza grotesca que proporcionaría aquel miserable estudiante, ese jovencuelo presuntuoso, con su sucia barba, encorvado y de rodilla ante la cama de Elsa, con las manos juntas en actitud de orar, suplicándole perdón. Fue tan intensa la complacencia que le produjo aquella imagen, que se prometió, si se llegase a presentar la oportunidad para ello, llevar a aquel individuo a la casa de Elsa.

Preso de la curiosidad, K. se acercó a la puerta. Quería ver adónde se llevaban a la mujer. Entonces pudo constatar que el camino era mucho más corto de lo que había supuesto.

Precisamente frente a la sala había una estrecha escalera, hecha de madera, que seguramente conducía hasta la buhardilla, y que por tener una pronunciada curva, no dejaba ver donde concluía. El individuo empezó a subir la escalera, llevándola bajo el brazo y jadeando agotado por la carrera. Ella hizo a K. un gesto de despedida con la mano y alzó varias veces los hombros, dándole a entender que la llevaba contra su voluntad, aunque su expresión no indicaba una excesiva pena. K. le devolvió una mirada inexpresiva, como si se tratase de alguien desconocido. Intentaba no parecer desilusionado, ni que se notase que no podía captar fácilmente su decepción.

Ya no se veía a la pareja, pero él seguía aún en la puerta. Debía necesariamente admitir que le había engañado aquella mujer, y por partida doble, pues el juez no la hubiera esperado en una buhardilla. La escalera nada diría, por mucho que le preguntase. K. notó un cartelito colocado cerca de la subida, cuyo texto decía: «Entra-

da a las secretarías». ¿Entonces en los desvanes de esa casa de inquilinato estaban instaladas las secretarías de los tribunales? No parecía ser un sitio muy respetable; por otra parte, podía ser tranquilizador para el acusado la escasez de dinero que aquejaba a aquella justicia, ya que estaba obligada a hacer funcionar sus dependencias en aquellos antros, donde los humildes habitantes de aquella casa amontonaban las cosas inservibles. Sin embargo, no debía dejarse de lado la posibilidad de que esa justicia contase con fines personales, sustrayéndolo a su cometido. Por lo que K. sabía hasta entonces, era esto posible, sólo que semejante liviandad en la justicia, por vergonzoso que fuese para el acusado; era más tranquilizadora que su supuesta pobreza.

K. no podía dudar ahora que la justicia se abochornaba de hacer comparecer a los acusados a una buhardilla para iniciar los interrogatorios y que por esta razón prefería llevarlos a cabo en su misma casa. ¡Cuán enorme superioridad experimentaba K. sobre el juez que debía trabajar en una buhardilla, en tanto que él lo hacía en su gran despacho del banco, que tenía una recepción contigua y con una gran ventana que daba a la plaza principal de la ciudad!, aún no lucrándose con sobornos ilegales ni pudiendo reclamar a su ordenanza que le sirviese mujeres en su despacho. No obstante, renunciaba complacido a todo aquello, por lo menos en la vida terrena.

Se encontraba todavía delante del cartel, cuando un individuo que había bajado las escaleras se paró frente a la puerta del cuarto, atisbó a través del mismo, desde donde se veía también la sala de sesiones, y preguntó por fin a K. si antes no había visto allí a una mujer.

—Debe ser usted el ujier de los tribunales, ¿no es así?
—le preguntó K.

–Sí –contestó el hombre–, y supongo que hablo con el acusado K. Ahora le identifico. Permítame que le dé la bienvenida.

Y alargó su mano a K., quien no esperaba ese gesto.

–Pero hoy no se celebra sesión –agregó el ujier al ver que K. permanecía en silencio.

–Ya lo sé –dijo K. examinando el traje civil del ujier, que no ostentaba ningún signo de uniforme, a excepción de dos botones dorados, que debían haber pertenecido a un viejo capote de oficial–, tuve ocasión de hablar con su esposa hace un momento. Se fue con el estudiante que la llevaba ante el juez de instrucción.

–Mire usted qué situación –dijo el ujier–. La alejan de mí constantemente. ¡A pesar de ser hoy domingo! No tengo obligación de realizar ningún trabajo, pero me mandan a hacer comisiones que no son necesarias para que permanezca lejos de aquí. Y son agudos. No me envían excesivamente lejos, para que pueda imaginarme que no me es posible regresar en no mucho tiempo. Procuro hacerlo lo más rápidamente, sin terminar de entrar en los sitios. Desde la puerta farfullo mis mensajes a sus destinatarios, éstos no alcanzan a comprenderlos bien y vuelvo a toda prisa para encontrarme que el estudiante ha sido más rápido que yo. Claro está que su trayecto es más corto que el mío. Sólo tiene que subir la escalera de las buhardillas. Si no fuese imprescindible para subsistir este trabajo, haría ya mucho tiempo que le hubiese roto la cabeza contra la pared. Contra esta misma pared que cuelga ese cartel. No paro de imaginármelo. En este mismo sitio, sobre el suelo, le veo aplastado con los brazos en cruz, los dedos separados y las piernas descoyuntadas y su alrededor todo lleno de sangre. Pero desgraciadamente hasta ahora esto es sólo un sueño.

—¿No podría hacerse de otra manera? —dijo K. sonriendo.

—No conozco otra —contestó el ujier—. Además ahora la situación es más oprobiosa. Antes la tenía para él solamente; pero ahora la lleva el señor juez de instrucción. Suponía hace tiempo que ocurriría.

—¿Tiene su mujer alguna culpa de lo que pasa? —inquirió atormentándose al hacer la pregunta, ya que también él era preso de los celos.

—Desde luego que sí. Creo que hay que imputarle la mayor parte de la culpa. Ella se encaprichó por él. Y ese individuo anda detrás de todas las mujeres. Sólo en esta casa cinco maridos han tenido que intervenir seriamente para alejarlo de sus mujeres. Desgraciadamente, mi esposa es la más hermosa en toda la finca y yo, por mis circunstancias, soy el que tiene menos ocasiones de protegerla.

—Siendo así, creo que poco se puede hacer —contestó K.

—¿Y por qué no ha de poder ser? —preguntó el ujier—. Sólo se necesitaría propinar de una vez por todas una paliza mayúscula a ese estudiante cuando intente tocar a mi mujer. Así no le quedarían ganas de volver a las andadas. Pero para mí es imposible hacerlo, y nadie lo hará por mí, pues todos le temen por sus atribuciones. Sólo alguien como usted podría hacerlo. Ya que está usted acusado, eso solamente lo agravaría un poco.

—No soy de su misma opinión —contestó K.—, pero ello no será obstáculo para que, llegado su momento, no le ajuste las cuentas a ese estudiante.

—Tendrá usted mi agradecimiento eterno —dijo el ujier con tono ceremonioso. Aunque también daba la impresión de que no tenía seguridad en su máxima aspiración.

—Debe haber aquí otros muchos funcionarios —con-

tinuó K.—, y quizá todos ellos sean acreedores al mismo trato.

—Claro que sí —aseguró el ujier profundamente convencido. Después miró a K. con mayor confianza que la que, pese a su amabilidad, habría mostrado hasta ese momento, y terminó afirmando—: todos lo merecen.

Daba la impresión de que la conversación se la estaba haciendo penosa, pues cambiando bruscamente de tema, manifestó:

—Tengo que presentarme ahora en secretaría. ¿Quiere usted venir conmigo?

—No tengo nada que hacer allí —contestó K.

—Conocerá usted las oficinas, y allí nadie se fijará en usted.

—¿Hay algo interesante que ver? —preguntó K. con tono de duda, pero deseando aceptar la invitación.

—Sí —dijo el ujier—. Creo que le interesará.

—Pues vamos —contestó K.—. Iré tras usted.

Y comenzó a subir las escaleras más rápido que el ujier. Casi dio con su cuerpo en el suelo al pasar la puerta, ya que tras ella existía un escalón imprevisto.

—Es una falta de consideración hacia el público —exclamó K.

—No se tiene ninguna consideración —afirmó el ujier—. Con ver esta sala de espera, basta.

Había un corredor extenso, al cual se abrían puertas de madera sin desbastar, que daban paso a una especie de habitaciones en que se había dividido la buhardilla. A pesar de que la luz no daba directamente al pasillo, éste no estaba totalmente oscuro, pues aquellas secciones estaban separadas entre sí por tabiques de madera

enrejada, que se elevaban hasta el techo, y a través de los intersticios pasaba la luz. Se veían empleados que escribían sentados en mesas de trabajo, y otros de pie mirando por el enrejado a la gente que circulaba por el pasillo. Había muy poca gente en éste, por ser domingo. Eran personas de aspecto humilde, y la mayoría estaban sentados casi en cantidades iguales en los bancos de madera que flanqueaban el corredor. Casi todos ellos vestían descuidadamente, aunque muchos, a tenor de su fisonomía, su porte, su barba cuidada y otros pormenores, pertenecían a las clases elevadas. Por no haber allí perchas, habían colocado sus sombreros encima de los bancos, siguiendo seguramente cada uno el ejemplo de los precedentes. Cuando se acercaron K. y el ujier, se levantaron para saludarles, y a medida que recorrían el pasillo iban levantándose los que estaban más alejados cuando pasaban frente a ellos. Ninguno de ellos se irguió completamente. Permanecían allí con las espaldas arqueadas y las rodillas dobladas, en actitud de pordioseros. Cuando el ujier que le seguía se colocó a su altura, K. le comentó:

—¡Cuántas humillaciones se habrán infligido a esta gente!

—Muchas —contestó el ujier—. Todos los que están aquí son acusados.

—Si es así, son compañeros en desgracia.

Y dirigiéndose hacia un hombre de elevada estatura, delgado y de cabellos entrecanos, que estaba a su lado, le preguntó amablemente:

—¿Qué hace usted aquí?

La pregunta no esperada de K. turbó intensamente al hombre, lo cual resultaba muy penoso comprobar, ya

que era evidente que se trataba de un hombre de mundo, que seguramente ocupaba una posición elevada y al que le sería muy difícil no recordar el lugar que ocupaba en la escala social. En aquel sitio no acertó a responder a la pregunta, y miraba a sus compañeros, como si éstos tuviesen la obligación de ayudarle y no se pudiese esperar de él contestación mientras no se le prestase alguna ayuda. Decidió intervenir el ujier y le dijo para infundirle ánimos:

—El señor le pregunta simplemente qué espera usted aquí. Contéstele.

Ahora la voz del ujier, que debía ser más familiar para aquel hombre, consiguió un resultado mejor.

—Espero... —tartamudeó y se detuvo repentinamente. Seguramente eran las palabras que había elegido primero para contestar con exactitud a la pregunta que se le había hecho; pero no encontró otras para proseguir. Varios de los que estaban allí se aproximaron y rodearon al grupo. El ujier les dijo:

—Retírense, retírense. Dejen libre el paso.

Entonces retrocedieron algo, aunque sin volver a los sitios en que estaban anteriormente.

Ahora el hombre al que habían interrogado se serenó algo, y sonriendo tenuemente, pudo responder:

—Hace ya casi un mes que elevé a este tribunal unas instancias referentes a mi caso, y estoy esperando el resultado del trámite.

—Creo que está usted muy preocupado.

—Sí —respondió el hombre—. Es que se trata de un asunto que me concierne mucho.

—Muchos no opinan como usted —le dijo K.—. Yo mis-

mo estoy acusado, pero le juro que no he presentado escritos ni nada que se le parezca. ¿Opina usted que es necesario?

—Supongo que sí, aunque no lo sé exactamente —contestó el hombre nuevamente confundido.

Parecía creer que K. pretendía burlarse de él; y por ello parecía deseoso de volver a la respuesta primera, por temor a seguir enredándose; pero ante la impaciencia de K., se limitó a decir:

—Por lo que a mí respecta, he presentado esos documentos.

—Veo que duda usted de que yo sea también un acusado —dijo K.

—¡Oh, no señor! No dudo que lo sea —exclamó el hombre retrocediendo un poco; pero su respuesta estaba dictada más por temor que por conocimiento.

—¿No me cree usted? —volvió a preguntar K.

Y provocado inconscientemente por la humilde actitud de aquel hombre, le agarró por el brazo, como intentando obligarlo a que le creyese. No había querido hacerle daño, ya que la presión fue muy suave; no obstante gritó, como si K., en lugar de cogerle con la mano, lo hubiese hecho con un garfio de acero al rojo vivo.

Este absurdo grito obligó a K. a poner punto final a todo aquello. Era evidente que no creían que fuese él también un acusado. Mejor incluso pensarían que era un juez. Para marcharse dio media vuelta y volvió a tomar al hombre por el brazo, ahora casi con fuerza, le empujó sobre el banco y siguió su camino.

—Casi todos estos acusados están muy sensibilizados —dijo el ujier.

Tras ellos se fue formando un grupo alrededor del hombre, que ahora aparentaba estar más tranquilo, y parecía que le preguntaba qué había ocurrido realmente. K. reparó entonces que se acercaba un gendarme, a quien identificó sobre todo por el sable cuya vaina parecía, por el color, de aluminio. Esto extrañó tanto a K., que realmente sopesó el arma. El gendarme, que había acudido allí alarmado por el grito que lanzó el acusado, preguntó qué había pasado. El ujier intentó tranquilizarle, pero inútilmente, pues el gendarme contestó que su obligación era ponerse al tanto de lo sucedido por sí mismo, y se marchó saludando. Andaba con pasitos muy cortos, a causa, sin duda, de que sufría de gota.

K. dejó de preocuparse del gendarme y de la gente que estaba en el pasillo, pues descubrió que hacia la mitad del mismo salía un pasaje que carecía de puerta y por el cual se podía doblar a la derecha. Le preguntó al ujier si era ésa la dirección que debían seguir, a lo cual éste contestó que sí con la cabeza. K. entró entonces en el pasillo. Encontraba muy desagradable verse obligado a ir andando dos pasos más adelante que su acompañante, ya que ello, sobre todo en un lugar así, daba motivo a pensar que era un detenido, al que conducían ante el juez.

Trató de disimularlo deteniéndose con frecuencia para esperar al ujier, pero éste siempre conseguía mantenerse atrás. Por último, para poner fin a esa situación que le resultaba incómoda, dijo:

—He visto prácticamente lo que es todo esto. Prefiero marcharme ya.

—Aún no ha visto usted todo —contestó el ujier con voz tranquila y natural.

—No me interesa tampoco verla —dijo K., que se encontraba ya agotado—. ¿Por dónde está la salida?

—¿No creerá usted que se ha perdido? —le preguntó el ujier sorprendido—. Tiene que seguir de frente y doblar luego por un corredor que sale a la derecha. Éste le llevará hacia la puerta de salida.

—Acompañeme usted —le dijo K.—. Temo perderme. ¡Hay tantos vericuetos!

—No hay más que un camino —le contestó el ujier con tono de fastidio en la voz—. Me es imposible ya continuar acompañándole. Tengo algunas obligaciones que cumplir, ya he perdido bastante tiempo con usted.

—¡Venga conmigo! —repitió K. subiendo el tono de voz, como si se hubiese dado cuenta de que el ujier estaba mintiendo.

—No vocifere tanto —dijo en voz muy baja—. Esto está lleno de oficinas. Si usted no quiere salir solo, acompañeme un rato más o quédese esperándome aquí hasta que haya terminado mis obligaciones; después le acompañaré con mucho gusto.

—De ninguna manera —dijo K.—. Tiene que ser inmediatamente. No quiero permanecer ya más tiempo en este sitio.

K. no había tenido en cuenta hasta ese momento el lugar en que se encontraba. Sólo reparó en ello cuando observó que una de las muchas puertas que flanqueaban el corredor se abría. Salió entonces una muchacha que, alarmada seguramente por los gritos de K., le preguntó:

—¿Tiene algún problema, señor?

Tras ella, en la semioscuridad, pudo ver a un hombre que se acercaba. K. indagó con la mirada al ujier,

quien le había dicho antes que pasaría desapercibido. Ahora ya venían hacia él dos empleados, y quizá no pasaría mucho tiempo sin que todos los burócratas que había allí estuviesen detrás de él indagando las causas de su permanencia en aquel sitio. No podía ofrecer ninguna explicación convincente que no fuese manifestar que era un acusado y que necesitaba saber el día de su próximo interrogatorio. Pero esto era precisamente algo que se negaba a admitir y que, por otra parte, no se adaptaba a la verdad, ya que sólo estaba allí por curiosidad, o lo que todavía era menos verosímil, para establecer si el sistema de justicia era tan reprobable visto desde su interior como desde fuera.

Y verdaderamente era así, ya que se habían confirmado sus presunciones. No deseaba continuar su indagación. Era suficiente lo que ya había visto. Tampoco estaba en condiciones adecuadas para enfrentarse con ningún funcionario de jerarquía, que podía salir en cualquier momento de una de aquellas puertas.

Sólo quería irse, acompañado del ujier o solo, si este no quería.

Su actitud silenciosa les resultó extraña, ya que tanto la joven como el ujier le miraban como si esperasen que se produjese en él en aquel momento alguna extraña metamorfosis.

El hombre que K. había visto acercándose a la puerta estaba ya junto a ella. Se había apoyado sólidamente sobre ésta y se balanceaba sobre la punta de sus pies, como si estuviese impaciente aguardando. La joven sin duda fue la primera en advertir que la actitud de K. era producto de un malestar que le afectaba, y acercándole un sillón, le preguntó:

—¿No estará mejor sentado?

K. obedeció enseguida, y para sostenerse mejor, colocó sus brazos sobre los del sillón.

—Se debe haber mareado usted.

Tenía una expresión dura, que se observa con frecuencia en bastantes mujeres jóvenes.

—No se asuste por eso —agregó ella—. Es bastante corriente. Casi todos experimentan los mismos síntomas cuando vienen aquí la primera vez. Supongo que es la primera vez que está usted aquí. ¿Verdad? Como le acabo de decir, lo que le ocurre es muy frecuente. El sol calienta mucho la techumbre y las vigas de madera, y esto ocasiona que la atmósfera esté muy enrarecida. Aunque también estas oficinas tienen otro tipo de ventajas. Es verdad que el aire se torna casi irrespirable los días en que se celebran grandes audiencias, que es casi todos los días. Si añadimos a esto que mucha gente sube su ropa aquí para que se seque, cosa que naturalmente no podemos impedirles a los inquilinos, no le parecerá raro el ligero malestar que ha sentido. Uno acaba acostumbrándose completamente a este aire. Cuando vuelva usted varias veces por aquí, ya no notará tan viciada la atmósfera. ¿Se encuentra mejor?

K. no contestó. Se sentía molesto por estar con aquella gente y por su malestar repentino. Además desde que conocía la causa de su indisposición, se encontraba peor aún. La joven lo había advertido. Para aliviar su estado, tomó un largo palo que estaba junto a la pared y abrió una claraboya, situada justamente sobre la cabeza de K. Una lluvia de hollín cayó sobre K.

La joven se apresuró a cerrarla y limpió con su pañuelo la cara y las manos de K., que estaba demasiado

agotado para hacerlo él. Se hubiese quedado de buena gana sentado allí descansando hasta recuperarse y poder marcharse, pero para ello tenía que pasar desapercibido. Para colmo de males, la joven exclamó:

—No es posible que continúe ahí. Está interceptando el paso.

K. la miró como inquiriendo a quiénes podía interceptarles el paso.

—Le trasladaremos a la enfermería si le parece bien. Le ruego que me ayude —pidió la joven al hombre que estaba apoyado en la puerta, quien se acercó inmediatamente.

K. no quería ser llevado a la enfermería. Deseaba evitar a toda costa que le llevaran más lejos. A medida que se internase más en aquel lugar, aumentaría su malestar.

—Estoy ya en condiciones de irme —dijo levantándose con dificultad, pues se notaba anquilosado por haber estado sentado allí tanto tiempo.

Pero le fue imposible permanecer de pie.

—No puedo —dijo con desaliento, y tornó a sentarse. Entonces pensó en el ujier, que hubiese podido ayudarlo a salir con toda facilidad, pero hacía ya mucho tiempo que no se encontraba allí. K. intentó localizarle con la mirada, tratando de atisbar entre el hombre y la joven que estaban frente a él, pero no consiguió verlo.

—Supongo —dijo el hombre elegantemente vestido con un chaleco gris, terminado en dos largas puntas, que contrastaba armoniosamente con su traje— que la indisposición de este señor está motivada por la atmósfera enrarecida que hay aquí, y creo por consiguiente que lo mejor para que se recupere es llevarlo a la calle, en lugar de a la enfermería.

—Yo también lo creo así —exclamó K. lleno de una repentina alegría, que le hizo interrumpir al otro—. Estoy seguro de reponerme enseguida. Tampoco me siento tan débil. Basta con que ustedes me sostengan por debajo de los brazos. Espero no ocasionarles muchas molestias. La distancia no es muy larga hasta la salida. Bastará con que me dejen en la puerta. Me sentaré un momento en los escalones y me recuperaré enseguida. Es la primera vez que me sucede una cosa semejante, lo cual me ha extrañado mucho. Debo hacerles saber que yo también soy funcionario, pero el aire que se respira aquí está más viciado que el de mi oficina. ¿Pueden sostenerme un poco, por favor? Me da vueltas la cabeza y dudo de que pueda incorporarme sin ayuda.

Y separó las espaldas del sillón para que pudiesen tomarle por debajo de los brazos. Pero el hombre no se movió. Se quedó tranquilamente con las manos metidas en los bolsillos. Enseguida prorrumpió a reír a carcajadas.

—Lo ve usted —habló dirigiéndose a la joven—. ¿No lo había supuesto? Este caballero únicamente se siente enfermo aquí. Fuera no le ocurre nada.

La joven sonrió levemente y tocó suavemente el brazo del hombre, como si éste hubiera sido demasiado duro.

—Lo siento. ¿Qué había creído usted? Por supuesto que ayudaré a este señor a salir de aquí.

—Me parece bien —contestó la joven inclinando ligeramente su hermosa cabeza—. No le dé demasiada importancia a esta risa —agregó dirigiéndose a K., que con aire entristecido miraba fijamente ante sí, sin parecer necesitar ninguna explicación—. Permítame que le presente a este señor. (El señor lo permitió con un gesto).

Es nuestro encargado de informes. Él suministra a los presuntos culpables todas las informaciones que solicitan, y son muchos los que las piden, puesto que los métodos que aplica nuestra justicia son en general poco conocidos por la gente. Puede contestar a cualquier pregunta. Puede ponerle a prueba si es que alberga alguna duda. Además no es éste su único mérito. También goza del privilegio de la elegancia. Hemos pensado —y al decir esto aludo al resto de los funcionarios— que era necesario que el encargado de las informaciones fuese elegantemente vestido, ya que es la primera persona con la que deben tratar aquí los inculpados. En cuanto a los demás, como puede usted ver por mí, vamos bastante peor vestidos, con trajes ya pasados de moda. Además no es necesario que nos preocupemos demasiado por la moda, puesto que pasamos casi todo nuestro tiempo en las oficinas. Incluso dormimos aquí. No obstante, como ya se lo indiqué, estimamos que era importante que el encargado de los informes vistiera elegantemente. Pero la administración tuvo en esto un cierto criterio divergente y no quiso sufragar el gasto que su indumentaria exigía. Decidimos afrontarlo nosotros mismos, para lo cual hicimos una colecta. En la misma contribuyeron también algunos de los encausados, y de esa manera, además del traje que ve usted, se le proveyó de otros. Así vestido, debería producir una excelente impresión, pero a veces su inoportuna risa intimida a mucha gente.

—Es verdad —dijo el señor cáusticamente—; pero no puedo comprender, estimada señorita, por qué debe saber este señor estos detalles internos, o sea, por qué se los revela usted, ya que él nada intenta saber. Sólo hay que echarle un vistazo para percatarse de que solamente le preocupan sus propios asuntos.

K. no tenía la menor intención de contradecirle. Presumía que la intención de la joven era sin duda loable.

Procuraba quizá distraerle o dar lugar a que se recobrase, pero no consiguió su propósito.

—Era menester que le explicase su risa, ya que era hiriente para él.

—Yo estimo —precisó el hombre— que este señor estaría dispuesto a disculparme ofensas peores si le llevase hasta la salida.

K. no contestó ni levantó la vista. Soportaba que se refiriesen a él como a una cosa, e incluso prefería que fuese así. Enseguida notó la mano del funcionario bajo su brazo y la de la señorita bajo el otro.

—Vayámonos —dijo el hombre—. Levántese. Supere su debilidad.

—Les estoy muy agradecido a los dos —musitó K. levantándose y colocándose para que la ayuda fuese lo más eficaz posible.

—Le parecerá —le susurró la joven al oído cuando enfilaban el corredor— que trato de hacer aparecer a nuestro encargado de informes bajo la forma más agradable, pero aunque usted lo ponga en duda, me limito a presentar la verdad. No es de ninguna manera un hombre de sentimientos inhumanos. No es su obligación ayudar a salir de aquí a los inculpados; empero, como está usted comprobando, no rehúsa hacerlo. Lo que pasa es que los funcionarios que administramos la justicia presentamos frecuentemente la apariencia de ser gentes de corazón duro, incapaces de prestar ayuda a nuestros semejantes. Esto es sumamente deplorable.

—¿No quiere usted descansar un rato aquí? —preguntó el secretario de informaciones cuando llegaron al lugar

donde esperaban los encausados, justamente donde estaba el acusado que K. interrogara al llegar y frente al cual se había manifestado tan seguro de sí mismo, mientras que ahora se sentía abochornado, sostenido entre dos personas, con la cabeza descubierta, ya que el secretario de informaciones portaba su sombrero haciéndolo girar entre sus dedos. Sin embargo, el acusado pareció no advertirlo. Estaba de pie, con una actitud sumisa, procurando pasar desapercibido ante el secretario de información, que cruzó ante él sin fijarse. No obstante se atrevió a dirigirse al secretario, diciéndole:

—Perdóneme. Sé bien que hoy es imposible que se ocupen de mi caso, pero pienso que puedo permanecer aquí. Tengo tiempo y confío no causar molestia.

—No se preocupe excesivamente —contestó el secretario—. Aunque su preocupación habla bien de usted, evidentemente su presencia aquí es innecesaria; pero mientras no constituya una molestia, no dejaré de tenerle informado de su caso. He visto ya tantos culpables que toman a la ligera sus deberes como tales, que se aprende a ser benévolo con personas como usted. Tome asiento. Ahí no se cansará en vano.

—¿Ha comprobado usted cómo se trata a los acusados? —preguntó la joven a K. en voz baja.

K. asintió con la cabeza y se inquietó al oír que el encargado de informes se dirigía a él.

—¿No quiere descansar un momento?

—No, gracias —contestó K.—. No me siento bien aquí.

Habló con el tono más seguro que pudo conseguir, pero la verdad es que hubiera preferido sentarse. Se sentía como si estuviese mareado y se imaginaba estar en un barco que afrontaba una tempestad, golpeado con vio-

lencia por las olas. Le pareció oír el rugido de una que se precipitaba sobre él. Parecía como si el corredor se balancease y como si los inculpados sentados a ambos lados oscilasen al compás. Le era imposible comprender la calma que ostentaban sus dos acompañantes. Su suerte estaba en sus manos. Si le abandonaban, se hundiría como plomo. De los ojos de ambos se desprendían centelleantes miradas hacia todos los lados. K. notaba que le era imposible acompasar sus pasos a los de ellos, que le conducían casi arrastrándole. Se dio cuenta de que le hablaban, pero le era imposible entenderles. Sólo podía oír el ruido que llenaba todo el espacio y que con un tono sostenidamente elevado retumbaba como una sirena.

—Por favor, hablen más fuerte —musitó conservando la cabeza gacha y sintiéndose humillado, pues no ignoraba que hablaban con voz alta, pero para él habían sido inaudibles sus palabras. De golpe, como si delante de él se hubiese desplomado una pared, notó un golpe de aire fresco y oyó que decían:

—Quería marcharse como fuese, y ahora que le repetimos que está en la salida no quiere marcharse.

K. pudo darse cuenta de que por fin estaba junto a la puerta de salida que la joven mantenía abierta. Sintió de pronto que volvían todas sus fuerzas, y para disfrutar cuanto antes de su libertad, descendió con rapidez unos cuantos escalones, pensando despedirse allí de sus acompañantes, que le observaban desde arriba.

—Gracias, muchas gracias —repitió varias veces, mientras estrechaba las manos de ambos, lo que desistió de hacer cuando se dio cuenta de que ellos, acostumbrados a la atmósfera viciada de las oficinas, no soportaban el aire fresco que se colaba por la puerta. Casi no pudieron responderle. Era probable que la muchacha se hubiese

desmayado, si K. no se hubiese dado prisa en cerrar la puerta. Éste continuó todavía un rato de pie, mirándose en un pequeño espejo de bolsillo. Se ordenó el pelo y recogió el sombrero que estaba caído sobre los escalones. Seguramente lo había depositado allí el secretario de informaciones. Bajó saltando los escalones, sintiéndose tan fuerte que se asustó de su transformación. Su salud siempre había sido perfecta y nunca le había dado sorpresas. ¿Podía hacerle sufrir su cuerpo un nuevo proceso, cuando tantos sufrimientos acababa de soportar? Pensó que debía visitar a su médico. Estaba, por otro parte, también resuelto a emplear en el futuro mucho más provechosamente las mañanas del domingo.

IV

En los días siguientes fue imposible para K. hablar con la señorita Burstner una sola palabra. Procuró acercarse a ella de varias maneras, pero consiguió siempre eludirle. Trataba de regresar a la pensión en cuanto salía de la oficina, y se quedaba en su habitación, sentado en el sofá, vigilando el vestíbulo. Cuando la criada cerraba la puerta al pasar, suponiendo vacía la habitación, se levantaba enseguida y la abría nuevamente. Por las mañanas se levantaba una hora antes de lo que acostumbraba, esperando encontrar a la señorita Burstner cuando se iba a su trabajo. Pero ninguno de sus intentos dio resultado. Se decidió, y escribió dos cartas, una a las oficinas y otra allí. En ambas intentó justificar su actitud para con ella. Se brindaba a darle toda clase de explicaciones. Se comprometía a no rebasar las limitaciones que le fijase, y le rogaba que le concediese una entrevista, comprometiéndose a no decir nada a la señora Grubach, mientras no se pusieran de acuerdo. Terminaba diciéndole que estaría el domingo siguiente, durante todo el día, esperando en su habitación, a que le avisase para hablar, o al menos, que le hiciese saber por qué se negaba a hacerlo, si bien K. no veía ninguna causa que justificase esto último, ya que

estaba dispuesto a someterse a cualquier condición que ella estableciese.

No obtuvo ninguna respuesta, aunque las cartas no le fueron devueltas. El siguiente domingo pudo ver que se producían acontecimientos. Desde la mañana, por el ojo de la cerradura, observó movimientos inusitados en el vestíbulo, que no tardó en comprender. Una joven alemana, que se llamaba Montag, que por otra parte daba lecciones de francés, una mujercita de aspecto frágil, pálida y que cojeaba levemente, la cual hasta entonces había vivido en su propia habitación, estaba mudando sus muebles a la habitación de la señorita Burstner. Estuvo yendo y viniendo dos largas horas a través del vestíbulo y siempre le faltaba algo: ropa blanca, una servilletita bordada, algún libro que había olvidado en su antigua habitación y que tenía que colocar en su dormitorio actual.

Cuando la señora Grubach entró en el dormitorio de K. para llevarle el desayuno, práctica que había abandonado desde el cambio de palabras que tuvieron aquella noche, K. se decidió a volver a hablarle.

—¿Qué ocurre hoy, que ha habido tanto ruido en el vestíbulo? —le preguntó al servirse el café—. ¿No es posible que cesen los ruidos? ¿Por qué no se hace la limpieza cualquier otro día?

Cuando habló se abstuvo de mirar a la señora Grubach, pero notó que ella suspiraba aliviada. Sin duda le interpretaba como un perdón, o por lo menos como un principio de perdón.

—No es que estemos limpiando, señor K. —contestó—. Se trata solamente de que la señorita Montag se muda a la habitación de la señorita Burstner y traslada sus cosas.

Dio la impresión de estar a la expectativa para ver cómo recibía K. sus palabras y saber si podía continuar hablando. K. se abstuvo de seguir preguntando, mientras removía pensativamente la cucharilla. Luego puso los ojos en ella y le preguntó:

—¿Ha rechazado usted sus sospechas sobre la señorita Burstner?

—¡Pero señor K.! —exclamó la señora Grubach, que parecía estar esperando, con las manos juntas, a que K. le hiciera esa pregunta—. Ha tomado usted demasiado al pie de la letra una observación circunstancial que hice sólo de pasada. De ninguna manera podía haber pensado que usted o cualquier otra persona se molestase tanto por algo sin importancia. Me conoce usted hace mucho para ignorar que no fue mi propósito molestarle. ¡Si supiese usted cuánto he sufrido estos días! ¿Es que yo misma voy a denigrar a mis inquilinos? ¿Y lo creyó usted? ¡Y hasta me dijo que debería expulsarle de esta casa! ¡Yo echarle a usted!

Sus últimas palabras apenas pudieron oírse, sofocadas por las lágrimas; luego acercó el delantal a la cara y prorrumpió en sollozos.

—No llore, por favor, señora Grubach —dijo K. mirando ausente al otro lado de la ventana. Estaba pensando en la señorita Burstner y en la muchacha que iba a venir con ella.

Al darse vuelta y ver que la señora Grubach seguía llorando, repitió:

—No siga llorando. Tampoco yo le di tanta importancia. Se trata únicamente de un malentendido, que puede ocurrir a veces, desgraciadamente aun entre gente que se conoce bien.

La señora Grubach separó la cara del delantal para mirar a K.

—Así es —dijo éste, y como la señora Grubach parecía indicar con su actitud que su sobrino el capitán no le había dicho nada, no dudó en agregar—: ¿Me cree capaz de enfadarme con usted por casi una desconocida?

—Si no es más que eso, señor K. —dijo la señora Grubach, que solía decir inconveniencias cuando se encontraba cómoda. Y agregó—: Y me he preguntado: ¿no se preocupa demasiado el señor K. por la señorita Burstner? ¿Por qué reprochó lo que dije, cuando sabe que cualquier observación que me haga me ocasiona un gran disgusto? Lo que dije de esa señorita, lo comprobé con mis ojos.

K. no contestó, pues de haberlo hecho, debería haber echado a la señora Grubach con cajas destempladas, y no quería hacerlo. Tomó su café en absoluto silencio para que notase la señora Grubach la imprudencia de sus palabras.

Afuera volvieron a oírse los pasos cansados de la señorita Montag, que cruzaba el vestíbulo.

—¿Puede oír? —preguntó K. señalando hacia el vestíbulo con el dedo.

—Lo estoy oyendo —contestó la señora Grubach con un suspiro—. Quise ayudarla, y hasta le ofrecía la ayuda de la criada, pero empezó muy tarde y ha querido hacerlo sola. No comprendo los motivos de la señorita Burstner. A veces lamento tener aquí a la señorita Montag, y en cambio ella la acepta en su habitación.

—¿Qué puede importarle a usted? ¿Es que le perjudica esta mudanza? —preguntó terminando de tomar un café.

—La verdad es que me beneficia. Desocupa una habitación que podré darle a mi sobrino, pues me ha preocupado mucho que al dormir en el salón le haya ocasionado a usted molestias. No es nada considerado con los demás.

—¡Qué cosas dice! —exclamó K. levantándose—. De ninguna manera. Me considera usted excesivamente sensible. Quizá porque hice demasiado hincapié en el trajinar de la señorita Montag. ¿La oye? Parece que vuelve.

La señora Grubach se sintió perpleja.

—¿Quiere usted que le advierta que deje la mudanza para después? Puedo decírselo ahora mismo, si le parece bien.

—Pero va a vivir con la señorita Burstner.

—Sí, claro —contestó la señora Grubach sin entender qué intención atribuir a las palabras de K.

—Pues entonces tiene que llevar allí sus cosas.

La señora Grubach se limitó a asentir con la cabeza. Esa respuesta muda, que podía tomar por un reto, acrecentó el malhumor de K., que empezó a dar paseos entre la puerta y la ventana, impidiéndole de este modo irse a la señora Grubach, como sin duda hubiera querido.

Cuando K. se encontraba cerca de la puerta, llamaron a ella. Se trataba de la criada, que anunció a K. que deseaba hablar con él la señorita Montag, que estaba aguardándole en el comedor, y le suplicaba que fuese.

K. oyó el recado de la criada con aire pensativo. Después miró a la señora Grubach con una expresión de burla e ironía que le asustó. Aquella mirada parecía indicar que había contado con tal invitación, la cual formaba parte de todas las molestias que K. había tenido

que sufrir esa mañana de domingo, causadas por algunos de los pensionistas de la señora Grubach. Despachó a la criada, encargándole que dijese que estaría en el comedor dentro de unos minutos. Abrió su armario para cambiarse de traje, y como única respuesta a las quejas de la señora Grubach contra la incordiante señorita Montag, K. le dijo a su patrona que se llevase la vajilla del desayuno.

—¡Pero si apenas lo ha probado! —farfulló la señora Grubach.

—Es igual, lléveselo de todas maneras —ordenó K. Parecía como si la señorita Montag estuviese de alguna manera mezclada con aquello y hubiese provocado su repugnancia.

Cuando atravesaba el vestíbulo, dirigió una mirada a la puerta de la señorita Burstner, aunque no era allí la invitación, sino en el comedor, donde encontró bruscamente sin tomar siquiera la precaución de llamar a la puerta.

Era una habitación alargada, estrecha y con una sola ventana. Tenía dos aparadores colocados oblicuamente a cada lado de la puerta, y el resto de la habitación lo completaba una larga mesa, que se extendía desde la puerta y llegaba hasta la ventana casi clausurada. La mesa se veía servida para muchos comensales, ya que los domingos comían allí numerosos pensionistas.

Al entrar K. la señorita Montag se separó de la ventana y avanzó hacia él bordeando la mesa: luego con la cabeza muy levantada, como era su costumbre, le dijo:

—No recuerdo si usted me conoce...

K. la miró arrugando el entrecejo.

—Claro que la conozco. Ya hace tiempo que vive usted en la casa.

—Es verdad, pero me parece que no se preocupa usted mucho de los que viven aquí.

—Quizá no.

—¿Quiere sentarse, por favor?

Ambos acercaron una silla a la mesa y se sentaron de frente. La señorita Montag volvió a levantarse enseguida para traer su bolso. Retornó columpiándolo con la punta de los dedos, y le dijo:

—Tengo que decirle unas palabras de parte de mi amiga. Le hubiera gustado verle, pero se encuentra hoy un poco cansada y le pide perdón por haberse valido de mí para hacerle llegar su mensaje. Además tampoco ella podría haber sido más explícita que lo seré yo. Quizá incluso hasta pueda ser más objetiva, pues veo las cosas más desde fuera. ¿Lo comprende usted?

—¿Qué debe decirme ella? —contestó K. molesto por ver a la señorita Montag tan pendiente de sus palabras. Le miraba como si ya poseyese un derecho sobre las palabras que él iba a decir.

—Entiendo que a la señorita Burstner no le place concederme la entrevista que le pedí.

—Así es —contestó la señorita Montag—, aunque tampoco es exactamente eso. Plantea usted las cosas de una manera muy cruda. Hablando en términos más generales, ni accede a la entrevista ni tampoco la niega. En el caso que nos ocupa más bien considera que no hay razón para ella. Sobre todo ahora, después de su observación, puedo hablar con más amplitud. Por medio de cartas y también verbalmente ha solicitado usted una entrevista a nuestra amiga; pero ella debe conocer, o al menos presumir, el asunto de la conversación que usted pretende abordar, y por razones que no están a mi alcance, está

firmemente convencida de que si esta entrevista se llevara a cabo, no redundaría en beneficio para nadie. En realidad sólo ayer habló conmigo de esa cuestión, y de pasada; por otra parte, opino que tampoco sería de ningún interés para usted, pues deduce que fue una idea sin mucha base en usted y que si lo reflexiona mejor llegara a darse cuenta de la inanidad de todo este asunto. Yo convine con ella que era muy exacto lo que decía, pero que me parecía a su vez muy necesario que le hiciera llegar a usted una explicación rigurosa, a fin de esclarecer completamente la situación. Después de algunas dudas, mi amiga se decidió por mi intervención en el caso, ya que yo me había ofrecido a hacerlo. Espero haber procedido convenientemente, pues la más pequeña incertidumbre es siempre muy desagradable, incluso en cosas de poca significación, y si puede ser evitada, como en este caso, es muy conveniente hacerlo.

—Le agradezco mucho su explicación —le contestó K.

Y se incorporó lentamente, dirigió una mirada a su interlocutora, luego a la mesa y a la ventana —la casa de enfrente se veía bañada por el sol— y se encaminó hacia la puerta. La señorita Montag siguió tras él, como si esperase algo, pero cuando llegaron ambos a la puerta debieron echarse a un lado, pues apareció en la misma el capitán Lanz. Era la primera vez que K. le veía de cerca. Era de elevada estatura, de una edad cercana a los cuarenta; facciones abultadas y curtido por el sol y el aire. Se inclinó despacio para saludarles, y después besó casi con unción la mano de la señorita Montag.

Era de movimientos sueltos y elegantes, y su cortesía con ella contrastaba con la conducta de K. Empero, la señorita Montag no parecía estar molesta con éste, y se mostraba dispuesta a presentarle al capitán. Pero a K.

no le interesaba en absoluto, pues le hubiera resultado muy difícil ser amable con ambos. El besamanos del militar había hecho parecer ante sus ojos a la joven como integrante de un grupo de conspiradores, que maquinaban contra él para impedir que la señorita Burstner fuese suya. Además K. pensó que la señorita Montag habría obrado hábilmente, aunque el arma elegida era de doble filo. Daba una importancia que no tenía a la relación entre K. y la señorita Burstner y magnificaba sobremanera la entrevista que K. había pedido, al mismo tiempo que presentaba las cosas de tal manera como si fuese K. el que desorbitaba la cuestión. Pero tendría ocasión de comprobar cuán diferente era todo en realidad. La señorita Burstner no era más que una mecanógrafa sin importancia ninguna, que no resistiría mucho más. Tampoco estaba dispuesto en modo alguno a prestar oídos a lo que la señora Grubach le había dicho sobre las andanzas de la señorita Burstner. Pensando en todo esto, saludó distraídamente y salió del comedor. Se dirigió a su habitación cuando oyó a sus espaldas la risa de la señorita Montag. Entonces se le ocurrió que sería posible dar una sorpresa a esa señorita y al capitán. Observó atentamente el vestíbulo, tratando de captar cualquier ruido que pudiera implicar un riesgo, pero imperaba la calma. Únicamente llegaba hasta él el rumor de la conversación del comedor y el ruido que producía en la cocina la señora Grubach. Era sin duda el momento propicio, y K. llamó discretamente a la puerta de la señorita Burstner. La llamada no obtuvo respuesta, por lo que volvió a hacerlo, pero también sin resultado. ¿Estaría durmiendo o solamente echada descansando? ¿O se negaba a abrir por suponer que era él quien llamaba? Pensando que esto último era lo más

probable, repitió la llamada esta vez más fuerte. Al no obtener ninguna respuesta, optó por abrir la puerta con gran sigilo, pero con la sensación de estar haciendo algo que no era debido, y lo que todavía era peor, algo inútil. La habitación estaba vacía, y además presentaba un aspecto muy diferente del que él había conocido. Contaba ahora con dos camas, colocadas a lo largo de la pared. Al lado de la puerta pudo ver tres sillas desbordantes de ropa blanca y de vestidos. Un armario abierto mostraba su interior. Sin duda la señorita Burstner había salido, mientras él hablaba con la señorita Montag en el comedor. No le sorprendió mucho su ausencia, pues no había esperado encontrarla. Solamente por desafiar a aquella señorita Montag se había introducido allí. Por ello se sintió abochornado cuando al salir y cerrar la puerta le sorprendió la presencia de ésta y del capitán Lanz que charlaban juntos en la puerta del comedor. Se le ocurrió que era posible que estuviesen allí desde que abrió la puerta. Parecían disimular que le habían visto. Hablaban sin levantar la voz, y no le prestaban atención, mirando distraídamente alrededor, como hace a veces la gente cuando conversa. No obstante, sus miradas abrumaban pesadamente a K., que regresó lo más rápidamente que pudo a su habitación, pegándose a la pared del vestíbulo.

V

U nos días después, por la tarde, cuando K. pasaba por el pasillo que separaba su oficina de la escalera principal —ese día era K. uno de los últimos en marcharse de la oficina, pues ya sólo quedaban en el banco dos ordenanzas, que estaban terminando de despachar la correspondencia diaria, trabajando juntos bajo el haz de luz de una lámpara detrás de la puerta de lo que siempre había supuesto que era un cuarto desván, aunque nunca había tenido la curiosidad de comprobarlo—, oyó unos suspiros. Se paró asombrado y trató de volver a oír para saber si no estaba equivocado; después de un instante de silencio, volvieron a repetirse. Por un momento pensó en llamar a uno de los ordenanzas, pues creyó que sería necesario un testigo, pero luego, arrastrado por la curiosidad, optó por abrir la puerta. Como había pensado, en efecto, era un desván. Junto a la puerta se veían amontonados papeles viejos, impresos en desuso y tinteros de cerámica rajados y vacíos. Pero también había allí tres hombre de pie, con las cabezas agachadas, porque en ese sitio el techo era bajo. Estaba iluminado por una vela, colocada sobre un estante.

—¿Qué están haciendo aquí? —dijo con voz que la emoción apresuró y elevó de tono.

Uno de ellos, que por su aspecto podía ser el jefe de los otros dos y en el que se fijó primero, tenía puesto una especie de mandil de cuero oscuro, abierto adelante, que dejaba los brazos desnudos, al descubierto. Permaneció silencioso, mientras los otros dos gimotearon:

—¡Ay, señor! Nos están azotando por la queja que dio usted de nosotros al señor juez de instrucción.

K. los recordó entonces. Eran los agentes Franz y Willem, y comprobó que el tercero empuñaba, en efecto, un látigo para castigarles.

—¡Pero, por qué —exclamó K. sin quitar la vista de ellos—. No hice una queja. Me atuve nada más que a exponer las cosas como sucedieron, aunque tampoco la conducta que siguieron ustedes fue muy correcta.

—Mire, señor —habló Willem, en tanto que Franz trataba de ocultarse detrás de él para eludir al tercero—, nos juzgaría usted más justamente si supiera lo mal pagados que estamos. Yo tengo una familia a la que debo alimentar y Franz quería contraer matrimonio. Tratamos de defendernos, y no siempre es posible conseguirlo con el trabajo, aunque se echen los bofes. Su ropa blanca era una manera de hacerse con algún dinero. Por supuesto que nos está terminantemente prohibido actuar así. Por consiguiente, sabía que oraba mal, pero es ya un hábito muy extendido que nos quedemos con la ropa blanca. Así ha sido siempre, puedo asegurárselo, y es lógico hasta cierto punto, ya que ¿para qué pueden necesitarla los que tienen la desdicha de ser detenidos? No obstante, si se enteran, por salvar los principios, es necesario castigar la falta.

—Ignoraba completamente lo que acaba de decirme y además yo nunca exigí que fuesen castigados; sólo constituía para mí una cuestión de principios.

—Franz —dijo entonces Willem a su compañero—, ¿no te decía yo que este caballero no había pedido que nos castigasen? Puedes ver ahora que ni siquiera sospechaba que seríamos castigados.

—No te dejes conmovir por lo que te dicen —dijo el tercero dirigiéndose a K.—. El castigo es tan inevitable como merecido.

—No le hagas caso —dijo por su parte Willem, callándose repentinamente para llevarse a la boca la mano, en la que acababa de recibir un enérgico latigazo—. Somos azotados sólo por tu denuncia; de no haberse producido, nada nos hubiese ocurrido aunque se hubiese conocido nuestra acción. ¿Puede llamarse justicia a esto? Los dos, pero principalmente yo, hemos sido cumplidores estrictos de nuestro deber y prueba de ello es que tú mismo debes reconocer que, vista nuestra actitud desde el punto de vista de la autoridad, te vigilamos eficazmente. Estábamos en camino de ascender, y posiblemente en muy poco tiempo hubiéramos llegado a ser verdugos como éste, que ha tenido la suerte de que nadie le haya denunciado, pues además es rarísimo que se produzcan denuncias como la tuya. Pero ahora todo se ha perdido, y para mayor desgracia, sufriremos por añadidura un castigo horrible.

—¿Puede este látigo causar tanto dolor? —preguntó K. examinándolo, mientras el verdugo lo agitaba delante de él.

—Ahora tenemos que desnudarnos completamente —dijo Willem.

—¡Ah! Así... —dijo K. y miró al verdugo, que era un hombre atezado como un marinero, con una cabeza feroz.

—¿No hay manera de evitar los azotes? —preguntó K.

—No —contestó el otro, denegando con la cabeza, mientras sonreía—. Desnúdense —añadió dirigiéndose a los agentes. Y volviéndose hacia K. prosiguió—: no creas que es verdad todo lo que te han dicho. El temor a los latigazos los hace desvariar. Lo que contaba éste de su carrera —dijo señalando con un dedo a Willem— no tiene ninguna base. Fíjate lo gordo que está. Los primeros zurriagazos se perderán en su grasa. ¿Y sabes por qué ha engordado tanto? Pues como te decía, un hombre con un vientre así nunca puede llegar a verdugo. Es totalmente imposible.

—No obstante, hay algunos como yo —dijo Willem, sin decidir a desnudarse.

—No —replicó el verdugo tocándole el cuello con el látigo, de tal forma que el agente se puso a temblar—. Tú no tienes que estar ahí escuchando sino que ya deberías haberte desnudado.

—Te daré una buena cantidad si dejas pasar la cosa —dijo K. sacando ante el verdugo, sin mirarlo, la billetera.

—¡A lo mejor me denuncias luego, y seré yo también azotado! —dijo el verdugo.

—Procura ser sensato. Si mi propósito hubiese sido que estos individuos sufrieran el castigo, no trataría ahora de salvarles —replicó K.—. Cerraría la puerta, y ojos que no ven, corazón que no siente. Pero como puedes ver, no lo hago así, sino que trato de salvarles del castigo. Te aseguro que si hubiese sospechado que sufrirían este castigo, o sólo si hubiese tenido el más leve indicio de que podría ocurrirles esto, nunca les hubiese acusado. Por otra parte, pienso que tampoco son directamente culpables. La verdadera culpa debe recaer en la organización y en los altos funcionarios.

—Tienes mucha razón —exclamaron al unísono los agentes, que obtuvieron como respuesta sendos latigazos en las ya desnudas espaldas.

—Si tuvieses aquí, bajo tu látigo, a uno de tus jueces superiores —dijo K. deteniendo, mientras hablaba, el látigo, que había empezado a alzarse otra vez— te aseguro que no detendría tus azotes. Es más: te pagaría más para que lo hicieras más fuerte.

—Es posible que lo que dices sea verdad —dijo el verdugo—; pero no quiero tu dinero. Mi trabajo es flagelar, y flagelo.

Mientras tanto el agente Franz, que se había mantenido discretamente reservado, confiando en el éxito de la intervención de K., se dirigió a la puerta vestido solamente con los pantalones, se arrodilló ante K., y cogiéndole el brazo, le suplicó:

—Si no puedes obtener que nos perdonen a los dos, por lo menos que me libre yo. Willem es más viejo. Su piel es dura y hace algunos años ya pasó por el castigo. Yo en cambio nunca he sufrido esta afrenta, y sólo actué inducido por Willem, que es mi maestro tanto para lo bueno como para lo malo. Está esperando en la puerta del banco mi desgraciada novia el desenlace de este asunto, y no sé dónde ocultar mi vergüenza.

Y secó con el borde de la chaqueta de K. su rostro bañado en lágrimas.

—No espero ya más —dijo el verdugo empuñando el látigo con ambas manos y descargándolo sobre Franz, mientras Willem, encogido en un rincón, miraba asustado sin hacer ningún movimiento. Repentinamente se oyó el alarido de Franz. Fue un grito ininterrumpido y sostenido, que parecía más ser emitido por algún me-

canismo que se dispara que por un ser humano. Atronó todo el pasillo y seguramente se oyó en todo el edificio.

—¡No grites! —exclamó K. sin poder controlarse. Y mientras miraba espantado en la dirección por donde podían aparecer los ordenanzas, propinó un empujón a Franz, no muy fuerte, pero suficiente para hacer caer al agente, que en cuclillas intentaba sostenerse con las manos apoyadas en el suelo. Pero eso no le salvó de los latigazos, que le seguía dando el verdugo también en el suelo, y mientras se retorció allí, el látigo zumbaba cayendo sobre sus espaldas. Al fondo del pasillo se veía un ordenanza, y algo detrás otro más. K. cerró rápidamente la puerta, se dirigió hacia la ventana y abrió. El grito se había extendido por todos los rincones.

—Muy buenas, tardes, señor apoderado —le dijeron los ordenanzas—. ¿Ha pasado algo?

—No, nada —replicó K.—. Se trataba de un perro que estaba ladrando en el patio —pero al ver que los ordenanzas seguían acercándose, añadió—: pueden continuar su tarea.

Para eludir toda conversación con ellos, sacó la cabeza por la ventana. Cuando pasados unos instantes volvió a mirar al pasillo, ya no estaban allí los ordenanzas. No obstante K. permaneció apoyado en la ventana. Temía volver al cuarto trastero, pero tampoco quería marcharse a su casa. Siguió mirando el patio, que era un cuadrilátero reducido. A su alrededor se levantaban las oficinas con las ventanas a esa hora sin luz. Únicamente en las de más arriba empezaban a distinguirse los reflejos de la luna. K. hacía esfuerzo con la mirada para tratar de ver un rincón del patio en el que había algunos carros de mano, con las varas hacia arriba. Le atormentaba la idea de que no había podido impedir que flagelasen a los

dos agentes; mas no era culpa suya, pensó. Si Franz no hubiera dado aquel alarido —verdad es que debía haber sentido un gran dolor, aunque también en momentos así hay que saber dominarse—, seguramente él habría encontrado alguna manera de convencer al verdugo. Puesto que los funcionarios subalternos de aquella justicia eran todos unos granujas, ¿por qué razón el verdugo, cuyo oficio era el más inhumano, tenía que ser diferente? K. no dejó de observar la mirada codiciosa que suscitó en él la vista de los billetes. Seguramente había azotado para elevar el precio, y K. no lo hubiese discutido, pues deseaba sobretodo haber salvado a los agentes. Puesto que ya estaba combatiendo contra la arbitrariedad de la justicia, era su deber hacerlo también en ese caso.

Lo lamentable era que Franz se pusiese a gritar. Desde ese instante nada pudo hacer K. No podía consentir que llegasen los ordenanzas, y quizá otra gente y le descubrieran con aquellos hombres en el trastero. Era algo que nadie podía exigirle y que podía dañar seriamente su reputación. Hubiese sido así un sacrificio más fácil haber ofrecido sus espaldas desnudas al látigo del verdugo. Pero probablemente aquél no hubiese aceptado su sacrificio, pues era faltar a su deber, sin obtener de ello ninguna compensación, y su falta hubiese sido doble, pues la persona de K. era intocable para los esbirros de la justicia, en tanto durase el proceso. Verdad es que podía haber también otras disposiciones al respecto; de todas maneras, había hecho lo único posible en aquella situación, que era cerrar la puerta del cuarto, sin que por ello hubiera dejado de correr cierto riesgo. Sentía mucho el empujón que le había dado a Franz, pero en aquel momento no había podido controlar su emoción.

Oyó entonces los pasos de los ordenanzas, que se acercaban por el pasillo, y para eludirlos cerró la ventana y se dirigió rápidamente hacia la entrada principal. Cuando volvió a pasar delante del cuarto trastero, se paró un momento para oír. Al otro lado no se oía el menor ruido.

Sin duda el verdugo debía haber azotado a aquellos infelices hasta matarlos, ya que habían quedado por entero en sus manos. Era ya imposible ayudarles, y seguramente los ordenanzas estaban a punto de llegar. Se hizo el firme propósito de hablar de ese asunto y conseguir, en la medida de sus posibilidades, que fuesen castigados los culpables reales, es decir, los altos funcionarios, los cuales hasta ese momento habían permanecido en la sombra. Cuando bajaba las grandes escaleras del banco observó atentamente a todos los transeúntes, pero no pudo ver por los alrededores a ninguna muchacha que pudiera ser la novia de Franz. De modo que pensó que la afirmación de aquél de que su novia le esperaba debía ser sólo una mentira para suscitar mayor compasión.

En los días siguientes no le era posible apartar de su mente ni un instante el recuerdo de los agentes. Trabajaba distraídamente, de tal modo que para terminar con su tarea tenía que quedarse más tiempo del acostumbrado. Una tarde, al irse ya a su casa, al pasar frente al cuarto trastero, abrió la puerta maquinalmente. Lo que entonces vio, en lugar de la oscuridad y silencio que esperaba, fue algo que su razón no pudo comprender. Todo seguía allí como la tarde en que por primera vez abrió aquella puerta. Allí estaban los impresos y los tinteros en desuso y amontonados detrás de la puerta y también el verdugo con su látigo, los dos agentes completamente desnudos y la vela sobre el estante. Al verle los agentes, gimieron:

—¡Señor!

Rápidamente K. cerró la puerta con fuerza y hasta la golpeó con los puños como si con ello quisiera asegurarla más firmemente. Luego, casi llorando, corrió hacia donde estaban los ordenanzas trabajando tranquilamente con el hectógrafo. Estos detuvieron su quehacer ante la llegada de K., mirándole extrañados.

—¡Limpiesen alguna vez el cuarto trastero! —gritó— ¡Es imposible penetrar allí de lo sucio que está!

Los ordenanzas contestaron que lo limpiarían al día siguiente. K. lo aceptó, pues a la hora que era no podía exigirles que lo hicieran, como había pensado antes.

Estuvo un rato sentado observando su trabajo, examinó algunas copias, adoptando el aspecto del que revisa un trabajo, y luego, dándose cuenta de que los ordenanzas no se atrevían a marcharse hasta que lo hiciese él, se levantó para irse, agotado y vacío de todo pensamiento.

VI

Por la tarde a la hora del correo –K. estaba atareadísimo– llegó su tío, un mediano propietario de bienes raíces que acababa de llegar del campo y que entró en su despacho, junto con dos ordenanzas que llevaban unos documentos. La llegada efectiva de su tío le sorprendió, pero no tanto como el pensamiento que había tenido hacia unos días de que llegaría su tío. Que tenía que llegar era algo que K. sabía desde hacía casi un mes. Cuando se lo imaginó, le había parecido verle un poco agachado, estrujando su sombrero de Panamá con la mano izquierda y extendiéndole de lejos la derecha. Así lo hizo, en efecto, por encima de la mesa, pero con tal brusquedad, que hizo caer todo lo que había en la trayectoria de su mano. Era una persona siempre apresurada, pues poseía la equivocada idea de que debía solucionar todos sus asuntos sin excepción en las horas que dedicaba a la ciudad, y además no rehuía ningún negocio, entrevista o diversión que se le fuese presentando. K. estaba muy obligado con él, pues había sido su tutor y le ayudaba en todas sus cosas, además de albergarle si se quedaba por la noche. Le llamaba, con cierto terror, «el fantasma que venía del campo».

Después de un rápido saludo –no tenía tiempo para presentarse, como le ofreció K.–; le pidió hablar un momento a solas.

–Es importante –dijo con el gesto del que traga algo con dificultad–. Es importante para mi tranquilidad.

K. hizo salir inmediatamente al ordenanza, recomendándole que no dejara entrar a nadie.

–¿Es posible que sea verdad lo que ha llegado a mi conocimiento, Joseph? –exclamó el tío cuando se quedaron solos sentándose sobre la mesa y revolviendo al hacerlo unos papeles, sin que reparara en ello.

K. no contestó. Sabía lo que iba a preguntarle. Se notó repentinamente liberado del trabajo agobiador al que se había avocado hasta entonces, se entregó casi por completo a una sensación placentera, y se puso a mirar por la ventana, al otro lado de la calle, de donde sólo veía un pequeño trozo de pared entre los escaparates de una tienda.

–¡Y te pones a mirar por la ventana! –exclamó el tío elevando los brazos–. ¡Contéstame, por favor, Joseph! ¿Es verdad? ¿Es posible que lo sea?

–Mi querido tío –contestó K. esforzándose por salir de su distracción–, la verdad es que no sé a qué te refieres.

–¡Joseph! –contestó el tío con voz de reproche–; has sido siempre veraz. ¿Debo entender tus palabras como un síntoma malo?

–Ahora me parece que sé a qué aludes –dijo K. resignado–. Debes haber oído hablar de mi proceso.

–Eso es –afirmó el tío inclinando muy despacio la cabeza–. He tenido noticias de tu proceso.

–¿Quién te lo ha dicho?

—Me escribió Ema —contestó el tío—. Nunca la ves ni te ocupas de ella, pero se enteró y hoy recibí su carta, en la que me lo decía. Me he apresurado a venir. Carecía de otros motivos para hacerlo, pero creo que éste es importante. Te leeré la parte que se refiere a ti —extrajo la carta del bolsillo—. Veamos, aquí está. He aquí lo que dice: «Hace mucho que no veo a Joseph. Fui a verle la semana pasada al banco, pero me dijeron que estaba muy ocupado, y no pude verle. Estuve aguardando más de una hora, y como se me hacía tarde, tuve que regresar a casa, para la lección de piano. Me hubiera gustado hablarle, pero quizá pronto haya una oportunidad. Por ser mi cumpleaños, me ha enviado una caja de bombones, lo cual es una amabilidad de su parte. Olvidé decírtelo la última vez, y como me lo preguntabas, lo he recordado. Aquí en la pensión los bombones no han durado nada. En cuanto se enteran que los he recibido, desaparecen. Quiero decirte otra cosa referente a Joseph. Como te decía arriba, me fue imposible verle en el banco, pues tenía una entrevista importante. Le pregunté a uno de los ordenanzas si tardaría mucho en concluir, y me replicó que podría tardar aún, pues se trataba de un proceso que se estaba iniciando contra el señor apoderado. Le pregunté si ello era posible, si no se trataría de un error, pero me aseguró que se trataba de un proceso, y además de un caso grave, pero que no conocía pormenores del asunto. También me dijo que desearía poder ayudarle, pues era una persona muy buena y justa con el personal, pero que él era un hombre modesto y sin influencia ninguna, y debían de ocuparse de ello personas importantes y que tuviesen influencias, aunque creía que sucedería así y que la cosa terminaría bien, pero que hasta ese momento la situación no debía

ser nada buena a juzgar por el estado de ánimo del señor apoderado. Por supuesto que no di gran crédito a sus palabras. Hice lo posible por tranquilizar a ese hombre simple, y le aconsejé que no comentase con otras personas el asunto, pues le dije que debía ser un malentendido de su parte. Pese a ello, creo que debías ocuparte de ello tú, querido padre, la próxima vez que viajes a la ciudad. A ti no te resultará difícil saber qué ocurre en realidad, y si lo juzgas necesario, ofrecerás a tu hija la ocasión de abrazarte, lo que la llenará de felicidad».

—Es muy buena hija —comentó el tío al terminar de leer la carta, mientras secaba las lágrimas que aparecían en sus ojos.

K. aprobó. Por causa de todas las perturbaciones que habían afectado su vida en los últimos tiempos, había olvidado casi por completo a Ema. No se había acordado ni de su cumpleaños, de forma que la historia de los bombones que le contaba a su padre la había inventado para ahorrarle a él los reproches de su tío. Le había impresionado su gesto, y por supuesto no podía pagarlo sólo con las entradas para el teatro que K. se hizo el propósito de mandarle regularmente a partir de ahora; pero no estaba con ánimo para visitarla en la pensión, ya que era una joven estudiante del Gimnasio, con sólo dieciocho años de edad.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó el tío, que, concluida la carta, parecía haberse olvidado de todas sus prisas y de su exaltación, y daba la impresión de que podría leer otra vez.

—Es la verdad, querido tío.

—¿Qué? —gritó el tío—. ¿Qué es lo que es verdad? ¿Cómo puede ser verdad? ¿De qué proceso se trata?

¿No será seguramente un proceso criminal?

—Eso es precisamente —aclaró K.

—¿Y permaneces ahí sentado con toda tranquilidad cuando tienes sobre ti un proceso criminal? —preguntó el tío gritando y exaltándose más.

—Es mejor que conserve la calma —dijo K. tranquilo—. No tengas temor.

—No puedo tranquilizarme tan fácilmente —agregó el tío—. Debes pensar en ti, en el resto de la familia, en nuestro buen nombre. Siempre has constituido un orgullo para todos nosotros, y no puedes ahora avergonzarnos. No me gusta tu postura —y contempló a K. moviendo la cabeza—. No debe ser así como actúa un acusado que es inocente, estando además en posesión de todos sus recursos. Debes explicarme cuanto antes qué ha pasado para tratar de ayudarte. ¿Se trata de algo relacionado con el banco seguramente?

—Nada de eso —replicó K. poniéndose en pie—. Estás hablando muy fuerte, querido tío, y me temo que el ordenanza esté oyendo todo al otro lado. Me resulta muy penoso. Prefiero que nos marchemos y podré contestar a todas tus preguntas. No ignoro que mi obligación es rendir cuentas a toda la familia.

—De acuerdo —dijo el tío—. Me parece bien. Date prisa entonces, Joseph. Salgamos cuanto antes.

—No me falta más que dar algunas indicaciones —dijo K.

Llamó por teléfono al empleado que le sustituiría durante su ausencia, que llegó al momento. El tío, en su exaltación, le señaló con un gesto que era K. el que le había llamado, lo cual no dejaba de ser obvio. K. le dio las instrucciones de pie ante su mesa, con voz discre-

ta, y enseñándole los documentos que debía manejar mientras duraba su ausencia. El empleado le escuchaba con actitud distante, pero amable. La postura del tío resultaba incómoda. Estaba allí de pie con los ojos muy abiertos y mordién dose con preocupación los labios. Era evidente que no prestaba oídos a lo que se hablaba, pero su sola presencia era muy penosa. Después empezó a recorrer a grandes pasos el despacho de un extremo a otro; a veces se detenía ante la ventana y otras delante de algún cuadro, y cada vez que hacía un alto, prorrumpía en un comentario distinto:

—¡No lo entiendo en absoluto!

O bien:

—¡Es completamente incomprendible!

El joven empleado aparentaba no oír nada de aquello, y siguió atentamente las explicaciones que le iba dando K. hasta que terminaron. Tomó nota de todo y se retiró, no sin antes haber hecho una inclinación de cabeza ante K. y su tío, que estaba en ese momento de espaldas, mirando por la ventana, cuyas cortinas arrugaba febrilmente entre las manos. En cuanto se cerró la puerta exclamó:

—¡Ya era hora! ¡Menos mal que se fue ese mequetrefe! Ahora también podremos marcharnos nosotros.

Por desgracia, fue imposible lograr que no siguiese con sus preguntas referentes al proceso, mientras cruzaba el gran vestíbulo, por el que pululaban empleados y ordenanzas y por donde pasaba en aquel momento el director adjunto.

—Bueno, Joseph —prosiguió el tío mientras contestaba con saludo distraído a las reverencias de los que se cruzaban—, dime ahora con franqueza a qué se debe ese proceso.

K. replicó con algunos comentarios evasivos y cuando estaba ya en la escalera explicaba a su tío que había procurado no hablar delante de los demás.

—De acuerdo —contestó el tío—. Habla ahora.

Y se dispuso a escuchar, inclinando la cabeza, mientras daba grandes bocanadas a su cigarro.

—Lo primero que debo decirte, querido tío —comentó K.—, es que éste no es un juicio ante la justicia ordinaria.

—Mucho peor.

—¡Qué! —exclamó K. mirándole.

—Digo que es peor —prosiguió el tío.

Bajaban en ese momento la escalinata, y como parecía que el portero estaba oyéndolo, K. bajó rápidamente las escaleras arrastrando tras sí a su tío. Se colocaron en medio del tráfico callejero. El tío, que se había colgado del brazo de K., no apretó tanto a K. con sus preguntas, e incluso anduvieron un rato en silencio.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó inesperadamente, deteniendo su marcha tan bruscamente, que las personas que transitaban tras él se apartaron alarmadas—. Estos asuntos no suelen presentarse repentinamente, si no que se incuban con anterioridad. Tú lo debes haber sospechado antes. ¿Por qué no me escribiste? De sobra sabes que siempre me he preocupado por ti. Todavía me considero tu tutor, y hasta hoy me he sentido orgulloso de serlo. Por supuesto que estoy siempre dispuesto a ayudarte, pero me parece que ahora, iniciado ya el proceso, es mucho más difícil. Sería mejor que volviesses conmigo al campo para quedarte allí unas cortas vacaciones. Veo que has adelgazado algo, y creo que el campo te sentará bien, lo que será conveniente para

ti, pues te aguardan fatigas y disgustos. Por otra parte, tu estancia en el campo te separará un tiempo de las manos de la justicia. Aquí ellos cuentan con todos los medios posibles, a los que te es difícil sustraerte, y su aparato funciona automáticamente. Cuando estés allí, por el contrario, se verán obligados a enviar gente o a solicitar tu presencia por teléfono, por telégrafo o carta. Estos métodos resultan menos apremiantes, y si bien no te eximen de toda presión, por lo menos te dan lugar a tomarte un respiro.

—Quizá se opongán a que me vaya —contestó K. algo influenciado por las recomendaciones de su tío.

—No creo que te lo impidan —contestó éste—. Aun dejándote marchar, conservan todavía bastante poder sobre ti.

—Yo pensaba —dijo K. pasando su brazo por el de su tío, tratando de que no se detuviera— que dabas menos importancia que yo a todo este asunto, pero por lo que veo lo consideras muy serio.

—¡Joseph! —exclamó el tío, pugnando por soltarse del brazo de K. y detenerse, lo cual no consiguió—. ¡No eres el mismo! Siempre juzgabas las cosas con objetividad, pero parece haber perdido ahora esa cualidad. ¿Quieres perder el proceso? ¿No sabes lo que eso implicaría? Significará nada menos que tu total anulación, que arrastraría a tu familia, o en el mejor de los casos, quedarían humillados y con su prestigio deshecho. ¡Date cuenta de ello, Joseph! Tu indiferencia es indignante. Cuando te miro, recuerdo la verdad de un proverbio que asegura: «sufrir un proceso es casi haberlo perdido».

—Querido tío, te exaltas inútilmente, lo que es perjudicial para los dos. Perdiendo la cabeza no puede ganar-

se ningún proceso. Permíteme pues que actúe un poco siguiendo mi experiencia práctica. Yo, por mi parte, siempre atiendo los consejos que suscita la tuya, aunque a veces sean desconcertantes. Me decías que nuestra familia se ve también implicada en el proceso, lo que yo no termino de comprender, pero ahora es una cuestión secundaria, de forma que seguiré de buen grado tus consejos, pero no logro ver las ventajas de marcharme al campo. Podría ser interpretado como una huida, y por consiguiente como un indicio de culpabilidad. Por otra parte, si bien estoy de acuerdo en que aquí estoy más al alcance de su mano, tampoco lo es menos que tengo medios para defenderme más eficazmente.

—Bien —dijo el tío en tono de quien está de acuerdo—, te lo propuse solamente porque temía que permaneciendo aquí empeorabas tu causa con tu apatía, y pensé que era mejor trabajar yo mismo en el proceso. Pero si es verdad que quieres seguirlo con todas tus fuerzas, comprendo que es mejor.

—Ya que somos de la misma opinión en ese punto, ¿por dónde crees que debo empezar? —preguntó K.

—Tengo que tomarme tiempo para pensarlo —contestó el tío—. Como bien sabes, hace ya veinte años que no vivo en la ciudad, y mi sagacidad no es la que tenía para saber a quién debía recurrir. Las relaciones que tenía con personalidades que podrían haber sido de suma utilidad en este caso se han ido debilitando. Estoy algo apartado en el campo, como no ignoras, y ello se hace palpable en situaciones como ésta. Tu asunto se me presenta súbitamente, aunque la carta de Ema me había preparado algo, y tu actitud inicial confirmó mis presentimientos. Pero dejemos esto. Ahora lo perentorio es no perder un minuto más.

Casi sin terminar de hablar, se irguió sobre los pies y llamó un taxi. Mientras daba la dirección al chofer, empujó a K. dentro del vehículo.

—Vamos sin pérdida de tiempo a la casa del abogado Huld. Fuimos condiscípulos. Debes conocer su nombre, ¿no? Me extraña. Goza de una enorme reputación como defensor y abogado de pobres. Pero es que además es un hombre en quien confío plenamente.

—Estoy completamente de acuerdo con lo que dispongas —dijo K.

No resultaba agradable para un acusado tener que recurrir a un abogado de oficio.

—No tenía idea de que era preciso tener un abogado en casos como éste.

—Es completamente normal —contestó el tío. ¿Por qué no habría de tenerse? Te ruego que me pongas al tanto de todo lo sucedido.

K. empezó seguidamente a explicar a su tío todo lo ocurrido hasta entonces, sin disimular nada, ya que consideraba que la más amplia franqueza por su parte era lo mejor que podía oponer a la opinión del tío, en descargo suyo, puesto que éste era de la opinión de que el proceso era un baldón para todos. Sólo citó una vez, muy de pasada, a la señorita Burstner, pero ello no dañaba en nada su sinceridad, ya que, ateniéndose estrictamente a los hechos, nada la relacionaba a ella con el proceso. Mientras hablaba, observaba por la ventanilla del automóvil, y advirtió que se acercaban a los suburbios de la ciudad, justamente donde estaba situada la secretaría de los tribunales. Le hizo dicha observación a su tío, y éste no le dio ninguna importancia.

Por fin el automóvil detuvo su marcha frente a una casa de fachada oscura. El tío, sin perder tiempo, tocó el timbre de la puerta de la calle. Mientras esperaban el resultado de su llamada, sonrió descubriendo sus grandes dientes y dijo a K.

—Ya son las ocho. Es muy tarde para atender clientes. Confío en que Huld no se moleste conmigo.

En la mirilla de la puerta aparecieron un par de grandes ojos oscuros que contemplaron un segundo a los recién llegados, y después desaparecieron. No obstante, la puerta siguió cerrada. Ambos convinieron haber visto los ojos.

—Supongo que debe ser una criada que desconfía de los extraños —manifestó el tío volviendo a llamar.

Los ojos surgieron otra vez. Parecía una mirada triste, pero también podría tratarse de una apreciación equivocada, motivada por la luz del gas, que esparcía una claridad temblorosa y débil sobre la puerta.

—¡Abran la puerta! —gritó el tío golpeándola con el puño—. Somos amigos del señor abogado.

—Está enfermo el abogado —susurró una voz detrás de ellos.

Era un señor enfundado en una bata, de pie en el umbral de la puerta vecina, el que les había dado la información en voz casi inaudible. El tío, ya irritado por la espera, se volvió para gritar.

—¿Que está enfermo? ¿Asegura usted que está enfermo? —y dio un paso hacia él con expresión amenazadora, como si aquel señor fuese la enfermedad misma.

—Ya abren —dijo el señor indicando la puerta del abogado, ajustando su bata y desapareciendo de la vista.

En efecto, la puerta se había abierto. Apareció una joven, y K. reconoció los ojos negros que había visto en la mirilla, ojos que eran ligeramente saltones. Estaba de pie en el vestíbulo, cubierta con un delantal blanco y con una lámpara en la mano.

—Ha tardado mucho en abrirnos —dijo el tío casi sin saludarla, mientras la muchacha inclinó levemente la cabeza—. Pasa, Joseph.

K. no paraba de mirar a la joven, sorprendido, pese a que ésta les había dado la espalda para cerrar. Tenía una cara bonita, redondeada. No únicamente eran redondeadas sus blancas mejillas y su barbilla, sino también las sienes y la frente. Dándose vuelta, dijo la joven, al ver al tío que se encaminaba decididamente a una de las puertas:

—Está enfermo el señor abogado.

—¿Se trata del corazón? —preguntó el tío.

—Creo que sí —contestó la joven, que les señalaba el camino con la luz, abriendo la puerta de una habitación.

En un extremo del cuarto, al que no llegó aún la luz, se levantó desde una cama un rostro de larga barba.

—Leni, ¿quién es? —inquirió el abogado, que todavía no había conocido a su visitante, pues la luz, deslumbrándole, le impedía verlo.

—Soy yo, Albert, tu antiguo amigo —respondió el tío.

—¡Ah, eres tú, Albert! —exclamó el abogado, y se dejó caer otra vez sobre la almohada, como si no tuviera nada que disimular ante él.

—¿No te encuentras bien? —preguntó el tío—. No será nada serio. Un amago de insuficiencia cardiaca, que pasará, como los que has tenido otras veces —y tomó asiento en el borde de la cama.

—Puede ser —contestó el abogado con voz débil—, pero me temo que es más fuerte que otras veces. Respiro mal, duermo muy poco y me noto cada día peor.

—¿Tan mal te sientes? —dijo el tío estrujando entre sus manazas su sombrero—. No sabes cuánto lo siento. Imagino que estás bien cuidado. Está la habitación muy oscura, y resulta triste. Hacía mucho tiempo que no venía a tu casa. Tengo la impresión de que esto resultaba más agradable antes. Tu muchacha parece también estar no muy alegre, a no ser que ponga cara de circunstancias.

La muchacha continuaba al lado de la puerta, con la lámpara en la mano. En lo que se podía decir, por su mirada huidiza, miraba con más frecuencia a K. que al tío, pese a que éste se refería a ella. K. se apoyó sobre una silla, que colocó cerca de la joven.

—Estando como yo me encuentro —dijo el abogado— es necesario tener tranquilidad. Yo no veo esto tan triste. —Tras un breve silencio, agregó—: Leni es muy cuidadosa conmigo. Es una muchacha servicial y encantadora.

A pesar de aquellas palabras, el tío no parecía muy convencido, pues estaba predispuesto contra la enfermera, y aunque no contradijo al enfermo, siguió mirándole con cara de pocos amigos cuando ella se aproximó al lecho para poner la lámpara encima de la mesilla de noche y acercó su cara a la del abogado Huld para hablar con él, rozándole casi las orejas.

Dejando de lado toda consideración hacia el enfermo, el tío de K. se incorporó e iba y venía tras la joven con tal expresión que K. no se hubiese extrañado de que la hubiese cogido por los hombros para separarla del lecho del abogado. K., sin perder la calma, se reducía a

observar. Para él la enfermedad del abogado no era ningún inconveniente, puesto que le había sido imposible disuadir a su tío de la intervención de un letrado. Ahora veía cómo el ímpetu de éste se desviaba hacia otro objetivo. Entonces su tío dijo, seguramente con la intención de molestar a la enfermera:

—Salga un momento de aquí, señorita. Debo tratar un asunto personal con mi amigo.

La joven, que en ese instante estaba inclinada sobre el abogado, arreglando la ropa de la cama por el costado opuesto, volvió la cabeza y replicó con tono severo, que chocaba con las exclamaciones del tío, a veces entrecortadas por la cólera y otras de una facundia exagerada.

—Puede usted ver que el señor Huld no está bien y no se encuentra en condiciones de discutir ningún «asunto».

No cabía duda de que la joven repitió la palabra que utilizó el tío solamente por comodidad. Por otra parte, cualquier persona suspicaz podía haberlo tomado como una burla. Por supuesto que el tío lo consideró así, pues reaccionó inmediatamente como si le hubiesen quemado.

—¡Al demonio con la muchacha! —gritó con voz poco clara, por el furor que le embargaba. K. se alarmó, pese a que esperaba una reacción así; corrió hacia su tío con el firme propósito de cerrarle la boca como fuese. Providencialmente el enfermo se incorporó y apareció tras la muchacha. La cara del tío se descompuso como el que traga una medicina desagradable, y calmándose algo, enseguida pudo decir:

—Todavía sé bien lo que digo. Lo que le he pedido está dentro de lo posible. De no ser así no lo hubiera dicho. Le agradeceré ahora que salga.

La enfermera no se movió un paso de junto a la cama, mirando al tío. A K. le pareció ver que acariciaba la mano del abogado.

—Puedes hablar estando ella —dijo el abogado con voz suplicante.

—El asunto no se refiere a mí; no es por tanto secreto que me afecte.

Después se dio vuelta, en actitud de negarse a seguir discutiendo. No obstante parecía querer dejar un paréntesis para que pudiera contestar el abogado.

—¿A quién afecta entonces? —preguntó el enfermo con voz débil, volviendo a dejarse caer sobre la almohada.

—Es a mi sobrino, que está aquí presente —dijo el tío—. Te presento el apoderado Joseph K.

—¡Ah! —exclamó el enfermo con súbita vivacidad, alargando su mano a K.—. Le ruego me perdone por no haber advertido su presencia. Retírate, Leni —agregó mirando a la enfermera, que ya no opuso resistencia y le dio la mano como si fuese a estar largo tiempo ausente—. Así que tu visita obedece a motivos profesionales, y no por mi enfermedad —prosiguió dirigiéndose al tío quien, más conforme, se había acercado a la cama.

El haber supuesto que había ido a visitarle por su enfermedad había mantenido inhibido al abogado hasta entonces. A partir de ese momento se animó notablemente. Se apoyó todo el tiempo sobre un codo, lo cual debía resultarle muy molesto, y no cesaba de acariciar su barba.

—Le veo con mejor aspecto —dijo el tío— desde que salió esa harpía.

Se detuvo, y en seguida continuó:

—Juraría que nos está escuchando.

Dio un salto hasta la puerta. Sin embargo, nadie había detrás. Regresó, pero no defraudado, sino furioso, pues el no haberla encontrado allí le pareció peor todavía.

—Te equivocas respecto a ella —dijo el abogado, sin agregar nada más en defensa de la enfermera, como si bastase con lo dicho. Enseguida siguió en tono más amable—: volviendo al asunto de tu señor sobrino, me sentiría feliz de poder tener fuerzas para afrontarlo. Sin embargo, dudo que me alcancen; no obstante, si es superior a mi capacidad actual, siempre podré solicitar la colaboración de otro colega. Con sinceridad, debo decir que me interesa demasiado el caso para que desista.

K. no podía entender una palabra de todo aquel introito, y miraba constantemente a su tío, esperando encontrar en él la clave, pero éste permanecía sentado, sosteniendo la luz sobre la mesilla de noche, donde se había derramado sobre la alfombra un frasco que contenía una medicina. Asentía moviendo la cabeza a las palabras del abogado, y miraba a veces a su sobrino solicitando su aprobación. ¿Es que ya le había hablado el tío de su proceso? No era posible. Todo lo ocurrido antes obligaba a rechazar tal suposición. Entonces optó por decir:

—Pido perdón por no comprender.

—¿Estoy quizá en un error? —preguntó el abogado, tan extrañado y confuso como K.—. ¿Me he apresurado quizá por un camino equivocado? ¿De qué querían hablarme entonces? Supuse que se trataba de un proceso.

—Eso es precisamente —dijo el tío, e interrogó a K.—. ¿Qué quieres entonces?

—¿Cómo es posible que estuviese usted enterado de mi proceso? —dijo K.

—Entonces era eso —dijo el abogado riendo—. Sepa usted que como abogado estoy en contacto con la gente de la justicia, que suelen comentar los procesos pendientes. Me acuerdo generalmente de los que más me llaman la atención, y más aún si se trata del sobrino de un buen amigo. Nada puede entonces extrañarle, supongo.

—¿Qué más puedes pedir? —le preguntó el tío—. Estás nervioso.

—¿Está usted en contacto estrecho con la gente de la justicia?

—Sí, por supuesto —contestó el abogado.

El tío exclamó:

—Haces preguntas infantiles.

—¿Con quién he de tener contactos, sino con mis colegas? —añadió el abogado.

Y lo dijo con tono tan apodíctico que K. no replicó. «Trabjará usted en la justicia del Palacio de Justicia, no en la de la buhardilla», pensó sin proponerse decirlo, aunque sin darse cuenta lo dijo en alta voz.

—Tenga usted en cuenta —continuó el abogado, como explicando algo que resultaba palmario y consideraba que explicitarlo era innecesario y gratuito— que este tipo de vinculaciones implica una gran ventaja para mis clientes, y eso en múltiples aspectos. No necesito hacer alarde de ello. Es evidente que ahora estoy constreñido por mi enfermedad, pero también me visitan con cierta frecuencia excelentes amigos de los ambientes judiciales; y por lo mismo estoy al tanto de muchos asuntos. Quizá mi información sea más extensa que la de algunos que teniendo buena salud frecuentan diariamente

el foro. Ahora precisamente hay aquí un visitante que me merece la mayor estima.

Al decir esto, indicó con la mano un rincón de la habitación sumido en tinieblas.

—¿Dónde está? —preguntó K. con brusquedad, que rayaba en grosería, preso de estupefacción. Hizo un pequeño esfuerzo para penetrar las tinieblas a su alrededor, pero la luz de la pequeña lámpara era muy pobre.

Entonces en el rincón que había indicado el abogado comenzó a notarse algún movimiento. A la luz de la lámpara que el tío dirigió hacia allí pudieron ver a un señor de edad provecta, sentado ante una mesilla.

Debía haber estado casi sin respirar, para haber pasado desapercibido tanto tiempo. Se incorporó lentamente en actitud de sentirse molesto por pasar a ser el centro de atracción. Movía las manos como aleutando, rechazando cualquier presentación o saludo a los demás, para no causar molestias innecesarias. Parecía también como si rogase el retornar cuanto antes a la oscuridad acogedora y que su presencia fuera olvidada por completo. Empero, ya era tarde para complacer tales deseos.

—Les ha sorprendido usted —indicó el abogado, como dando una explicación, llamando al viejo con la mano para que se aproximara, lo que éste hizo con lentitud, mirando extrañado en torno a él, pero no exento de dignidad en sus ademanes—. El señor jefe de despacho... Con perdón, todavía no les he presentado. Aquí mi amigo Albert, y éste es su sobrino Joseph K. El caballero es el jefe de despacho. Como les decía antes, el señor jefe de despacho ha venido a verme en calidad de amigo. Solamente los que conozcan el cúmulo de obligacio-

nes que pesan sobre el señor jefe de despacho pueden estimar su actitud en todo lo que significa. Pues bien, acude a visitarme para charlar en paz, subordinado naturalmente al estado de mi salud. La verdad es que no habíamos advertido a Leni que no dejara entrar a ninguna visita, pues no esperábamos ninguna y suponíamos que íbamos a estar solos. Después se oyeron tus golpes en la puerta, querido Albert, y el señor jefe de despacho, con exquisita discreción, se apartó con su mesa y la silla a ese rincón. Ahora reparo que tenemos un tema común para conversar, de forma que reunámonos nuevamente —dijo con una cortés inclinación, sonriendo con deferencia e indicando un sillón próximo a la cama.

—Lamentablemente, no podré permanecer más que unos minutos —manifestó amablemente el jefe de despacho, en tanto se sentaba consultando su reloj—. Los asuntos judiciales exigen mi presencia. Pero aún así, no quiero desaprovechar la ocasión de conocer a un amigo de mi amigo.

Indicó con una leve inclinación de cabeza al tío de K., quien parecía muy complacido de la presentación, pero que por su peculiar manera de ser sólo pudo expresar sus sentimientos con una risotada vulgar y molesta, que sucedió a las palabras del señor jefe de despacho. «Horrible espectáculo», observó K., en mente, que asistía tranquilamente a la situación, pues no se ocupaban de él. El jefe de despacho inició la conversación, lo que parecía constituir un hábito en él, mientras el abogado, cuya debilidad tan proclamada anteriormente podía haber sido la excusa para librarse de visitantes molestos, escuchaba atentamente igual que el tío, que no había abandonado la lámpara, haciéndola oscilar sobre sus piernas, lo que observaba el abogado evidentemente in-

quieto por la operación. El tío hubiera olvidado enseguida todas sus molestias, para abandonarse por entero al deleite que le producía la manera de hablar del jefe de despacho, así como los medidos y elegantes ademanes que acompañaban a sus palabras. K. permanecía apoyado en la parte trasera de la cama, completamente ignorado por el señor jefe de despacho, de manera que era un mero oyente de aquellos caballeros. Tampoco estaba pendiente del curso de la conversación, y dejaba vagar sus pensamientos, pensando a veces en la joven enfermera y en la manera brusca con que la había tratado su tío, y otras preguntándose si sería la primera vez que veía al jefe de despacho. ¿No estaría entre el público que presenció su primer interrogatorio? También era posible que estuviese en un error, si bien aquel jefe de despacho podría haber estado como entre sus iguales entre los ancianos de largas barbas que ocupaban la fila primera de la asamblea.

Repentinamente se interrumpieron las reflexiones de K. cuando un ruido de platos que se rompen atrajo la atención de todos.

—Iré a ver qué ha pasado —dijo saliendo despacio, como para darles lugar a que le detuvieran.

En cuanto estuvo en el vestíbulo, trató de guiarse en la oscuridad, cuando notó que una pequeña mano tomó la suya que aún estaba cerrando el picaporte. La mano cerró la puerta silenciosamente. Era la de la joven enfermera, que le había visto llegar.

—No ha pasado nada. He roto yo misma un plato tirándolo contra la pared para llamar su atención.

Confundido, K. dijo:

—He estado pensando en usted.

—Eso me gusta. Acompañeme.

Dieron unos pasos y se encontraron frente a una puerta de cristales esmerilados, que abrió la joven.

—Pase —le dijo.

Sin lugar a dudas estaban en el gabinete del abogado. A la luz de la luna que iluminaba un rectángulo pequeño entre las dos grandes ventanas podía verse que aquella habitación estaba amueblada con solemnes y viejos muebles.

—Acérquese aquí —dijo la joven indicándole un oscuro arcón de madera labrada. La habitación era espaciosa y de techo alto, donde seguramente los clientes del defensor de pobres debían sentirse perdidos. A K. le pareció ver a los visitantes acercándose tímidamente a la gran mesa del despacho. Después se olvidó de todo aquello y se preocupó únicamente de la joven enfermera, que se había sentado casi pegada a él y prácticamente le apretaba contra los brazos del asiento.

—Se me ocurrió —dijo ella— que vendría usted sin que tuviera que llamarle. Es extraño. Cuando entró aquí no dejaba usted de mirarme, y después me hace esperar. Puede llamarme Leni —agregó rápidamente y sin pausa, como para intimar en una carrera contra el tiempo.

—Encantado —dijo K.—, pero la actitud mía que ha resultado chocante para usted puedo explicarla brevemente. Tenía que permanecer allí atento a los discursos de esos caballeros. Era imposible abandonar la habitación sin algún motivo. Además soy tímido por temperamento, y tampoco usted fue antes como se manifiesta ahora.

—Qué cosas dice —contestó Leni apoyando su brazo sobre el asiento y clavando sus ojos en K.—. Debe ser

que no le gusté y que seguramente tampoco le atraigo ahora.

—Gustar no expresa bien lo que siento.

—¡Oh! —exclamó ella sonriendo halagada.

Las palabras de K. y la exclamación de Leni concedieron a ésta una cierta superioridad sobre él, optando por guardar silencio.

Ya sus ojos se habían acostumbrado a la semipenumbra de la habitación y podían diferenciar ahora algunos detalles de aquélla. Reparó sobre todo en un cuadro de grandes dimensiones, colocado a la derecha de la puerta, y se inclinó un poco para distinguirlo mejor. Mostraba a un hombre ataviado con toga de juez, sentado sobre una especie de trono elevado, cuyo dorado se esparcía por todo el cuadro. Lo más notable de aquella tela era la actitud del magistrado. En lugar de estar sentado con augusta calma, tenía apoyado con fuerza el brazo izquierdo sobre el respaldo y el brazo del trono, y en contraste, el brazo derecho completamente separado, reclinada sólo la mano en el sillón, como si se aprestase a lanzarse con cólera incontrolable para exclamar algo trascendental, o para dictar un veredicto decisivo. Tal composición llevaba a suponer que el acusado se encontraba al pie de las gradas, de las que podían verse los escalones superiores, revestidos por un tapiz amarillo.

—¿Será éste mi juez? —preguntó K. indicando el cuadro con la mano.

—Le he visto muchas veces —dijo Leni mirando hacia el cuadro—. Suele venir aquí con cierta frecuencia. Ese retrato fue pintado cuando era joven, pero nunca ha tenido ningún parecido, pues el juez es muy pequeño de estatura. Quizá por ello se hizo retratar

como una persona imponente, ya que además tiene una vanidad monstruosa, sentimiento del que participan todos aquí. También yo, y me disgusta mucho que no le guste a usted.

K. no contestó a esta insinuación, sino que pasó su brazo por el talle de Leni y la atrajo hacia sí. Ella apoyó dulcemente la cabeza sobre su hombro. Pero K., sin dejar de pensar en el juez, le preguntó:

—¿Qué categoría tiene?

—Tiene el grado de juez de instrucción —repuso la joven acariciando la mano que K. había pasado alrededor de su cintura y jugueteando con sus dedos.

—¡Sólo jueces de instrucción! —exclamó K. defraudado—. Los funcionarios supremos están siempre en la sombra. Sin embargo, éste está casi en un trono.

—Todo es apariencia —explicó Leni acercando su rostro a la mano de K.—. Realmente está sentado en una vieja silla de cocina, cubierta con una gastada manta de caballo. ¿No deja usted nunca de pensar en su proceso? —añadió después con lentitud.

—No es así —respondió K.—. Probablemente pienso muy poco en él.

—No creo que sea ése su defecto. Por lo que sé, persiste usted en sus cosas.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó K., que sentía contra su pecho el cuerpo de la joven y quedo un momento contemplando su mata de pelo oscuro.

—Quiere usted saber demasiado —contestó Leni—. No me pregunte nombres, por favor. Redúzcase a corregir sus defectos. No sea tan obstinado. Es muy difícil prevalecer contra esa justicia. Es necesario que confiese ampliamente. No desaproveche la ocasión de hacerlo

en la mínima oportunidad. Después posiblemente tendrá la ocasión de huir, pero no antes. Necesitará ayuda. Sin ella no es posible, pero esto no debe preocuparle demasiado. Yo misma iré en su ayuda.

—Puedo comprobar que conoce usted bastante a fondo a esa justicia y las argucias que hay que apelar —contestó K. colocándola sobre sus rodillas, pues la muchacha se apretaba fuertemente contra él.

—Así estoy mejor —dijo ella acomodándose y arreglándose con coquetería los pliegues de su blusa y la falda. Enseguida se abrazó a su cuello con ambas manos, y le miró intensamente.

—Y si me negase a confesar, ¿no podría ayudarme igualmente? —preguntó él tanteando.

«Voy consiguiendo ayudas —se dijo bastante sorprendido—. La primera la señorita Burstner, después la mujer del ujier y por último esta joven enfermera que parece sentirse rápidamente atraída por mí. La tengo aquí, sentada sobre mis rodillas como si lo hubiese estado siempre».

—Sería imposible —dijo Leni—. Si usted no confiesa, mi ayuda sería inútil. Aunque pienso que no cree usted en mi ayuda. Me parece que se burla de mí. ¿Quizá tiene usted una amante?

—No... —dijo K.

—¡Sí, sí! —dijo ella.

—Bueno..., pero el caso es que ya he roto con ella, aunque todavía tengo aquí sus fotografías —contestó K.

Y ante sus insistentes ruegos sacó el retrato de Elsa. Apretándose sobre sus rodillas, Leni examinó despacio la fotografía. Se trataba de una instantánea en la cual Elsa había sido captada en una de sus danzas trepidantes que ejecutaba en el Cabaret donde actuaba. El ves-

tido volaba levantado a su alrededor, tenía las manos apoyadas sobre sus rotundas caderas y reía mirando de costado. En la foto no se podía adivinar lo que suscitaba su risa.

—Su talle es excesivamente ajustado —dijo Leni señalando el lugar en el que era visible su apreciación—. No me gusta... La encuentro pesada y brutal. Pero también es posible que sea con usted comprensiva y tierna. Muchachas de su aspecto y profesión suelen serlo. Aunque me pregunto: ¿haría algún sacrificio por usted?

—No me lo parece —dijo K.—. Tampoco es dulce ni comprensiva, y menos se sacrificaría por mí. Por supuesto, no se lo he pedido. Por otra parte, nunca he mirado esa foto con la atención que lo está haciendo usted.

—No debe usted quererla mucho —observó Leni—. ¿No es su amante?

—Claro —dijo K.—. ¿Por qué voy a negarlo?

—A pesar de serlo —prosiguió Leni—, no creo que sintiera usted demasiado perderla o sustituirla por otra, por mí, para serle sincera.

—Seguramente —dijo K.—, es una idea que no deja de ser agradable, pero ella tiene solamente una ventaja sobre usted. Ignora todo sobre mi proceso. Y aunque lo supiese, no le preocuparía en absoluto. Además, no creo que me aconsejase nunca que me entregase.

—Todo lo que me dice no es ninguna ventaja —contestó Leni—. Si no tiene ninguna otra, no me considero en inferioridad de condiciones. ¿No tendrá algún defecto físico?

—¿Un defecto físico?

—Eso digo. Por ejemplo, yo tengo uno, pequeño por cierto. Fíjese.

Puso ante los ojos de K. sus dedos anular y medio y los extendió para que se pudiese ver una pequeña membrana que los unía por la mitad. Como la habitación tenía muy poca luz, le era imposible a K. advertirlo. Entonces la joven cogió su mano y la llevó a la suya para que lo comprobase.

—¡Qué extraño! —exclamó K., y prosiguió mirando su mano—. ¡Hermosa garra!

Leni miraba casi orgullosa a K., quien, sorprendido, cerraba y separaba los dedos, como jugando; por fin terminó besándolos con suavidad.

—¡Oh! —reaccionó inmediatamente la joven—. Por fin me ha besado. Luego trepó sobre las rodillas de K. y le ofreció su boca entreabierta. K. la miró sorprendido. La tenía pegada a él, y percibía su aroma amargo, como de pimienta, que le excitaba. Ella cogió su cabeza con las dos manos, la llevó hacia sí, y después la separó un poco. Le mordió y besó apasionadamente su cuello y su cabeza.

—Ahora estoy yo, en vez de la otra. Ahora me tiene a mí —gemía entrecortadamente.

Entonces resbaló su rodilla, lo que le arrancó un gritito, y casi se cayó sobre la alfombra. K. intentó tomarla por la cintura para evitar la caída, pero ella lo arrastró consigo.

—Ahora serás mío, me perteneces —dijo ... Más tarde le dijo—: toma la llave de la casa y ven cuando quieras.

Antes de separarse, volvió a besarle.

Cuando se encontró en la calle lloviznaba un poco. Quiso situarse en mitad de la calzada para poder ver a Leni en la ventana, antes de irse, cuando repentinamente salió su tío de un automóvil que se encontraba

estacionado frente a la casa y en el que K., preocupado por ver a Leni, no había reparado. El tío cogió a K. por el brazo y le echó contra la puerta del coche, como si quisiera clavarle allí.

—¿Cómo has hecho una cosa así? —chilló—. Has trabajado contra ti mismo, ahora que tu asunto empezaba a encaminarse. Desapareces con esa cualquiera, que seguramente es la querida del abogado, y además, sin molestarte en justificar tu ausencia, te quedas con ella todo el tiempo que te place, dejándonos plantados a los tres: a tu tío, que echa los bofes por ti; al abogado, al que debes agradecer para que te defienda, y lo que es más grave, al jefe de despacho, personaje omnipotente en relación con tu caso. Estábamos viendo la forma de ayudarte. Por lo que respecta a mí, debo ser extremadamente prudente con el abogado. Éste debe serlo también con el jefe de despacho, y tú, a tu vez, deberías colaborar conmigo en todo lo que te exija. Pero haces caso omiso y te largas tranquilamente. Llegó necesariamente un momento en el que ya no se podía disimular tu ausencia. Son sin duda hombres exquisitamente educados. Eludieron hablar de la situación. Seguramente me perdonan a mí que es, en último término, por quien hacen todo; por último no han podido seguir fingiendo, y no han agregado ni una sola palabra más. Hemos estado los tres en completo silencio durante más de quince minutos, esperando a ver si regresabas, pero no apareciste ya. Por fin el señor jefe de despacho, que había prolongado su presencia más de lo que podía, lamentándolo mucho, dijo que no podía ayudarme. Se quedó aún un momento más en la puerta, en un derroche de amabilidad y luego se marchó. Su partida, como te imaginarás, significó quitarme un peso de encima. Me era penoso seguir reteniéndole.

Por su parte, el abogado, aquejado por su enfermedad, pasaba por mi mismo estado de ánimo. Tal era su disgusto cuando me despedí de ese probo caballero, que no encontraba palabras que decirme. Está dentro de lo posible que tú hayas contribuido a acortar los días de un hombre que tan importante era para ti. Y por lo que se refiere a mí, que soy tu tío, he debido esperarte durante horas, empapándome en la lluvia (tócame y lo comprobarás) y atormentado por lo que pueda ocurrir.

VII

Una mañana invernal nevaba fuertemente, bajo una luz borrosamente gris. K. se encontraba sentado en su despacho, y a pesar de haber empezado la jornada, se sentía ya agotado. Para que no le molestasen con su presencia los subalternos, había indicado a su ordenanza que nadie entrase en su oficina, pretextando que estaba abrumado de trabajo. Claro está que no estaba trabajando, sino que se removía inquieto en su sillón y cambiaba nerviosamente de lugar los objetos que estaban sobre su mesa. Después abandonó esta tarea, y sin reparar en lo que hacía, extendió el brazo sobre la mesa, quedándose inmóvil con la cabeza caída sobre el pecho.

No cesaba un momento de barajar pensamientos concernientes a su proceso. En otras ocasiones también había pensado si debía decidirse a elevar un escrito de descargo ante la justicia. Expondría en él de forma breve y clara la trayectoria de su vida hasta entonces, y en cada suceso que tuviera algún significado daría una explicación de los motivos que le llevaron a actuar de una u otra manera. También sometería a revisión sus pasadas acciones hasta su forma de pensar actual y admitiría lo que correspondiese, rechazando el resto, y analiza-

ría cómo procedió en cada caso. No cabía duda de las ventajas que ofrecía un alegato de defensa hecho así, comparándolo con el que podía hacer un abogado, que muchas veces, por desconocimiento de motivaciones y detalles, adolecen de graves errores u omisiones. Hasta ahora K. ignoraba lo que su abogado podía haber hecho, pues hacía más de un mes que no le había citado en su bufete. Además, en las entrevistas que habían mantenido, K. había sacado la conclusión de que era poco lo que podía hacer por él. El señor Huld no le había formulado casi ninguna pregunta, pese a haber muchos aspectos sobre los cuales su obligación profesional debía haberle obligado a indagar.

Muchas preguntas eran esenciales. Él incluso se daba cuenta de lo mucho que hubiera sido necesario inquirir. Sin embargo, aquel abogado, en lugar de hacerlo, perdía el tiempo pronunciando farragosos discursos o se quedaba frente a K. sin decir una sola palabra, inclinado sobre su mesa de trabajo, actitud que se debía sin duda a ser algo sordo. También se atusaba la barba mientras miraba abstraído los dibujos de la alfombra, justamente en el lugar donde K. y Leni habían estado echados. De cuando en cuando le hacía algunas recomendaciones, bastante ingenuas, casi como las que se hacen a los niños. Sus parlamentos eran tan superfluos como irritantes, y K. se había hecho el propósito de descontar aquel tiempo de sus honorarios al recibir la cuenta. Cuando el abogado consideraba que ya le había zaherido bastante, le infundía ánimos. Le hablaba de los procesos similares al suyo, en los que había logrado un veredicto favorable. Cierto que algunos no eran tan graves, sin embargo a veces eran considerados como casos perdidos. Alardeaba de tener en el cajón de su mesa dicha

lista y golpeaba con resolución sobre la misma, pero el secreto profesional que debía observar le vedaba enseñarle los expedientes. K. podía estar seguro de que toda su experiencia le sería muy útil, le decía.

Por descontado que había empezado a trabajar inmediatamente en el caso de K. y estaba ya casi terminado el primer escrito. Era sin duda el más importante, puesto que las alegaciones de la defensa influían seguramente en la marcha posterior del proceso. Lamentablemente, y ello debía saberlo K., en algunas ocasiones no leían ninguno de esos escritos y los archivaban sin más, ya que estimaban que el interrogatorio al que se sometía al acusado era mucho más importante que todo lo que aquél hubiese alegado por escrito previamente. Si el abogado lo exigía, antes de la sentencia definitiva, es decir, cuando estaba ya reunido todo el material y el expediente ya terminado, podía ser revisada también esa primera demanda.

Por desgracia, la mayoría de las veces no sucedía así, y en el caso de que aún se conservara la demanda —como el abogado sabía—, no se leía o se le daba sólo una lectura superficial. Todo esto era desalentador, pero podía comprenderse. K. debía tener en cuenta que el proceso no era público, aunque en algunos casos así lo decidiesen, si bien la ley no obligaba específicamente a tal modalidad. Por consiguiente, todos los expedientes —y lo más importante, el escrito de acusación del fiscal—, no estaban al alcance del acusado y de su abogado defensor, por ello era imposible saber exactamente, y ni siquiera de una manera aproximada, adónde debía dirigirse la primera demanda.

Por esta razón, sólo casualmente podía tener algún efecto favorable. Sólo más tarde había la posibilidad de

presentar alegatos escritos que pudieran influir favorablemente, pues surgía ocasión para ello en el curso de los interrogatorios, donde las preguntas que se formulaban al acusado podían indicar o revelar en qué consistía la acusación que se le hacía. Era evidente que, en condiciones tales, la defensa actuaba con posibilidades muy mermaidas; pero esto era deliberado por parte de la justicia, ya que –seguía el abogado Huld– la defensa no era reconocida por la ley de forma palmaria; la justicia solamente la tolera, e incluso se preguntaba él si el artículo del código penal que insinúa tolerarla la acepta o no en realidad.

Por consiguiente, no existe un abogado que reconozca el tribunal y a los que actúan ante éste como defensores. Son considerados meros picapleitos. Esto constituye algo sumamente bochornoso para el cuerpo de abogados; para comprobarlo K. sólo tenía que conocer la sala reservada a los abogados. Le asombraría ver el hacinamiento en que tenían que desenvolverse. El mismo recinto estrecho y de techo bajísimo que constituía esta sala era la mejor muestra del desprecio que a la justicia le inspiraban. Aquella sala únicamente tenía una entrada de luz, que era un ventanuco situado en la parte más alta, y que si se quería mirar por él era necesario encaramarse sobre la espalda de un colega. Además por allí entraba el humo maloliente de una chimenea vecina, que regaba todo de hollín. En el suelo del recinto –lo que indicaba las condiciones deplorables en que se encontraba– existía desde hacía ya más de un año un agujero, si no de tanto diámetro para que por él cupiese un hombre, sí del suficiente para que se pudiese meter una pierna. Como este antro estaba situado en el segundo piso, si alguno de los abogados, por inadvertirlo, metía una pierna en el agujero, ésta quedaba colgando

precisamente sobre un pasillo del piso primero, donde aguardaban los inculpados.

No resultaba hiperbólico decir que esta situación era infamante para los abogados. Se habían llevado a cabo gestiones para aliviar estas condiciones, pero habían sido inútiles, y además, aun cuando ellos quisieran introducir cualquier mejora o arreglo en aquella sala, la justicia no lo autorizaba.

Todo aquel trato que se infligía a los abogados no era gratuito. Con ello la justicia perseguía suprimir la defensa para que así el inculpadado tuviera que afrontarla solo. Tampoco era un punto de vista malo, pero hubiera sido muy funesto inferir de esto que resultaban inútiles los abogados para el acusado cuando debía enfrentarse al tribunal. Todo lo contrario. En ningún otro sitio le serían tan necesarios, ya que en general los debates permanecían en secreto, tanto para el público como para el acusado; por supuesto, sólo en la dimensión en que el secreto era posible.

El acusado carecía completamente de derecho para ver su expediente, y por los interrogatorios no era nada fácil conocerlos con amplitud, y más para el abogado, que ya concurría asustado y agobiado por las preocupaciones. Allí es donde intervenía la defensa. La mayoría de las veces los abogados no estaban presentes en las entrevistas con el juez de instrucción, y debían interrogar cuanto antes a su defendido una vez que terminaban éstas a fin de tratar de extraer lo que podía haber de útil para su defensa de los informes a veces confusos que el acusado les suministraba. Aunque no era eso lo más primordial, ya que de esa forma lo que se podía averiguar no era muy valioso, si bien un abogado hábil podía captar información más pertinente que uno torpe.

Pero lo verdaderamente importante radicaba, pese a todo, en las relaciones personales del abogado con el aparato de la justicia. En ello estribaba todo el valor de la defensa. Pasando a esto, K. ya tenía alguna experiencia de la organización del personal subalterno, que estaba muy lejos de ser perfecta. Había empleados corruptibles y despreocupados de sus deberes, que equivalían a lagunas en la rigurosa concatenación de la justicia, y éstas eran las que utilizaban bastantes abogados. Ejercían el cohecho, espían, e incluso en otras épocas se habían dado casos de robo de expedientes.

Era innegable que por métodos semejantes habían obtenido ciertos abogados resultados muy halagüeños para sus defendidos, por lo menos de inmediato, de lo cual se jactaban algunos picapleitos para obtener nuevos clientes. En lo que se refería a los resultados mediatos del proceso, no significaba nada, o probablemente nada bueno. Lo definitivo, lo decisivo eran las relaciones personales con funcionarios elevados, con lo cual el señor Huld quería referirse únicamente a los funcionarios superiores. Únicamente ellos tenían poder para determinar el curso del proceso, si bien éste empezaba de una forma muy discreta; pero a medida que avanzaba, su influencia era cada vez más perceptible. Eran muy escasos los abogados que lograban resultados por este medio, y K. había sido muy afortunado al designar a su defensor. Sólo uno o dos abogados podían vanagloriarse de poseer vinculaciones como la suya, decía el señor Huld. Éstos, como él, eran los que no se molestaban en obtener conocimientos en la sala de abogados. Poco les importaba esa genticilla. Sus relaciones eran importantes a niveles más altos.

Tampoco se veía el señor Huld obligado a ir a las ante-

cámaras de los jueces de instrucción buscando dudosos encuentros para obtener de esos funcionarios, siempre que la suerte le fuera propicia, un resultado que las más de las veces era falaz. De ninguna manera K. había podido ver con sus ojos que los funcionarios, y a veces los de rango superior, iban paladinamente a suministrarle información —si bien en ocasiones la información que recibía era discreta— y también a departir con él la evolución que deberían tomar los futuros debates. En algunos casos incluso se dejaban persuadir, y manejaban luego la interpretación del caso que él mismo les había dado. Bien es verdad que tampoco había que confiar totalmente en ellos, por muy convencidos que pareciesen con su tesis, pues a veces al volver a entrar en sus despachos daban instrucciones totalmente divergentes y aun más perjudiciales para el acusado que las que habían adoptado y participado al señor Huld cuando habían tratado el caso con él y que desgraciadamente se reflejaban en los próximos debates. Era esto un riesgo contra el cual no había ninguna clase de seguridad, ya que las que podían haber dado, por supuesto sin testigos, podían cambiarlas también sin testigos. Cierto que esta conducta eximía a la defensa de continuar colaborando con ese funcionario para seguir mereciendo su favor. También era necesario decir que cuando estos funcionarios se ponían en contacto con la defensa, y sobre todo cuando ésta era prestigiosa, no lo hacían movidos por el sentimiento de amistad, o por teorías filantrópicas sobre el papel de la justicia, sino porque en múltiples aspectos dependían de los abogados.

Ahí estribaba precisamente el defecto más importante de la organización judicial vigente, que desde el principio prescribía el secreto de los procedimientos.

La importancia de los funcionarios era mínima, puesto que en los procedimientos se desenvolvían casi automáticamente. Los funcionarios eran personas desvinculadas totalmente de la sociedad. Así cuando se trataba de procesos de gran simplicidad, o por el contrario, de gran complejidad, ellos se revelaban particularmente torpes en su actuación por tratarse de personas que vivían en estrecho contacto con los códigos y carentes de toda vinculación con la complejidad que caracteriza a toda sociedad humana.

Para salir de estos casos, se veían obligados a recurrir a los abogados en procura de soluciones, que escapaban a sus posibilidades. Se les veía desplazarse seguidos por ordenanzas cargados con los expedientes que se clasificaban como tan secretos. Junto a aquella ventana que K. podía ver, encontraría a algunos señores y le sorprendería verles allí. Permanecían mirando la calle con expresión vacía, producida por la perplejidad que les dominaba, en tanto que el abogado examinaba sentado frente a su mesa de trabajo aquellos expedientes, que debían ser secretos, para poder darles una orientación.

En tales situaciones podía apreciarse en toda su profundidad cómo tomaban en serio su trabajo aquellos señores y la desesperación que les invadía cuando se veían impotentes por sí mismos para resolver los problemas que se presentaban. Había que concederles que su profesión era extremadamente ardua.

El orden jerárquico y sus grados eran infinitos, y los propios funcionarios se sentían perdidos en aquella complejidad. Como sabemos, los procedimientos en curso eran en su mayor parte secretos tanto para el público como para los funcionarios de grado inferior, y les era imposible comprender el curso que irían tomando

los procedimientos en que trabajaban a medida que se extendían en el tiempo. Por consiguiente, entraban y salían de su esfera, ignorando las más de las veces cómo se iniciaron y cuál podía ser su fin. Por ello estos funcionarios no estaban en condiciones de adquirir ninguna experiencia. La podían extraer del estudio de cada una de las etapas de un proceso, de la sentencia final y de los fundamentos que justificaban ésta.

Su intervención se reducía a aquella parte del proceso que la ley les estipulaba expresamente, y así sabían muy poco del curso ulterior del mismo. El resultado de su trabajo se les escapaba mucho más que a la defensa, que por lo general se mantenía en contacto con el acusado hasta la terminación del proceso. Por consiguiente, los funcionarios de la justicia tenían, por ese lado, mucho que aprender de los abogados defensores.

Entonces, ¿podía K. no explicarse la irritación permanente de los funcionarios ante tal situación, lo que se traducía casi siempre en una forma mortificante para los acusados?

Todos los funcionarios se encontraban irritados y confusos, aunque generalmente aparentasen una gran serenidad. Este estado de ánimo era natural que ocasionase sufrimientos a los pobres abogadillos. Sobre esto circulaba una anécdota, con grandes visos de verdad: un funcionario ya viejo, hombre honesto y tranquilo como había pocos, había estudiado incansablemente todo un día y una noche —pues tales empleados son muy trabajadores— una causa extremadamente intrincada, sobre todo por las demandas de los abogados. Por la mañana, después de todo un día de trabajo muy agobiador, se situó detrás de la puerta y echaba por las escaleras a los abogados que iban a entrar. Los abogados se reunieron

en uno de los descansillos inferiores para decidir de común acuerdo la conducta a seguir ante una actitud tan insólita. No podían ignorar que carecían expresamente del derecho a entrar, lo cual hacía imposible iniciar ninguna acción legal contra el enloquecido funcionario, a quien, por otra parte, debían consideración por su conducta anterior. El inconveniente principal consistía en que cada jornada que no estuviesen en el tribunal estaba irremisiblemente perdida para ellos. De ahí su necesidad de entrar en la sala. Llegaron a la conclusión de que era necesario ganar por cansancio al viejo funcionario. Subieron, pues, uno tras otro. Cuando llegaban arriba, se dejaban arrojar, después de ofrecer una prolongada resistencia pasiva; los otros colegas acogían al despeñado al pie de la escalera. La operación se prolongó durante casi una hora, al final de la cual el anciano funcionario, exhausto además por toda una noche sin dormir, decidió abandonar la brega y entró en su oficina. Los que estaban abajo, dudando del éxito, no se convencieron hasta que fue designado uno para subir a comprobar si el camino estaba libre. Entonces se decidieron a entrar y no osaron decir nada sobre lo ocurrido, ya que los abogados son los menos interesados en pretender mejorar en nada el sistema judicial, y sin embargo cualquier acusado, aun el más ignorante —y esto es muy peculiar— empieza siempre, desde su primer contacto con la justicia, a elucubrar proyectos de reformas, derrochando de tal manera el tiempo y las fuerzas que debería emplear más útilmente para su causa.

Lo que se debía hacer era adaptarse a la situación como ésta se presentaba, aunque hubiese sido posible introducir algunas mejoras (cosa ilusoria). En el mejor de los casos sólo se hubiese podido conseguir algo valioso para otras situaciones en futuros procesos, mien-

tras que uno mismo era probable que perjudicase de forma grave su caso particular al atraer sobre sí la atención de los funcionarios, corriendo el riesgo casi seguro de despertar en ellos deseos de venganza.

¡No! Había que eludir procederes tan erróneos. Lo mejor era no despertar excesiva atención sobre uno. Era menester actuar serenamente, aunque se experimentase la mayor repugnancia por aquellos procedimientos. Era necesario resignarse y comprender que aquel enorme aparato de justicia resultaba probablemente eterno en sus contradicciones y que si uno tenía la pretensión de cambiar algo por su propia iniciativa, sería como si el suelo huyese bajo sus pies, abocándose a precipitarse en el vacío, en tanto que la enorme organización podía, sujetándose a su mérito, encontrar una pieza de recambio y equilibrarse como antes, a menos que —y era lo más seguro— se robusteciera y resultase más vigilante, más enérgica y más perjudicial.

Por lo tanto, era mucho más conveniente dejar actuar al abogado, no inmiscuyéndose. Las reconvenções eran totalmente inútiles, sobre todo porque resultaba muy difícil que la gente comprendiese toda la importancia de sus motivos. Se veía en la obligación de hacer saber a K. el enorme perjuicio que había acarreado a su propia causa su conducta impropcedente de aquella noche, la cual repercutió muy directamente sobre el señor jefe de despacho. Por lo tanto, el nombre de este importante personaje debía ser desde ahora casi eliminado de la relación de personajes ante los cuales se podían hacer gestiones para favorecer la causa de K. Su conducta —ya lo había comprobado el señor Huld— era manifiesta. Simulaba no comprender ninguna referencia que se hiciese al proceso, por ligera que fuese.

En múltiples aspectos, estos funcionarios tenían una conducta que había que calificar como pueril. La cosa más insignificante —y lamentablemente la conducta de K. había sido muy significativa— les ofendía de forma tan grave que dejaban de hablar a sus mejores amigos, les daban la espalda cuando se cruzaban con ellos y procuraban perjudicarles en todos los asuntos. A veces ocurría que cuando ya se daba por perdida su amistad, si por casualidad, y olvidando su actitud, se les gastaba una broma sin importancia, se reían de forma desproporcionada y volvían a reanudar la amistad que ya se había dado por perdida. Así que la relación con ellos era muy ardua, o por el contrario muy fácil. Era imposible regularla por ningún sistema.

En un contexto semejante, a veces solía uno admirarse que fuera preciso el transcurso de una vida para comprobar que el triunfo era posible alguna vez. También había momentos de intensa depresión, por los cuales todos hemos pasado alguna vez, en los que se pensaba que no se había obtenido ningún logro, o bien que los éxitos conseguidos eran meramente casuales en procesos cuyo buen fin era obvio por su simplicidad y los cuales se hubieran resuelto en ese sentido, sin la menor necesidad de nuestra intervención, y por el contrario habíamos sido lamentablemente derrotados en aquellos en que se había desplegado toda nuestra capacidad, esfuerzos y sinsabores, pese a que en su transcurso habíamos experimentado algún pequeño éxito parcial que en el momento nos había colmado de satisfacción. En aquellas horas negras, lo más saludable era no confiar en nadie, y en lo sucesivo, al tener que dar respuesta a preguntas concretas, era imposible no reconocer que, aun armados de la mejor intención, la respuesta no ha-

bía sido acertada, y por ello procesos que por sí mismos debían haber tenido un resultado favorable, lo tuvieron negativo por haber sido erróneamente conducidos. Latía en el fondo de ese sentimiento una especie de certidumbre, que era lo único que permanecía.

Estos derrumbes de escepticismo —no se podía dudar que eran verdaderos decaimientos de ánimo— constituían una amenaza para los abogados, que se agarraban sobre todo cuando les arrancaban de sus manos un proceso que venían llevando por mucho tiempo y que su desarrollo les procuraba motivos de intensa satisfacción personal. Sin duda era esto lo más lamentable que podía sucederle a un abogado defensor. Este hecho aciago nunca ocurría por causa de un acusado, ya que éste, cuando había decidido recurrir a un abogado, estaba obligado a continuar con él, pese a todos los avatares que pudiesen ocurrir. Y además, ¿estaba dentro de lo posible defenderse solo, después que se había requerido ayuda? Tal cosa no había sucedido nunca. Sucedía alguna vez que el procedimiento podía tomar un sesgo en el cual al abogado no le era reconocido el derecho de continuarlo. Entonces se le retiraba de una vez el proceso, el inculpado y todo cuanto se relacionaba con el caso. Así las cosas, las vinculaciones que hasta entonces habían tenido siempre un valor extraordinario, dejaban de tenerlo para convertirse en inoperantes, ya que los mismos funcionarios a que nos hemos referido eran mantenidos estrictamente al margen del proceso.

Éste había accedido a una fase en que el abogado se encontraba completamente impedido de prestar ninguna ayuda a su defendido. Estaba en cortes de justicia que eran inalcanzables, en las que el abogado no podía establecer ningún contacto con el acusado. Ocurría un

día que al volver a casa se encontraban sobre la mesa del despacho todas las demandas que con tanto cuidado se habían elaborado y que tanta confianza en su éxito habían infundido. Las habían devuelto, como si ya no tuviesen el derecho de acompañar al proceso en su nueva fase. Se tornaban así sólo pedazos de papel sin ningún sentido. Tampoco esto implicaba necesariamente que ya se hubiese perdido el proceso, ni había ninguna razón poderosa para considerarlo así. Significaba simplemente que se habían roto los lazos con él, y nada se sabía ni se sabría en el futuro. También es necesario decir que casos semejantes eran sólo excepciones, y en el peor de los casos, si el proceso de K. tuviese que tomar alguna vez esos derroteros, ello estaba muy lejano. O era probable, y todavía tenía el abogado muchos recursos sobre su caso. Podía estar seguro de que no se perdería la ocasión, aun en el caso de que ocurriese lo peor. La demanda, como ya le había dicho, todavía no se había presentado. También podía asegurarle que no era urgente, ya que al principio era mucho más importante asegurar los contactos iniciales con aquellos funcionarios que por su relieve dentro de la justicia podían ser útiles, gestiones que ya se habían hecho. No era todavía prudente anticipar pormenores, que quizá actuasen en K. en un sentido no positivo, al darle excesivas esperanzas o infundados temores. Tendría que conformarse con saber que algunos funcionarios habían manifestado el mayor interés y que por el contrario otros se habían mostrado no tan propicios, pero tampoco habían escatimado su colaboración y ayuda.

Haciendo un resumen general, podía adelantarse que el resultado que arrojaba era muy positivo; pero no se podían sacar conclusiones apresuradas, ya que las

primeras negociaciones empezaban siempre de forma idéntica, y solamente observando atentamente el resultado de los debates y tamizándolo bien se podía determinar si él sería positivo. De todas maneras, nada se había perdido hasta entonces, y se podía volver a obtener el favor del señor jefe de gabinete —ya se habían iniciado las gestiones pertinentes para conseguirlo—, confiaba en que la herida se curase y se podrían aguardar entonces unos felices resultados.

Cuando el abogado se lanzaba a estas peroratas, no les ponía punto final fácilmente. En cada visita de K. su verborrea era constante. Siempre hablaba de adelantos, pero era imposible establecer en qué consistían éstos. Constantemente estaba ocupándose de la primera demanda, pero la misma parecía no tener fin, y en la siguiente visita le manifestaba que este retraso había sido muy oportuno, ya que no había llegado todavía el momento favorable para presentarla. Si K., harto ya de sus discursos, hacía alguna alusión a que el asunto no acababa de ponerse en marcha, pese a que él apreciaba todas las dificultades que entrañaba, le manifestaba que todo iba a su ritmo, aunque lento, y que hubiese sido mucho más conveniente para sus intereses recurrir antes a los servicios del abogado. Lamentablemente no lo hizo a su tiempo, y esa demora ocasionaría finalmente inconvenientes mucho más importantes que la pérdida de tiempo que él señalaba.

Durante el transcurso de estas visitas, había un imprevisto muy agradable: el poder ver a Leni, que supo siempre ingeniárselas para llevar el té al señor Huld estando allí K. Se colocaba detrás de él y simulaba mirar al abogado, que se inclinaba completamente sobre la taza mientras echaba el té en ella. Leni, disimulando,

se dejaba acariciar la mano por K. Reinaba un silencio total. El abogado sorbía su té y K. apretaba suavemente la mano de Leni, quien no temía a veces acariciar tenuemente los cabellos de K.

—¿Estás ahí? —indagaba el abogado cuando había terminado su taza.

—Estoy esperando para llevarme el servicio —contestaba Leni.

Se acariciaban sus manos por última vez. El abogado chasqueaba la lengua satisfecho, y con fuerzas renovadas comenzaba otra vez a aleccionar a K.

Perplejo, K. se preguntaba qué se proponía aquel abogado: ¿infundirle ánimos? ¿Sumirle en la más negra desesperación? K. no podía averiguarlo, pero no tuvo necesidad de mucho tiempo para persuadirse de que su defensa no estaba en muy buenas manos.

Era posible, por otra parte, que el abogado le dijese la verdad, pero resultaba perceptible que buscaba siempre desempeñar el rol de protagonista y que aquel proceso que tenía entre manos era el más importante que se le había presentado en su carrera. Por lo que respecta a las relaciones a las que él asignaba un papel tan relevante, ¿las tocaba solamente en beneficio de K.? Nunca omitió decir que eran todos funcionarios subalternos, marcadamente dependientes, cuyos progresos profesionales podían ser acrecentados a veces por el curso del proceso.

¿No era también posible que fuesen en realidad ellos los que se servían del abogado para conseguir las mejoras anheladas; que se podían traducir en el proceso en perjuicio del abogado? Quizá no procedían de esta forma en todos los procesos, lo que por otra parte no resultaba creíble. Era posible que en otras causas echasen

un cabo al abogado para devolverle sus favores, ya que ellos estaban muy interesados en mantener y aumentar el prestigio del señor Huld. ¿Actuarían no obstante así en el proceso de K.? Este era muy complejo, como siempre repetía el abogado, y debía significar un acontecimiento extraordinario, ya que desde que se puso en marcha había tenido una atención excepcional por parte de la justicia. Resultaba evidente que no había sido aún elevado el primer escrito cuando ya el proceso tenía dos meses de duración. Todo estaba aún en sus principios, aseguraba el abogado. El procedimiento era sin duda el más conveniente para mantener tranquilo al acusado y para que se abstuviese de toda actividad sorprendiéndole con el veredicto, o por lo menos con los frutos de la investigación, cuando se le comunicase un resultado adverso, que remitiría la investigación de la causa a un tribunal superior.

K. no podía demorar más su intervención en el asunto. Cuando estaba agotado, como le ocurría precisamente aquella mañana invernal, se persuadía firmemente de ello. Ya no sentía su desprecio inicial hacia el asunto; de no haber tenido lazos con el mundo, no se hubiera preocupado absolutamente del proceso, suponiendo que hubiese sido sometido a él. Pero ahora, al intervenir su tío y conducirlo al abogado, ya incidían las consideraciones familiares. Por lo tanto, su situación estaba ligada estrechamente al desarrollo del proceso e incluso él mismo, prescindiendo de toda precaución, se había referido al asunto ante personas desconocidas, experimentando cierta satisfacción que no acertaba a explicarse; otras personas, por medios distintos y que él desconocía, estaban también al tanto del asunto; por otra parte, sus relaciones con la señorita Burstner, igual que el proceso,

parecían estar en suspenso. Resumiendo, ya no existía la posibilidad de aceptar o rechazar el proceso. Se encontraba sumido en él, y era imprescindible defenderse. Si le encontraban sin fuerzas, sería peor para él.

Estaba claro que todavía no era forzoso preocuparse demasiado. Su carrera en el banco había sido brillante. En un tiempo breve había logrado llegar al puesto que tenía. Había sabido ganarse la estimación de todos. Era preciso utilizar ahora en el proceso algunas de las condiciones personales que le posibilitaron llegar a esa posición. Había que desechar temores, pues todo se resolvería bien. Era menester, sobre todo si pretendía llegar al final, que suprimiese de antemano cualquier pensamiento de culpabilidad. No había en juego ningún delito. El proceso constituía solamente una operación comercial como las que tantas veces había manejado con buenos resultados en el banco; un negocio que, como todos, comportaba riesgos que había que eludir.

Para perseguir ese fin, no debía de ningún modo pensar en ningún delito. Tenía que tratarlo pensando únicamente en su propio interés.

Lo más conveniente era renunciar a ser representado por el abogado, y hacerlo enseguida era mejor que postergarlo. Sin duda esta acción, conociendo las opiniones del señor Huld al respecto, resultaría extemporánea y muy hiriente, pero tampoco K. podía tolerar que sus planes tropezasen con obstáculos que dimanaban de su abogado. En cuanto hubiera prescindido totalmente de éste, debía presentar enseguida la demanda y seguir su curso día a día, asediando a los funcionarios para que la tomasen en consideración. Para ello, no debía limitarse a permanecer, como otros inculpados, sentado en los pasillos, con el sombrero sobre un banco, sino que

él mismo o sus amigas u otras personas por su cuenta deberían presionar casi diariamente a los empleados de la justicia para obligarles a sentarse ante sus mesas y considerar la demanda, en lugar de, como solían, entretenerse examinando el corredor a través de las aberturas de los enrejados. Para la consecución de tal fin, no iba a cejar en sus esfuerzos. Debía organizarse y estar alerta en todo. Por una vez la justicia toparía con alguien que sabría hacer valer sus derechos.

A pesar de la confianza en sí mismo que le embargaba para afrontar el proceso y llevarlo a buen fin, se encontraba desorientado sobre cómo plantear y llevar al papel la primera demanda. Hasta la semana pasada había pensado con una especie de bochorno que llegaría el día en que se vería obligado a redactar un escrito humillante para él, pero no había sospechado lo ardua que resultaría esa tarea.

Una mañana en que estaba atosigado de trabajo, apartó a un lado todo lo que tenía que resolver y empuñó el lápiz y un bloc de notas para intentar bosquejar un borrador de una demanda de esa naturaleza, que pensaba entregar a su renuente abogado, pero en ese preciso instante se abrió la puerta de su despacho, por la cual apareció el subdirector del banco riéndose a carcajadas.

Aquella risa, y en ese momento, causó a K. una impresión deplorable, pese a que el subdirector no se reía por nada relacionado con la demanda, que ignoraba por completo. La causa era un chiste financiero que acababan de contarle. Para un mejor entendimiento del mismo, el subdirector tomó el lápiz de K. y, agachándose sobre la mesa del despacho, diseñó un dibujo sobre la hoja de papel donde iba a empezar a escribir la demanda.

Entonces K. se sintió liberado de toda vergüenza. Era necesario redactar la demanda. Si durante su trabajo en el banco carecía de tiempo —lo que era casi seguro—, la escribiría en su casa por la noche. Si el tiempo tampoco le alcanzaba ahí, solicitaría un permiso en la oficina. Era imprescindible poner manos a la obra; pues el peor sistema en los negocios y en todo lo demás era dejar las cosas a medias. Bien es verdad que la demanda implicaba un trabajo casi infinito. Sin que fuera muy aventurado, se podía decir que sería imposible darla por terminada alguna vez. No por abulia o por cálculos —estos argumentos sólo podría hacerlos el señor Huld—, sino porque K. no tenía idea de qué era acusado, y debería pasar revista minuciosa a toda su vida, explicarla y debatirla en todos sus aspectos.

¡Qué trabajo más melancólico! Era una tarea seguramente muy apropiada para llenar los días de personas ya jubiladas, que les sobra el tiempo. Pero K. debía concentrarse intensamente en el trabajo, ya que el tiempo volaba y su trayectoria ascendente implicaba de hecho una amenaza para el subdirector. Era un hombre en la plenitud de sus fuerzas. Quería disfrutar sus cortas veladas y sus breves noches, y sin embargo tenía que volcarse en la redacción de la demanda. No cesaba de lamentarse. De una manera maquinal, para salir del estado en que se encontraba, apretó el timbre que sonaba en la sala de espera. Simultáneamente miró el reloj de pared. Marcaba las once.

Había derrochado dos horas largas de un tiempo irrecuperable y estaba más cansado todavía que antes. Pero tampoco podía decir que había perdido lastimosamente el tiempo, pues había reflexionado y adoptaría una conducta que rendiría frutos provechosos. Los ordenanzas

le pasaron, junto con el correo, dos tarjetas de visita de unos caballeros, que llevaban cierto tiempo esperando. Eran dos excelentes clientes del banco, a quienes no debía haberles hecho soportar una espera tan prolongada. ¿Cómo se les ocurriría venir en ese mal momento? ¿Cómo el apoderado K. —se imaginaba oírles comentar detrás de la puerta— derrochaba las mejores horas de trabajo en asuntos completamente personales? Fatigado aún por sus obligaciones anteriores y por lo que todavía le esperaba, se incorporó de su sillón para atender al primero de los clientes.

Se trataba de un hombre de corta estatura, de carácter vivo, un empresario bien conocido de K. Manifestó su inquietud por haber interrumpido a K. en su valioso trabajo, mientras éste le pedía disculpas por haberse visto obligado a hacerle esperar. Pero tan sin convicción y distraídamente expresó sus disculpas, que de no estar el empresario tan preocupado por sus asuntos, hubiese reparado en ello. Sin perder tiempo extrajo de sus bolsillos diversos papeles cubiertos de cifras y curvas de producción y los colocó ante K. Le comentó distintas cifras y luego rectificó un ligero error de cálculo que descubrió en ese momento. K. recordó que hacía exactamente un año habían llevado a cabo con el empresario una operación similar. Le advirtió a K. que en el caso presente había otro banco competidor que quería hacerse cargo del negocio. Luego cesó de hablar para permitir que K. emitiese su opinión sobre el asunto.

K. había seguido con gran atención las palabras del empresario. El tratarse de un negocio de importancia había retenido su atención, pero desgraciadamente su interés se agotó enseguida. Transcurrido un corto tiempo se limitaba únicamente a asentir con la cabeza a las

explicaciones del otro. Finalmente prescindió incluso de efectuar ese gesto reduciéndose a mirar la cabeza desprovista de pelo del empresario agachada sobre los documentos. ¿Cuánto tiempo tardaría éste en percibir que sus explicaciones caían en el vacío?

Por último, cuando terminó, K. había supuesto que el otro lo había hecho para darle ocasión de reconocer que no se encontraba en situación de atender sus explicaciones. Sin embargo, se dio cuenta con disgusto por la intensa mirada del empresario –quien parecía dispuesto a proseguir tratando la cuestión–, que no quedaba más remedio que continuar hablando. Automáticamente agachó la cabeza, y revisaba con su pluma despaciosamente los papeles, parándola de tanto en tanto para anotar alguna cantidad. El industrial presentaba objeciones. Seguramente sus cálculos no eran totalmente exactos.

Quizá no ofrecían pruebas concluyentes. Finalmente recuperó otra vez sus documentos y continuó con una explicación de conjunto del negocio, aproximándose a K.

–Es sumamente difícil –dijo K. contrayendo ligeramente la boca.

Ya no sabía cómo eludir la situación. Los documentos habían desaparecido de su vista. Se apoyó con laxitud sobre el brazo del sillón, y solamente entreabrió con desgana los ojos cuando se abrió la puerta y como entre una neblina surgió en el umbral la figura del subdirector. K. pensó que su aparición constituía un gran alivio, pues el empresario se dirigió resueltamente al encuentro del subdirector. K., deseoso de que éste desapareciese, hubiera querido que el empresario lo hiciese con mayor rapidez aún. Desgraciadamente se confirmaron sus temores, pues ambos se estrecharon la mano y se

dirigieron juntos hacia la mesa de K. El empresario se lamentaba de no haber encontrado mucho interés por el negocio por parte del apoderado, e indicó a K., que dobló la cabeza sobre los documentos al tropezar su mirada con la del señor subdirector.

Cuando los dos hombres se apoyaron sobre su mesa y el empresario explicaba al subdirector las razones de su oferta, a K. se le ocurrió que aquellos dos individuos, a los cuales se los imaginó de dimensiones descomunales, estaban haciendo un trato referente a él mismo.

Levantó muy despacito y con cuidado la vista, tratando de ver qué ocurría en las alturas, y cogió, sin fijarse, una cuartilla de la mesa, la puso en la palma de su mano y la ofreció a aquellos hombres, mientras se incorporaba con lentitud. Su gesto carecía de sentido allí. K. simplemente acataba el sentimiento de que tendría que actuar de esa forma una vez que tuviese ya terminada definitivamente la extensa demanda, que habría de exonerarle completamente de todos los cargos que pudieran pesar sobre él. El subdirector, que estaba completamente sumergido en la conversación, miró distraídamente el papel. Lo que para el apoderado era de capital interés, no tenía la menor importancia para él. Se atuvo a tomar el papel de la mano de K. y a musitar: «Gracias. Ya estoy bien informado al respecto», y volvió a colocar la cuartilla encima de la mesa. K., molesto, le miró de costado, pero el subdirector ni lo advirtió siquiera. De haberlo hecho, hubiese aumentado el malestar de K. Rió fuertemente varias veces e indicó al empresario un error que le desconcertó, pero le alivió enseguida al hacerse también él mismo una objeción. Por último le pidió que fuesen a su oficina para ultimar los pormenores de la operación.

—Se trata de un negocio importante —dijo al empresario—. Lo advierto con toda claridad. Estoy también convencido de que el señor apoderado (hablando solamente al empresario) estará contento de que le quitemos de encima este asunto, que necesita mucha atención, y hoy es fácil darse cuenta que el señor apoderado está muy fatigado. Por otra parte, hay algunas personas en la sala de espera, desde hace varias horas, que desean hablar con él.

K. conservó la suficiente presencia de ánimo como para hacer caso omiso de la actitud del subdirector y dedicar una circunspecta y amable sonrisa al empresario, apoyado con la mano sobre su mesa. Les vio abandonar su despacho, conversando animadamente entre ellos. Antes de salir, el empresario se dirigió a él y le dijo que no se despedía todavía y que retornaría para dar cuenta al señor apoderado de lo acordado con el subdirector y tratar con él otro pequeño asunto pendiente.

Por fin K. se vio solo. Ni se le ocurrió recibir a los otros clientes que aguardaban, y de manera poco clara se abrió paso en su cabeza la idea de que sería muy conveniente mantener a las personas que le esperaban en la sala en la idea de que todavía estaba ocupado con el empresario, por lo cual tampoco el ordenanza se atrevería a interrumpirle. Se acercó a la ventana, se sentó sobre el borde de la misma, apoyándose con la mano en el picaporte, y examinó largamente la plaza que se extendía ante su vista. Seguía nevando y el día permanecía oscuro, sin probabilidad de aclararse.

Permaneció sentado bastante tiempo, sin pensar realmente en las preocupaciones que le agobiaban. Varias veces dirigió la mirada receloso hacia la puerta, pues le parecía haber oído ruidos, pero nadie entró. Más tran-

quilo, se dirigió al lavabo, se refrescó la cara y volvió a situarse en la ventana con la cabeza más ligera. Tomó entonces conciencia de la decisión que había adoptado de defenderse a sí mismo. Se perfilaba mucho más ardua de lo que había supuesto. En tanto que su defensa había estado a cargo del abogado, se había notado poco afectado por el proceso. Lo había considerado como una cosa lejana, que no tenía mucho que ver con él.

Cada vez que le pareció oportuno tuvo la ocasión de seguir el curso del mismo, a veces con interés y otras olvidándose de él. Pero ahora, si personalmente asumía su defensa, debería arriesgarse a recibir todos los impactos de la justicia, por lo menos de momento. Esta decisión, de salir triunfante, significará quedar libre para siempre. No obstante, hasta ese final debía afrontar mayores riesgos que antes. Si abrigaba alguna duda sobre este particular, la conversación que había tenido lugar hacía un momento con el subdirector y el empresario le demostraba con toda claridad lo contrario.

«¡Qué actitud hubiese seguido en el desconcierto que se adueñó de él solamente al adoptar la resolución de defenderse él mismo! ¿Qué ocurriría más adelante? ¿Qué acontecimientos le esperaban? ¿Sería capaz de superar las dificultades para llegar a un buen fin? Una defensa eficaz –y no cabía pensar en ninguna otra– ¿no le obligaría a descuidar su trabajo? ¿Lograría eso sin grandes perjuicios e inconvenientes en el mismo? ¿Podría hacer frente al trabajo en el banco? No se trataba únicamente de preparar la demanda, para la cual todo lo más debía pedir unos días de permiso en el banco, aunque solicitarlo en ese momento podía no ser prudente. Estaba frente a un probablemente largo proceso, cuyo fin no podía saberse. ¡Qué impedimento enorme podía

ser en su carrera! ¡Y su tiempo lo debía al banco!». Se volvió hacia su mesa. Debía hacer pasar a los clientes y tratar con ellos las cuestiones.

Entre tanto el proceso seguía su inexorable curso y allí arriba, en la buhardilla, los empleados de la justicia se afanaban sobre los expedientes de su proceso. ¿Debía volver a los asuntos del banco? ¿No podía someterle a este martirio, como parte del proceso? ¿Tomarían en cuenta en el banco su situación para juzgar su trabajo? Por supuesto que no. Algo se sabía allí de su situación con la justicia; pero ¿qué sabían en realidad y hasta qué punto? Sí podía tener la absoluta seguridad de que el subdirector lo ignoraba todo, porque si no hubiera procedido, como lo solía hacer, sin ningún tipo de sentimientos de humanidad y compañerismo.

¿Pero y el director? Tenía en gran estima a K., y si algo hubiese sabido del proceso, lo más seguro es que hubiese tenido toda clase de consideraciones con K. en su trabajo; aunque a lo mejor tampoco hubiera obtenido ningún alivio en sus obligaciones, pues cada vez pesaba más la decisión del subdirector, quien al ver la situación porque estaba pasando, la hubiese aprovechado en beneficio suyo. ¿Qué podía, pues, esperar? Seguramente al darle tantas vueltas al asunto, perjudicaba su capacidad de resistir. Debía procurar no llamarse a engaño y considerar todo con la mayor claridad.

Intentaba posponer el momento de volver a su trabajo, y se abocó a tratar de abrir la ventana con ambas manos, pues se encontraba, atrancada. Lo consiguió, y una especie de niebla, mezclada con humo, invadió la estancia, dejando un leve olor a quemado. También, arrastrados por el viento, se colaron unos copos de nieve.

—¡Pésimo otoño! —exclamó detrás de K. la voz del empresario, que habiendo terminado su entrevista con el subdirector, había entrado en su despacho sin que lo notase.

K. asintió moviendo la cabeza, y miraba preocupado la cartera del empresario, de la cual aquél empezó a extraer documentos para ponerle al tanto del resultado de la entrevista con el subdirector. Aunque el empresario, que había visto la mirada de K., desistió de seguir, y dando unos ligeros golpes a su cartera, manteniéndola cerrada, dijo:

—¿Tiene usted interés en saber cómo han ido las cosas? Traigo aquí los resultados. Es un hombre muy agradable el subdirector... pero temible.

Empezó a reírse y estrechó la mano de K., intentado que él se riera. Pero K. persistía en su recelo de que el empresario no quisiera enseñarle los documentos. Tampoco encontraba ingeniosa la observación de aquél.

—Señor apoderado —siguió el cliente—, este tiempo no le hace bien a usted. Se le nota muy decaído.

—Sí —replicó K.—. Jaquecas, problemas de familia...

—Lo comprendo —exclamó el empresario, que era hombre nervioso y carente de paciencia para escuchar a nadie mucho tiempo—. Cada uno tiene sus problemas.

K., absorto en sus cavilaciones, se adelantó hasta la puerta como para despedirse del empresario, empero éste le espetó:

—Tengo aún algo que hacerle saber, señor apoderado. No es mi propósito incordiarle justamente hoy refiriéndome a ello, pero en estos últimos tiempos he estado dos veces con usted y olvidé tratarlo. Por consiguiente, si hoy tampoco vuelvo a hacerlo, me temo que este co-

mentario no tendría ya oportunidad, lo que sería lamentable, ya que, por otra parte, lo que quiero decirle creo que dentro de todo tiene una cierta importancia.

Antes de que K. tuviera la posibilidad de hacer el menor comentario, el empresario hundió ligeramente su dedo en el estómago de éste, y aproximándose le dijo con tono confidencial:

—Tiene usted un proceso. ¿Me equivoco?

K. dio un paso atrás y exclamó:

—¿Lo sabe por el subdirector?

—De ningún modo —contestó el cliente—. ¿Por qué habría de saberlo él?

—¿Y cómo lo sabe usted? —inquirió K. algo repuesto de la sorpresa.

—Los asuntos del Tribunal los sé por uno u otro conducto —explicó entonces el cliente—. Tenía sumo interés en hablar con usted al respecto.

—¿Es que toda la gente está vinculada con la justicia entonces? —dijo K. con expresión de desaliento.

Llevó al empresario hasta su mesa. Tomaron asiento como al principio, y el empresario manifestó:

—Lo que puedo decirle, lamentablemente me temo que no sea muy importante, pero en cuestiones delicadas no debe desecharse nada. Me gustaría mucho ayudarle, por poco importante que pueda parecer mi colaboración. Hemos mantenido siempre buenas relaciones en los negocios comunes. ¿No es así? Pues entonces...

K. empezó a disculparse por su conducta de aquella mañana, pero el empresario no consintió interrupciones, sino que enseñándole el portafolios que llevaba

bajo el brazo, como indicándole que no podía perder tiempo, siguió diciendo:

—Me enteré de su proceso por un tal Titorelli. Se trata de un pintor. Su pseudónimo es Titorelli, y no conozco su nombre verdadero. Es una especie de vagabundo. Hace ya varios años que suele venir de tanto en tanto a mi oficina para ofrecerme pequeños cuadros por los cuales le pago siempre pequeñas cantidades, casi unas limosnas. Los cuadros, por lo demás, son bonitos paisajes y cosas por el estilo. Esas compras, a las que nos hemos acostumbrado en la oficina, se producían de vez en cuando, pero últimamente empezó a ofrecernos sus cuadros con demasiada frecuencia, por lo cual le hice la observación de que eran demasiados. Así empezamos a hablar, pues además yo tenía curiosidad de saber cómo era posible que pudiese vivir solamente de su pintura. Entonces me enteré, para mi asombro, que sus ingresos principales provenían de los retratos. Me hizo saber que trabajaba para la justicia. Pero, ¿para cuál? —le pregunté—. Entonces me lo explicó. Usted está en situación de comprender hasta qué punto me sorprendió su confidencia. A partir de entonces me enteraba siempre de las novedades relacionadas con la justicia, y naturalmente tengo cierta experiencia al respecto. Sin embargo, ese Titorelli es bastante chismoso, y a veces debo poner punto final a sus disquisiciones, no sólo porque es muy embustero, de lo cual no hay ninguna duda, sino sobre todo porque soy un hombre de negocios, y en muchas ocasiones estoy preocupado por mis propios problemas, careciendo de tiempo para enterarme de las tribulaciones de los demás. Pero a lo que vamos. Me ha dicho Titorelli algo que puede ser de utilidad para usted. Conoce a bastantes jueces. Aunque

posiblemente no ejerza ninguna influencia sobre ellos, sí puede aconsejarle la mejor manera de llegar a ciertas personas de verdadera influencia. Pese a que tales consejos no pueden tomarse al pie de la letra, sin embargo podrá usted aprovecharlos bastante, ya que tiene usted casi los conocimientos de un abogado. Siempre lo repito: el señor apoderado K. casi es un abogado. Así que no tengo ninguna duda sobre el resultado de su proceso. ¿Le interesa conocer a Titorelli? Puedo darle una recomendación y se esforzará por ayudarle en todo lo que esté a su alcance. Opino que debe usted conocerle. Claro que no hoy mismo. Sólo cuando usted lo desee, cuando sea el momento propicio. Por otra parte, y pese a que se lo recomiendo, no debe usted sentirse de ninguna manera obligado a ver a Titorelli. Si estima usted que no necesita conocerle, es mejor prescindir completamente de él. Es posible que tenga usted un plan elaborado, en el cual Titorelli resulte superfluo. En tal caso, evidentemente no necesita usted conocerle. Reconozco también que se requiere cierto valor para recurrir a los consejos de ese individuo. Para terminar, debe usted actuar como mejor lo estime. Le dejo una carta de recomendación con su dirección.

Desilusionado, K. tomó la carta y se la guardó en su bolsillo. Aun en el caso más favorable, la ventaja que pudiera reportarle la carta de recomendación era inferior que el inconveniente de saber que el empresario estaba al tanto del proceso y que existía el peligro real de que aquel pintorzuelo siguiera pregonando noticias del mismo. Tuvo que hacer un esfuerzo para dar las gracias al empresario, que ya estaba en la puerta.

—Pasaré a verle —optó por decirle cuando se despidieron—. Aunque es más probable que le escriba

para que venga a verme aquí, ya que estoy muy ocupado todo este tiempo.

—Supongo —manifestó el empresario— que encontrará usted una solución acertada. Para ser sincero, le diré que pensaba que usted eludiría la presencia en el banco de individuos como ese Titorelli para tratar aquí sobre el proceso. Por otra parte puede no ser conveniente dejar cartas en las manos de personajes de esa calaña. Pero tengo la seguridad de que usted habrá previsto todo y sabe ya qué resolución adoptar.

K. asintió con la cabeza y acompañó al empresario hasta la sala de espera. Pese a que aparentaba gran presencia de ánimo, se sentía verdaderamente asustado.

En honor a la verdad, no dijo que escribiría a Titorelli sino para corresponder a la recomendación de éste y que consideraría enseguida el mejor camino a seguir respecto a la intervención de Titorelli. Si hubiese juzgado que la intervención de este personaje podía ser benéfica, no hubiese dudado en escribirle. Pero la observación del industrial le había hecho notar los peligros que podía suponer. Pero, ¿no podía guiarme por sus apreciaciones? Si había estado dentro de lo posible que hubiese escrito una carta a un personaje de tal calaña para que fuese al banco y si creía posible hablar con él, y más todavía solicitarle consejos sobre el proceso —y eso a un paso del despacho del subdirector—, ¿no estaba entonces arriesgándome en demasía, a no tomar en cuenta otros muchos peligros y riesgos, afrontando la posibilidad de estrellarse contra dificultades que no había previsto?

Podía ser que no siempre hubiese alguien que le avisase. Y precisamente ahora cuando debía agrupar todas sus fuerzas era cuando le tenían que asaltar dudas que

nunca había sentido antes sobre su capacidad de actuar. ¡Sólo le faltaba eso: que los problemas que debía afrontar en su profesión incidieran también en la marcha de su proceso! No podía entender cómo había pasado tan siquiera por su imaginación la de escribir a Titorelli para pedirle que se presentase en el banco.

Estaba todavía haciéndose reconvencciones cuando se presentó el ordenanza para recordarle que todavía había tres clientes que estaban esperando ser recibidos. Llevaban allí largo tiempo aguardando que K. los recibiera. Cuando advirtieron que K. estaba hablando con el ordenanza, se pusieron de pie procurando cada uno encontrar la ocasión de pasar primero. Ya que les habían hecho perder su tiempo sin ninguna consideración en aquella sala de espera, no se sintieron obligados a guardar a su vez la menor compostura.

—¡Señor apoderado! —gritó uno de los tres.

Pero ya K. se estaba enfundando en su abrigo de piel, que le había traído el ordenanza, quien le ayudaba ahora solícito a ponérselo.

—Les ruego me disculpen ustedes. Lo siento muchísimo; pero carezco de tiempo para atenderles ahora —les dijo—. Perdónenme ustedes, mas debo ausentarme enseguida para atender unos negocios urgentes. Han podido comprobar que esta mañana he estado completamente ocupado. ¿Podrían ustedes, por favor, volver mañana o cualquier otro día? ¿O quizá sea más cómodo llamarme por teléfono mañana? También, si no tienen inconveniente, pueden informarme ahora con la mayor rapidez de su asunto, y les contestaré ampliamente por carta. Aunque creo que lo más conveniente será que vuelvan en otro momento.

Aquellos señores, a quienes se les decía que todo el

tiempo que habían estado allí había sido inútil, se miraron entre sí, asombrados por la respuesta de K, sin cambiar una sola palabra entre ellos.

—¿Entonces les parece bien? —preguntó K, dirigiéndose hacia el ordenanza, que en ese instante le daba su sombrero.

Por la puerta de su oficina, que estaba abierta, se veía que seguía nevando mucho más fuerte. K. se estiró el cuello del abrigo y se lo abotonó hasta la barbilla. En ese mismo momento hizo acto de presencia el subdirector. Sonrió un poco cuando vio a K. con su abrigo de piel ya puesto y discutiendo con aquellos clientes, y le preguntó:

—¿Se retira usted ya, señor apoderado?

—Sí —contestó K. volviéndose hacia él—. Tengo asuntos que me obligan a hacerlo.

Pero ya el subdirector se estaba dirigiendo hacia los clientes.

—Ya, ¿pero y estos señores? —inquirió— Me parece que hace mucho tiempo que están esperando.

—Estamos ya de acuerdo —dijo K.

Pero era ya imposible calmar a los tres clientes, los cuales rodearon a K. y manifestaron que no hubieran esperado durante varias horas si los negocios que les llevaban allí no fuesen importantes y que debían ser tratados cuidadosamente y con absoluta reserva. El subdirector del banco les escuchó atentamente, miró a K., que seguía allí haciendo girar su sombrero entre las manos, y les dijo:

—Caballeros, podemos resolver esta incómoda situación. Si ustedes no tienen inconveniente, yo me haré cargo gustosamente de sus asuntos, en lugar del señor apoderado. No me cabe ninguna duda de que lo que

les trae por aquí debe ser tratado sin pérdida de tiempo. También somos hombres de negocios, como ustedes mismos, y no desconocemos el valor del tiempo. ¿Desean pasar a mi despacho?

Y sin agregar nada más abrió la puerta de la sala de espera que precedía a su despacho.

¡Cómo se las ingeniaba el subdirector para hacerse con lo que K. había tenido que renunciar! ¿No sería que él estaba sacrificando más de lo necesario? Concibiendo dudosas y deleznable esperanzas, se desvivía por ir a buscar a un pintorzuelo de mala muerte; pero no tenía más remedio que reconocer que su prestigio en el banco salía muy mal parado. Lo mejor que podía haber hecho para aminorar el daño era haberse quitado el abrigo de piel y atender debidamente a los dos clientes que todavía tenían que esperar a que el subdirector terminase con el primero. K. lo hubiese hecho seguramente si en ese momento no hubiese visto al subdirector que entraba en su propia oficina y de pie buscaba algún documento en el archivo con tanta seguridad y desparpajo como si estuviese en la propia. Al notar que K., molesto por la intrusión, se acercaba a la puerta, le gritó:

—¿Pero es que todavía no se ha marchado usted?

Y asomó su cara, cuyos profundos pliegues parecían denunciar no su edad sino su carácter enérgico; enseguida prosiguió buscando.

—Estoy buscando —aclaró— la copia de un contrato que, según manifiesta nuestro cliente, debió estar en poder suyo. ¿Quiere echarme una mano?

K. se dirigió hacia él, pero inmediatamente el subdirector le dijo:

—Gracias, pero acabo de encontrar.

Y le dio la espalda dirigiéndose hacia su despacho con un grueso expediente que comprendía no solamente el contrato buscado, sino también muchos otros papeles.

«Ahora no me encuentro en situación de impedirlo —pensó K.—, pero en cuanto haya puesto en orden todos mis asuntos, él será el primero en advertirlo, y por cierto no con agrado».

Un poco tranquilizado por esta reflexión, le recomendó al ordenanza, que llevaba un rato con la puerta abierta, que comunicara en su momento al señor director que los negocios exigían su presencia fuera, y dejó el banco casi contento de poder dedicarse ahora a su proceso.

Tomó un taxi y le ordenó que le llevase rápidamente a la casa del pintor, que vivía en un barrio muy alejado del de las oficinas del tribunal. Se vio ante un lugar aún mucho más miserable que donde estaba la justicia, con casas siniestras y calles embarradas por la nieve derretida. En el edificio donde habitaba el pintor estaba solamente abierta una de las hojas del portón. La otra era sustituida por una pared de la que salía, a través de un agujero, un líquido amarillento y humeante que hizo huir a una rata. Al lado de la escalera había un niño echado boca abajo en el suelo llorando fuertemente; pero casi no se le oía por el ruido que hacía un taller de hojalatería, situado al lado opuesto del corredor de la entrada. La puerta estaba abierta de par en par, y se podían ver a tres obreros colocados en semicírculo alrededor de una pieza metálica que no podía identificar, a la que golpeaban al unísono con sus martillos. Clavada en la pared había una gran chapa de hojalata, que despedía una luz pálida entre dos de los obreros y daba brillo a sus caras y a los mandiles de trabajo. K. dirigió una mirada fugaz a todo este cuadro.

Quería solucionar cuanto antes el asunto que le había conducido a ese sitio e intentar sondear al pintor. Luego volvería al banco. Por poco favorable que pudiera resultar la gestión con el pintor, ese pequeño resultado que pensaba obtener le serviría para infundirle ánimos en el trabajo de ese día. Al llegar al piso tercero tuvo que aminsonar el paso, sofocado por el esfuerzo. La escalera era sumamente empinada y los pisos descomunadamente altos. El pintor seguramente debía ocupar la bohardilla de aquella finca. El aire que respiraba estaba enrarecido.

Aquella escalera carecía por completo de ventilación, flanqueada como estaba de las altas paredes, que tenían algunas ventanas en la parte superior, completamente cerradas. Estando K. parado allí, unas cuantas muchachas, casi unas niñas, salieron de una puerta y empezaron a subir la escalera riendo alegremente. K. siguió subiendo tras ellas, despaciosamente, y pudo alcanzar a una que, por haber tropezado, se retrasó algo, lo que aprovechó para preguntarle, mientras las demás seguían subiendo juntas:

—¿Vive en esta casa un pintor, el señor Titorelli?

La jovencita, que no tendría más de trece años, con un aire malicioso y jorobada, le rozó suavemente con el codo y le dirigió una mirada escrutadora. Ni su poca edad ni el defecto físico habían podido apartarla de la más decidida corrupción. No se esforzó en sonreír. Miró a K. a los ojos con expresión provocativa. K. procuró hacer notar que no advertía la actitud de la jovencuela, y le preguntó:

—¿Conoces tú al señor Titorelli?

Ella asintió con la cabeza y le dijo:

—¿Quiere verlo usted para algo?

K. creyó que era interesante obtener información rápida sobre Titorelli, y replicó:

—Vengo para que me haga un retrato.

—¿Retratarle? —preguntó la jovenzuela, abriendo la boca con expresión de asombro, mientras golpeaba suavemente en el brazo a K., como si acabase de decir algo sumamente extraño y absurdo; después echó a correr, levantándose con las manos su falda, que era ya corta, y logró alcanzar al resto de las muchachas, cuyos gritos ya se oían débilmente en el fondo de la escalera. En el rellano siguiente, K. volvió a encontrarse con el grupo de muchachas. Seguramente la jorobadita las había informado del motivo de la visita de K., y estaban esperándole alineadas juntas a cada lado de la pared del pasillo para que K. pudiese pasar cómodamente, mientras ellas arreglaban con sus manos los pliegues de sus vestidos y delantales. Sus caras y sus actitudes expresaban una mezcla de corrupción e inocencia. Siguieron agrupadas a K., en medio de carcajadas encabezadas por la jorobadita, que se brindó a guiarle. K. agradeció el encuentro, que le había permitido encontrar el camino directo, ya que sin ellas hubiera continuado subiendo la escalera sin rumbo. La jorobadita le fue indicando la dirección que conducía a la morada de Titorelli. La escalera que seguían era inusitadamente estrecha, muy larga, recta y por ello visible a todo lo largo. Hizo alto repentinamente frente a una puerta, muy mal iluminada, pues sólo lo estaba por la luz que se colocaba a través de una pequeña claraboya de forma oblicua. Era de madera blanca, y tenía escrito en grandes letras de color rojo pintadas a brocha el nombre del pintor. La puerta se abrió cuando avanzaban hacia ella, y un hombre, a quien sin duda el ruido del grupo había atraído, apareció ante ellos, vestido solamente con una camisa de dormir.

—¡Ah! —exclamó al ver al grupo, y se metió dentro con rapidez.

La jorobadita aplaudió con alegría, y sus compañeras se agruparon detrás de K. para inducirle a avanzar.

Todavía no había llamado a la puerta, cuando ésta se abrió completamente y el pintor, haciendo una ceremoniosa reverencia, invitó a entrar a K. En cambio, hizo gestos a las muchachas para que se fueran y se negó a permitir que entrase ninguna, pese a la algarabía de ruegos y a los intentos que hacían para entrar intentando burlar su prohibición. Pero la jorobadita, deslizándose bajo el brazo que él tendía sobre la puerta, logró penetrar en la casa. Titorelli se precipitó sobre ella, la cogió por la ropa y la hizo dar varias vueltas sobre sí misma. Luego la colocó en la puerta junto a sus compañeras, que estaban apretadas frente al umbral.

K. dudó sobre cómo interpretar aquella escena. Tenía la impresión de que todo aquello sucedía con un aire amistoso y alegre. Las muchachas, frente a la puerta, con sus cabezas levantadas increpaban riendo al pintor con frases jocosas e ironías que K. no pudo entender; por su parte, el pintor se reía también, mientras tenía todavía asida a la jorobadita. Por fin cerró la puerta, volvió a inclinarse ceremoniosamente ante K. y le dijo presentándose:

—Soy el pintor Titorelli.

K. con un gesto indicó la puerta a través de la cual se oían todavía las risas de las muchachas.

—Tengo la impresión de que son buenas amigas tuyas.

—¡Oh! Son unas picaruelas —contestó el pintor, intentando, sin conseguirlo, abrocharse el cuello de su camisa.

Estaba con los pies descalzos y no le había dado tiempo a ponerse más que unos pantalones muy anchos de paño amarillo, sujetos con un largo cinturón, un extremo del cual pendía sobre el suelo balanceándose a un lado y otro.

—Estas pequeñas brujillas son muy difíciles de controlar —siguió, abandonando el intento de abrocharse el cuello, cuyo único botón saltó en ese instante. Después trajo una silla e invitó a K. a sentarse.

—Hace tiempo le hice un retrato a una de ellas —que no estaba ahora en el grupo—, y desde esa ocasión están siempre a mi alrededor. Encontrándome yo en casa, sólo entran cuando se lo autorizo; pero cuando tengo que salir, siempre hay aquí por le menos una. Se hicieron una llave de la puerta que se prestan entre ellas. Imagínese usted los problemas que esta intrusión me acarrea. Por ejemplo, hace unos días vine aquí con una dama a la que tenía que hacerle un retrato. Al abrir la puerta de mi casa, nos encontramos a la jorobadita sentada al lado de la mesa, pintándose con toda tranquilidad los labios de color rojo con un pincel, mientras que sus hermanos y hermanas, todos menores, y a los cuales ella debería cuidar, se habían adueñado de la habitación, ensuciándolo y revolviéndolo todo. Otras veces sucede, como ayer precisamente por la noche, que llego tarde a casa. Le ruego sepa disculpar mi aspecto y el desorden que ve en la habitación. Llego bastante tarde, como le iba diciendo, y como es natural me apresuro a acostarme, cuando noto que me pellizcan la pierna. Busco debajo de mi cama y descubro allí a una de esas brujillas. La verdad es que ignoro por completo por qué pululan siempre a mi alrededor. Habrá podido observar usted que procuro siempre rechazarlas. Por supuesto que esa situación

perturba bastante mi trabajo. Si no tuviera este estudio gratuito a mi disposición, me hubiese mudado de aquí hace mucho tiempo.

—¿Podemos ya entrar, Titorelli? —chilló una vocecilla aguda al otro lado de la puerta.

—No —contestó el pintor.

—¿Tampoco puedo yo? —preguntó otra voz.

—Tampoco tú —dijo el pintor.

Y se acercó a la puerta para echar la llave. Mientras tanto K. examinó la habitación. No podía haberse imaginado que aquel mísero y estrecho cuartucho pudiera ser calificado de estudio. No tendría más que dos pasos de ancho y de largo. Era todo de madera: paredes, techo, suelo, y entre las tablas se veían grandes grietas. Pegada a la pared, frente a K., estaba la cama. Se veía llena de mantas, cojines y almohadas de varios colores. En el centro de la habitación había una tela sobre un caballete, tapada con una camisa cuyas mangas tocaban el suelo. Detrás de K. había una ventana, pero la niebla no permitía ver más lejos del tejado de la casa de enfrente, que se encontraba cubierto de nieve.

El ruido que produjo la llave al girar en la cerradura llamó la atención de K., recordándole la intención de no estar mucho tiempo allí. Sacó del bolsillo la carta de presentación del empresario, y dándosela al pintor le dijo:

—Por este caballero, a quien usted conoce, estoy aquí, pues me ha aconsejado que le visitase.

El pintor leyó rápidamente la carta y la dejó sobre la cama. Por su expresión, si el empresario no le hubiera hablado a K. de Titorelli, describiéndoselo fielmente como un pobre diablo que casi vivía de limosnas, hubiera pensado que el pintor no conocía al industrial, o

por lo menos, que no le recordaba. Sin hacer la menor referencia a la carta, le preguntó:

—¿Desea usted que le haga un retrato o quiere comprar un cuadro?

K. miró al pintor completamente asombrado. ¿Qué contenido tenía la carta del empresario? Había supuesto naturalmente que el empresario le explicaría en ella que él no acudía allí para retratarse, sino con motivos de su proceso. Pero pensó que tenía que contestar algo a la pregunta que le había hecho el pintor, y mirando hacia el caballete, le contestó:

—¿Trabaja usted en algún retrato?

—Así es —replicó el pintor, echando también sobre la cama la camisa que cubría el caballete—. Se trata de un retrato. Creo que un buen trabajo, aunque todavía no lo he terminado.

La circunstancia fue propicia para K. No podía presentarse mejor oportunidad para tratar sobre la justicia, puesto que el retrato era de un juez. Por otra parte, el parecido era notable con el del cuadro que K. había tenido ocasión de ver en el despacho del abogado Huld. No había duda de que se trataba de otro juez (era un hombre gordo, con barba copiosa e intensamente negra, que le tapaba las mejillas). Además el cuadro que tenía el abogado Huld era un óleo, mientras que el que ahora veía K. era un pastel, lo que le daba un aspecto un tanto difuso. Pero en los demás detalles de composición el parecido era grande. También en el retrato al pastel, el juez estaba en actitud de incorporarse con aspecto amenazador, con la mano asiendo fuertemente el brazo del sillón. K. estuvo a punto de exclamar: «He aquí un juez, no cabe duda», pero se abstuvo por ahora, y se acercó al

cuadro con aire de estar estudiando sus detalles. Encima del respaldo de la especie de trono donde se sentaba el juez había una gran figura alegórica, de sentido desconocido para K., y le rogó a Titorelli que se lo aclarase. Pero éste le respondió que tenía que seguir trabajando en eso, que todavía estaba en ejecución. Tomó el papel que estaba encima de una mesilla y retocó ligeramente la figura, sin que con eso se aclarase el sentido de la misma para K.

Por fin explicó:

–Representa a la justicia.

–Ah, claro. Ahora la identifico –contestó K.–. He ahí la venda tapando los ojos y aquí la balanza. Pero, ¿no son alas eso que se ve en los talones? Produce la impresión de que va a lanzarse a la carrera.

–Así es –dijo el pintor–. Me han encomendado que la haga así. Para ser más claros, representa a la justicia y a la diosa Victoria en una misma figura.

–Pero ello no es una combinación feliz –manifestó K. riendo–. La justicia debe estar inmóvil, pues de lo contrario la balanza oscila y no puede pensar con exactitud.

–Me he limitado a hacer lo que exigía mi cliente –repuso el pintor.

–Veo que ha representado usted esa figura tal como realmente debía estar sobre el trono –dijo K., cuya intención no había sido mortificar al pintor.

–De ninguna manera –dijo Titorelli–. No he visto ni una figura ni el sitio. Lo he pintado de memoria, pero ateniéndome a lo que me pedían.

–Pero, ¿cómo? –inquirió K., que aparentaba no entender bien al pintor–. No obstante, es un juez el que está sentado en el sillón.

–Sí –le contestó el pintor–; pero no es precisamente un juez de jerarquía; además nunca ha tenido ocasión de sentarse en ese sitial.

–¿Y no obstante se ha hecho retratar en una postura tan solemne? ¡Parece por lo menos un presidente del tribunal supremo!

–Sí, estos señores son de una vanidad desorbitada –dijo el pintor–. La autoridad superior les permite hacerse pintar de esta forma. Todos ellos tienen prescrito con toda minuciosidad cómo deben hacerse retratar. Lamentablemente este cuadro no permite apreciar bien los detalles de la ropa ni los adornos del trono, pues el pastel no es adecuado para el retrato.

–Ciertamente –dijo K.–. Es extraño que haya usted adoptado el pastel para este trabajo.

–Ha sido el juez quien lo ha decidido así –repuso el pintor.

–¿Va a obsequiárselo a una dama?

Y como si la vista del cuadro le hubiese infundido un nuevo entusiasmo por su trabajo, se subió las mangas de la camisa, empuñando unos lápices y barritas de pintura. K. pudo ver cómo se formaba rodeando la cabeza del juez, siguiendo el trazo tembloroso de los pasteles, un halo rojizo que se expandía hacia afuera y se perdía en los límites de la tela. Lentamente ese juego de manchas terminó por circundar la cabeza de una especie de corona, como si fuese una alhaja o un símbolo de realeza. El resto de la tela alrededor de la imagen aparecía claro. Pese al gran relieve de la figura, no se asemejaba en nada a la imagen de la justicia, ni tampoco a la diosa Victoria. Podía adjudicarse mejor, como había quedado, a la diosa de la caza. La tarea del pintor resultó más in-

terésante para K. de lo que hubiese querido. Acabó por eso reconviniéndose por haber estado allí tanto tiempo y no haber iniciado ninguna aproximación a la cuestión por la que había ido.

—¿Quién es ese juez? ¿Cómo se llama? —preguntó sin circunloquios.

—No estoy autorizado para decirlo —le contestó el pintor. Ahora estaba muy inclinado afanosamente sobre el cuadro sin prestar mayor atención a su visitante, al que no obstante había acogido tan amablemente. K. interpretó este cambio de actitud como una veleidad y se irritó por ello, viendo la pérdida de tiempo que le ocasionaba.

—Debe ser usted seguramente —dijo— hombre de toda confianza de la justicia.

El pintor se incorporó inmediatamente, dejó sus lápices a un lado y se frotó las manos, mirando sonriente a K.

—Siempre es necesario —manifestó— empezar por la verdad. Usted quería averiguar algo relacionado con la justicia, como dice esta carta, y decidió comenzar lisonjeándome, hablando de mis cuadros. Eso no me hará sentir rencor hacia usted, porque evidentemente no tenía usted la obligación de saber que no me gusta la adulación. ¡No, por favor! —agregó observando que K. se preparaba para objetarle lo que decía y evitándolo así de forma categórica. Y continuó—: Por otra parte, su observación es totalmente cierta, ya que en efecto soy hombre de confianza de la justicia.

Dicho esto, permaneció en silencio, como si quisiera darle lugar a K. para que asimilase lo manifestado tan claramente. Detrás de la puerta volvía a oírse rebullir a las muchachitas. Se empujaban las unas a las otras para espiar por el ojo de la cerradura. Aunque era también

posible que estuviesen atisbando lo que pasaba en la habitación, por las rendijas de la puerta. K. optó por no añadir nada para no apartar al pintor del verdadero motivo de la conversación, pero tampoco podía tolerarle que se fuese por las nubes, por lo cual le preguntó con naturalidad:

—¿Se trata de un cargo de carácter oficial?

—No —replicó el pintor, dando un tono áspero al monosílabo y manifestando lo desagradable que le resultaba el tema. Sin embargo K. no renunciaba a seguir hablando, y prosiguió:

—Es muy frecuente que tales cargos officiosos otorguen una mayor influencia que los mismos cargos oficiales.

—Así es precisamente en mi caso —manifestó el pintor moviendo la cabeza y con el ceño arrugado—. Ayer hablamos de un problema con el empresario que usted conoce. Él se interesó porque yo procurase ayudarle a usted. Y yo le contesté entonces: «Que venga a verme»; y me complace mucho que haya usted venido sin pérdida de tiempo. Según parece está usted muy inquieto por el asunto, lo que por lo demás no me extraña. ¿Desea sacarse su abrigo?

Pese a que el propósito inicial de K. era no estar allí mucho tiempo, la invitación del pintor le pareció buena.

El aire de la habitación había ido tornándose irrespirable; ya había mirado varias veces bastante extrañando una pequeña estufa metálica, colocada en un rincón de la habitación. No cabía duda de que no estaba encendida. No se explicaba, pues, lo enrarecido del ambiente. Mientras se quitaba el abrigo de pieles y se desabrochaba la chaqueta, el pintor le comentó en tono de disculpa:

—Sufro mucho el frío. Necesito mucho calor. Aquí se está bien, ¿no es verdad? En lo que respecta a esto, la habitación está bien situada.

K. no quiso contradecirle. No era evidentemente el calor lo que le agobiaba, sino aquella atmósfera espesa, que resultaba difícil respirar. Seguramente la habitación no había sido ventilada desde hace mucho tiempo. El malestar que notaba K. se intensificó aún más cuando el pintor le indicó que se sentase sobre la cama, mientras que él lo hacía frente al caballete, sobre la única silla que había en la habitación. Titorrelli parecía no advertir la incomodidad de K. sentado al borde de la cama, y le dijo que se pusiese cómodo, que se sentase mejor. Observando que vacilaba, él mismo le empujó para que se situase más confortablemente. Después retornó a sentarse en la silla y abordó por fin, con toda franqueza, una pregunta positiva, logrando que K. olvidase todo lo demás.

—¿Se considera usted inocente? —preguntó.

—Sí —contestó K. dichoso de responder a esa pregunta, sobre todo cuando se la habían formulado a título oficioso y, por consiguiente, no implicaba ninguna responsabilidad por su parte. Hasta entonces no había sido interrogado tan francamente.

Para repetir su satisfacción, remarcó:

—Soy totalmente inocente.

—Entonces eso es lo más importante —murmuró el pintor meditabundo. Luego se incorporó de golpe y dijo:

—Siendo usted inocente, la cosa se simplifica mucho.

K. se sintió desalentado. Ese hombre, que aseguraba ser confidente de la justicia, se expresaba con toda candidez.

—Mi inocencia no resuelve en absoluto el asunto —dijo sonriendo a su pesar, y meneando despacio la cabeza agregó—: ¡Es tan compleja y sutil la justicia! Termina por descubrir graves delitos donde no existen.

—Sí, sí, desde luego —respondió el pintor, como si K. le hubiese distraído inútilmente de sus pensamientos—. ¿Pero es inocente usted?

—Por supuesto —declaró K.

—Eso es lo importante —repitió el pintor.

Las objeciones no parecían hacer ningún efecto sobre él, pero aunque hablaba con decisión, quedaba siempre la duda de si lo hacía por convicción o solamente por indiferencia.

Por ello K., queriendo aclarar esto, le dijo:

—Estoy seguro de que su conocimiento de la justicia es mucho más amplio que el que yo tengo, que no excede de lo que he oído de ella a algunas personas. Pero sí he podido notar una completa unanimidad en cuanto a asegurar que aún la acusación más desprovista de toda base no queda anulada fácilmente, puesto que la justicia, una vez que ha dado forma a la acusación, está firmemente persuadida de la culpabilidad del acusado. Todo induce a creer que es sumamente arduo modificar esa concepción.

—¿Qué es arduo? —preguntó el pintor levantando una mano—. Se ha quedado usted corto. Diga mejor que la justicia jamás renuncia a su concepción. Si yo retratase aquí sobre una tela a todos los jueces juntos, y usted se defendiese delante de sus efigies, no conseguiría un resultado mejor que ante los jueces reales.

—Sí —contestó K. para sí mismo, no recordando ya que su primer objetivo había sido sondear al pintor.

A través de la puerta se oyó a una de las muchachitas que gritaba:

—¡Titorelli! ¿Va a estar mucho tiempo aún ese señor?

—¡Silencio! —gritó el pintor mirando hacia la puerta— ¿Es que no se dan cuenta de que estoy hablando con el señor?

Pero la que había gritado no parecía muy conforme con la explicación, y otra vez gritó:

—¿Vas a hacerle un retrato?

Y al no obtener respuesta, prosiguió:

—No lo pintes, haznos caso. Es muy feo.

A estas palabras siguió en la escalera un incomprendible guirigay, en el que se mezclaban expresiones de aprobación. El pintor se precipitó hacia la puerta, la entreabrió y, viéndose frente a las manos extendidas de las jovencitas en actitud de súplica, les dijo:

—¡Basta de gritos! Si no se quedan tranquilas y en silencio, las arrojé por las escaleras. Siéntense ahí y no se muevan.

Seguramente no fue obedecido enseguida, pues se vio obligado a repetir.

—¡Siéntense allí, en la escalera! Después de esto se produjo la calma.

—Perdóneme —dijo el pintor al volver junto a K.

Este había seguido de espaldas a la puerta, dejando en manos del pintor la elección de los medios de protegerle. Permaneció sin hacer ningún movimiento, cuando Titorelli se aproximó a él y musitó a su oído, para evitar que oyesen desde afuera:

—Esas jovencitas también pertenecen a la justicia.

—¿Qué? —preguntó K dándose vuelta y clavando sus ojos en el pintor.

Pero Titorelli volvió a tomar asiento y le contestó en tono de chanza, pretendiendo explicar:

—¡Muchas cosas están relacionadas con la justicia!

—Es la primera noticia que tengo —contestó K. escuetamente.

El tono con que el pintor hizo las observaciones sobre las muchachas suprimía toda posibilidad de inquietud al respecto. Pese a ello, K. dirigió varias miradas a la puerta, tras la cual estaban ahora tranquilamente sentadas las muchachas. Una de ellas introducía una pajita entre una grieta de la puerta y la hacía ascender y descender para llamar la atención.

—Tengo la impresión —agregó el pintor— de que todavía no tiene usted un conocimiento exacto de la justicia. —Estaba sentado, con las piernas muy separadas, golpeando levemente con las puntas de sus pies sobre el suelo—. Pero ya que usted es inocente, es muy importante que la conozca bien. Quizá así podrá defenderse con más éxito.

—¿Cómo lo haría usted entonces? —preguntó K.—. Hace sólo unos instantes me ha dicho que el tribunal no acepta ningún argumento.

—Y es así. Frente al tribunal ninguna prueba es válida —explicó el pintor—: pero otra cosa son las pruebas que se encuentran en forma no oficial, sino oficiosa, en los pasillos, en la sala de deliberaciones, o en este estudio.

Lo que le estaba diciendo el pintor ya no lo consideraba K. tan descabellado, porque coincidía con lo que al respecto manifestaban otras personas. De todas maneras, resultaba bastante alentador. Si como el abogado Huld había explicado a K., en estos asuntos las relacio-

nes personales eran sumamente valiosas, era bastante probable que el pintor tuviese influencia ante los jueces. Era obligado no dejar escapar esta oportunidad. De forma que Titorelli podía agregarse a las otras personas que aquí y allí iba reuniendo para que le ayudasen en su proceso. Sabía que en el banco se había resaltado muchas veces su capacidad de organización. He aquí que ahora se presentaba una nueva ocasión de ejercerla. Mientras, el pintor observaba a K. tratando de comprobar el efecto que su explicación había causado. Un momento después añadió con voz algo insegura:

—No le sorprenda que en algunas ocasiones adopte el lenguaje propio de un abogado. Es motivado por mis estrechas relaciones con los personajes de la justicia. He asimilado mucho al mantener un contacto tan íntimo con ellos. Aunque lamentablemente ello me ha apartado de mi trabajo artístico, y éste ha perdido cierta calidad.

—¿Cómo le fue posible establecer los primeros contactos con los jueces? —inquirió K., procurando ganarse la confianza del pintor antes de poner sus asuntos en sus manos.

—Fue todo muy sencillo —contestó Titorelli—. Se puede decir que es una herencia familiar. Mi padre fue pintor del tribunal. Es un empleo hereditario. Por esto no surgen nuevos pintores. La justicia los recluta siempre entre las mismas familias. De acuerdo a las diferentes jerarquías de los funcionarios, existen distintas, múltiples y secretas reglas, que sólo las familias conocen transmitiéndoselas de padres a hijos. En ese cajón de la mesa que ve usted tengo el reglamento que conservaba mi padre y que yo, por mi parte, mantengo en secreto.

Ahora debe usted saber que sólo aquel que lo conoce íntegro está en condiciones de pintar a los jueces. En el caso de que se perdiese o destruyese, como conozco de memoria todas sus reglas, ningún otro artista podría aspirar al cargo. Todos los jueces, como habrá comprendido usted, desean ser retratados como los grandes jueces del pasado, sin cambiar nada, y está sólo en mis manos realizarlo así.

—En verdad, es envidiable su situación —le dijo K. pensando también en su empleo en el banco—. Su posición, sin ningún género de dudas, es firmísima.

—Sí, muy firme —manifestó el pintor, que se agrandó por el orgullo—. Por ello puedo a veces permitirme ayudar a algún pobre diablo que se ve metido en un proceso.

—¿Pero cómo lo hace usted? —preguntó eludiendo darse cuenta del calificativo que acababa de dedicarle el pintor.

Titorelli, sin desviarse en generalidades, encaró directamente su caso:

—En su situación, por ejemplo, y puesto que es usted completamente inocente, le diré lo que voy a hacer.

A K. empezaba a resultarle molesto que el pintor aludiese reiteradamente a su inocencia. Se daba cuenta de que a partir de ella el pintor hacía de su absolución una condición previa para conceder su ayuda, y por ella mismo la invalidaba. Pese a todas estas reflexiones, le dejó seguir sin interrumpirle. Pensaba que su ayuda podía ser muy importante para él, y estaba decidido a valerse de ella. Además creía que no sería menos eficaz que la que podría prestarle el abogado. Incluso la prefería mucho más, pues se la ofrecía sin tantos circunloquios y más francamente.

El pintor acercó su silla a la cama, y continuó hablando en tono bajo:

—Había olvidado hacerle una pregunta importante: ¿qué clase de absolución es la que usted prefiere? Existen tres clases: la absolución real, la absolución sólo aparente y la prórroga indefinida. La primera de ellas es sin duda la más convincente, pero es imposible, ya que no hay nadie que esté en condiciones de hacer valer la menor influencia para llegar a una absolución así: solamente la completa inocencia del inculpado puede obtenerla. Pero como es usted completamente inocente, pudiera ser conveniente que se presentase usted solamente haciendo valer ésta y confiando en que prevalezca. Si así lo decide, ya no necesita usted mi ayuda ni la de nadie.

K. se quedó aturdido cuando el pintor terminó de hablar por aquella exposición tan exhaustiva, pero consiguió recuperarse y le contestó en el mismo tono de voz que había usado Titorelli:

—Creo advertir que se contradice usted.

—¿Por qué lo cree usted? —contestó el pintor pacientemente.

Y volvió la cabeza sonriendo. Esa sonrisa suscitó en K. la idea de que estaba intentando descubrir contradicciones, pero no en las explicaciones del pintor, sino en los procedimientos mismos de la justicia. No obstante, no se desanimó y dijo:

—Para empezar, me aseguró usted que el tribunal no admitía las pruebas; pero después restringió el alcance de su afirmación aclarando que sólo se refería a la justicia oficial, pública, y ahora llega a sostener que el acusado inocente puede rehusar la ayuda. Tenemos aquí ya

una contradicción. Pero también me había dicho usted que era posible influir sobre los jueces a través de relaciones personales, y ahora se apresura a negar terminantemente que por ese conducto pueda conseguirse alguna vez la llamada por usted «absolución real». Aquí tenemos la segunda contradicción.

—Son ambas fácilmente explicables —contestó el pintor—. Estamos ante dos cosas distintas: lo que la ley establece por un lado; y por otro lo que yo he llegado a conocer por propia experiencia. Es muy importante que no lo mezcle usted. Por supuesto, nadie ha leído en ninguna ley, aunque naturalmente tiene que estar en ella establecido, que el inocente debe ser absuelto, y claro está que no se dice que se pueda influir sobre los jueces por medio de amistades o recomendaciones. No obstante he podido comprobar por experiencia que sucede precisamente todo lo contrario. No he conocido nunca una absolución real, pero he visto actuar muchas influencias. Cabe dentro de lo posible que en los casos que he tenido ocasión de conocer el acusado no fuese nunca inocente; pero pregunto: ¿no es casi inverosímil? ¿No va a haber algún inocente en tantos casos? Era yo todavía un niño cuando mi padre hablaba de los procesos en nuestra casa. Los propios jueces que acudían al estudio hablaban constantemente de procesos y cosas relacionadas con la justicia. La verdad es que en el medio en que he vivido no se hablaba de otra cosa. Cuando ya pude introducirme en el mundo de la justicia, lo he hecho así. Son innumerables los procesos que he presenciado, y debo manifestarle que nunca he tenido noticia de ningún caso en que se haya producido la absolución real.

—Así que ni una absolución real —dijo K. como hablando para sí mismo, y por dar una contestación a su

esperanza—. Esto confirma plenamente la opinión que me merecía la justicia. O sea que tampoco puedo tener ninguna esperanza por mi inocencia. El tribunal es innecesario. Basta sólo con un verdugo para reemplazarlo.

—Está usted generalizando excesivamente —le dijo el pintor molesto por sus palabras—. Sólo me he referido a mi experiencia personal.

—Pero yo la estimo suficiente —contestó K.—. ¿Es que sabe usted si ha ocurrido algún caso de absolución real en algún otro tiempo?

—Debe haber habido alguna absolución —masculló el pintor—. Pero es difícil saberlo. Las sentencias que dicta el tribunal no solamente no se dan a publicidad, sino que incluso los mismos jueces carecen de derecho a verlas, de forma que sólo se han conservado leyendas sobre la justicia de tiempos pasados. Estas leyendas hablan de verdaderas absoluciones y no de nada sino de muchas. Nada indica que no deban creerse: aunque tampoco es posible probar su veracidad. Sin embargo, no hay que rechazarlas totalmente. Deben reflejar cierta verdad, y además son hermosas. Yo mismo me he inspirado en muchas de ellas como motivos de mis cuadros.

—Estas leyendas míticas —manifestó K.—, no cambian mi opinión. ¿Es posible que se pueda apelar ante el tribunal a estas leyendas?

El pintor contestó sonriendo:

—No, por supuesto que es imposible hacerlo.

—Pues entonces no vale la pena hablar de ello —dijo K.

Partía de la base de que debía admitir todas las opiniones del pintor, aunque las estimase increíbles, contradictorias. Carecía por el momento de tiempo para de-

terminar qué grado de verdad había en ellas. Estimaba haber obtenido lo más óptimo, si conseguía persuadir al pintor para que le ayudase de la forma que fuese, aún en el caso de que su ayuda no fuera muy decisiva. Por tanto, le dijo:

–Abandonemos entonces la absolucón real.

Ha mencionado usted otras dos posibilidades.

–En efecto. La absolucón aparente y la prórroga indefinida. Sólo queda recurrir a ellas. ¿Pero por qué no se saca usted la chaqueta antes que pasemos a esto?

–Sí, claro –asintió K., que hasta entonces solamente había prestado atención a las explicaciones de Titorelli y no se había percatado de que estaba sudando–.

Hace un calor inaguantable.

El pintor afirmó con la cabeza, como si entendiese muy bien la incomodidad que experimentaba K.

–¿No es posible abrir la ventana? –preguntó K.

–No se puede –contestó el pintor–. Es un vidrio que está fijo, y es imposible abrirlo.

Entonces K. pudo darse cuenta de que había estado aguardando desde que entró allí que se levantase el pintor a abrir de un golpe aquella ventana. Necesitaba imperiosamente respirar hondamente, aunque fuese aquella niebla tan espesa. La sensación asfíxica de encontrarse allí completamente privado de aire le produjo un mareo. Pasó despacio la mano por el edredón que tenía a su lado.

–¡Es una atmósfera irrespirable y malsana! –dijo con un hilo de voz.

–¡Oh no! –contestó el pintor asumiendo la defensa de su ventana–. Pese a que tiene sólo un vidrio, que no se

puede abrir nunca, el calor se conserva bastante mejor en esta habitación que si tuviera ventana doble. Cuando deseo ventilarla, lo que hace falta muy pocas veces, pues el aire pasa perfectamente a través de las rendijas de la puerta, me limito a abrir una de las puertas, o si es necesario las dos.

K. se sentó desilusionado por aquella explicación, y exploró la habitación con los ojos, buscando la segunda puerta. El pintor, que lo notó, le dijo:

—Queda detrás de usted, aunque un poco oculta por la cama.

K. pudo ver la puertecita.

—Sí, claro que todo es aquí muy pequeño —dijo el pintor, como anticipándose a cualquier crítica de K.—. No he tenido más solución que arreglarme como he podido. Es patente que la cama está pésima situada delante de la puerta. Siempre que viene el juez; al que estoy haciendo ese retrato, entra por esa puerta y se ve obligado a pasar por encima de la cama. Dejaría usted de lado todo el respeto que siente por los jueces si pudiera oír las maldiciones que le lanzo cada vez que pasa sobre mi cama. Pensaría usted que para evitarlo bastaría con que le volviese a pedir la llave, pero eso sólo empeoraría la situación. Con un simple empujón que se dé, cualquier puerta salta aquí de sus goznes.

Mientras el pintor le refería todos estos detalles, K. consideraba si tenía que quitarse la chaqueta. Llegó a la conclusión de que no podría aguantar mucho más sin hacerlo enseguida. Se despojó de ella entonces, manteniéndola no obstante sobre las rodillas para volvérsela a poner otra vez si la conversación tocaba a su fin. Apenas terminó de sacársela, oyó gritar a una de aquellas jovencuelas:

–¡Se sacó la chaqueta!

Y pudo oírse el ruido que hacían al agruparse todas ellas contra las rendijas de la puerta para ver por sí mismas lo ocurrido.

–Piensan estas chicas –le explicó el pintor– que voy a empezar su retrato y que por ello se quita usted la ropa.

–¿Sí? –exclamó K., que no se sentía mejor que antes, pese a que ahora estaba en mangas de camisa.

Por eso, con tono hostil, preguntó:

–¿Cómo denominaba usted a las dos soluciones restantes? –pues había olvidado ya las expresiones jurídicas que había usado el pintor.

–La absolución aparente y la prórroga indefinida –contestó Titorelli–. Usted debe escoger. Ambas son posibles gracias a mi ayuda. Claro está que no sin bastante esfuerzo. La única diferencia es que la absolución aparente demanda un esfuerzo intenso, pero temporal; en tanto que la llamada prórroga indefinida exige ligeros esfuerzos, pero persistentes. Empezaremos si usted quiere la absolución aparente. Si es ésta la que elige, escribiré en una cuartilla una confirmación de su inocencia. Mi padre me enseñó la fórmula para redactarla, y así resulta inatacable. En cuanto esté preparada, iré a ver a todos los jueces con los que me une alguna vinculación. Empezaré, por supuesto, por presentar este certificado al juez al que estoy haciendo su retrato. Debe venir a posar esta tarde. Cuando llegue, le exhibo el documento, le aclaro que es usted inocente, incluso yo mismo salgo como garantía de su inocencia. Debe usted saber que ello no es solamente un compromiso meramente formal, sino que constitu-

ye un compromiso real, algo que verdaderamente me compromete.

La mirada del pintor se tornó severa, expresando un cierto reproche por el hecho de que K. pudiese echar sobre su persona el peso de una garantía semejante.

—Es un gesto muy abnegado por su parte —dijo K.—; pero dígame: ¿podría el juez aceptarlo y resultar yo completamente absuelto?

—Como antes le decía, tampoco es completamente seguro que todos los jueces acepten mi testimonio. Muchos de ellos exigirán seguramente que antes les presente a usted. Entonces sería absolutamente necesario que se presentase usted conmigo. A decir verdad, en este caso la causa estaría casi ganada, y sobre todo si previamente le alecciono de cómo debe actuar usted. Este procedimiento resultará más difícil con aquellos jueces que no acepten mi testimonio por principio. No obstante, mi propósito es acometer todas las posibilidades existentes. En este caso no podríamos recurrir a ellos. Tampoco esto sería excesivamente grave, pues algunos de esos jueces no bastan para decidir un asunto de esta trascendencia. Una vez que haya podido reunir el número necesario de firmas de jueces al pie del documento, me presentaré ante el juez que instruye su proceso. Y está dentro de lo posible que no se niegue a estampar su firma en el documento. Por regla general, una vez alcanzada esta altura de la operación, no suelen presentarse más inconvenientes. Estamos en la etapa en que el acusado se siente más seguro y satisfecho, ya que, aunque parezca extraño, debe resaltarse, pues es completamente cierto que los acusados se sienten en ese instante mucho más seguros de sí mismos que cuando reciben la absolución. Llegados al punto que acabo de explicar, no se requiere ya

esfuerzo alguno. En esa declaración dispone el juez de la garantía de otros muchos jueces. Puede, pues, dictar la absolución sin ninguna clase de dudas y sin ningún temor subsiguiente, y estimo que lo hará así para complacerme a mí y a otras personas que influirán también. Todo esto no exime del cumplimiento de ciertas formalidades. Por lo que a usted se refiere, abandona el tribunal en completa libertad.

—¿Así que seré libre por completo? —preguntó K. agradablemente sorprendido.

—Sí —recalcó el pintor—, aunque sólo aparentemente, para decirlo más comprensivamente en forma definitiva. Ese derecho pertenece sólo al Tribunal Supremo, donde nadie puede llegar, ni usted ni yo ni ninguna otra persona. Ignoramos completamente lo que puede ocurrir allí, y puedo añadir que no queremos saberlo tampoco. Lo que intento hacerle comprender es que nuestros jueces carecen de la potestad para absolver definitivamente al acusado, pero por el contrario están autorizados para dejarle en libertad. Dicho de otra manera, esa absolución circunstancial le exime de la acusación, sin que ello pueda impedir que una orden superior pueda abrir otra vez el proceso con todas las consecuencias que ello pueda implicar. Por mis relaciones con la justicia, conozco perfectamente la diferencia existente entre las dos clases de absoluciones. La absolución real implica que el expediente del proceso debe ser retirado definitivamente. Se invalidan las actas y —resumiendo— se destruye todo; no sólo la acusación, sino todo el proceso, e incluso el acta de absolución. Muy distinta es la absolución aparente. La única modificación que consiente el proceso es ser incremen-

tado con la declaración de inocencia, con el texto de la absolución y con los fundamentos en que se basa. En todo lo demás el proceso continúa su curso. Sigue elevándose a tribunales superiores, luego baja a las secretarías menos importantes, como el trámite lo prescribe, continuando entre las diferentes oficinas de la justicia, y además experimenta vicisitudes, sufre cortas o prolongadas demoras. Se ignora siempre el curso que puede tomar. Visto desde afuera por personas inexpertas sobre el particular, se puede presumir que el proceso ha caído en el olvido, que se han extraviado los documentos y que la absolución es total. Pero los expertos en la justicia saben que éstas son apreciaciones falsas. La justicia no olvida nunca, y es imposible que un acta se extravíe. Puede ocurrir —cuando ya nadie lo prevé— que algún juez revise el acta con interés, note que la acusación está vigente e inmediatamente dé la orden de arresto del acusado. Ahora bien, hay que convenir que entre la absolución y la nueva orden de arresto puede haber pasado mucho tiempo.

Pero por otra parte tampoco deja de ser frecuente que, después de absuelto el acusado y marcharse a su casa, al llegar se encuentre con los agentes esperándole para detenerle nuevamente. Está de más decirle que en ese momento se pone otra vez fin a la libertad.

—Pero, ¿vuelve entonces a empezar el proceso? —indagó K., costándole creer aquello.

—Así es —contestó el pintor—, el proceso vuelve a iniciarse, pero otra vez se abre la posibilidad de conseguir una nueva absolución aparente. Se requiere entonces comenzar a actuar enérgicamente y no dejarse abatir.

Quizá el pintor añadió esto último al notar el desaliento que K. empezó a manifestar.

—Pero entonces —preguntó K. intentando adelantarse a las explicaciones que pudiera darle— conseguir la segunda absolución será más difícil que la primera.

—Sobre ese particular todo es muy relativo —contestó el pintor—. Seguramente usted piensa que al tratarse de un segundo arresto, los jueces posiblemente dicten un juicio adverso. Pero no, no es así. Cuando se produjo la primera absolución, los jueces tenían previsto ya el segundo arresto. Por consiguiente, ello no influye demasiado, aunque puede haberse modificado la opinión de los jueces por la influencia de una serie de motivos antes inexistentes. Se hace imprescindible ajustarse a las nuevas circunstancias para obtener la absolución, que por lo general exige un esfuerzo similar a la primera.

—¿Pero tampoco es definitivo? —preguntó K. haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Desde luego —contestó el pintor—. Al segundo sigue el tercer arresto, después el cuarto y así continúan. Esta es naturalmente la absolución aparente.

K. permaneció en silencio.

—Me parece observar que la absolución aparente no le satisface demasiado —observó el pintor—. Quizá prefiriese usted la llamada prórroga ilimitada. ¿Quiere que le explique de qué se trata?

K. contestó aceptando con un movimiento de cabeza.

El pintor, sentado cómodamente en su silla, con la camisa desabrochada sobre el pecho, se frotaba complacido la espalda.

—La prórroga ilimitada... —empezó, haciendo un breve paréntesis, buscando seguramente las palabras más

adecuadas para explicarlo —prolonga por un tiempo indefinido el proceso en sus fases preliminares.

Para obtenerla es imprescindible que el inculpado y su abogado o auxiliar mantengan un estrecho contacto con la justicia. Quiero remarcar expresamente que no requiere un gasto de energías tan copioso como obtener la absolución aparente, pero sí una atención permanente. Es necesario no desentenderse nunca del curso del proceso. Es obligado frecuentar al juez a intervalos regulares, no estar ausente en las ocasiones especiales y llegar a obtener una verdadera amistad con el magistrado. Si no es posible tener una relación personal, es menester influir sobre él por medio de otros jueces, sin dejar de hacer todo lo posible para obtener un contacto personal. Si todo se ejecuta con sumo cuidado y atención, es seguro que el proceso puede estancarse perfectamente en su fase inicial. No cabe duda de que no es el objetivo final, pero el acusado puede abrigar la casi total seguridad de que no recaerá sobre él ninguna condena y permanecerá libre. La prórroga ilimitada es notablemente distinta de la absolución aparente, ya que protege al acusado de un dudoso futuro. Le sustrae a la angustia de un arresto imprevisto. Le evita seguir en las circunstancias más difíciles los melancólicos trámites que exige la obtención de la absolución aparente. Tampoco quiero ocultarle que lleva consigo otros inconvenientes que es preciso tener en cuenta. No aludo al hecho evidente de que no goza de una libertad completa, puesto que en la absolución aparente sucede igual. Es otra cuestión. El proceso no detiene su curso, sin que por lo menos exista una razón aparente que lo motive.

Es obligado que prosiga teóricamente. No puede eludirse que se efectúe cada cierto tiempo diversas obliga-

ciones: ser interrogado, ordenar indagaciones, etc. Es necesario que el proceso no permanezca quieto en el estrecho margen al que deliberadamente se le ha circunscrito. Esto produce al acusado algunas incomodidades, a las que no debe usted dar una importancia excesiva. Verdaderamente todo sigue un curso convencional. Los interrogatorios son generalmente de escasa duración. Si no desea ir, o no puede acudir por otras obligaciones, no es difícil justificarse. También es posible, sobre todo con algunos jueces, ponerse de acuerdo para establecer un programa de actuación que dure un lapso de tiempo fijado. Procurando ser más claro: hay que presentarse en diversas ocasiones al juez que corresponda para satisfacer el papel de acusado.

Todavía no había terminado el pintor de hablar, cuando ya K., con la chaqueta en la mano, estaba dispuesto a marcharse.

—¡Se ha levantado! —se oyeron voces detrás de la puerta.

—¿Se va usted ya? —inquirió el pintor levantándose también—. Quizá le impulse a ello la atmósfera viciada de la habitación. No sabe usted cuánto lo siento. Queda aún mucho por tratar. He procurado simplificar al máximo la explicación. Confío en que me haya comprendido.

—Sí —dijo K., que sentía una horrible jaqueca, motivada seguramente por la atención que habían exigido las explicaciones del pintor.

No siendo suficiente esta razón para el pintor, éste le dijo a K. como tratando de consolarle:

—Ambos métodos que le he explicado preservan al acusado de ser condenado.

–Pero impiden también la verdadera absolución –contestó K. en voz baja, como si le avergonzase declarar el hecho.

–Ha dado usted con la definición exacta –contestó con prontitud el pintor. K. echó mano de su abrigo, sin decidirse todavía a ponerse la chaqueta. Le hubiese gustado salir con todo en el brazo cuanto antes para respirar aire puro, pero ni los gritos que había oído de las muchachas le impulsaban a hacerlo. Titorelli, pretendiendo conocer la postura de K., manifestó:

–Todavía no ha determinado usted qué solución seguir. Lo apruebo. Incluso de habérmelo preguntado, yo le hubiese aconsejado no decidirse enseguida. Cualquiera de ambas soluciones tiene pros y contras similares. Es obligado considerarlo cuidadosamente, pero también sin perder demasiado tiempo.

–Volveré a verle –dijo K., que se puso repentinamente la chaqueta, se echó el abrigo sobre los hombros y se encaminó hacia la puerta, tras la cual se volvían a oír los gritos que proferían aquellas muchachas.

A K. le pareció divisarlas a través de las rendijas de la puerta.

–Debe usted cumplir lo prometido –dijo el pintor sin seguirle–, pues en caso contrario iré a verle al banco para seguir el asunto.

–Le ruego que me abra –pidió K. intentando abrir tirando del picaporte, del cual sin duda las muchachas estaban también tirando del lado opuesto.

–Esas chicuelas pueden molestarle mientras baja usted la escalera –le advirtió el pintor–. Mi consejo es que salga por la puertecita trasera.

K. accedió inmediatamente, y de un salto se colocó junto a la cama. Pero Titorelli, en vez de abrir la puerta, se introdujo debajo de la cama y le dijo desde allí:

—¡Espere un momento solamente! ¿Le interesa ver algún cuadro para comprarlo?

K. intentó ser amable. El pintor había demostrado mucho interés por su caso, y evidentemente iba a seguir ayudándole, aunque K., sin duda por aturdimiento, no se había referido para nada a fijar un pago por su gestión. Ahora, pues, se sentía obligado a examinar los cuadros. Titorelli extrajo de debajo de la cama un rollo de telas, todavía sin enmarcar, completamente llenas de polvo, hasta el punto de que al soplar sobre ellas quedó suspendida en el aire una nube que K. intentó no aspirar.

—Este paisaje muestra una llanura —dijo enseñándoselo.

Se veían en la tela dos arbolitos surgiendo de una hierba oscura, y detrás una puesta de sol, solucionada con variedad de colores.

—¡Es muy hermoso! —exclamó—. Se lo compro.

Dijo esto con voz demasiado dura, y al notar que Titorelli no había reparado en ello, se alegró, mientras que el pintor desplegaba otra tela ante él.

—Mire también éste —le dijo—. Agregado al primero completan un bello conjunto.

Era un conjunto bien logrado, pero K. no pudo advertir ninguna diferencia entre ambos paisajes. En los dos estaban los árboles, la oscura hierba y el sol poniente. Pero ese parecido no le importó demasiado a K.

—Me agradan estos paisajes —manifestó—. Me quedo con ellos. Los colocaré en mi oficina.

—Veo que le gusta el tema —dijo el pintor, disponiéndose a extraer la tercera tela—. Me parece muy bien, pues hay otro paisaje del mismo tipo.

No es que fuera parecido a los otros dos. Era exactamente igual. Estaba claro que Titorelli estaba aprovechando las circunstancias para colocar cuadros hechos hacía mucho.

—Me llevo ésta también —contestó K.—. ¿Cuánto debo pagarle por todo?

—Veo que está usted falto de tiempo, y lo principal es que nuestra amistad sea duradera. Me complace mucho que le agraden los cuadros. Quédese con todos. Representan llanuras. A algunas personas no les placen los paisajes de este tipo. Los consideran tristes; no obstante a otras, entre ellas a usted, les gustan por esa nota de melancolía que expresan.

K. se encontraba en un estado de ánimo nada propicio a oír las disquisiciones profesionales de aquel mísero pintor.

Para poner fin a las mismas, le dijo:

—Envuélvalas. Mañana vendrá mi ordenanza a buscarlas.

—No es necesario que lo envíe —contestó el pintor—. Buscaré a alguien que se las lleve rápidamente.

Por fin optó por abrir la puerta, pasando sobre la cama.

—No se preocupe —le dijo—. Pase usted por encima de la cama. Todos salen de esta manera.

No era necesario instar a K. para ello, ya que había puesto inmediatamente un pie encima del edredón; pero al mirar por la puerta, que estaba ya semiabierta, retrocedió inquieto.

—¿Eso qué es? —preguntó al pintor.

—¿Qué es lo que le sorprende? —indagó Titorelli alarmado—. Lo que usted puede ver son oficinas del tribunal. ¿Ignoraba que funcionaban aquí? Están instaladas en la mayoría de las buhardillas. ¿Por qué no debería haberlas aquí? Incluso este estudio donde estamos también es de la justicia, pero me lo han dejado a mí.

La desazón que sentía K. no estaba tanto motivada por haber visto allí oficinas del tribunal, sino por comprobar una vez más su total desconocimiento de todo lo que se relacionaba con los asuntos judiciales. Consideraba que un acusado debía siempre estar preparado para cualquier contingencia. Esa debía ser su regla de oro, por así decirlo. Si el juez estaba a la izquierda, él no debía mirar a la derecha, y era desgraciadamente esa regla la que él conculcaba siempre.

Frente a él se extendía un largo pasillo, del que provenía un aire fresco y bastante puro, comparado con el que se respiraba en el estudio. El pasillo estaba flanqueado por bancos idénticos a los que ya había visto en las antesalas de las secretarías donde se llevaba su proceso. Daba la impresión de que todas aquellas oficinas respondían en su aspecto a un modelo único. A la hora que era, no se veía allí mucha gente. Semirecostado sobre uno de aquellos bancos, mirando hacia la pared y con los brazos sobre la cabeza, había un hombre, que seguramente descabezaba un sueño. Donde terminaba el pasillo, sumido en semioscuridad, había otro hombre de pie. Por fin K. se decidió, y pasando por encima de la cama, salió al pasillo, seguido por el pintor, que llevaba las telas en la mano. Apenas empezaron a recorrerlo, tropezaron con un ujier, al cual identificó K. inmediatamente por los botones dorados que ostentaban en el uniforme aquellos servidores de la justicia,

y al que Titorelli le dio las telas adquiridas por K. para que las llevara. K. se desplazaba con paso tembloroso y apretando el pañuelo sobre la boca. Próximos a la salida, tropezaron con las muchachas, que los rodearon riéndose y alborotando; pese a haber utilizado aquella salida, no pudo K. librarse de ellas. Evidentemente, al ver abierta la puerta por donde salieron, dieron la vuelta al edificio para sorprenderles allí.

—Aquí me quedo yo —dijo el pintor, que se reía por la irrupción de las muchachas—. Hasta otro día. No deje de reflexionar sobre todo lo que le he dicho.

K. no se tomó el trabajo de volverse para despedirse. Ya en la calle se apresuró a tomar el primer taxi que encontró. Intentaba librarse de la presencia del ujier, que con sus botones dorados le hería la vista, aunque lo más seguro es que nadie más reparaba en aquel hombre. El ujier intentó colocarse junto al chófer, pero K. le obligó a descender...

Cuando el taxi le dejó frente al banco, era ya más del mediodía. Tuvo la intención de dejar olvidados los cuadros en el automóvil, pero luego se le ocurrió que podía llegar la ocasión en que tuviese que demostrar al pintor que los apreciaba y los tenía en su oficina. Decidió que los subieran a su despacho, donde los encerró en un cajón de su mesa para que no pudiese verlos el subdirector.

VIII

A pesar de todo, se decidió al fin por retirar el proceso a su abogado defensor. Tenía dudas de si estaba obrando bien, pero la seguridad de que su actitud era correcta fue más fuerte que aquéllas.

Adoptar esta decisión le había requerido gran esfuerzo, tanto que aquel día su trabajo en la oficina fue lento y sólo a eso de las diez llegaba ante la puerta del abogado.

Antes de llamar, pensó si no era más práctico informar de su decisión al abogado telefónicamente, o mediante una carta, pues con toda seguridad esa entrevista sería muy penosa. Analizó las tres posibilidades y se decidió por la visita personal. A cualquiera de las otras dos soluciones el abogado se limitaría a contestar con el silencio o con alguna fórmula de compromiso, y K. no llegaría a saber, salvo que Leni averiguara algo, cómo tomaría tal decisión y qué consecuencias se derivarían de aquello para K., según la opinión quizá importante del abogado.

Pero si estaba situado frente a él y la decisión le causaba un duro golpe, en su rostro podría adivinar sus efectos, aunque Huld fuera parco en sus palabras. De esta forma seguía en pie la posibilidad de hacerle retomar la defensa.

Como era habitual, a la primera llamada no obtuvo contestación.

«Leni podría darse prisa», pensó K.

Al menos ninguna otra persona habría interferido, ya que habitualmente algún vecino intervino como aquel hombre en bata del primer día. Tocó la campanilla por segunda vez y miró la puerta situada a su espalda, pero ésta permaneció cerrada. Por fin aparecieron dos ojos en la mirilla. No eran los de Leni. Alguien comenzó a abrir la puerta, pero sosteniéndola para que no se abriera del todo, y se volvió hacia el interior, gritando: «Es él». Sólo entonces la puerta se abrió completamente.

K. la empujó con fuerza, pues en ese preciso instante oyó moverse la llave de la cerradura del vecino; enseguida se precipitó al vestíbulo y alcanzó a ver a Leni —que había escuchado el aviso de su llegada— correr en camisa por el pasillo que conducía a sus habitaciones.

La siguió con la mirada y se volvió hacia el hombre que le había abierto la puerta. Era un hombrecillo enjuto y barbudo y sostenía una palmatoria en la mano.

—¿Está usted empleado aquí? —preguntó K.

—No —respondió el hombre—. No trabajo aquí. Utilizo los servicios del abogado y he venido por un asunto judicial.

—¿Y así, sin chaqueta? —preguntó K., haciéndole sentir que ésas no eran las ropas apropiadas.

—Le ruego me disculpe —dijo el hombrecillo iluminándose con la palmatoria, como si aún no se hubiera percatado de su estado.

—¿Leni es su amante? —preguntó K. bruscamente.

Con las piernas algo separadas y las manos entrecruzadas en la espalda, sostenía su sombrero. Su grueso

abrigo de invierno le hacía sentirse muy superior a aquel hombrecillo de aspecto débil.

—¡Oh, no! —se defendió aquél levantando una mano como para rechazar esa acusación—. ¿Cómo puede usted pensar eso?

—Creo que dice la verdad —respondió K.—, pero de cualquier forma, sígame...

Le indicó que lo siguiera con un ademán del sombrero, dejándole pasar delante de él.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó sin detenerse.

—Block. Soy el comerciante Block —contestó el hombrecillo volviéndose hacia K. con intención de presentarse; pero éste no dejó que se detuviera.

—¿Es ése su nombre real? —pregunto K.

—Así es —respondió—. ¿Por qué lo duda?

—Podría usted tener algún motivo para ocultar su verdadero nombre.

Sentíase tan liberado como cuando se está en el extranjero y se habla con desconocidos, reservando para sí todo lo que concierne a uno y hablando con toda tranquilidad acerca de los intereses de su interlocutor, lo que les eleva a nuestros ojos y permite desentenderse de ellos cuando uno así lo desea.

K. se detuvo en la puerta del despacho del abogado Huld. Abrió y gritó al comerciante que avanzaba obediente:

—No tan de prisa, ilumine aquí.

Suponía que Leni podía haberse escondido allí. Pidió que le alumbrara todos los rincones, pero nadie había en aquel lugar. Frente al enorme retrato del juez, sujetó al comerciante por los tirantes del pantalón.

—¿Sabe usted quién es? —le preguntó mientras indicaba con el índice el retrato.

El comerciante levantó la palmatoria y parpadeando respondió:

—Es un juez.

—¿Un juez de cierta jerarquía? —interrogó K., situándose junto al comerciante para mejor observar el efecto que le producía el retrato.

Block elevó su mirada con gran admiración.

—Es un alto magistrado —dijo.

—No es usted un gran entendido en el tema —repitió K.—. De todos los jueces de instrucción, éste es el de rango inferior.

—¡Ah! Ahora que usted lo dice —replicó el comerciante—, recuerdo haber oído manifestar eso mismo.

—¡Por supuesto! —exclamó K.—. No se me había ocurrido pensar que era un hecho que usted seguramente debía conocer.

—¿Pero cómo?, ¿por qué? —preguntó el comerciante mientras K. lo conducía hacia la puerta con sus manos. Una vez en el pasillo, K. le preguntó:

—¿Sabe usted dónde se habrá ocultado Leni?

—¿Ocultado? —repuso el comerciante—. No. Debe estar en la cocina preparando un plato de sopa para el abogado.

—¿Por qué no me lo dijo antes? —preguntó K.

—Me proponía llevarlo directamente a él, pero usted me condujo a este despacho —balbuceó confundido por las órdenes contradictorias.

—Evidentemente, usted se cree muy astuto. Está bien, lléveme a la cocina.

Nunca había penetrado en aquel sitio y le impresionó por su amplitud y lujo. Sólo el artefacto para cocinar era tres veces superior al de las cocinas normales. Del resto poco se podía apreciar, ya que la pieza estaba iluminada por una tenue luz, colgada en la entrada. Leni, puesto su habitual delantal blanco, vertía huevos en una cacerola colocada sobre el hornillo.

–Buenas noches, Joseph –dijo Leni, dirigiéndole una breve mirada.

–Buenas noches –contestó K., al tiempo que indicaba al comerciante que ocupara una silla próxima.

K. se colocó detrás de Leni, e inclinando la cabeza sobre sus hombros le preguntó:

–¿Quién es este señor?

Leni rodeó con su brazo la cintura de K., en tanto que con la otra mano batía los huevos; después le hizo situarse frente a ella y le dijo:

–Es un hombrecillo, un pequeño comerciante, llamado Block. Su aspecto ahorra explicaciones.

Ambos le examinaron con una mirada. El comerciante seguía sentado en la silla que K. le señalara. Había apagado la palmatoria, pues ya no se necesitaba, y procuraba con sus dedos impedir que la mecha continuara humeando.

–Cuando llegué te sorprendí en camisa –dijo K. empujando con la mano la cabeza de Leni hacia el hornillo.

Leni no pudo contestar.

–¿Es tu amante? –preguntó K.

Ella intentó tomar la cacerola, pero K. se lo impidió y le dijo:

—Te estoy preguntando, responde.

Leni replicó:

—Ven, vamos al despacho. Te lo explicaré todo.

—No —replicó K.—. Explícamelo aquí.

Leni intentó abrazarse a su cuello, pero K. la rechazó diciéndole:

—Ahora no es el momento para que me abrases.

—¡Joseph! —repuso Leni en tono suplicante, mientras le miraba a los ojos—. ¿No tendrás celos del señor Block?

—Rudi, ayúdame a convencer a K. para que me crea. Está desconfiando de mí. Deja ya tu palmatoria.

Aunque en apariencia el hombrecillo no prestaba atención a aquel diálogo, la realidad era que no se le había escapado detalle.

—No hay motivos para estar celoso —dijo Block, corto de ingenio.

—Yo pienso igual —repuso K., al tiempo que miraba al comerciante sonriendo.

Leni rió a carcajadas, y aprovechando la distracción de K. se asió de su brazo, cuchicheándole:

—No vale la pena molestar más. Ya debes saber la clase de hombre que es. Debí prestarle cierta atención por ser un importante cliente del abogado. ¿Y tú? ¿Deseas hablarle ahora mismo? Él está bastante enfermo, pero si quieres le avisaré inmediatamente. Sólo que será necesario que pases la noche conmigo. ¡Hace tanto tiempo que no venías! El abogado Huld preguntaba por ti. No olvida tu proceso. Tengo que contarte ciertas cosas que he sabido. Pero quítate ya el abrigo.

Leni le ayudó a sacarse el abrigo, tomó su sombrero y se apresuró a colgarlo en el perchero. Volvió y observó la sopa que había preparado.

—¿Qué hago: te anuncio o le sirvo primero la sopa?

—Anúnciame primero —dijo K.

Le embargaba el mal humor, pues la presencia de aquel hombrecillo había impedido que K. pudiera contar a Leni su propósito de romper con el abogado. No obstante, su asunto era demasiado importante como para que Block le privase de sus deseos, por lo que nuevamente llamó a Leni, quien ya se encontraba en el pasillo.

—Sírvele antes la sopa —le ordenó—. Es conveniente que se fortalezca antes de la conversación que vamos a mantener.

—¿Es usted cliente del abogado? —se atrevió a preguntar humildemente el comerciante. Su pregunta fue mal recibida.

—¿Le importa a usted? —replicó K.

Por su parte, Leni le apostrofó.

—¿Te callarás la boca? Le llevo la sopa —dijo dirigiéndose a K., mientras vertía ésta en una taza—. ¡Ojalá que no se duerma!, pues suele hacerlo poco después de cenar.

—En cuanto comencemos a conversar se despertará —dijo K., tratando de dar a entender a Leni la importancia de su conversación con el abogado.

Deseaba que Leni le preguntara sobre el tema de esa conversación. Pero ella sólo parecía atender a lo que K. le ordenaba. Cuando pasaba junto a él con la sopa, le rozó con suavidad y le dijo al oído:

—En cuanto se haya tomado la sopa le informaré que tú le esperas. Así terminarás pronto y antes podrás estar conmigo.

—¡Vete pues! —respondió K.

—Podrías ser un poco más galante —contestó Leni, volviéndose desde la puerta.

K. la siguió con la mirada. Ya no le quedaba duda respecto de su decisión: prescindiría del abogado. Decidió no informar de ello a Leni. Ésta no estaba lo bastante interiorizada del problema y era posible que insistiera en que la decisión no era la acertada. Si K. no ponía fin a esto ahora, después le sería mucho más difícil hacerlo, y el tiempo se le echaría encima. Cuanto antes pusiera en marcha su plan, menos problemas tendría. Por lo demás, quizá el comerciante pudiera decirle algo interesante sobre ello.

K. le miró, y en cuanto el comerciante se dio cuenta de ello, intentó levantarse de su silla.

—No se levante —dijo K. acercando otra silla y sentándose—. ¿Es usted un antiguo cliente del abogado?

—Sí —contestó el comerciante—. Utilizo sus servicios desde hace varios años.

—¿Cuántos?

—Según quiera usted interpretarlo —dijo el comerciante—. En mi actividad comercial —tengo un comercio de cereales— me asesora desde hace más o menos veinte años, pero en lo relativo a mi proceso, que pienso es a lo que usted se refiere, me asiste desde que empezó, es decir, desde hace algo más de cinco años. Quizá más tiempo —continuó mientras sacaba una raída cartera—. Aquí tengo todos los datos. Si desea puedo informarle de la fecha exacta. Es difícil retener todo en la memoria.

Mi proceso dura ya muchos años. Todo empezó con el fallecimiento de mi mujer, ocurrido hace ya cinco años y medio.

K. se acercó aún más a él.

—¿Entonces el abogado —preguntó— también se ocupa de los asuntos de derecho ordinario?

Esa dualidad de lo mercantil y del derecho corriente le pareció bastante tranquilizadora.

—Tal vez —repuso el comerciante.

Y enseguida le dijo en tono confidente:

—Se dice que es más idóneo en esas cuestiones que en las otras.

Sospechando haber hablado más de lo debido, puso una mano sobre la espalda de K. y le dijo:

—Le ruego que no me traicione.

Dándole unas palmadas en la pierna, K. le dijo:

—No, no soy un traidor.

—Es que el abogado es muy rencoroso —aclaró el comerciante.

—Pero hay que pensar que con un cliente de la fidelidad de usted —dijo K.— no se molestaría.

—Oh, no —repuso el comerciante—. Cuando se irrita no tiene compasión por nadie. Además yo no le he sido totalmente fiel.

—Acláreme. ¿Qué quiere decir con eso? —dijo K.

—¿Podré contárselo a usted? —preguntó el comerciante con cierta duda.

—Sí, yo creo que puede —repuso K.

—¡Bien! —continuó el comerciante—. Le confiaré sólo parte del secreto, pero usted debería confiarme el

suyo para quedar en igualdad de condiciones ante el abogado.

—¡Qué prudente! —dijo K.—. Conforme. Lo que yo le diré le tranquilizará totalmente. Pero dígame, ¿por qué dice usted que le es infiel?

—Yo —continuó el comerciante tímidamente y con cierta vergüenza por su confesión— utilizo también otros abogados por mis asuntos.

—No hay pecado en ello —dijo K. con cierta desilusión.

—Aquí sí —exclamó el comerciante, cuya respiración era agitada después de su confesión, aunque al mismo tiempo le tranquilizaba darse cuenta de la reflexión de K.—. No es permitido, y con mayor razón si se trata de abogados particulares. Esta es la cuestión. Además del abogado Huld, utilizo cinco abogados más.

—¡Cinco! —exclamó K.

No daba crédito al número que acababa de oír.

—¿Cinco abogados más? —preguntó.

Con un gesto afirmativo el comerciante le respondió:

—Ahora estoy tratando con el sexto.

—¿Y cuál es la razón de tantos abogados? —inquirió K.

—¡Todos ellos me son indispensables!

—¿Me puede explicar eso?

—Sí, desde luego —contestó el comerciante—. Deseo estar seguro de ganar mi proceso, por lo que debo cuidar todos los detalles, aun cuando no sean muchas las posibilidades; por lo tanto, no desecho nada que pueda serme útil. Todos mis bienes los he puesto al servicio de mi proceso. El capital de mi negocio lo he sacado todo. Antes tenía un piso entero para mis oficinas. Ahora sólo le dedico una habitación pequeña en la parte posterior

de mi casa y apenas me ayuda un aprendiz. Esta reducción del volumen de mis negocios no solamente se debe al retiro de dinero, sino sobre todo a la reducción de mi capacidad de trabajo. Teniendo que defender el propio proceso, todo el tiempo es poco.

—Por lo tanto, ¿usted mismo trabaja en su proceso? —preguntó K.—. Precisamente me gustaría que me informara.

—No es mucho lo que puedo enseñarle en ese sentido —dijo el comerciante—. Al principio me propuse hacerlo, pero muy pronto debí abandonar mi intento. Es una tarea agobiante, que no brinda muchos éxitos. Enseguida me resultó imposible negociar y trabajar en las oficinas del tribunal. Usted se habrá dado cuenta de que sólo esperar sentado el turno significa ya un esfuerzo.

—¿Cómo supo usted que yo estuve allí? —preguntó K.

—Le vi pasar una vez cuando yo estaba precisamente en la sala de espera.

—¡Qué coincidencia! —exclamó K, tan absorbido en el relato que ya no recordaba lo ridículo que había encontrado antes al comerciante—. ¿Usted me vio? ¿Estaba en la sala de espera cuando yo pasé? Sí. Es cierto. Fui a ese lugar una vez.

—No es mucha casualidad —murmuró el comerciante—. Voy allí casi a diario.

—De ahora en adelante —dijo K.— es muy posible que yo también vaya con frecuencia, pero seguramente no se me recibirá con tanto respeto como la otra vez. Todos se pusieron de pie al verme. Debieron pensar que era un juez.

—No —dijo el comerciante—. A quien saludábamos era al ujier. Teníamos la certeza de que usted era el acusado. Esas noticias no tardan en saberse.

—¿Ya lo sabían ustedes? —dijo K.—. Entonces mi actitud debió parecerles muy soberbia. ¿La comentaron después?

—No —expresó el comerciante—. Al contrario. En definitiva, sólo son tonterías.

—¿A qué tonterías se refiere? —interrogó K.

—¿Por qué me hace esa pregunta? —dijo el comerciante con cierta impaciencia—. Todavía usted no conoce a esa gente, y quizá por ello la interpreta mal. Debe tenerse en cuenta que en el transcurso de estos procedimientos se dicen muchas cosas que la razón no consigue explicar. Llega uno a agotarse. Ciertos asuntos dejan tan anonadado, que uno no se ocupa más que de supersticiones. Me refiero a ellos, pero yo soy igual. Hay quien cree que por el rostro, y sobre todo por la línea de los labios, se puede predecir el resultado del proceso. Los que eso creen han predicho, por la forma de sus labios, que será usted condenado muy pronto. Creo que no debe preocuparse, ya que no dejan de ser creencias absurdas que el tiempo desmiente la mayoría de las veces; pero cuando se está inmerso en ese ambiente, es difícil sustraerse a tales opiniones. Usted no se imagina la magnitud que alcanzan esas supersticiones. ¿Cuando usted fue allí, estuvo hablando con un hombre, no es así? Él casi no pudo contestarle. Cierto que en ese lugar es muy fácil ponerse nervioso, pero a aquel hombre le turbó el dibujo de sus labios. Creyó ver en su boca el signo de su propia condena.

—¿En mis labios? —preguntó K., al tiempo que sacaba un espejito de su bolsillo para mirarse—. Yo no descubro nada extraño en mis labios. ¿Y usted?

—Yo tampoco —respondió el comerciante—. Absolutamente nada.

—¿Qué visiones las de esa gente! —dijo K.

—Ya se lo decía yo —replicó el comerciante.

—¿Se reúnen ellos para intercambiar opiniones? —preguntó K.—. Hasta ahora siempre me han mantenido al margen.

—Por lo general —dijo el comerciante— no están en contacto. Es casi imposible. Son muchos. Por otro lado, sus intereses no coinciden. A veces algunos se agrupan, pero pronto llegan a la conclusión de que están equivocados. Contra la justicia nada se puede lograr mancomunadamente. Los casos son examinados uno a uno. No hay justicia más meticulosa. Así que ni aun estando de acuerdo se puede hacer algo contra ella. De vez en cuando alguien por sí solo y muy secretamente consigue lograr algo, pero sólo cuando consigue el éxito se enteran los demás; mas nadie sabe cómo ha sucedido. No existe solidaridad. A veces se encuentran en alguna sala de espera reunidos, pero en estos sitios casi no se habla. En ese medio las opiniones supersticiosas que perduran desde hace bastante tiempo se multiplican solas.

—Me doy cuenta —dijo K. —que esos señores hacen allí antesala y su espera se me antoja absolutamente inútil.

—La espera no es inútil —repuso el comerciante—. Lo que sí es inútil es hacer gestiones para el propio proceso. Le he contado que tengo cinco abogados, además del señor Huld. Podría pensarse —y así lo pensé en un comienzo— que debía dejar todo mi proceso en sus manos. Pues bien, sería un error incalificable. Resulta más difícil aún que si se tuviera un solo abogado. Es muy probable que usted no me entienda, ¿verdad?

—No —dijo K. mientras ponía su mano sobre la del comerciante procurando calmarle, pues iba demasiado

rápido—. Perdóneme, pero le ruego que no vaya tan de prisa, pues se trata de un asunto apasionante para mí y no alcanzo a comprender bien sus palabras.

—Es oportuna su advertencia —dijo el comerciante—. Usted es un novato. Su proceso sólo lleva seis meses, ¿no es cierto?

—Sí.

—He oído hablar de él. Es un proceso nuevo. Yo he meditado tantas veces sobre estas mismas cosas, que ahora las veo como lo más natural del mundo.

—Debe usted estar muy contento de que su proceso esté tan avanzado —dijo K., quien aspiraba secretamente a que el comerciante le informara sobre el estado en que se encontraba su proceso.

La respuesta resultó tan directa como su pregunta.

—Sí —respondió el comerciante, inclinando la cabeza—. Cinco años hace que apuro mi proceso. ¡No resulta un trabajo fácil!

Por un momento el comerciante quedó en silencio. K. estuvo pendiente del regreso de Leni. Por una parte, quería que se retrase, pues quedaba mucho que conversar a solas con el comerciante; pero al mismo tiempo le irritaba ver que Leni, a pesar de estar él allí, se quedaba tanto tiempo con el abogado. El caldo de gallina no explicaba tan larga demora.

—Todavía recuerdo aquel tiempo —murmuró el comerciante, y K., se concentró de lleno en sus palabras— en que mi proceso apenas llevaba el tiempo del suyo. Entonces sólo tenía al señor Huld como abogado, pero no estaba del todo satisfecho con él.

«Me estoy enterando de todo», pensó K., quien asentía con vivacidad, como procurando estimular al comer-

ciente para que no omitiese nada de lo que pudiera tener algún valor conocer.

—Mi proceso —continuó diciendo Block— no progresaba. Concurría a los numerosos interrogatorios que hubo, reuní la documentación, mostré a la justicia todos mis libros contables —lo que por cierto no era necesario, como supe más tarde— y nunca dejé de entrevistarme con mi abogado, quien había presentado ya varios escritos.

—¿Varios escritos? —preguntó K.

—Sí, así es —dijo el comerciante.

—Es este punto lo que me interesa fundamentalmente. En mi proceso aún no ha terminado la primera demanda. Es decir, nada ha hecho aún. Ahora me doy perfecta cuenta del irresponsable descuido con que lleva mi causa.

—Puede tener buenos motivos —dijo el comerciante— para que la demanda no esté aún terminada. En lo que respecta a las mías, una vez hechas no dimos cuenta de que en su mayoría no tenían valor. Logré leer una de ellas gracias al favor de un funcionario. Estaba redactada con mucha erudición, pero no tenía contenido alguno. Primeramente abusaba de las frases en latín, que no entiendo; luego había folios y folios con apelaciones a la justicia, lisonjas a determinados funcionarios, a los cuales —por supuesto— no se nombraba expresamente, pero que un principiante deducía a quienes iban dirigidas. Seguía un autoelogio para el abogado, donde éste se humillaba ante el tribunal como un perro, y al final comparaciones con antiguos casos que debían tener similitud con el mío. A mi juicio, estos escritos estaban hechos con minuciosidad. Con todo lo que digo no pre-

tendo juzgar el trabajo del abogado Huld. Además, la demanda que tuve ocasión de leer no era más que una de tantas; pero en cualquier caso, y éste es el punto preciso al que quiero referirme, no vi el más mínimo avance en mi proceso.

—¿Qué tipo de progreso pretendía usted ver? —preguntó K.

—Su pregunta es muy lógica —contestó sonriendo el comerciante—. Es muy difícil en estos asuntos observar algún progreso, pero entonces yo lo ignoraba. Yo soy comerciante, y en ese tiempo lo era más que ahora. Yo pretendía ver progresos tangibles, o por lo menos tener la certeza de que estaba encaminado a un buen fin. Pero no veía más que interrogatorios, similares entre sí. Conocía de antemano las respuestas, que podía recitar como una oración. Con frecuencia, durante la semana venían al negocio funcionarios de la justicia, que también se presentaban en mi casa, lo que no dejaba de ser bastante molesto (en este sentido hoy estoy bastante mejor, pues me llaman por teléfono para sus trámites). Así, poco a poco, mi proceso se hizo conocido. Ya estaban al corriente de él parientes y amigos. Esto traía aparejado un gran perjuicio y no era posible sospechar ni la más leve señal de que pronto se iniciarían los primeros debates. Entonces decidí ir a quejarme a mi abogado. Sus explicaciones fueron numerosas, pero no accedió en absoluto a actuar conforme a mis sugerencias. Según él, nadie podía influir para fijar la fecha de los debates, y mucho menos aspirar a que alguien pretendiese apurar una demanda, como yo hubiese deseado. Esa pretensión era inimaginable y sólo nos perjudicaría a él y a mí. Pensé entonces que lo que él no quería, o no podía, otro lo querría, y lo podría. Me propuse pues

buscar otros abogados. Pero es conveniente que lo sepa ahora: ninguno de mis abogados pidió ni consiguió fijar una fecha para los debates. Es algo imposible, excepto cierta reserva de la que más tarde le hablaré. En este aspecto, el abogado Huld no me engañaba, pero no me arrepiento de haber apelado a otros abogados. El abogado Huld en más de una ocasión le habrá hablado con desprecio de los abogados particulares, y está en lo cierto. Pero cada vez que los juzga y se compara con ellos, omite un pequeño detalle del cual le hablaré. Llama a los abogados que él conoce «los grandes abogados», para diferenciarlos de los particulares. Esa frase es falsa. Si lo desea cualquiera puede llamarse «grande», pero en nuestra justicia es el uso judicial quien determina la autoridad. Ese uso separa bien entre abogados particulares a los grandes y pequeños. El abogado Huld y sus colegas están en la categoría de pequeños abogados. Los grandes, a quienes nunca me ha sido posible ver y sólo oí hablar de ellos, son de un rango tan superior a los pequeños como éstos son superiores a los abogados particulares, a los que tanto desdeñan.

—¿Los grandes abogados? —preguntó K.—. ¿Quiénes son? ¿Cómo puedo llegar a ellos?

—¿Nunca oyó usted hablar de ellos? —contestó el comerciante—. No existe un solo acusado que después de ellos no sueñe con poder usar sus servicios. Es preferible que no insista más en esa idea. ¿Quiénes son? Tampoco lo sé. Conocerlos es imposible. No sé de ningún caso donde pueda decirse con certeza que han intervenido. Suelen realizar excelentes defensas, pero ello no depende del deseo del acusado. Defienden solamente a quienes ellos eligen. Para que se ocupen de una causa, parece ser necesario que haya salido de los tribunales inferiores.

Creo que lo mejor es olvidarlos. De otra manera –y es mi propia experiencia– terminamos por ver a los abogados comunes como seres inferiores y su asistencia puede parecerse tan inútil que dan deseos de abandonar todo e irse a dormir, lo que tendría aún menos sentido, aparte de que no podría gozarse por mucho tiempo de la cama.

–Por lo tanto, ¿usted nunca ha pensado en los grandes abogados? –preguntó K.

–No durante mucho tiempo –dijo el comerciante sonriendo de nuevo–. Desgraciadamente uno no puede olvidarlos del todo con facilidad. Es una idea que obsesiona y nos invade con mayor fuerza en las noches. En los comienzos yo aspiraba a un éxito inmediato, y por eso consulté abogados particulares.

–¡Qué juntos se les ve a ustedes! –exclamó Leni, quien volvía en ese momento y se había detenido en la puerta.

Realmente estaban muy juntos el uno del otro. Bastaba sólo un leve movimiento de sus cabezas para que éstas chocaran entre sí. El comerciante, que además de pequeño era giboso, obligaba a K. a mantenerse muy inclinado hacia él para poder oír su relato.

–Un momento, por favor –exclamó K. para impedir que Leni se acercara, mientras hacía un movimiento nervioso con la mano que aún tenía puesta sobre la del comerciante.

–Ha querido conocer mi proceso –dijo el comerciante a Leni.

–Cuéntele, cuéntele –exclamó ella. Su tono hacia el comerciante era amable, pero a la vez condescendiente. Esto disgustó a K. Ahora que estaba conociendo al comerciante reconocía en él cierto valor. Poseía una gran

experiencia y sabía transmitirla muy bien. Leni no lo valoraba bien. K. se molestó cuando vio que ella le quitó de las manos la palmatoria que había sostenido durante toda la conversación, le limpió los dedos con su delantal y se arrodilló para limpiar una mancha de cera que le había caído en el pantalón.

—Iba usted a hablarme sobre los abogados particulares —dijo K. apartando la mano de Leni, sin decirle una palabra.

—¿Qué quieres? —preguntó Leni, dando una palmada a K. mientras seguía su trabajo.

—Claro, los abogados particulares —continuó el comerciante, pasándose la mano por la frente como reflexionando.

K. quiso ayudarle a recordar.

—Usted pretendía los resultados rápidos y por ello apeló a los abogados particulares.

—Sí, es cierto —dijo el comerciante, pero volvió a guardar silencio.

«Seguramente no quiere hablar en presencia de Leni» —pensó K., y dominó su impaciencia por volver al tema—. ¿Me has anunciado al abogado? —preguntó a Leni.

—Claro —dijo ella—. Te está esperando. Después podrás continuar hablando con Block; él pasará la noche aquí.

K. se mostró indeciso.

—¿Se queda usted aquí? —preguntó al comerciante, pues quería que él mismo se lo confirmara. Le irritaba que Leni aludiera al comerciante como si estuviera ausente. Ese día no encontraba nada bien en ella, dominado por una secreta irritación. De nuevo ella respondió

en lugar del comerciante.

–Duerme aquí muy a menudo.

–¿Que duerme aquí? –exclamó K.

Se había hecho a la idea de que el comerciante esperaría allí hasta el término de su entrevista con el abogado y que luego se irían juntos y podrían conversar tranquilamente de los asuntos que les interesaban.

–Pues claro –dijo Leni–. El abogado no recibe a todos sus clientes en el momento en que ellos desean como lo hice contigo. Para ti resulta muy natural que te atienda, pese a estar enfermo, a las once de la noche. Encuentras también muy lógica la ayuda que tus amigos te dan. En fin, lo hacen con la mayor voluntad, sobre todo yo. No pretendo más pago que estar segura de que me amas.

«¿Que te ame?», pensó K. instantáneamente. Luego dijo para sí mismo: «Ah sí. Yo la amo». Sin embargo, abandonando este tema, prosiguió:

–Me atiende porque soy su cliente. Si para conseguirlo necesitase la ayuda de un tercero, habría que estar continuamente mendigando y agradeciendo.

–¡Qué insoportable está hoy! –comentó Leni al comerciante.

«Ahora soy yo el ausente», pensó K., y le embargó un asomo de enfado cuando el comerciante, considerando las palabras descorteses de Leni, le dijo:

–Hay también otras razones por las cuales el abogado le recibe. Su proceso es más interesante que el mío. Además, su causa está en el principio, y todavía no se ha estropeado, por lo que debe serle grato al abogado ocuparse de él. Más adelante cambiarán las cosas.

–Sí, sí –dijo Leni, mirando a Block con una sonrisa

burlona—. ¡Qué charlatán! Yo no creo nada de lo que dice. Te lo advertí —añadió volviéndose hacia K.—. Es amable, pero más charlatán que amable. Ese debe ser uno de los motivos por los que el abogado no lo soporta. Sólo lo recibe de tarde en tarde. He procurado arreglar esto, pero sin éxito. Fíjate. Con frecuencia le aviso la llegada de Block, pero deja pasar hasta tres días antes de atenderle, y si se da el caso de que Block no está aquí cuando quiere verle, pierde la oportunidad y hay que empezar de nuevo. Por esta razón he permitido que duerma aquí, pues más de una vez al abogado Huld se le ocurrió verlo de noche. Así no hay problemas. También ha sucedido que lo llama, y si se da cuenta de que él ha dormido aquí da una contraorden y todo queda en nada.

K. interrogó al comerciante con la mirada. Este asintió con un movimiento de cabeza, y luego continuó con la misma sinceridad que había empleado hasta ahora, pues quizá su humillación le había distraído de su actitud recelosa.

—Sí, según transcurre el tiempo uno se va convirtiendo en un verdadero esclavo del abogado.

—Su queja es falsa —dijo Leni—. Le encanta dormir aquí. Me lo ha confesado en varias oportunidades.

Y se dirigió hacia una puertecita de más arriba.

—¿Quieres conocer su dormitorio? —preguntó.

K. se acercó a la pequeña puerta y divisó un cuarto sin ventilación y con techo muy bajo, ocupado casi completamente por una cama. Había que pasar por encima de ella para acostarse. En la pared, a la altura de la cabecera, había un hueco en forma de estante con una palmatoria, un cortaplumas, un tintero, ordenados

perfectamente, y un paquete de papeles, seguramente documentos relativos al proceso.

—¿Duerme usted en el cuarto de la criada? —preguntó K. dirigiéndose al comerciante.

—Fue Leni quien me lo cedió —respondió Block—. Tiene muchas ventajas.

K. le miró un largo rato. El comerciante le había impresionado bien. Block poseía una gran experiencia debido al largo tiempo que llevaba su proceso, pero lo pagaba muy caro. De pronto K. no pudo soportar más su vista.

—¡Acuéstalo en la cama! —gritó a Leni, que parecía no entender nada. K. deseaba ver enseguida al abogado para desligarse no sólo de él, sino de Leni y del comerciante. Aún no había alcanzado la puerta cuando oyó que Block le llamaba suavemente.

—¡Señor apoderado!

K. se volvió irritado.

—Parece que usted olvidó su promesa —dijo el comerciante con rostro implorante—. Usted también tenía que confiarme un secreto.

—Es cierto —dijo K., dirigiendo una severa mirada a Leni, que le miraba atentamente—. Está bien. Preste atención. Aunque pienso que ya casi no es un secreto. He decidido prescindir del abogado.

—¡Va a dejarle! —exclamó el comerciante, que al escuchar las palabras de K. se había puesto de pie de un salto y se paseaba por la cocina inquieto, con los brazos levantados mientras repetía una y otra vez:

—¡Deja a su abogado!

Inmediatamente Leni quiso detener a K., precipitán-

dose sobre él. Apartó de un empujón al comerciante, que se interpuso en su camino y, aún con los puños cerrados, seguía a K.; pero éste le había sacado ventaja. Leni le alcanzó cuando entraba en el dormitorio del abogado Huld. K. se disponía a cerrar la puerta, pero Leni tuvo que soltarle, lanzando un suspiro de dolor. Dudó temerosa un instante si entrar en la habitación y K. aprovechó la oportunidad para cerrar con llave.

—Hace tiempo que lo esperaba —dijo el abogado desde la cama, dejando sobre la mesilla de noche una cita que terminaba de leer a la luz de la palmatoria.

A continuación se puso los anteojos y miró fijamente a K. Éste, en vez de disculparse, dijo:

—No le entretendré mucho.

El abogado Huld ignoró lo que decía K. Se limitó a decir:

—No volveré en el futuro a recibirle tan tarde.

—No le estoy pidiendo nada —manifestó K. El abogado le miró intrigado.

—Tome asiento —murmuró.

—Si usted lo desea —dijo K. al tiempo que acercaba a la mesa de luz una silla y se sentaba.

—Me ha parecido ver que cerró usted la puerta con llave —dijo el abogado.

—Sí —contestó K.—. Quise impedir que Leni entrara.

Pensaba mantenerse enérgico con todos. Pero el abogado Huld le preguntó:

—¿Ha vuelto a ser inoportuna?

—¿Inoportuna? —preguntó K.

—Sí —dijo el abogado mientras reía, lo que le provocó un fuerte acceso de tos; luego continuó riéndose—. Ya es hora de que usted se haya dado cuenta de lo

inoportuna que acostumbra a ser –agregó, dando una palmadita sobre la mano de K. quien la había dejado distraídamente sobre la mesa de luz. El gesto del abogado se la hizo retirar rápidamente–. Parece que usted no le da gran importancia –dijo el abogado ante el silencio de K.–. Es preferible así; de otra forma, tendría que haberme disculpado ante usted. Es una obsesión de Leni. Yo se la he tolerado largo tiempo y ahora no le hablaría de ello si usted no hubiera cerrado la puerta. Su obsesión –y usted debiera ser el último en enterarse, pero lo veo tan turbado que prefiero contárselo–, su capricho es que ella encuentra atrayentes a todos los acusados. Se acerca a todos, los ama y presiento que ellos, a su vez, le corresponden. Para disimular ante mí habla de ellos en algunas ocasiones, cuando me ve dispuesto. A mí no me sorprende, como parece sorprenderle a usted. Si se les mira bien, los acusados son realmente guapos. Se trata evidentemente de un fenómeno muy particular, que en cierto modo cae dentro de las ciencias naturales. Por supuesto que un proceso no es capaz de provocar una modificación seria en el aspecto externo del acusado. No es lo mismo que en otros asuntos de la justicia. La mayoría de nuestros acusados no modifican su forma de vida, y si cuentan con un abogado capaz que se preocupe de ellos, el proceso no les perjudica gran cosa. Por supuesto, cuando se tiene experiencia en estas cosas, se puede reconocer a un acusado entre mil personas. ¿En qué? preguntará usted. Mi explicación seguramente no le satisfará. En que siempre los acusados son los más bellos. De ninguna manera puede ser el delito lo que les hace ser hermosos, ya que no todos son en verdad culpables –como abogado, puedo decirle eso–. Tampoco puede

ser la condena la que anticipadamente los embellece, pues no todos están destinados a ser condenados. No queda pues otro motivo que el procedimiento que se les sigue y que de alguna forma se refleja en ellos. Hay que reconocer que los hay aún más bellos, pero en definitiva son bellos, incluso Block, ese pobre infeliz.

Cuando el abogado dejó de hablar, K. estaba totalmente sereno; más aún, al escuchar las últimas palabras del abogado Huld asintió con la cabeza, con lo que se confirmaba a sí mismo en la idea de que era desde hacía tiempo la intención del abogado distraerlo del tema principal, hablándole de cosas ajenas a él y lo que había hecho por su proceso. El abogado Huld debió percibir esta vez que K. no iba a dejarse envolver tan fácilmente con su charla. Guardó silencio para facilitar que hablara. Viendo que permanecía en silencio, le preguntó:

—¿Viene a verme hoy por algo especial?

—Sí —respondió K. poniendo su mano ante la palmaria para ver más claramente al abogado—. Deseaba decirle que desde hoy prescindiré de sus servicios.

—¿Le he comprendido bien? —preguntó el abogado, incorporándose ligeramente y afirmándose con sus manos sobre la almohada para mantener el peso de su cuerpo.

—Supongo que sí —dijo K. enderezándose sobre su silla como el cazador en acecho.

—Está bien. Es un asunto a discutir —replicó el abogado tras unos instantes de silencio.

—Estimo que no hay nada que discutir —dijo K.

—Tal vez tenga razón —dijo el abogado—, pero de cualquier forma no debemos precipitarnos.

Utilizaba el plural como intentando privar a K. de su

libre albedrío y como si quisiera, aunque dejase de ser su abogado, quedar al menos como su consejero.

—Nadie se precipita —dijo K. levantándose y situándose detrás de la silla—. Lo he reflexionado mucho, tal vez demasiado, mi decisión es terminante.

—Si ése es su deseo, permítame al menos algunas consideraciones —dijo el abogado levantando el edredón y sentándose al borde de la cama.

Sus piernas desnudas, pobladas de vello blanco, temblaban de frío. Pidió a K. que le alcanzara por favor una manta del canapé. K. se la trajo y luego le dijo:

—Se está exponiendo usted a resfriarse inútilmente.

—El motivo lo merece —dijo el abogado, tapándose la espalda con el edredón y las piernas con la manta—. Su tío es amigo mío y usted, a medida que ha corrido el tiempo, se ha ganado mi afecto y ocupado también un lugar entre mis amigos. Se lo confieso francamente y sin avergonzarme de ello.

Estas palabras conmovieron a K., haciéndole sentirse incómodo, ya que le obligaban a explicar en detalle su actitud —cosa que había querido evitar— y al mismo tiempo le desconcertaban, aunque su decisión era irrevocable.

—Agradezco mucho su amistad y todos sus esfuerzos. Usted ha hecho por mi proceso todo lo que ha podido y de la manera más conveniente según su criterio. Pero desde hace algún tiempo he comprendido que esos esfuerzos no eran suficientes. Por supuesto, no pretendo que usted comparta mi opinión. Su mayor edad y experiencia lo justifican. Si alguna vez lo he intentado sin darme cuenta, le pido perdón, pero mi proceso es de tal importancia que pienso que se hace necesario invertir en él muchos más

esfuerzos que los que hasta ahora se le han dedicado.

—Le comprendo —replicó el abogado—. Usted está intranquilo.

—No estoy intranquilo —dijo K. contrariado y cuidando menos sus palabras—. Usted debió advertir la primera vez que le visité, acompañado de mi tío, que mi proceso no me preocupaba demasiado. Cuando algo no me inducía a pensar en él, lo olvidaba del todo. Pero la obstinación de mi tío en encomendarle a usted el caso, me indujo a darle gusto. Pensé entonces que podría desentenderme de mi proceso, pues si otorgo esa representación es para liberarme en parte de él. Pero ha sido al contrario. Nunca me ha dado tanto trabajo como desde que usted se hizo cargo. Antes, cuando estaba solo, apenas me ocupaba de él y apenas pesaba sobre mí. Luego con un abogado parecía que todo estaba listo para que marchara. Esperaba su acción cada vez más impaciente; pero sin resultados. Es cierto que usted me ha informado acerca de lo que es la justicia como pocos hubiesen podido hacerlo. Pero salta a la vista que eso es insuficiente para conformarme al comprobar que el proceso está detenido cuando más peligroso es.

K. había dejado la silla y permanecía de pie, con ambas manos en los bolsillos, frente a su abogado.

—Tras un largo tiempo en mi profesión —dijo el abogado pausadamente y con voz tenue— no se ve nada nuevo. ¡Cuántos clientes con el proceso en la misma fase que el suyo se han colocado así ante mí y me han hablado en la misma forma que usted lo hace!

—Pues esos acusados —dijo K.— tendrían tanta razón como yo. Eso no invalida lo que he dicho.

—No era mi intención refutar sus palabras —dijo el

abogado—, pero esperaba una actitud más juiciosa de su parte, especialmente en razón de haberle enseñado qué es la justicia y cuál mi actuación con ella. ¡Y a pesar de todo, usted no confía en mí! Usted no facilita mi actuación.

¡Cómo se humillaba ante K.! No exhibía respeto alguno por la dignidad de su profesión, de la que precisamente suelen ser tan celosos. ¿Y por qué se comportaba así? Daba la impresión de tener trabajo suficiente. Aparte de eso era hombre de fortuna, y en él no influiría ni la pérdida del cliente ni el dinero que podía reportarle.

Además, estaba delicado de salud, por lo que parecía aconsejable que se desentendiera de algunos trabajos. No obstante, se aferraba a K. ¿Cuáles eran los motivos? ¿El aprecio que tenía hacia su tío o la importancia que daba al proceso? ¿Ganaría con el prestigio ante la justicia, ante sus amistades y ante el mismo K.? Éste no conseguía entenderlo, por más que estudiaba al abogado HuId. Se hubiera podido pensar que las palabras del mismo eran intencionadas para ver la reacción que producían en K. El silencio de éste, que el abogado interpretó favorablemente, le animó a continuar.

—Usted habrá advertido que, a pesar de mi intenso trabajo, carezco de secretario. Hubo un tiempo en que fue diferente. Contraté juristas, pero ahora trabajo solo. Ello se debe principalmente al cambio en el tiempo de mi clientela, que me ha llevado a adquirir una experiencia y a especializarme en mi profesión. Casi todos los casos tienen semejanza con el suyo. Me fui dando cuenta de que no debía encargar a otros esos trabajos sin correr el riesgo de perjudicar a mis clientes y faltar al compromiso que había adquirido. Pero el trabajo adquirió tal volumen, que he tenido que renun-

ciar a ocuparme de gran número de casos, aun siendo clientes, y sólo me he preocupado de hacerme cargo de aquellos casos en que los clientes me son particularmente agradables. Prueba de ello es que muy cerca de aquí hay profesionales que se abalanzan sobre lo que yo he rechazado. A pesar de todo mi salud se ha quebrantado por exceso de trabajo. No obstante, estoy satisfecho. Tal vez debiera haber menos causas de las que asumo, pero en definitiva he comprobado lo correcto de mi conducta al entregarme por entero a las causas que asumo. El éxito me acompañó. Una vez tuve la ocasión de leer un agudo razonamiento sobre la diferencia que existe entre los abogados que toman a su cargo causas ordinarias y los que, como es mi caso, se ocupan de causas un tanto especiales. Estaba tan bellamente expresada esa diferencia, que me ha reconfortado. Explicaba que en las causas ordinarias el abogado conduce a sus clientes hasta el juicio por un hilo, mientras que en el segundo lo carga sobre sus espaldas desde el principio, sin abandonarle hasta el juicio, y aún más allá. Y es verdad. Tal vez era no sincero cuando le decía que no estoy arrepentido de haber asumido tan enorme tarea. Cuando percibo que no se la valora ni agradece como lo hace ahora, llego a lamentar tanto esfuerzo.

Estas consideraciones, en vez de convencer a K., sólo lograron impacientarlo. Si se volvía atrás en su decisión, fácil era deducir, por el tono usado por el abogado, lo que le esperaba. Comenzarían las adulaciones, le haría saber que la demanda progresaba, que los empleados de la justicia parecían mejor dispuestos, pero que había dificultades que entorpecían el camino. En resumen, de nuevo se le diría todo lo que él ya había oído hasta el

cansancio. Le daría lejanas esperanzas y le atormentaría con amenazas poco claras. Era necesario terminar definitivamente, por lo que dijo:

—¿Qué haría usted de nuevo en favor de mi causa si sigue representándome?

El abogado aceptó esta humillante pregunta y le respondió:

—Continuaré con los trámites que ya he comenzado a favor de usted.

—Es justamente lo que pensaba —dijo K.—. No hay razón para continuar este asunto.

—Haré una tentativa más —manifestó el abogado, como si fueran suyas las molestias que motivaban las quejas—. Me parece que no sólo juzga usted mal mi ayuda jurídica, sino que guía su conducta en gran parte por haber sido tratado con excesiva consideración; o mejor dicho, se le ha tratado con negligencia, con una aparente negligencia. No faltaban motivos para ello, pero generalmente vale más estar encadenado que libre... Si usted supiera cómo se trata a otros acusados, le serviría la lección. Para comprobarlo llamaré a Block. Después de abrirle la puerta, siéntese junto a la mesita de luz.

—Lo haré con gusto —dijo K., e hizo lo que el abogado le pedía.

Siempre se mostraba bien dispuesto cuando se trataba de aprender. Pero para que nada quedara en manos del azar, dijo al abogado Huld:

—Espero que esté convencido de que le retiro mi representación.

—Sí —dijo el abogado Huld—. Pero es una decisión que todavía hoy podría usted modificar.

Se acostó de nuevo en su cama, dobló el edredón a la altura de sus rodillas y se volvió de cara a la pared. Luego llamó.

Enseguida apareció Leni, quien lanzó una mirada rápida para tratar de saber lo ocurrido. La actitud de K., sentado despreciativamente a la cabecera del abogado Huld, la tranquilizó. K. la miró fijamente y ella sonrió.

—Busca a Block —dijo el abogado.

Leni, sin moverse de la puerta, se limitó a llamarle desde allí:

—¡Block! ¡Block!

Como el abogado se encontraba mirando hacia la pared y sin prestar atención a lo que pasaba, Leni se colocó detrás de la silla donde se había sentado K. y comenzó a acariciarle los cabellos y las mejillas con ternura y prudencia.

K., incómodo ante esta situación, le sujetó con fuerza la mano para impedirle continuar, y ella, tras resistirse, terminó por dejarle.

Block apareció casi enseguida de llamarlo, pero permaneció en la puerta esperando que le invitaran a entrar. Levantaba las cejas y estiraba el cuello, esperando la orden de pasar. K. hubiera querido hacerle entrar, pero estaba decidido a terminar definitivamente con el abogado y con todo lo que en esa casa había, por lo que permaneció inmóvil en su silla. Leni, a su lado, guardaba silencio. Block, viendo en definitiva que no lo echaban, entró de puntillas, estrujándose las manos, que llevaba a la espalda. Había dejado abierta la puerta para salir rápidamente si la situación lo exigía.

No vio a K. Miraba solamente hacia el bulto que formaba el edredón, mas tampoco podía ver al abogado,

que estaba arrinconado hacia la pared. Pero no tardó en escuchar su voz.

—¿Está aquí, Block? —preguntó.

La pregunta alcanzó a Block —quien estaba ya muy cerca de la cama— como un golpe dado en el pecho. Indeciso, se detuvo, e inclinándose hacia la cama dijo:

—A sus órdenes.

—¿Qué quieres? —preguntó el abogado—. Vienes en mal momento.

—¿No me ha hecho llamar? —preguntó Block, interrogándose a sí mismo más que al abogado. Levantó sus manos, como protegiéndose, y se preparó para salir de allí a toda prisa.

—Se te ha llamado —prosiguió el abogado—, pero eso no significa que no seas inoportuno.

Y continuó tras un breve silencio:

—Siempre acudes en mal momento.

Desde el instante en que había comenzado a hablar el abogado, Block había apartado su vista de la cama, fijándola en un rincón del dormitorio. Sólo furtivamente miraba temeroso al lecho, como si la mirada que de vez en cuando el abogado le dirigía fuese cegadora. También le era difícil entender lo que le decía, ya que hablaba de cara a la pared, con voz muy baja y muy rápidamente.

—¿Desea usted que me retire? —preguntó Block.

—Ya que estás aquí —exclamó el abogado—, puedes quedarte.

Se hubiera podido pensar que el abogado Huld, en vez de complacer con estas palabras a Block, le hubiese amenazado con pegarle, pues el comerciante comenzó a temblar.

—Ayer —prosiguió el abogado— fui a ver al tercer juez, que es amigo mío, y con habilidad llevé la conversación hacia tu asunto. ¿Quieres saber lo que me dijo?

—Sí, sí, se lo ruego —dijo Block. Y como el abogado permanecía un momento callado, insistió en su ruego, inclinándose como si fuese a ponerse de rodillas. Pero K., indignado, le reprochó con acritud:

—¿Qué haces en esa actitud?

Y como Leni pretendía impedirle hablar a él, le agarró la otra mano con tal fuerza que ella gimió, tratando de desligarse.

El castigo por la exclamación de K. recayó sobre Block.

El abogado le preguntó:

—¿Quién es tu abogado?

—Usted.

—¿Quién más?

—Nadie.

—Entonces obedéceme sólo a mí y a nadie más.

Block estaba totalmente de acuerdo. Miró a K. de arriba abajo agresivamente, al tiempo que movía vivamente la cabeza. Si se hubiese tenido que traducir su gesto en palabras, tendrían que haberse empleado groseros insultos. ¡Y con este hombre K. había deseado hablar de su proceso!

—No te molestaré más —dijo K. recostado sobre su silla—. Arrodíllate, arrástrate a cuatro patas. Puedes hacer lo que quieras. No me importas lo más mínimo.

Sin embargo Block tenía su sentido de honor, al menos con K., pues con los puños cerrados se abalanzó sobre éste y le dijo con el tono más alto que se atrevía a emplear en presencia del abogado:

—Usted no tiene derecho a hablarme así, no se lo permito. ¿Qué razones tiene para ofenderme? Y para colmo aquí, delante del abogado, que nos tolera por lástima. Usted no es más que yo. Usted también es un acusado y tiene un proceso. Pero si, a pesar de ello, se considera un señor, yo también lo soy, y seguramente más que usted. Debe dirigirse a mí como tal, y con mayor razón usted. Si usted se siente con mayores prerrogativas por encontrarse sentado en una silla, escuchando cómodamente, mientras yo me arrastro a cuatro patas (para utilizar sus palabras), le recuerdo el viejo proverbio: «Es mejor para un hombre sospechoso agitarse que permanecer en reposo, pues el que permanece en reposo corre siempre el peligro de encontrarse sin darse cuenta en uno de los platillos de la balanza y ser pesado en ella con el peso de sus pecados».

K. no respondió. Le sorprendió la reacción de Block. ¡Cuántos cambios de actitud había tenido el comerciante en tan poco tiempo! ¿Sería la preocupación del proceso lo que le hacía ir de un extremo a otro, sin permitirle ver quién era su amigo o quién su enemigo? ¿No se daba cuenta de que el abogado le humillaba sólo para alardear ante K. del poder que tenía? Pensó si Block no caía en ello o era tanto el miedo que tenía al abogado Huld que, aun dándose cuenta, no reaccionaba. ¿Cómo podía ser tan astuto o atrevido para ocultar al abogado que además de él recibía los servicios de otros abogados? ¿Y cómo se atrevía a atacar a K. si éste en cualquier instante podía poner al descubierto el secreto? Pero no le bastó ese ataque, sino que dirigiéndose al lecho del abogado Huld, se quejó de K.

—Señor abogado —le dijo—, ¿ha oído usted de qué modo me ha hablado este hombre? Llevando su proceso sólo

escaso tiempo, se atreve a aconsejarme, cuando el mío dura ya cinco años. Y más aún: se atreve a insultarme. Ignora todo y me insulta a mí, que he aprendido detalladamente, en la medida que me lo permiten mis escasas fuerzas, lo que exigen las conveniencias, el deber y las tradiciones judiciales.

—No te preocupes por nadie —dijo el abogado— y actúa como creas más justo.

—Por supuesto —dijo Block, como para animarse a sí mismo, y dirigiendo una rápida mirada al abogado, se arrodilló junto a su lecho.

—Estoy de rodillas, mi abogado —dijo.

El abogado permaneció silencioso. Block pasó prudentemente una mano acariciando su edredón. En el silencio de la escena, Leni, soltándose de las manos de K., exclamó:

—Suéltame. Me haces daño. Voy al lado de Block.

Fue junto a Block y se sentó al borde de la cama. Block se sintió dichoso con su llegada y le pidió, por medio de vivas señas, que intercediera por él ante el abogado. Era evidente que necesitaba angustiosamente que éste le diera información, aunque tal vez sólo la requería para que la aprovecharan los otros defensores.

Leni sabía muy bien cómo comportarse con el abogado Huld, porque señalando las manos del mismo avanzó sus labios como para besarlas. Rápidamente Block ejecutó la orden e, incitado por Leni, repitió dos veces más el besamanos. El abogado continuaba en silencio. Entonces Leni se inclinó sobre él —su hermoso cuerpo se dibujó aún mejor con aquel movimiento—, y muy inclinada sobre el rostro del abogado Huld acarició sus blancos cabellos. Este gesto incitó a hablar al abogado.

—Temo decírselo —manifestó.

Movió la cabeza, quizá con el deseo de sentir más cerca la mano de Leni, Block, inclinada la cabeza, escuchaba como si estuviera haciendo algo prohibido.

—¿Por qué tiembles? —preguntó Leni.

K. tenía la sensación de estar presenciando una comedia ya preparada y repetida muchas veces y que continuaría repitiéndose.

—¿Cómo se ha comportado hoy? —preguntó el abogado, en vez de responder.

Antes de contestar, Leni miró a Block, y vio cómo éste tendía sus manos hacia ella y se las estrujaba con gesto suplicante. Al fin, Leni se volvió hacia el abogado y dijo seriamente:

—Ha estado tranquilo y trabajador.

¡Un viejo comerciante de respetable barba estaba rogando a una muchacha que diera buenos informes sobre él! Cualesquiera que fueran sus secretas intenciones, no podía tener justificación ante los ojos de quien asistía a aquella escena. Eran envilecedores los métodos del abogado.

Por fortuna, K. se había salvado de tan humillante situación ante el abogado, y si la había sufrido fue sólo por un corto tiempo. El cliente se olvidaba de todo y se arrastraba por un laberinto de indignos caminos con la esperanza de alcanzar el fin de su proceso. Dejaba de ser el cliente y pasaba a convertirse en el perro del abogado. Si éste ordenaba arrastrarse bajo su cama, ladrar, lo habría hecho con gusto.

K. escuchaba atentamente y retenía cada palabra, manteniéndose por encima de aquella grotesca escena, como si le hubiesen encargado registrar todo para pre-

sentarlo luego como testimonio en las más altas esferas de la justicia.

—¿Qué ha hecho durante el día? —preguntó el abogado.

—Para que no me molestara —respondió Leni— lo dejé encerrado con llave en el cuarto de la criada, donde está habitualmente. A través del tragaluz lo vigilaba de vez en cuando. Cada vez que lo miraba estaba de rodillas en su cama. Tenía los escritos que tú le dejaste en el borde de la ventana y los leía continuamente. Esa actitud me ha causado buena impresión, ya que la ventana da a un sombrío patio con escasa luz. Como a pesar de todo leía, creo que está dando muestras de gran obediencia.

—Me satisface esa noticia —dijo el abogado—. ¿Pero habrá leído con inteligencia?

Mientras ocurría este diálogo, Block movía incansablemente los labios, como dando las respuestas que pretendía de Leni.

—No puedo —respondió Leni— decírtelo con seguridad, pero sí lo vi leyendo muy preocupado. Todo el tiempo estuvo con la misma hoja, siguiendo las líneas con los dedos. Cada vez que lo observaba, suspiraba como si entender la lectura le resultara dificultoso. Esos escritos deben ser muy difíciles de entender.

—Sí —respondió el abogado—. Son difíciles. Además no creo que él sea capaz de entenderlos. Se los dejé con el propósito de que se dé cuenta de las dificultades que he debido afrontar para defender su proceso. ¿Y por qué me he lanzado a tan difícil empresa? Por Block —es casi ridículo admitirlo—. Es indispensable que se dé cuenta de lo que esto significa. ¿Ha estudiado continuamente?

—Casi sin parar —respondió Leni—. Una sola vez me pidió agua. Tenía sed. Le pasé el vaso por la ventanita. Después, a las ocho, le hice salir y le di algo de comer.

Block miraba a K., como si lo que se decía de él fuese un gran elogio y como si aquellas palabras debiesen causar muy favorable impresión a los oyentes. Parecía sereno y esperanzado. De vez en cuando se movía sobre las rodillas. Por eso resulta sorprendente ver cómo se quedó helado al escuchar las siguientes palabras del abogado.

—Tú lo ablas —dijo a Leni—, y por eso precisamente se me hace más difícil hablar.

—¿No se ha pronunciado favorablemente el juez? —dijo Leni— ¿Cómo puede ser?

Block la miró con extraordinaria fijeza. Parecía suponer que Leni era capaz de cambiar con sus dotes las palabras que después de tanto tiempo había pronunciado el juez.

—No —repitió el abogado—. Su pronunciamiento ha sido desfavorable. Es más, pareció haberle molestado cuando yo le hablé de Block. «No me hable de él», me dijo. «Es mi cliente», le respondí. «Abusa de usted», me replicó. «No lo creo. Block trabajó incansablemente en su proceso. Vive pendiente de él. La realidad es que vive prácticamente en mi casa para estar más al tanto. No es frecuente encontrar tanto celo en los acusados. Reconozco que personalmente es desagradable. Tiene modales ordinarios. Además es sucio; pero desde el punto de vista procesal es intachable». Pronunciaba la palabra *intachable* con énfasis. Pero él me respondió: «Block es simplemente astuto. Ha acumulado una vasta expe-

riencia y sabe cómo retardar su proceso. Pero es aún más ignorante que astuto. ¿Qué diría si supiese que su proceso aún no ha empezado, que ni siquiera ha sonado la campanilla que señala el comienzo?».

—No te muevas, Block —dijo el abogado al ver que éste se preparaba para levantarse con ánimo de pedir una explicación. Era la primera vez que el abogado Huld se dirigía a él tan directa y minuciosamente. Paseaba su cansada mirada alternativamente hacia el vacío y hacia Block, quien ante ella se dejó caer dócilmente sobre sus rodillas.

—Las declaraciones del juez —prosiguió el abogado Huld— no deben importarte. No tienes que asustarte a la primera palabra. Si esta situación se repitiera, optaré por no informarte. No se puede soltar una frase sin que tú pienses poco menos que ya se ha dictado la sentencia. Avergüénzate de tu conducta ante mi cliente. Destruyes la confianza que ha depositado en mí. ¿Qué es lo que deseas? ¿No estás aún con vida? ¿No te dispense aún mi protección? ¡Qué ridículo miedo! No sé cómo supones que la sentencia se produce en el momento más inesperado y de cualquier forma. Con muchas reservas, eso no es evidentemente falso, pero es muy cierto que tu inquietud me repugna y en ella veo una lamentable falta de confianza. ¿Qué estoy diciendo? Te he repetido las palabras de un juez. Pero sabes muy bien que en torno a un juicio se acumulan muy distintas opiniones. Ese juez, por ejemplo, considera iniciando el proceso en distinto momento al que estimo yo. Diferencia de puntos de vista: ésa es la razón. Cuando el proceso llega a un determinado punto, según una antigua tradición, se hace sonar una campanilla. Para el juez, ése es el momento exacto en que da comienzo el proceso. No es el momento oportuno de explicarte

las razones que rebaten esa opinión. Además no alcanzarías a entenderlas. Bástete saber que hay muchos argumentos que la invalidan.

Block, turbado, comenzó a rascar la piel del cubrecama: Las declaraciones del juez le infundieron tal miedo, que por un momento se olvidó de la sumisión que debía al abogado Huld. Sólo era capaz de pensar en sí mismo y desmenuzaba las palabras del juez como para comprender bien su significado.

—Block —dijo Leni con tono de reproche tirándole del cuello de su chaqueta—, deja ahora esa piel y presta atención al abogado.

K. no podía entender cómo el abogado Huld pensaba atraerlo valiéndose de tan lamentable comedia. Sólo este hecho hubiera motivado su alejamiento, si no fuera que la determinación estaba ya tomada.

IX

K. había sido designado por el banco para atender a un buen cliente italiano, que por primera vez estaba en la ciudad, y a quien debería acompañar y enseñar los principales monumentos. En otros tiempos le hubiese encantado esa misión, pero ahora no la acogió de buen grado, ya que sólo a base de gran esfuerzo y tensión iba manteniendo su reputación en el banco. El tiempo que debía estar fuera de su oficina lo pasaba inquieto y sumamente preocupado. Su capacidad en el trabajo disminuía sensiblemente. Una gran parte del tiempo no lo hacía productivo, ya que simulaba más bien trabajar y le desazonaba profundamente abandonar el banco para cualquier gestión. Se imaginaba que el subdirector, que siempre parecía espiarle solapadamente, invadía su despacho, revisaba sus papeles y se apoderaba de los clientes con los que K. tenía una relación de muchos años. Le atormentaba también la idea de que el subdirector pudiese encontrar equivocaciones importantes en sus asuntos, pero se notaba torpe y no podía evitarlos. En cada ocasión que le encomendaba visitar a un cliente o viajar fuera de la ciudad por gestiones concernientes al banco – lo cual en los últimos tiempos había sido más frecuente que de costumbre– sospechaba

que, por importante que fuese la gestión encomendada, tenía sólo por objeto alejarle de allí para fisgonear en sus tareas, o peor aún, temía que se le considerase ya una persona sin utilidad para el trabajo regular. También era posible rehusar aquellas misiones, quizá con cualquier excusa, pero no se atrevió a intentarlo, pues pensaba que, aunque sus temores no estuviesen justificados, se hubieran confirmado al negarse. Por lo tanto, aceptaba siempre estas misiones poniendo al mal tiempo buena cara. Incluso con ocasión de un corto viaje de dos días, pero molesto por la naturaleza de la misión, llegó a disimular un serio catarro que le aquejaba para que no le sustituyesen por otro funcionario, ya que además el tiempo estaba siendo pésimo. Retornó del viaje con el catarro convertido en gripe, y fue cuando se enteró de que se le había encomendado la misión de atender a aquel excelente cliente italiano del banco. Por un momento pensó en rehusar el encargo, sobre todo porque no era tampoco un trabajo específico del banco. Sin duda más que trabajo era una relación mundana, aunque importante para el banco, mas no para él.

Tenía la plena seguridad de que su empleo en el banco dependía sobre todo del buen desempeño de los negocios que llevaba entre manos. Si aquéllos salían mal, aun en el caso de que el señor italiano quedase encantado de su atención y así lo manifestase, no significaría nada en su haber. No le gustaba abandonar ni un día la apariencia de trabajo que mantenía, por miedo a que aprovecharan la pausa para separarle definitivamente de sus gestiones, aunque tampoco se le ocultaba que era una preocupación exagerada que le obsesionaba. Tampoco hallaba un argumento válido para rechazar la misión.

Sin que pudiese decirse que dominaba perfectamente la lengua italiana, sabía lo necesario para entenderse con el cliente, y a mayor abundamiento, se sabía en el banco que era hombre cultivado y con conocimientos artísticos, acrecentados por los estudios que se impuso cuando fue nombrado miembro del Comité de Protección de Monumentos Artísticos de la Ciudad, cosa que también hizo para aumentar sus relaciones con vistas al banco. Además se había sabido en el banco que el italiano era un hombre profundamente interesado en el arte. Por todo ello se impuso la elección de K.

Era una mañana muy fría y lluviosa, y llegó a la oficina ya preocupado por la misión que debía desempeñar. Entró a las siete para tener tiempo y adelantar algún trabajo mientras llegaba el señor italiano. Se sentía agotado, pues había pasado gran parte de la noche repasando una gramática italiana para refrescar sus conocimientos, y la ventana de su oficina, a la que se había acostumbrado a sentarse, le atraía mucho más que su mesa de trabajo; no obstante hizo un esfuerzo por no aproximarse a ella y dedicarse al trabajo. Pero lamentablemente apareció el ordenanza para avisarle que el señor director quería saber si estaba ya en su despacho, y siendo así, le rogaba que se presentase en la sala de recepción, donde le aguardaba ya el señor italiano.

—Enseguida estoy allí —dijo K.

Introdujo en su bolsillo un diminuto diccionario italiano, tomó un álbum con vistas de los principales monumentos de la ciudad, que había preparado como guía para el visitante, y atravesando el despacho del subdirector, se encaminó al del director general. Se sentía satisfecho de haber madrugado, pues le había permitido atender la petición del director del banco, sin demora,

y seguramente no esperaba que estuviese dispuesto a hora tan temprana.

Como era de suponer, a esa hora, el despacho del subdirector se encontraba solitario y sumido aún en las tinieblas.

Cuando K. entró en el salón, se incorporaron de los confortables sillones en que estaban sentados. El señor director sonreía complacido por la pronta llegada de K. e inició la presentación. El italiano estrechó enérgicamente la mano de K., sonriendo ampliamente, e hizo una referencia a alguien que dejaba su lecho al canto del gallo. K. no pudo entender enseguida a qué aludía aquel caballero, pues usó un modismo que K. no comprendió. Contestó a su interlocutor con unas frases amablemente convencionales, que el italiano recibió sonriendo mientras se atusaba inquieto su blanco bigote. Seguramente lo había perfumado y le asaltaron deseos de aproximarse para comprobarlo.

Tomaron asiento los tres, y se inició una conversación, pudiendo K. comprobar sobresaltado que sólo entendía una parte de lo que decía aquel señor. Mientras hablaba despacio, entendía casi todo; pero hablaba casi siempre muy rápidamente, moviendo simultáneamente la cabeza con expresión satisfecha. Siguió hablando mucho más rápido todavía, y mezclaba en su conversación expresiones dialectales que K. desconocía completamente; por el contrario, el señor director entendía y contestaba sin dificultad en aquella jerigonza. El cliente italiano era oriundo del sur de Italia, y el director del banco había vivido algunos años en aquella región. K. comprobó preocupado que le sería arduo entenderse con aquel señor, ya que el francés, idioma que también hablaba el italiano, era casi ininteligible, y la larga barba que tenía im-

pedía ver el movimiento de los labios, lo que probablemente hubiese simplificado el esfuerzo por entenderle. Tal como se empezaban a presentar las cosas, consideró K. que se aproximaban momentos difíciles; optó por renunciar, aunque circunstancialmente, a entenderle, ya que además, estando el director general presente, que dialogaba con toda facilidad, no resultaría muy evidente su incompreensión. Se redujo a contemplar a aquel extranjero arrellanado en su sillón con aire de estar muy a gusto; de tanto en tanto se tiraba de la chaqueta, que le estaba ajustada, levantando los brazos e inclinándose hacia sus interlocutores para verles mejor. Luego trató de decirle algo, accionando con las manos, pero K. no le entendía. Además le invadió un cansancio tal, que observaba todo como ausente. Repentinamente se dio cuenta de que había estado a punto de incorporarse del sillón e irse, de tan cansado y abstraído que estaba. El italiano consultó la hora, y se levantó de un salto. Se despidió rápidamente del director, y luego se aproximó a K. poniéndose tan cerca, que éste tuvo que echar hacia atrás su asiento para poder moverse. El director ya se había dado cuenta claramente de que K. no entendía así al italiano, y hábilmente intervino en la conversación, simulando que impartía a K. las últimas instrucciones, cuando lo que realmente estaba haciendo era traducir a K. lo que decía el italiano, quien por su parte no paraba de interrumpirle.

Así pudo enterarse K. de que el italiano debía hacer algunas gestiones y que estaba ya falto de tiempo, por lo cual se veía obligado a renunciar a conocer la mayoría de los monumentos de la ciudad, pero sí le interesaba mucho conocer la catedral, si K. no tenía inconveniente. Le sería muy grato efectuar esa visita con un señor

tan amable y culto. Se refería a K., quien en ese instante sólo estaba pendiente de las palabras del director general, y le rogaba que se citasen en la catedral dos horas después, si estaba de acuerdo. Confiaba quedar completamente libre para esa hora.

K. respondió afirmativamente. Entonces el italiano se despidió del director, después de K. y otra vez del director, y salió acompañado de ambos, hablando sin cesar y dirigiéndose a uno y a otro. Llegados a la puerta, K. se quedó un instante con el director, que parecía estar ese día peor que habitualmente y que se sintió obligado a justificarse ante K. Le explicó, manteniéndole cerca de él, que primero pensó en acompañarle él mismo al señor italiano, pero —no explicó por qué— cambió de criterio y decidió que lo hiciese K. Agregó que si tenía dificultades para entender el italiano al principio no se desconcertase, pues iría entendiendo mejor a medida que lo practicara hablando, pero aunque no entendiese todo, tampoco era nada irreparable, pues al italiano no le importaba excesivamente no ser comprendido. Por lo demás, K. hablaba un italiano correcto y saldría bien de la situación.

Después de decirle esto, K. se retiró. Aprovechó el poco tiempo que le quedaba para consultar el diccionario y buscar las equivalencias de algunas palabras especializadas, que le serían necesarias para explicar al visitante características de la catedral. Le resultó una tarea antipática; mientras tanto los ordenanzas iban y venían llevando cartas. Los empleados llegaban para hacerle preguntas, pero cuando veían a K. absorto en su trabajo se quedaban en la entrada sin atreverse a pasar, si bien no se iban hasta haber obtenido la respuesta a lo que les había llevado allí. Entre tanto el subdirector, tratando deliberadamente de molestar a K., entra-

ba frecuentemente, le pedía el diccionario y lo hojeaba distraídamente. Cada vez que la puerta se abría, podía ver en la semioscuridad de la sala de espera a algunos clientes, que al verle se inclinaban solícitos, deseando ser vistos y dudando de que K. reparase en ellos. Ese reducido cosmos, del que K. constituía el centro, giraba alrededor de él. Entre tanto él buscaba las palabras que después iba a necesitar, revisando el diccionario. Ensayaba su pronunciación y luego trataba de aprenderlas de memoria. Desgraciadamente su memoria, que tan fiel le había sido siempre, parecía haberle abandonado.

Alguna vez se impacientaba despotricando contra el italiano que le había complicado en aquello, y apartaba el diccionario, mezclándolo con todos los papeles que tenía sobre su mesa, para no usarlo más; pero luego reflexionaba que ése era el peor camino, pues cuando se viese frente a la catedral en compañía del italiano, no podía quedarse mudo ni dejar de explicarle las cosas, y volvía a consultar febrilmente el diccionario, buscando las palabras necesarias.

En el momento en que se disponía a salir –eran ya las nueve y media– le llamaron por teléfono. Era Leni que quería saludarle y preguntarle si se habían producido novedades relacionadas con su proceso. K. le agradeció su interés en forma apresurada, haciéndole saber que tenía que salir inmediatamente, pues debía ir a la catedral.

–¿A la catedral? –preguntó Leni extrañada.

–Así es –contestó K.

–¿Y por qué a la catedral? –insistió Leni.

K. empezó a explicárselo con rapidez, pero Leni le interrumpió bruscamente, diciéndole:

—¡Están hostigándote!

Esas palabras, que denotaban una compasión que no esperaba ni necesitaba K., no le agradaron, y se despidió secamente de ella; sin embargo, al cortar la comunicación, exclamó con tono más amable para sí mismo y para Leni, que ya no podía oírle:

—Sí, en verdad me hostigan.

El tiempo transcurría rápidamente y corría el riesgo de llegar tarde. En el último momento recordó el álbum de fotografías que por la mañana no pudo entregar, y las llevó consigo. Hizo que llamasen un taxi, y durante el trayecto colocó el álbum encima de sus rodillas, tamborileando sobre él con los dedos. Llovía menos, pero el día era muy frío y oscuro y la humedad calaba los huesos. Con aquella oscuridad no podrían ver mucho en la catedral. El tiempo que tuviesen que estar allí, sobre las frías losas, empeoraría la salud de K.

La plaza que se extendía ante la catedral estaba completamente solitaria. K. rememoraba que cuando era niño siempre le había asombrado ver las casas que rodeaban la plaza con sus cortinas bajadas. Pero aquel día lo justificaba el frío reinante. La catedral estaba totalmente vacía, igual que la plaza. No era la hora habitual de visitas. Recorrió las dos naves laterales, y sólo pudo ver a una anciana envuelta en un mantón e hincada de rodillas delante de una imagen de la Virgen. Más lejos alcanzó a ver a un sacristán cojeando, quien se esfumó tras una puerta, que daba a una de las naves laterales. K. había sido puntual. Eran las diez en punto cuando entró allí, pero no encontró al italiano, en vista de lo cual volvió a salir y se colocó en la puerta principal. Permaneció en ese lugar durante un momento sin saber qué hacer; luego echó a andar bajo la lluvia, alrededor

de la catedral, para comprobar si el cliente no estaba esperando en alguna otra puerta. No pudo verle en ningún sitio. ¿Se habría equivocado el director al decirle la hora? ¡Quién entendía a aquel italiano! Como quiera que fuese, debía esperarle al menos durante media hora más. Se sentía muy cansado y deseaba sentarse, por lo que volvió a entrar en la catedral. Sobre un escalón reparó en un trozo de alfombra, lo empujó con el pie y lo acercó a un banco. Después se ajustó bien el abrigo, se levantó el cuello y se sentó sobre el banco, colocando los pies sobre la tela. Para matar el tiempo, abrió el álbum y lo hojeó, pero tuvo que desistir, pues estaba tan oscuro que no alcanzaba a ver ni los detalles de la nave lateral pegada a él. De frente, a lo lejos, brillaba un gran triángulo de luz, que formaban las largas velas encendidas sobre el altar mayor. No estaba seguro de haberlo visto antes. Quizá acababan de ser encendidas por algún sacristán, ya que son silenciosos y apenas se les oye moverse. Al darse vuelta distraídamente pudo ver a sus espaldas, contra el fuste de una columna, un gran cirio también encendido. Pese a su luz intensa, no resultaba suficiente para iluminar las naves laterales, y sólo servía para arrojar sombras sobre las paredes de las mismas. El italiano, al no acudir allí, parecía haber adivinado que nada vería, y pese a su incumplimiento, K. lo pensó así. Sólo era posible ver algo, con la luz de una linternita de K., que apenas bastaba para iluminar algunas imágenes pedazo a pedazo.

Para probar el resultado que podía dar ésta, K. se dirigió a una capilla situada a un costado, ascendió los escalones y, agachándose sobre la balaustrada de mármol, alumbró la parte inferior del altar. La tenue luz apenas permitía ver. Lo primero que, más que ver, casi tuvo que

adivinar, fue la figura de un caballero revestido de su armadura, que formaba parte de uno de los extremos del bajo relieve. Se apoyaba en su espada, clavada ante él en el suelo, en el cual brotaban esparcidas algunas hierbecillas. La mirada del gentilhombre parecía estar dirigida a algún hecho que sucedía frente a él. Resultaba sorprendente la actitud estática de la figura. Probablemente estaba haciendo guardia. K., que hacía ya mucho que no veía aquel bajo relieve, lo examinó con atención durante un buen rato, pese a que tenía que entornar los ojos con frecuencia, molesto por el reflejo de la linterna. Cuando cambió la dirección de la luz para examinar el resto del altar, descubrió un ataúd. Se advertía claramente que se acababa de hacer en el estilo tradicional. Luego apagó su linterna y volvió a su asiento.

Se le ocurrió que el seguir esperando al italiano solamente implicaba una pérdida de tiempo, pero como seguramente afuera la lluvia debía ser más fuerte, y además se encontraba mejor dentro, optó por seguir esperando allí todavía. A poca distancia de él se elevaba el gran púlpito. Su cúpula estaba rematada por dos cruces de oro sin adornos que se tocaban en la parte superior. La parte de afuera de la barandilla y la parte que le separaba de las columnas estaban ornadas de pámpanos verdes, entre los cuales se mezclaban angelitos.

K. se aproximó al púlpito y lo examinó en su conjunto. El tallado de la piedra era muy profundo. Las espesas sombras que envolvían los follajes y la que éstos producían en sus alvéolos daban la impresión de incrustaciones. K. metió la mano en una de las cavidades y tocó con suavidad la piedra. Era la primera vez que veía aquel púlpito. Repentinamente se volvió y pudo ver detrás de los bancos de la primera fila a un sacristán que perma-

necía allí de pie, vestido con un hábito largo y flotante, de color negro, y que parecía entretenido contemplando una cigarrera que tenía en la mano izquierda.

—¿Qué es lo que buscaba aquel hombre? —se preguntó K.— ¿Le resultará sospechoso? ¿Pretenderá una propina?

Cuando se dio cuenta de que K. le miraba, hizo un gesto con el dedo señalando en una dirección imprecisa. K. pudo ver que tenía pegado al pulgar una mota de tabaco. Su gesto resultaba ambiguo, pero el hombre persistía en su ademán, e iniciando unos movimientos de cabeza, intentó hacerle comprender que le estaba indicando algo.

—¿Qué querrá? —repitió K. en voz baja.

No le pareció oportuno llamarle en aquel sitio. Extrajo su monedero del bolsillo y pasó por la primera fila de bancos para acercarse a él. Pero entonces el sacristán hizo un gesto negativo con la mano, levantó los hombros y se alejó cojeando. Al verle andar así le recordó a K. que sus movimientos se parecían mucho a los que imitaba él de niño cuando jugaba a ser un jinete a galope sobre su caballo.

—¡Extraño individuo! —se dijo K.—. Debe tener un trabajo cómodo aquí. Se detiene cuando yo lo hago. ¡Se ve que está pendiente de lo que hago!

Sonriéndose por la situación, K. siguió al viejo a lo largo de toda la nave lateral, hasta muy cerca del altar mayor. El viejo parecía persistir en enseñarle algo, pero K. rehusaba mirarle, pues suponía que el hombre sólo estaba tratando de impedir que K. le siguiese. Finalmente decidió no continuar para no preocuparle más. No tenía el propósito de asustarle por si el italiano llegaba todavía.

Cuando volvió a recorrer la nave central para ir a recoger su álbum, reparó en que contra un pilar que tapaba casi los bancos del coro había un pequeño púlpito muy sencillo, hecho de piedra blanca y sin ninguna talla. Era tan pequeño que, a cierta distancia, se asemejaba a un nicho vacío para colocar la estatua de algún santo. El sacerdote que debiese predicar allí tendría que mantenerse apretado contra su borde. Por otra parte, la cúpula era muy baja. No tenía adorno alguno y presentaba una inclinación tan pronunciada, que un hombre de mediana estatura no podía pararse derecho y se veía obligado a permanecer con el cuerpo inclinado hacia afuera del púlpito. Parecía construido ex profeso para torturar al predicador, y no se comprendía con qué fin había sido hecho así, existiendo otro de grandes proporciones y hermosamente tallado.

Lo más probable es que K. no hubiese reparado en la existencia del púlpito si no hubiese estado iluminando por una pequeña lámpara, como si fuese a pronunciarse un sermón. ¿Se pronunciaría un sermón sin nadie en la iglesia? K. miró la escalerilla del púlpito, que junto a la columna tenía forma de caracol. Era estrechísima, y no parecía adecuada para subir un hombre. Daba la impresión de ser más bien un mejor elemento decorativo. Pero en los primeros peldaños —lo que hizo sonreír a K.— había un sacerdote que, con la mano en la balastrada, se preparaba a subir la escalera con cortos, pero nerviosos pasos. ¿Pronunciaría un sermón? Entonces el sacristán no estaba equivocado cuando parecía señalarle en aquella dirección. ¿Le estaba indicando que allí estaba el predicador, pese a que la iglesia se encontraba desierta? ¿No había acaso orando ante la Virgen una anciana, a la que debía indicársele también aquel sitio?

Pero si se iba a pronunciar un sermón, ¿cómo no sonaba el órgano avisando? Estaba allí silencioso y resplandeciente, elevándose en las tinieblas.

K. se preguntó si no debía irse. Si no lo hacía inmediatamente, se vería obligado a oír el sermón con la consiguiente pérdida de tiempo. La media hora de tiempo de espera que había decidido conceder al italiano había pasado. Miró su reloj. Eran las once. ¿Se pronunciaría un sermón para una iglesia vacía? ¿Sólo para él, representando a la totalidad de los fieles? ¿Acaso no era sólo un turista interesado en los detalles artísticos del edificio? Al menos ésa había sido su intención cuando llegó. Le parecía imposible que se predicase a aquella hora un día de semana, con la iglesia desierta y helada.

El abate —aquel sacerdote de cara redonda tenía que ser un abate— era muy posible que hubiese subido al púlpito con el único objeto de apagar la lámpara que había dejado encendida por equivocación.

No obstante, se equivocó al suponer tal motivo. El predicador contempló la luz, luego arregló la mecha, se volvió de cara al vacío y apoyó sus dos manos en el borde de la balaustrada. En esa postura permaneció un instante, mirando hacia fuera sin mover la cabeza. K. se volvió hacia el púlpito y se inclinó ante el primer banco con los brazos descansando en el reclinatorio.

A pesar de las tinieblas pudo ver al sacristán apoyado contra una columna con el aire cansado. El silencio era total. Pero K. tenía que alterarlo. Tenía que marcharse, si aquel sacerdote estaba dispuesto a predicar ante la iglesia vacía. La presencia de uno solo nada variaba. Su asistencia no influiría para nada de la prédica. K. se incorporó. Caminando despacio, empezó a recorrer

la nave central casi de puntillas, sin hacer ruido. Solamente se oía el eco que producían sus pasos sobre las losas, que multiplicaban las bóvedas, con una serie de numerosas resonancias.

K. notaba una sensación de soledad mientras cruzaba, bajo la mirada del predicador, las largas filas de bancos solitarios. La catedral le parecía un monstruo solitario contemplando expectante a su presa indefensa. Cuando llegó al lugar donde estaba su álbum lo cogió rápidamente sin detenerse siquiera.

Cerca de la puerta principal, dejando tras de sí las filas de bancos y casi entrando en el espacio vacío entre éstos y la entrada, oyó por primera vez la voz del sacerdote. Le pareció una voz fuerte y suave a un tiempo. ¡Con qué fuerza resonó en la nave, como propicia a acogerla! Pero no se dirigía a los fieles.

La voz del sacerdote dijo:

—Joseph K.

K. se detuvo en el acto, mirando hacia el suelo. Todavía tenía tiempo. Podía correr y salir por una de las tres puertecitas que se veían cerca. Eso podría significar que no había oído la llamada o que no quería prestarle atención. Pero si se detenía y retrocedía, la suerte entonces estaba echada. Había sido sorprendido. Implicaba aceptar que había entendido perfectamente y que se disponía a obedecer.

Si el sacerdote hubiese repetido la llamada, probablemente K. se hubiese marchado de allí, pero como mientras dudaba qué hacer no se rompió el silencio, no pudo resistir la tentación de volverse y ver qué hacía el abate. Estaba en el mismo sitio, impassible como antes, pero era no obstante evidente que había reparado en la

vacilación de K. Éste consideró que tal como estaban las cosas lo mejor era encararlas. Se volvió por completo, y entonces el sacerdote le hizo señas para que se acercara. Como ya no podía dudar, se encaminó hacia el púlpito a grandes pasos para saber a qué atenerse y poner fin a aquella situación. Al llegar a la primera fila de bancos se detuvo, quedando todavía un buen trecho para acercarse al sacerdote, y entonces éste le indicó con la mano un sitio casi debajo del púlpito. K. obedeció y se colocó donde le indicaba, teniendo que estirar mucho la cabeza para poder verle.

—Tú eres Joseph K. —le dijo el abate.

—Sí, lo soy —contestó K. pensando que era otro más que le conocía.

Desde hacía algún tiempo era una fortuna para K. comprobar que cualquiera con que se topaba conocía su nombre. ¡Qué hermoso era antes de esto, cuando nadie le conocía si no era previamente presentado!

—Pesa una acusación sobre ti —le dijo el sacerdote con voz meliflua.

—Así es —respondió K.—. Estoy en libertad provisional.

—Eso significa que tú eres a quien buscaba. Soy el capellán de la prisión...

—¡Ah! —exclamó K.

—Quería que acudieses a este sitio, para que podamos hablar.

—No tenía ni idea —contestó K.—. Vine con el propósito de enseñar la catedral a un cliente.

—Eso es intrascendente —dijo el sacerdote—. ¿Qué tienes en la mano? ¿Un misal?

—No —contestó K.—. Es un álbum de fotografías de los

principales monumentos de la ciudad.

—Tíralo —dijo el sacerdote.

K. lo arrojó tan violentamente, que se abrió, esparciéndose las hojas por el suelo.

—¿Sabías que tu proceso no va por buen camino? —inquirió el sacerdote.

—Eso creo —contestó K.—. Es mi continua obsesión. Hasta ahora nada he adelantado. Aunque también es verdad que no está terminada aún mi demanda.

—¿Qué final supones que tendrá tu proceso? —preguntó el sacerdote.

—Al principio no dudaba ni un instante del buen fin del mismo, pero ahora ya no estoy tan seguro. La verdad es que no sé qué pensar. ¿Lo sabes tú?

—No, no lo sé —respondió el sacerdote—; pero me temo que no termine bien. Te suponen culpable. Es muy probable que tu proceso quede detenido en cualquier tribunal inferior. Hasta ahora no tienen pruebas de tu delito.

—¡Es que yo soy inocente! —exclamo K.—. Están equivocados. ¿Cómo se puede culpar a un ser humano así? Tanto tú como yo, como seres humanos, no podemos ser culpados a priori.

—Sí, claro —dijo el sacerdote—; pero lo mismo dicen siempre los que son culpables.

—¿Es que tu también estás contra mí?

—No, no estoy contra ti —contestó el sacerdote.

—Te lo agradezco mucho —dijo K.—. Pero quienes llevan mi causa me juzgan culpable a priori. Inducen los testigos en contra mía, aunque sean completamente ajenos a mí, y mi situación empeora de día en día.

—Entiendo que interpretas mal los hechos —manifestó el sacerdote—. La sentencia no se pronuncia súbitamente. Se va formando poco a poco.

—Así creo advertirlo ahora —musitó K. con la cabeza gacha.

—¿Qué es lo que piensas hacer para defenderte? —inquirió el sacerdote.

—Trataré de conseguir a alguien que me ayude —contestó K., al tiempo que miraba atentamente al sacerdote para captar la reacción que producían sus palabras—. Tengo todavía muchos recursos que tocar y que hasta ahora no he usado.

—Confías demasiado en los demás, y sobre todo en mujeres —contestó el sacerdote con tono de reconvención—. ¿Es que no sabes aún que no es prudente confiar en ellas?

—Puede ser algunas veces, o quizá las más. En eso estoy conforme con tu apreciación, pero puede haber alguna en que se pueda confiar. Las mujeres tienen fe y tesón. Si me decidiese a pedirles a algunas que conozco que se aglutinaran para defender mi causa, estoy seguro que se resolvería bien, y más sabiendo lo proclives a las faldas que son muchos miembros de esa justicia. Enséñale al juez de instrucción, aunque sea desde lejos, una mujer. Seguramente saldría despedido de su asiento, pasando por encima del acusado, para lograrla.

El sacerdote agachó su cabeza mirando hacia la balastrada, parecía como si ya le fuese penoso continuar en aquel diminuto púlpito. ¿Cómo seguiría el tiempo afuera? Ya no sería un día sombrío, sino noche oscura. Los colores de las vitrinas habían dejado de reflejarse en las oscuras paredes.

Pese a la oscuridad, el sacristán se preparaba para apagar las velas que iluminaban el altar mayor.

—¿Puedes verme? —preguntó el sacerdote—. Es posible que ni tú sepas a qué clase de justicia perteneces.

El sacerdote continuó en silencio.

—Sólo me he limitado a mencionarte mis experiencias —declaró K.

Pero ninguna respuesta llegó desde arriba.

—No he querido molestarte —se disculpó K.

Repentinamente el sacerdote exclamó:

—¿Es que no puedes verme estando tan cerca?

Lo dijo gritando con voz furiosa, pero con una nota de temor, como arrancada por ver a alguien precipitándose en el vacío.

Después ambos permanecieron en silencio. El sacerdote no podía distinguir a K. por la oscuridad que reinaba en la nave. Mientras, K. había encendido su linterna. Podía verle sin dificultad. ¿Por qué no descendía del pulpito? No era un sermón lo que allí dijo. Había solamente comunicado a K. algunos pormenores sobre su proceso, que bien considerados sólo lograrían aumentar su preocupación. No obstante, se diría que sus propósitos eran bien intencionados.

Sería posible quizá entenderse mutuamente cuando bajase de allí. También era probable que le orientase, no sobre cómo actuar sobre el proceso, sino sobre cómo sustraerse a él y salir fuera de su ámbito. Probablemente esa alternativa fuese realizable, K. no había dejado de pensar en la misma durante los últimos días. Ahora bien, si el sacerdote sabía qué era posible hacer, ¿se lo diría a K. si éste se lo preguntaba? ¿No era él mismo un

servidor de la justicia? ¿No le había reconvenido cuando K. criticó a la justicia?

—¿Por qué no bajas? —le preguntó K.—. No estás pronunciando ningún sermón. Ven aquí.

—Sí, lo haré ahora —contestó el sacerdote.

Probablemente se avergonzaba de sus gritos. Mientras sacaba la lamparilla, le dijo:

—Era necesario que empezase a hablar contigo desde cierta distancia. Si no empiezo así, me desconcierto y olvido mi condición.

K. le aguardaba al pie de la escalera. El sacerdote le ofreció la mano antes de estar a su lado.

—¿Puedes concederme algún tiempo? —le preguntó K.

—El que requieras —respondió el sacerdote, cediendo la lamparilla a K. para alumbrarse.

Ahora que estaba a su lado, y no resaltando sobre el púlpito, K. tuvo que admitir que su aspecto seguía pareciéndole digno.

—Te agradezco tu comprensión —dijo K.

Mientras hablaban, paseaban envueltos en la oscuridad por la nave lateral.

—Eres muy distinto a los demás servidores de la justicia. Me pareció que puedo confiar en ti más que en cualquier otro de los que he conocido, pese a que aún te conozco poco. Procuraré también ser sincero contigo.

—No te llares a engaño —contestó el sacerdote.

—¿Es que puedo engañarme? —inquirió K.

—Te engañas en lo que se refiere a la justicia —le explicó el sacerdote—. Hay una parábola que alude a alguien que se engañó con la ley: «Había un centinela haciendo guardia ante la ley. Un buen día llegó un hombre y le

rogó que le dejase entrar. El centinela le dijo que no podía permitirle pasar en ese momento. El hombre creyó entender que era posible que le dejase más tarde, y así se lo preguntó. "Es posible –le replicó el centinela–, pero en este momento no". El centinela se separó unos pasos y volvió a situarse junto a la entrada, que permanecía abierta. Entonces el hombre aprovechó esto para meter la cabeza y mirar hacia dentro. El centinela, que observó lo que hacía, se sonrió y le dijo: "Si estás tan ansioso por entrar, puedes hacerlo, aunque está prohibido; pero considera que soy poderoso, y sin embargo no soy más que el más insignificante de los centinelas. En cada estancia que atraveses, tropezarás con centinelas, que van teniendo más poder, a partir de la tercera, ni yo mismo puedo resistir su mirada". El hombre no creía que la ley pudiese establecer tantas dificultades; que debería estar abierta a todos aquellos que pudieran necesitarla. Pero a medida que miraba al centinela con más atención, enfundado en un largo abrigo de piel, con su larga nariz y su no menos larga barba, cortada a lo turco, optó por esperar hasta que le permitiera entrar. El centinela le cedió un banquillo y le hizo sentarse al lado de la puerta. Lleva allí ya muchos años. Muchas veces, innumerables, ha pretendido entrar y para ello ruega incansablemente al centinela. Éste en ocasiones le tortura sometiéndole a largos interrogatorios, le hace preguntas sobre su país: cómo son allí las costumbres, cómo viven los grandes señores..., pero siempre le da la misma respuesta negativa, diciéndole que no puede entrar. El hombre, que previendo que su viaje podía ser muy largo llevó consigo toda clase de provisiones, no escatima en obsequiar al centinela con todo lo mejor que tiene, pretendiendo de esa manera predisponerlo

en su favor. Éste acepta todo sin titubear, pero le manifiesta: "Acepto todo lo que me das para que no te turbes suponiendo que el no obsequiarme de una manera adecuada sea la causa de que no acceda a dejarte entrar". Durante largos años de espera no cesa de observarle y no presta ninguna atención a los otros centinelas, pues cree firmemente que es éste el causante de su infortunio. Los primeros años se quejaba amargamente de su suerte; después, y a medida que pasa el tiempo, va envejeciendo y se reduce a gruñir amargamente sin moverse de su rincón. Retorna a la infancia, y al estar tantos años allí conoce ya una por una a las pulgas que habitan en el cuello de piel del centinela. Apela hasta a ellas para que le convenzan de que le deje pasar. Es ya muy anciano y sus ojos no perciben si es de noche o de día. No ven más que tinieblas. Pero repentinamente ve brillar en medio de las tinieblas una luz que se cuele por entre las puertas de la ley. Su vida está a punto de extinguirse. Sintiendo morir, se agolpan en su memoria toda clase de recuerdos de su existencia pasada. Destacándose entre todos, surge una pregunta que nunca se había hecho. Ya no puede ponerse en pie. Le suplica al centinela que se le aproxime. Éste accede, pero tiene que agacharse mucho, ya que la edad ha disminuido la estatura del hombre y ahora se diferencian mucho. "¿Qué es lo que quieres saber —le pregunta el centinela—. En el estado que te encuentras, ¿todavía te importa algo?". Entonces el hombre le replica, y son sus últimas palabras: "Todos los hombres quieren acceder a la ley. ¿Qué explicación tiene entonces que en tantos años que estoy aquí no haya habido nadie más que yo que haya querido entrar?". El centinela se ha dado cuenta de que aquel hombre está muriéndose ya. En-

tonces, para hacerse oír por sus débiles oídos, se inclina más sobre él, y acercándose a su oído, le grita: "Eras tú el único que podías entrar aquí, pues esta puerta estaba destinada solamente para ti. Ya no soy necesario. Ahora me iré y la cierro"».

—Entonces significa que el centinela mantuvo engañado al hombre —dijo K., que había seguido el relato muy interesado.

—Es un juicio muy precipitado —contestó el sacerdote—. Debes ser siempre cuidadoso y no aceptar opiniones ajenas sin meditarlas antes. La historia que te he relatado se atiene al texto original. No se dice en parte alguna que aquel hombre fuese engañado.

—Me parece muy difícil negarlo —dijo K.—. El centinela sólo se lo dijo cuando estuvo seguro de que aquel desgraciado no tenía ya ninguna posibilidad de transponer las puertas.

—El hombre no había sido todavía interrogado —replió el sacerdote—. Además debes tener presente que no era nada más que un centinela y se limitaba a vigilar.

—¿Cómo puedes creer que su conducta fue la debida? —preguntó K.—. A mí no me lo parece así. Estimo que su deber era mantener alejados de allí a los extraños, pero debía haber dejado pasar a aquel hombre, para quien estaba destinada la entrada.

—No tienes bien presente el texto. Lo alteras —dijo el sacerdote—. La historia menciona, por lo que respecta a la entrada, dos importantes afirmaciones del centinela: una al iniciarse, la otra al terminar. Vayamos a la primera. En ésta manifiesta que no podía dejar pasar a aquel hombre cuando se lo pedía. En cuanto a la segunda y última se dice: «Esta puerta estaba destinada

solamente para ti». Si hubiese contradicción entre ambas afirmaciones, quizá la razón estuviese de tu parte. El centinela había mentido al hombre. Pero no hay contradicción. Incluso la primera manifestación era preludeo de la segunda. Cabría pensar que el centinela se excedía en sus obligaciones al insinuar al hombre que podría entrar después, ya que sus atribuciones en ese momento no iban más allá de decirle solamente que no podía entrar. Basándose en esto, algún comentarista, al analizar las palabras del centinela, se ha sorprendido, pues la orden no fue escueta, sino matizada, ya que parecía ser estrictamente fiel a su deber. Permanece ahí sin apartarse, durante muchos años, custodiando la puerta abierta hasta el fin. Posee conciencia plena de su misión, tiene poderes y respeta profundamente las jerarquías, ya que dice: «Soy el más insignificante de los centinelas». No es parlanchín, pues no habla en vano. Se limita a hacer en raras ocasiones algunas preguntas irrelevantes, tal como narra el texto. No es corruptible, ya que cuando acepta algún obsequio, sólo lo hace para tranquilizar al hombre. Es inquebrantable. No se deja influenciar ni llevar por la ira, pues el texto relata que el hombre agobia al centinela con sus ruegos; por su mismo aspecto físico: nariz larga y fuerte, y barba negra y larga cortada a la moda tártara, puede deducirse un carácter pedante. ¿Acaso su lealtad no es acrisolada? Algunas de sus expresiones son propicias para quien quiere entrar y explicar por qué el centinela se extralimitó en sus atribuciones al decirle al hombre que más adelante quizá pudiese entrar en la ley. Es evidente, por otra parte, que el centinela manifestó un comportamiento pueril y orgulloso a un tiempo, revelador de cierta ingenuidad evidente. Sus afirmaciones,

la manera de decirlas, hacen patente que su actuación está marcada por la soberbia y la ingenuidad, aunque respecto a esto los comentaristas manifiestan que es posible simultáneamente interpretar algo y engañarse respecto a su significado. Pero se hace necesario reconocer que esta puerilidad y soberbia, por ínfimas que parezcan, disminuyen la vigilancia de la entrada. Es innegable que hay equivocaciones en la actuación del centinela. También es necesario añadir que generalmente es amable, pero no siempre su comportamiento está a la altura de su deber. Desde el principio chancea al manifestarle al hombre que, pese a estarle prohibido penetrar en la ley, puede volver más tarde, cuando debería decirle que se marche. Le da, según el texto, un banquillo para que se siente cerca de la puerta. La paciencia, digna de Job, con que soporta durante largos años los ruegos del hombre, nos lo revelan como hombre de corazón generoso. Confirman esto las preguntas que hace al hombre, los regalos que acepta, la indiferencia con que oye las maldiciones que lanza el hombre contra su aciago destino. No hace falta ser sutil para darse cuenta de que es el mismo centinela quien lo personifica. Otros centinelas es posible que no hubiesen soportado todo esto. Y además acuden enseguida al lado del hombre cuando éste le llama lastimeramente haciéndole una seña para formularle su pregunta póstuma. Apenas demuestra unos leves rasgos de impaciencia cuando le dice al hombre que es tenaz. El centinela no duda ya de que todo se termina. Respecto a estas palabras, son muchos los comentaristas que las interpretan como una admiración sincera; no obstante también revelan cierta compasión. Confío en que por todo lo que antecede modificarás tu juicio en el sentido

de que advertirás que la personalidad del centinela es distinta de lo que tú suponías.

–Conoces desde hace mucho y muy profundamente la historia –le dijo K.

Después permanecieron en silencio unos instantes y por fin K. manifestó:

–¿Sostienes entonces que el hombre no fue engañado?

–No es ésa la interpretación cabal de lo que he dicho –dijo el sacerdote. No he hecho más que relatar las distintas opiniones que se conocen. No des un valor excesivo a mis glosas. El texto es perenne y los comentarios suelen generalmente reflejar la impotencia para abarcarlo de los comentaristas. En el caso que tratamos, existen comentaristas suspicaces, por otra parte, que hubiesen preferido que fuese el centinela el engañado.

–Parece muy aventurada tal opinión –dijo K.–. ¿En qué la basan?

–La presunción –agregó el sacerdote– se funda básicamente en la ingenuidad del centinela. Aseguran que no conoce el interior de la ley, sino sólo el camino que recorre hasta la puerta. Los glosadores afirman que su idea del interior de la ley es completamente pueril, que él mismo tiene un notable pavor de aquello con lo que quiere asustar al hombre, y seguramente su temor supera al del hombre, ya que éste insiste en entrar, pese a los relatos que le ha hecho sobre los terribles centinelas que están dentro. Es obvio que el centinela no desea entrar, por lo menos así lo registra el texto. Otros más sutiles se inclinan a creer que el centinela conoce ya el interior, puesto que es un miembro de la ley, y al inscribirlo, es forzoso que haya sido efectuado desde dentro, aunque a éstos no es difícil refutarles sostenien-

do que pudo haber sido inscrito desde dentro, sin haber penetrado allí, ya que si hubiese entrado sólo lo hubiese hecho muy cerca, puesto que solamente habla de un tercer guardián, del cual manifiesta que no puede resistirle su mirada. Por otra parte, el texto no dice en ningún sitio que, durante los muchos años que el hombre permaneció allí, el centinela le hiciese ningún relato que aluda al interior, si exceptuamos sus observaciones sobre los centinelas. Lo probable es que sus órdenes prohibiesen hacer mención de ello, pero no lo dice de forma explícita. Por todo lo que antecede no nos arriesgamos mucho si suponemos que el guardián desconoce completamente lo que es el interior y su importancia, y en ese sentido nada puede decir, ya que nada sabe. Asimismo se engaña respecto al hombre. Se considera superior a él, por ser un hombre simple, y le inflige un trato en consecuencia, lo que debes haber advertido en el relato. Pero está muy equivocado en considerarlo así, y creo que lo verás claro cuando te lo explique. En efecto, el hombre que llegó allí era libre. Podía ir a donde se le antojase. Solamente no tenía acceso a la ley. Se lo impedía una sola persona: el centinela. Si permanece durante años sentado sobre un banquillo a la puerta y allí deja su vida, lo hace por un acto libre. El texto del relato no insinúa en ninguna parte que haya sido compelido a ello. Por el contrario, el centinela está constreñido por su deber como tal. Ha de permanecer allí. No puede abandonar su puesto, y mucho menos aún penetrar en el interior, aunque así lo quisiese. Es verdad que él trabaja para la ley, pero nada más que custodiando esa entrada; por consiguiente, se comprueba que sólo está para servir a aquel hombre simple, al cual está destinada la entrada, lo que confirma sin duda

que su condición es inferior a la del hombre. Además tenía que estar ya allí esperando, durante largos años, la llegada del hombre, puesto que al describirlo, cuando aquél llega, se nota que es ya persona de edad madura, con lo cual vemos que antes de cumplir su misión propiamente dicha esperó muchos años –para ser más riguroso, todos los años que quiso tomarse el hombre antes de acudir ante la entrada–. Resumiendo más: hasta el final de su misión depende del hombre, puesto que está allí hasta que éste muere, o sea que su subordinación ha sido total, sin atenuantes hasta el fin, y sólo después que éste llega, puede decir: «Ahora me marchó y cierro». Sin embargo el relato empezaba expresando que la puerta de la ley siempre estaba abierta, y el glosador más exigente tiene que reconocer que el centinela carecía de poder para cerrarla, ya que si siempre estaba abierta, lo estaba con independencia de la vida del hombre para el cual estaba destinada; es decir, el fin de éste no implicaba que el centinela pudiese cerrar aquella puerta y marcharse. Sobre esto último los comentaristas difieren notablemente en sus opiniones. Sostienen algunos que al manifestar el guardián que cerrará la puerta, sólo ha dado una mera respuesta. Otros interpretan que con sus palabras pretende resaltar su deber, y por último otros glosadores, alambicando todavía más, aseveran que pretendió causar un último remordimiento al hombre, un dolor más. Pero la mayoría de los comentaristas coinciden en que no podrá cerrar esa puerta. También están de acuerdo en que al terminar todo, el centinela manifiesta saber menos sobre la situación que el hombre, pues éste llega a ver, antes de oír, el brillo que emerge a través de la puerta de la ley, en tanto que el guardián, cuya postura sempiterna de

centinela es dar la espalda a esa puerta, no debe advertirla, ya que nunca manifiesta haberla visto.

—Todos sus argumentos son meditados y difíciles de refutar —dijo K., que había seguido atento el relato del sacerdote, repitiendo incluso algunos de los pasajes—. Es un razonamiento impecable, y también me inclino a creer, después de lo expuesto, que el guardián se engañaba, pero no por ello queda invalidada mi opinión primera, que en cierto modo es coincidente con la que reconozco ahora. Creo que no importa demasiado que el centinela lo crea así o no. Yo sostenía que el hombre del campo fue engañado. Si el guardián percibe esto claramente es dudoso, pero si se engaña al respecto, también el hombre debe engañarse con mayor razón aún. En ese caso el centinela deja de ser un engañador, pero se revela tan incauto, que debería ser degradado de sus funciones inmediatamente. Debes reparar, por consiguiente, que ese error que en poco le concierne es infinitamente más arriesgado para el hombre.

—Has pasado suavemente a la tesis opuesta —manifestó el sacerdote—. Son legión los glosadores que aseguran efectivamente que el texto no reconoce a nadie el derecho de juzgar al guardián. Como quiera que lo consideremos, no deja por ello de ser un servidor de la ley, y en tal condición no podemos juzgarle. Y siendo así, no podemos creerle inferior al hombre, pues aunque su misión sea solamente la de guardar una sola puerta de la ley, esto ya le coloca muy por encima del hombre, por más que ese hombre haya vivido con libertad en el mundo. Por primera vez el hombre llegaba hasta la puerta de la ley, en tanto que el centinela estaba ya allí. Está sirviendo a la ley que lo emplea. Manifestar dudas sobre su dignidad equivale a dudar de la ley misma.

—Lamento no coincidir contigo —dijo K. negando con la cabeza—, ya que, de admitir tal tesis, debo creer firmemente en todo lo que dice el guardián. Y estimo que ello es imposible, pues eres tú mismo el que ha expuesto sólidas razones para creerlo así.

—No —manifestó el sacerdote—. No se está obligado naturalmente a creer todo lo dicho. Solamente es imprescindible que lo tengas en cuenta.

—Lamentable opinión —replicó K.—. Colocaría la mentira a la altura de una norma universal.

K. optó por no argüir nada más, pero no por falta de argumentos. Se notaba tan cansado, que le sería imposible profundizar hasta sus últimas consecuencias todos los aspectos de esa historia; por lo demás, su pensamiento le conducía por sendas insólitas, a las que no estaba habituado. Le incitaba a preocupaciones fantásticas, más adecuadas para ser debatidas por las gentes de la justicia que por él mismo. Desde el comienzo esa historia se hacía extraordinariamente compleja, y ahora sólo quería olvidarla. El sacerdote lo consideró con mucho tacto y aceptó la situación sin más palabras, aunque su opinión no era coincidente.

Siguieron paseándose un tiempo más sin pronunciar palabra. K. seguía muy de cerca al sacerdote, sumido en la oscuridad en que estaba envuelta la nave. La lámpara que llevaba en la mano se había apagado hacía ya bastante tiempo. Repentinamente vio brillar por un instante ante sí la imagen de un gran santo de plata, que luego volvió a desaparecer en la oscuridad. Para no depender enteramente del abate, le preguntó:

—¿Estamos ya cerca de la puerta principal?

—No —contestó el sacerdote—. Estamos aún muy alejados. ¿Quieres marcharte ya?

Pese a que K. no lo había pensado hacer hasta ese momento contestó:

—Sí, me veo obligado a hacerlo. Mi trabajo es el de apoderado en un banco y debo volver a la oficina. Como te dije, estaba aquí solamente para enseñar la catedral a uno de nuestros mejores clientes extranjeros.

—Me parece bien. Puedes irte —replicó el abate, estrechándole la mano.

—No puedo orientarme para salir en esta oscuridad —dijo K.

—Colócate al lado de la pared de la izquierda. Síguela y te llevará a la salida —le dijo el abate.

Después el sacerdote echó a andar, pero K. le gritó fuertemente:

—Espera un momento. No te vayas todavía.

—Aguardo —contestó el abate.

—¿Tienes algo más que preguntarme?

—No. Nada —replicó el sacerdote.

—¡Has sido muy amable conmigo hasta ahora! —dijo K.—. Me diste toda clase de explicaciones, y ahora te alejas como si ya nada te importase.

—Pero me has dicho que tenías que marcharte —contestó el sacerdote.

—Sí —dijo K.—, pero compréndeme...

—Eres tú primero quien debe comprender quién soy yo —observó el sacerdote.

—Lo entiendo. Eres el capellán de la prisión —dijo K. aproximándose nuevamente a él—. Podría retrasar algo

mi llegada al banco. No creo que pase nada si me quedo todavía un tiempo aquí.

—Yo pertenezco al tribunal —contestó el abate—. ¿Para qué puedo necesitarte? La justicia no quiere nada de ti. Te toma cuando llegas y te deja cuando te marchas.

X

La noche anterior al cumpleaños de K. (treinta y uno), hacia las nueve, hora en que hay poco movimiento en las calles, aparecieron dos señores en su casa. Vestidos de levita, mostraban rostros pálidos, gordos y tocados con chisteras que parecían firmemente adheridas a sus cabezas. Antes de entrar cada uno quería ceder al otro el privilegio de hacerlo el primero, y por este motivo pusieron en práctica una serie de fórmulas de cortesía, que luego repitieron ampliadas ante la puerta de la habitación de K.

Pese a que no tenía ningún anuncio de aquella visita, K. se hallaba sentado cerca de su puerta, en la actitud de una persona que está esperando a alguien, poniéndose unos guantes nuevos, cuyos dedos ajustaba poco a poco sobre los suyos. Se puso de pie inmediatamente y observó con curiosidad a los dos caballeros.

—¿Son ustedes los encargados de venir a buscarme?

Ambos afirmaron con un movimiento de cabeza, y se señalaron uno al otro con sus chisteras en la mano. K. tuvo que confesar que no eran precisamente así a los que esperaba. Se encaminó hacia la ventana y dirigió una mirada a la calle, ya oscura. En las casas de en-

frente la mayoría de las ventanas estaban sin luz, como la suya, y muchas tenían bajadas las cortinas. En una ventana iluminada de la casa de enfrente podía ver a dos niños jugando detrás de una verja. Todavía incapaces de andar, se ofrecían las manos mutuamente. «Me mandan dos actores trasnochados de segundo orden», pensó K. mirándolos atentamente para confirmar su idea. Quieren acabar conmigo con el menor gasto.

Después se detuvo bruscamente ante ellos y les interrogó:

—¿En qué teatro representan ustedes?

—¿Teatro? —dijo uno de ellos mirando confuso a su acompañante, que permaneció en silencio, como si la cosa no fuese con él.

«Carecen de preparación para contestar a preguntas» —pensó K.

Y fue a buscar su sombrero.

Cuando salían a la escalera, aquellos señores intentaron tomarle del brazo, pero K. les manifestó:

—En la calle será mejor... Me encuentro muy bien.

En cuanto se encontraron en la calle, tomaron los brazos de K. de la forma más insólita. Pegaron sus hombros a los de K., y en lugar de darle el brazo, enlazaban los de K. todo a lo largo, manteniendo las manos por detrás y sujetándose las muy fuertemente, de manera tal que se veía era resultado de una larga práctica. K. andaba entre ambos, muy derecho, formando los tres un bloque homogéneo, imposible de destruir. Ofrecían igual cohesión que si fuesen un solo cuerpo extraño.

Cuando pasaba bajo la luz de una farola, K. intentó varias veces, pese a la dificultad que implicaba la pos-

tura, ver mejor a aquellos hombres que en su oscura habitación. «Es posible que sean tenores», pensaba viendo sus gruesas papadas. Sus caras cuidadosamente afeitadas le resultaban molestas. Se imaginaba todavía las manos jabonadas que habían limpiado las comisuras de sus párpados, que habían frotado sus mejillas y sus gordas papadas.

Al verles, K. se detuvo repentinamente, y ellos le imitaron. Se encontraban en una plaza vacía, adornada con plantas y flores.

—¿Por qué son ustedes precisamente a los que enviaron? —gritó K.

Aquellos señores permanecieron silenciosos, con aspecto de no saber dar una contestación dejando caer su brazo libre, como si fuesen enfermeros que hacen descansar al enfermo que llevan consigo.

—No iré más lejos con ustedes —dijo K. para probar.

Ahora éstos no tuvieron necesidad de contestar. Se atuvieron a no soltar a K. y trataron de hacerle seguir levantándolo del suelo, a lo que éste se opuso. «No necesitaré mucha fuerza. La utilizaré más allá», pensó y recordó a las moscas, que para desprenderse del papel engomado dejan las patas allí. «Les causaré trabajo», se dijo.

En aquel momento pudo ver a la señorita Burstner, quien aparecía por la escalera de una calle que desembocaba allí. Quizá no se tratase de ella, ya que ésta le pareció más alta. Por lo demás ahora aquello no tenía mucha importancia para él. Pensaba solamente en lo inútil de resistir. No resultaría heroica su actitud intentando defenderse y ocasionar dificultades a esos señores y prolongando la última ilusión de su

vida. Echó a andar y la satisfacción por la decisión de K. se manifestó en los rostros de los dos señores. Ahora fue él quien eligió la dirección a seguir, y los condujo tras el camino que parecía haber tomado la señorita Burstner, no con el propósito de alcanzarla y poder verla, sino solamente para no olvidar lo que ella representaba para él.

—Ahora no puedo hacer nada más —se decía. Y su paso, sincronizado con el de sus dos acompañantes, refrendaba sus pensamientos—. Sólo me resta prolongar todo lo posible mi capacidad de pensar con claridad. Siempre durante mi vida he pretendido llevar muchas cosas a la vez, y por lo demás con propósitos no siempre muy claros. Craso error. ¿Les haré notar que para nada me ha servido un año de proceso? ¿Me dejaré arrastrar como un imbécil que no entiende nada? ¿Puedo dejar que piensen de mí que al iniciarse mi proceso quería terminarlo y que a su término quería volverlo a empezar? No deseo que se diga eso. Puedo felicitar me por estos dos guardianes, semimudos, bastante obtusos y que han dejado a mi cargo el aconsejarme a mí mismo lo que es preciso hacer.

La joven acababa de desaparecer por una calle lateral, pero como para K. ya no era importante, se desentendió de ella y se abandonó a sus acompañantes. Ahora caminaban los tres de común acuerdo, y cruzaron a continuación un puente, iluminado por la luz de la luna. Los señores seguían con ductilidad todos sus movimientos. Cuando se volvió hacia la barandilla, los señores le imitaron y quedaron dando la cara al río. El agua brillaba, iluminada por la luna, y se la veía rodear el perfil de una islita cubierta de vegetación. Bajo los árboles había senderos de grava, flanqueados de bancos de madera,

en los cuales se había sentado muchas veces K. en los días de verano.

—No pensaba detenerme aquí —les comunicó a sus acompañantes, un tanto confundido por su docilidad.

Uno de ellos pareció susurrar al otro una ligera protesta por aquella parada, que podía dar lugar a malas interpretaciones. Después continuaron su camino.

Llegaron a unas calles en cuesta en las que se veían próximos bastantes policías, parados algunos y otros paseando, como en vigilancia. Uno de ellos, con unos grandes bigotes y con la mano en la empuñadura de su sable, se aproximó directamente al grupo, sin duda por encontrarlo sospechoso. Los tres detuvieron su marcha.

Parecía que el policía iba a empezar a preguntar, pero K. echó a andar arrastrando consigo a sus acompañantes. Se volvió varias veces, alarmado por si los seguía, pero luego doblaron una esquina y le perdieron de vista. K. empezó a correr a largos pasos, obligando a sus acompañantes a seguirle jadeantes por el cansancio.

Después de un rato se encontraron en los alrededores de la ciudad, que por aquella parte desembocaba sin solución de continuidad en el campo. Una cantera pequeña y abandonada apareció, cercana a una casa, con aspecto todavía urbano. Los señores hicieron alto al llegar allí, como si se tratase del lugar designado, o quizá por estar agotados por la caminata. Dejaron libre a K., que permaneció en silencio, y ellos se quitaron sus sombreros, secándose con sendos pañuelos sus frentes mojadas por el sudor, mientras examinaban la cantera. La luz de la luna iluminaba el lugar con esa claridad serena que sólo imparte esta luz.

Luego se dedicaron a intercambiar cortesías, ofreciéndose uno al otro la prioridad de iniciar la misión encomendada, y que debía haberles sido dada en común.

Por fin uno de ellos se encaminó hacia K. y le sacó la chaqueta, el chaleco y la camisa. K. tuvo un escalofrío repentino y el señor le golpeó suavemente la espalda para infundirle tranquilidad. Después dobló cuidadosamente las prendas de K. como algo que no va a necesitarse durante un tiempo no previsible. Para no dejar que K. se enfriase, inmóvil bajo el frío de la noche, le tomó del brazo y caminó con él de un lado al otro, en tanto que el otro señor parecía buscar un sitio adecuado en la cantera. Cuando por fin pareció descubrirlo llamó a su compañero, quien acudió acompañado por K. Era un sitio cercano a la pared de la cantera en la que faltaba una piedra que yacía sobre el suelo. Los señores pusieron a K. sobre la tierra y le apoyaron sobre la piedra, tratando de colocar sobre ella su cabeza. A pesar de todos sus esfuerzos y de la colaboración de K., la posición era completamente absurda e inviable. Uno de ellos hizo esfuerzos para acomodar mejor a K., pero la situación no mejoró demasiado, y éste quedó en una postura que no era precisamente la más adecuada. Luego uno de los señores se desabrochó la levita, y de una vaina que llevaba colgada del cinturón extrajo un largo cuchillo de carnicero de doble filo que levantó en el aire y examinó atentamente a la luz de la luna. Entonces volvieron a repetir las mismas horribles cortesías de antes. Uno de ellos alargó el brazo por encima de K., ofreciendo el cuchillo al otro, que se lo devolvió con el mismo ritual. K. pensó que debía haber aprovechado la ocasión para apoderarse del cuchillo

y hundírsele en el cuerpo. Pero no lo hizo. Y por el contrario ofreció el cuello, todavía libre, y miró a su alrededor. No podía evitarles todo el trabajo a las autoridades. La responsabilidad de esta falta final debía achacarla al que le había quitado las últimas fuerzas que hubiera necesitado para ello. Sus miradas se centraron en el último piso de la casa que lindaba con la cantera. Como si repentinamente surgiese una luz, se abrieron completamente los batientes de una ventana, y un hombre muy delgado e insignificante, y a distancia y altura, se asomó totalmente hacia afuera, con los brazos estirados hacia adelante. ¿Quién podía ser? ¿Un amigo? ¿Un alma caritativa? ¿Alguien que comprendía su desdicha? ¿Intentaba ayudarlo? ¿Se trataba de una sola persona o eran varias? ¿Todavía quedaba algo por hacer? ¿Quedaban aún objeciones que no se habían presentado? Seguramente existían. Parece que la lógica es irrefutable; sin embargo, no es más fuerte que el ansia de vivir. ¿Dónde estaba el Juez Supremo que nunca había podido ver? ¿Dónde la Alta Corte a la que nunca había llegado? Elevó las manos y abrió desmesuradamente los dedos.

Uno de los señores cogió por la garganta a K. y el otro hundió el cuchillo en el corazón, clavándoselo dos veces más. Con los ojos ya velados pudo ver todavía a los dos señores que se inclinaban sobre él, con las caras muy juntas, observando el fin.

—¡Como un perro! —se dijo, cual si la vergüenza debiera sobrevivirle.

El Proceso de Franz Kafka
fue editado bajo el número 5 > en la

COLECCIÓN
Literatura  Justicia

Por el Consejo de la Judicatura siendo Presidente
Gustavo Jalkh Röben
en abril de 2014
con un tiraje de 25 000 ejemplares para ser distribuidos en
forma gratuita en todo el país por el diario *El Telégrafo*.

Para este libro se han utilizado los caracteres Fairfield LT
Ligth 12 puntos.

